BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 167

SUETONIO

VIDAS DE LOS DOCE CÉSARES

I

INTRODUCCIÓN GENERAL DE
ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

TRADUCCIÓN DE
ROSA M.ª AGUDO CUBAS



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER.

Depósito Legal: M. 19364-1992.

ISBN 84-249-1491-0. Obra completa.
ISBN 84-249-1492-9. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992. — 6498.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. ORÍGENES Y DESARROLLO DE LA BIOGRAFÍA EN ROMA [1]

En la biografía latina confluyeron cuatro tradiciones biográficas: una de ellas pertenecía a las propias costumbres y hábitos de los romanos, y las otras tres procedían, como tantas veces, de Grecia.

Las raíces romanas

A los romanos les gustó siempre cultivar el recuerdo de hombres famosos por medio de canciones en los ban-

[1] Cf. J. M. ANDRÉ, A. HUS, *La Historia en Roma,* Barcelona, Siglo XXI Editores, 1983, págs. 73-77; F. LEO, *Die griechischrömische Biographie nach ihrer literarischen Form,* Hildesheim, 1965 (= Leipzig, 1901), *passim;* D. R. STUART, *Epochs of Greek and Roman Biography,* Berkeley, 1928, págs 196-210; J. A. GARRATY, *The Nature of Biography,* Londres, 1958, págs. 49-50; W. STEIDLE, *Sueton und die antike Biographie,* 2.ª ed., Múnich, 1963, pág. 129; E. JENKINSON, «Nepos - An Introduction to Latin Biography», en T. A. DOREY, ed., *Latin Biography,* Londres, 1967, págs. 2-5, y «*Genus scripturae leve:* Cornelius Nepos and the Early History of Biography at Rome», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* I.3 (1973), 705-709; E. CIZEK, *Structures et Idéologie dans «les Vies des Douze Césars» de Suétone,* Bucarest-París, 1977, págs. 25-31, y «Les genres de l'historiographie latine», *Faventia* 7 (1985), 15-33.

quetes *(carmina convivalia*[2]) o de discursos fúnebres *(laudationes funebres*[3]) en prosa, pronunciados para rememorar las virtudes del difunto. Asimismo se explotaron otro tipo de composiciones del mismo tenor. Las *naeniae* eran pequeñas lamentaciones fúnebres, en las que se recordaban los valores del fallecido. Las familias nobles conservaban en los *atria* de sus casas las *imagines maiorum* o retratos de cera de sus antepasados; cada una de ellas iba acompañada de un *titulus imaginis,* donde se hacía constar el nombre de la persona, los cargos que había desempeñado y los honores militares que había recibido. Los *elogia* consistían en inscripciones funerarias, en las que se incluían el *cursus honorum,* las acciones famosas *(res gestae)* y las virtudes del fallecido[4]. Otras formas de biografía rudimentaria eran los *stemmata,* o árboles genealógicos, y los epitafios de todas clases. Todas estas composiciones tenían un carácter biográfico a la vez que encomiástico, y en ellas se puede apreciar un sustrato latino para el género de la biografía.

El encomio griego

El encomio consistía originariamente en una canción triunfal en honor del vencedor de los juegos. Los profesores de Retórica lo sacaron de la poesía para convertirlo en prosa en uno de los ejercicios preliminares *(progymnásmata)* de la oratoria epidíctica[5]. La alabanza o vituperio de hombres famosos se elaboraba de acuerdo con un guión complejo y rígido. Los esquemas de Burgess[6], Marrou[7], Lausberg[8], o Jenkinson[9], que proceden del rétor griego Teón[10], puedan dar idea de la estructura artificiosa de los encomios:

I. Bienes exteriores:
   a) noble cuna;
   b) medio: ciudad natal, conciudadanos, bondad de su régimen político, padres y familia;
   c) cualidades personales: educación, amigos, fama, servicios públicos realizados, riqueza, número y belleza de los hijos, muerte feliz.

II. Bienes físicos o corporales: salud, fortaleza, belleza, vitalidad desbordante y capacidad para sentimientos profundos.

III. Bienes espirituales:
   a) virtudes: sabiduría, templanza, arrojo, justicia, piedad, nobleza, sentimiento de grandeza;

---

2 Cf. Cic., *Disputaciones Tusculanas* IV 2, 3.

3 Una de las muestras más tempranas, la pronunciada por Vario Publícola en honor de Bruto, se conserva en Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas* V 17, 3.

4 Los *elogia* más famosos son los de los Escipiones, encontrados cerca de la puerta Capena; cf. *CIL* I^2 6-15.

5 Cf. A. Ramírez de Verger, *Elio Arístides: Discursos I* (BCG, 106), Madrid, 1987, págs. 58-64. Léase también J. A. Sánchez Marín, «Los géneros de la Retórica y la Biografía», *Estudios de Filología Latina,* 3 (1983), 242-245.

6 T. C. Burgess, *Epideictic Literature* (Studies in Classical Philology, 3), Ann Arbor, 1984 (= 1902), pág. 120.

7 H.-I. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad,* 2.ª ed., Buenos Aires, 1970, págs. 243-244.

8 H. Lausberg, *Manual de retórica literaria,* I, Madrid, 1966, págs. 216-221.

9 E. Jenkinson, «*Genus scripturae leve:* Cornelius Nepos and the Early History of Biography at Rome», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* I.3 (1973), 706-707.

10 *Rétores griegos* II 109 ss. El esquema se puede constatar incluso en el siglo v a. C., como en el retrato de Telo de Atenas en Heródoto (I 30); cf. H. Homeyer, «Zu den Anfängen der griechischen Biographie», *Philologus* 106 (1962), 75-85.

b) acciones derivadas:

1. en cuanto a su objetivo: acciones altruísticas y desinteresadas, miras puestas en el bien y no en lo útil o agradable, acciones por el interés público, riesgos y peligros corridos;
2. en cuanto a las circunstancias: oportunidad, originalidad, acciones llevadas a cabo personalmente, si el héroe ha hecho más que los demás, si le han ayudado sólo unos pocos, si ha obrado por encima de su edad, contra toda esperanza, no sin dificultades, si lo que ha hecho lo ha realizado rápido y bien.

Todo lo anterior pertenecía a la *inventio* u organización de la materia. A ello había que añadir las reglas que fijaban la elección del lenguaje apropiado, el estilo y la puesta en escena.

De las escuelas de Retórica, por ejemplo, proceden los retratos que leemos en determinados historiadores, como Polibio [11]. Y de la escuela de los rétores surge la biografía encomiástica como un género propio. Los primeros ejemplos son la *Vida de Evágoras* de Isócrates, publicada en torno al año 365 a. C., y el *Agesilao* de Jenofonte, aparecido poco después. Los dos autores persiguen el mismo objetivo: «elogiar a un gran hombre y ponerlo de ejemplo a sus conciudadanos», para usar las palabras de

[11] Cf., p. ej., POLIBIO, *Historias* X 2. Entre los latinos, recuérdense los famosos retratos de Catilina y Sempronia en SALUSTIO (*Conjuración de Catilina* V y XXV), o el de Aníbal en TITO LIVIO (XXI 4, 2-10); cf. K. VRETSKA, «Bemerkungen zum Bau der Charakteristik bei Sallust», *Symb. Osloenses* 31 (1955), 105-118; M. RAMBAUD, «Recherches sur le portrait dans l'historiographie Romaine», *Les Études Classiques* 38 (1970), 417-447; W. WILL, «*Mirabilior adversis quam secundis rebus.* Zum Bild Hannibals in der 3. Dekade des Livius», *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft* 9 (1983), 157-171.

André y Hus [12]. En otras ocasiones el encomio alcanza un desarrollo independiente, como en la *Vida de Filopemen* [13] de Polibio, o aparece en forma de retrato en una obra histórica, tal como hemos apuntado más arriba.

La escuela peripatética

Los filósofos, rivales tradicionales de los rétores, desarrollaron otro tipo de biografía. Bajo la influencia de Aristóteles, se interesaron por analizar y clasificar diferentes tipos de personalidad. Su discípulo Teofrasto publicó en torno al año 319 a. C. los *Caracteres,* obra que proporcionaba material para ejercicios retóricos [14] y que servía a la vez como modelo para delinear las figuras convencionales del teatro contemporáneo [15]. Aristoxeno, rival de Teofrasto, escribió unas *Bioi Andron* que incluían *Vidas* de Pitágoras, Sócrates y Platón; en ellas dejó fijado el tipo de biografía peripatética: el carácter de los hombres se refleja en sus acciones. El objetivo de estas biografías reside no tanto en el elogio de un personaje cuanto en el análisis de su carácter. Otros representantes de la corriente peripatética fueron Antígono de Caristo, Sátiro y Hermipo de Esmirna, quienes no sólo contaron las vidas de grandes estadistas y generales, sino que se preocuparon de filósofos, poetas y legisladores [16]. La biografía peripatética intentó ser un poco más objetiva que la encomiástica acu-

[12] En *La historia en Roma,* pág. 74.

[13] Hoy perdida: cf. POLIBIO, *Historias* X 21, 5-8.

[14] Cf. QUINTILIANO, *Inst. Orat.* VI 2, 17.

[15] Cf. R. G. USSHER, *The Characters of Theophrastus,* Londres, 1960, págs. 11-12.

[16] Cf. Y. GARCÍA, *Biografías literarias latinas: Suetonio, Valerio Probo, Servio, Focas, Vacca, Jerónimo* (B.C.G., 81), Madrid, 1985, págs. 9-13.

diendo a los aspectos positivos y negativos de los personajes, pero con su afán por las anécdotas y las digresiones cayó en el sensacionalismo, en el escándalo y, lo que es peor, en la indiferencia ante la verdad.

La biografía científica

De la edición de textos griegos en Alejandría surgió la necesidad de redactar unas introducciones, en las que se esbozaba la vida del autor [17], poniendo más énfasis en la cronología que en el carácter mismo del personaje. Los filólogos alejandrinos no estaban interesados en los aspectos morales o filosóficos de estas biografías, sino en la acumulación de datos eruditos. Eran, pues, más áridas, pero, en cambio, buscaban más la verdad de los hechos. La influencia que ejercieron sobre la biografía romana fue enorme. Recuérdense los ejemplos de Suetonio, Donato o Servio. El biógrafo más destacado de esta corriente fue Jasón, discípulo de Posidonio.

Los tres tipos de biografía griega, antes citados, fueron cultivados en Roma. La biografía encomiástica está representada por la *Vida de Agrícola* de Tácito [18], la peripatética tiene a su mejor valedor en Cornelio Nepote *(ca.* 109-27 a. C.), mientras que los *Gramáticos y rétores* de Suetonio siguen los principios de la biografía erudita de los alejandrinos.

A M. Terencio Varrón (116-27 a. C.) se le considera como el fundador del género biográfico en Roma. Escribió

[17] Cf. Y. García, *Biografías...*, págs. 13-15.

[18] Fue escrita en el año 98 d. C.; sobre su carácter biográfico, cf. F. R. D. Goodyear, *Tacitus*, Oxford, 1970, págs. 4-5; J. M. Requejo, *Agícola, Germania, Diálogo sobre los oradores* (B.C.G., 36), Madrid, 1981, pág. 48.

una obra, hoy perdida, titulada *Hebdomades* o *Imagines*, que consistía en quince libros con unas setecientas *Semblanzas* de pesonajes griegos y latinos, acompañadas cada una de un retrato y un epigrama [19]. En ellas se comparaban los caracteres de los griegos y romanos, como luego haría Plutarco. Después de Varrón, San Jerónimo cita a Santra e Higino. Y tras ellos viene Cornelio Nepote, el primer gran biógrafo latino.

II. Apunte biográfico de Suetonio [20]

Gayo Suetonio Tranquilo nació probablemente [21] en torno al año 69 d. C., fecha en la que se suicidó el último emperador de la familia original de los Césares. No sabemos con certeza su lugar de nacimiento. Unos hablan de Hippo Regio, en el norte de África, y otros lo sitúan en Italia, sea en Roma, en Pisauro o en Ostia [22]. Tras el

[19] Cf. Aulo Gelio, *Noches Áticas* III 10.

[20] Cf. M. Schanz, C. Hosius, G. Krüger, *Geschichte der römischen Literatur bis zum Gesetzgebunsgswerk des Kaisers Justinian. III Die Zeit von Hadrian 117 bis auf Constantin 324*, Múnich, 1959, págs. 48-50; Ailloud, *Suétone, Vie des Douce Césars, tome I: César-Auguste*, París, 1931, págs. I-XII; Bassols de Climent, *Suetonio, I, págs. IX-XXV; F. della Corte, Suetonio eques romanus*, 2.ª ed., Florencia, 1967, págs. 9-28; Wallace-Hadrill, *Suetonius*, págs. 2-8; Baldwin, *Suetonius*, págs. 1-65; Y. García, *Biografías literarias latinas*, págs. 25-28.

[21] Quizás en el año 70, según R. Syme, «The Travels of Suetonius Tranquillus», *Hermes* 109 (1981), 105.

[22] G. B. Townend, «Suetonius and his Influence», en T. A. Dorey, *Latin Biography*, Londres, 1967, págs. 79 y 109; cf. A. Macé, *Essai sur Suétone*, París, 1900, págs. 31-84; R. Syme, *Tacitus*, Oxford, 1958, págs. 778-781.

paréntesis del año citado, transcurrido en medio de una feroz lucha por el poder, subió al trono la dinastía de los Flavios (69-96), a la que reemplazó la de los Antoninos (96-192), que cubrió el período de mayor prosperidad y tranquilidad del Imperio Romano. La fecha de nacimiento suele deducirse, con todo tipo de reservas, de algunos pasajes de la obra del mismo Suetonio y de ciertas referencias en las *Cartas* de Plinio [23].

El padre de Suetonio fue oficial del ejército y pertenecía al orden ecuestre *(equites)* [24], es decir, a la clase media alta, precisamente la que nutría los puestos más importantes del ejército y de la administración imperial. La clase ecuestre sólo estaba por debajo de la clase senatorial, la de mayor rango social.

La familia de Suetonio procedía probablemente del norte de África, pero parece que ya se había establecido en Roma a finales de la década de los sesenta. Al final del siglo I d. C., Suetonio ejerce de abogado en el foro y poco después del año 100 quiso servir en una legión en Britania, pero renunció a tal servicio. Parece ser que regresó a Hippo Reggius, la moderna Bône, acompañando

[23] Los pasajes son: *Calígula* XIX 3, *Claudio* XV 3, *Nerón* LVII 2, *Otón* X 1, *Domiciano* XII 2, *Gramáticos* 4, y *Vida de Lucano* («Recuerdo que incluso se hicieron lecturas comentadas de sus poesías...»); PLINIO EL JOVEN, *Cartas* I 18 (data del 97 o 98), I 24 (fecha incierta), III 8 (101-103), V 10 (105 o 106), IX 34 (108 o 109) y X 94 (de Plinio a Trajano en Bitinia solicitando el *ius trium liberorum* para Suetonio). Léase una discusión muy completa en BALDWIN, B., *Suetonius*, Amsterdam, 1983, págs. 1-65. Cf. Y. GARCÍA, *Biografías literarias latinas* (B.C.G., 81), Madrid, 1985, págs. 25-28.

[24] Cf. *Otón* 10, 1; F. DELLA CORTE, *Suetonio eques romanus*, 2.ª ed., Florencia, 1967.

a Adriano en un viaje por África [25] para hacerse cargo de un sacerdocio, más honorífico que efectivo. Visitó probablemente la provincia de Bitinia [26] durante la época en que Plinio el Joven era allí gobernador, en torno a los años 111-112. Aparte de estos viajes [27], la carrera de Suetonio transcurrió por entero en Roma, donde desempeñó sucesivamente tres cargos al servicio del emperador, cargos que habían sido desempeñados por libertos y que ahora pasaron a personas que pertenecían al orden ecuestre. En el reinado de Trajano (98-117) desempeñó el cargo de secretario *a studiis*, una especie de ayudante del emperador que le proporcionaba material de lectura para su política administrativa. Después de este cargo, o al mismo tiempo, fue responsable de las bibliotecas imperiales (secretario *a bibliothecis)* con personal subordinado a él. Finalmente, tras la muerte de Trajano en el Este, desempeñó el cargo de secretario para la correspondencia imperial *(ab epistulis)*, por el que despachaba la correspondencia oficial [28]. En el 121 o 122, Suetonio y Septicio Claro, uno de los comandantes de la guardia pretoriana, fueron cesados en sus cargos por no tratar a la emperatriz Sabina con el debido respeto [29]. A partir de entonces, dejó de tener acceso particular a los archivos imperiales, pero no a los documentos de las bibliotecas públicas, que podía consultar como cual-

[25] Cf. J. GASCOU, «Nouvelles données chronologiques sur la carrière de Suétone», *Latomus* 37 (1978), 441.

[26] Cf. SYME, «Travels...», págs. 106-107.

[27] Cf. R. SYME, «The Travels of Suetonius Tranquillus», *Hermes* 109 (1981), 105-117.

[28] Cf. G. TOWNEND, «The post of *ab epistulis* in the second century», *Historia* 10 (1961), 375-381.

[29] Léanse, sin embargo, las dudas de SYME, «Biographers of the Caesars», *Museum Helveticum* 37 (1980), 114-115; y «Travels...», págs. 112-113.

quier otro ciudadano. En realidad, las noticias sobre la vida de Suetonio, como sobre la mayoría de los escritores antiguos, son más bien escasas: las alusiones, ya citadas, de las *Cartas* de Plinio el Joven durante los años 96-111; una mención dudosa en la vida de Adriano de la *Historia Augusta*[30], escrita unos 250 años después de la muerte de nuestro autor; una observación de Juan Lido[31], filólogo bizantino del siglo VI, sobre la dedicatoria de la *Vida de los doce Césares* a Septicio Claro[32]; y diversas citas y alusiones a sus obras en gramáticos y filólogos tardíos, tanto griegos como latinos. La inscripción encontrada en Bône (Argelia) en 1952 confirma los datos de la carrera de Suetonio hasta su cese en el cargo imperial[33].

Nada sabemos de Suetonio a partir del año 121. Se cree que murió varios años después, a juzgar por la cantidad de escritos que dejó y su escrupulosidad en editarlos.

III. Obras de Suetonio

Su obra, pese a que Plinio el Joven le tilda de *in edendo haesitator*[34], fue amplia, aunque únicamente se conservan las *Vidas de los doce Césares* y los *Gramáticos y rétores.*

Sus trabajos conocidos[35] se podrían dividir, siguiendo a A. Wallace-Hadrill[36], en cuatro grupos: a) obras lexicográficas: *Sobre los nombres y clases de vestidos, Sobre los defectos corporales, Sobre los insultos, Sobre los signos del tiempo atmosférico, Sobre los nombres de mares y ríos, Sobre los nombres de los vientos;* b) obras anticuarias o ensayos sobre instituciones: *Sobre los juegos de los griegos, Sobre los espectáculos de los romanos, Sobre el año romano, Sobre los hábitos y costumbres de los romanos, Sobre la institución de los cargos públicos;* c) obras biográficas: *Hombres famosos, Cortesanas famosas, La vida de los Césares;* d) obras diversas: *Prata, Sobre los signos de abreviación en los libros, Sobre la República de Cicerón.*

No se consideran obras auténticas de Suetonio las *Differentiae sermonum* ni una *Historia bellorum civilium* que le atribuía A. Reifferscheid[37].

Sus obras se pueden clasificar también en tres grupos: obras perdidas, *De viris illustribus,* y *De vita Caesarum.*

Obras perdidas[38]

Las obras de Suetonio que no han llegado hasta nosotros son las siguientes:

30 Esparciano, *Vida de Adriano* XI 3: cf. G. Alföldy, «Marcius Turbo, Septicius Clarus und die Historia Augusta», *Zeitschr. für Pap. und Epgr.* 36 (1979), 233-253.

31 *Sobre las magistraturas* II 6.

32 Sobre este personaje, cf. R. Syme, «Guard Prefects of Trajan and Hadrian», *Journal of Roman Studies* 70 (1980), 64-80.

33 Cf. E. Marec, H. G. Pflaum, «Nouvelle inscription sur la carrière de Suétone, l'historien», *Comptes rendus de l'acad. des inscr.* (1952), 76-85; J. Gascou, «Nouvelles données chronologiques sur la carrière de Suétone», *Latomus* 37 (1978), 436-444.

34 *Cartas* V 10, 2.

35 Cf. Ailloud, *Suétone...*, I, págs. XIV-XVII; Bassols de Climent, I, págs. XXV-XXXII.

36 *Suetonius,* Londres, 1983, pág. 43.

37 *Praeter Caesarum libros reliquiae,* Leipzig, 1860, págs. 470 y ss.

38 Cf. edición de A. Reifferscheid, *C. Suetonius Tranquillus, Praeter Caesarum libros reliquae,* págs. 147-360; Schanz, Hosius, Krüger, *Geschichte der römischen Literatur,* págs. 58-64; Ailloud, *Suétone...*, I, págs. XIV-XVII; Della Corte, *Suetonio eques romanus,* págs. 233-245.

a) *La lista del léxico de Suda:*

— *Sobre los juegos de los griegos,* cuyos restos indican que fue escrita en griego.

— *Sobre los insultos,* escrita también en griego. Se conserva un resumen en un manuscrito del siglo XIII, encontrado por Miller en 1868 y conservado en la Biblioteca Nacional de París en el *Parisinus 1630,* del siglo XIV. La obra clasifica por grupos las palabras insultantes desde Homero hasta su propia época.

— *Sobre los signos de abreviación en los libros,* cuyos restos se conservan en la Biblioteca Nacional de París en un manuscrito del año 780, descubierto por Teodoro Mommsen.

— *Sobre la República de Cicerón,* una defensa de la obra de Cicerón del mismo título contra los ataques del gramático Dídimo de Alejandría.

— *Sobre los espectáculos de los romanos,* que tendría un contenido similar al *De spectaculis* de Tertuliano. Aulo Gelio la designa con el título de *Ludicra historia*[39].

— *Sobre el año romano,* conocida por los préstamos que toman de ella Macrobio, Censorio y Solino[40].

— *Sobre los nombres y clases de vestidos,* titulada por Servio[41] *De genere vestium,* y de la que se conservan cinco fragmentos.

[39] *Noches Áticas* IX 7, 3.

[40] MACROBIO, *Saturnales* I 12-14; CENSORINO, *De die natali* XIX; SOLINO, I 34-48.

[41] *Comentario de Eneida* VII 612.

— *Sobre los hábitos y costumbres de los romanos,* de la que sólo se conserva un fragmento en Carisio.

b) *Otras obras*

— *Sobre la institución de los cargos públicos,* cuyo título *(De institutione officiorum)* lo conocemos por el gramático Prisciano. Trataría sobre las reformas administrativas de Adriano, tanto en el Estado como en el palacio imperial.

— *Cortesanas famosas,* de la cual sólo conocemos el título gracias a una cita de Juan Lido[42].

— *Sobre los reyes (De regibus),* en la que se enumeraban en tres libros los reyes de Europa, Asia y África. Se conoce a través de una referencia de Ausonio.

— *Sobre hechos varios (De rebus variis),* de la que se conserva un solo fragmento y versa sobre cuestiones gramaticales.

— *Prata,* que sería una especie de enciclopedia sobre historia natural, en la que se incluiría la obra *Sobre los defectos corporales (De vitiis corporalibus).* Fue muy usada a lo largo de la Edad Media.

De viris illustribus[43]

La obra consistiría en un conjunto de biografías de poetas (desde Livio Andrónico), oradores (a partir de Cicerón), historiadores (desde Salustio), filósofos, gramáti-

[42] *Sobre las magistraturas* III 64.

[43] Sobre los problemas de esta obra y su contenido, léase Y. GARCÍA, *Biografías literarias latinas,* págs. 28-37; cf. SCHANZ, HOSIUS, KRÜGER, *Geschichte der römischen Literatur,* págs. 55-58; BALDWIN, *Suetonius,* págs. 382-449; WALLACE-HADRILL, *Suetonius,* págs. 50-66.

cos y rétores. Sólo ha llegado hasta nosotros los *Gramáticos y rétores*, compuesta en torno al año 113, debido a su transmisión independiente del resto de la obra [44]. Efectivamente, el texto del *De grammaticis et rhetoribus* salió a la luz en un manuscrito de Hersfeld, catalogado por Niccoli [45] en 1431, que contenía las obras menores de Tácito *(Germania, Agrícola y Diálogo de los oradores)* junto a la obrita de Suetonio. El manuscrito, hoy perdido, fue trasladado a Roma por Enoc de Ascoli en 1455. De él derivan las numerosas copias que se hicieron durante el siglo XV.

Los restos de algunas vidas de poetas se han reconstruido [46] a través de las numerosas noticias de Jerónimo en su traducción de la *Crónica* de Eusebio, o gracias a que se han conservado junto a escolios o en las ediciones de algunos autores, como Terencio, Virgilio, Horacio, Tibulo, Lucano y Plinio el Viejo.

De vita Caesarum [47]

Consta de doce biografías en ocho libros completos, excepto los capítulos iniciales del primero, en los que aparecerían el título de la obra, la dedicatoria a Septicio Claro y el relato del nacimiento, infancia y adolescencia de Julio César.

[44] Léase Y. García, *Biografías literarias latinas*, págs. 39-40; cf. M. Winterbottom en L. D. Reynolds, ed., *Texts and Transmission*, Oxford, 1983, págs. 404-405 y 410-411.

[45] Cf. R. Sabbadini, *Le scoperte dei codici latini e greci ne'secoli XIV e XV*, Florencia, 1905, págs. 109 y 141.

[46] Cf. Y. García, *Biografías literarias latinas*, pág. 29. Léase también la edición de A. Rostagni, Turín, 1964.

[47] Cf. Schanz, Hosius, Krüger, *Geschichte der römischen Literatur*, págs. 50-55.

Se acepta como posible fecha de su publicación [48] la de los años 119-120. Sin embargo, Bowersock [49] sostuvo que las últimas seis biografías *(Galba-Domiciano)* fueron escritas en época de Trajano, antes que las primeras. Tal propuesta ha sido refutada, entre otros, por Bradley y por Baldwin [50]. Por su parte, Gascou [51] coloca la fecha de publicación entre finales del año 123 y el 128.

La obra comprende, además de la vida de Julio César, la de los emperadores de las dinastías de los Césares y de los Flavios. Los ocho libros se distribuyen así: I: *Divus Iulius, Julio César* (muerto en el 44 a. C.); II: *Divus Augustus, Augusto* (27 a. C.-14 d. C.); III: *Tiberius, Tiberio* (14-37); IV: *C. Caligula, Calígula* (37-41); V: *Divus Claudius, Claudio* (41-54); VI: *Nero, Nerón* (54-68); VII: *Galba Otho Vitellius, Galba* (junio del 68-enero del 69), *Otón* (enero-abril del 69), *Vitelio* (abril-diciembre del 69); y VIII: *Divus Vespasianus Divus Titus Domitianus, Vespasiano* (69-79), *Tito* (79-81) y *Domiciano* (81-96).

Siguiendo en líneas generales el método de la biografía erudita de los alejandrinos, Suetonio narra las *Vidas* de manera muy esquemática, desarrollando puntos comunes en todas ellas: antecedentes y orígenes, nacimiento, prodigios, anécdotas, carrera política, gestas realizadas, carácter,

[48] Cf. G. Townend, «The date of composition of Suetonius' *Caesares*», *Class. Quarterly* 53 (1959), 285-293.

[49] G. W. Bowersock, «Suetonius and Trajan», *Hommages à Marcel Renard.* Edited by J. Bibauw (Collection Latomus, 101), Bruselas, 1969, I, págs. 119-125.

[50] K. R. Bradley, The Composition of Suetonius' *Caesares* again», *Journal Indo-European Studies* 1 (1973), 257-263; Baldwin, *Suetonius*, págs. 468-488.

[51] J. Gascou, «Nouvelles données chronologiques sur la carrière de Suétone», *Latomus* 37 (1978), 436-444.

aspecto físico y muerte. Pero no emplea siempre el mismo esquema, sino que lo varía de acuerdo con sus preferencias [52]. Incluso a veces se permite la libertad de introducir una biografía diferente dentro de otra, como en el caso de la de Calígula, que se inicia con una breve biografía de su padre Germánico (1-7).

Esta forma de biografía seguramente se empleó antes para figuras literarias, y de ahí se adaptó a la descripción de personalidades de la vida pública [53]. Suetonio había tenido tiempo de ejercitarse en las vidas de poetas, gramáticos y rétores en su *De viris illustribus*.

El mismo Suetonio nos explica el método que ha seguido en la exposición del material de las *Vidas:*

> Después de haber presentado el conjunto, por así decirlo, de su vida, pasaré a exponer cada una de sus partes, pero no por orden cronológico, sino a través de sus distintos aspectos («neque per tempora sed per species»), para poder describirlas y hacerlas comprender de forma más clara [54].

Esta opción de contar las *Vidas* «per species» consiste en adelantar primero los títulos de los capítulos que se van a tratar y desarrollarlos después. Es lo que hace, por ejemplo, en *Augusto* 61, 1:

> Puesto que ya he referido cuál fue su conducta en los cargos militares y civiles, así como en la dirección del Estado por toda la tierra, tanto en paz como en guerra, pasaré ahora a exponer su vida íntima y familiar, e igualmente cuáles fueron sus costumbres y su fortuna en su casa y entre los suyos desde su juventud hasta el último día de su vida [55].

Se trata de un recurso retórico, llamado *partitio* o *divisio,* por el que se enumeran los puntos que se van a tratar [56]. El problema reside en que, con este método, Suetonio pasa a tratar los diferentes puntos de las *Vidas* sin marcar la transición de uno a otro [57].

A veces, la *divisio* sirve para estructurar una biografía en dos partes bien diferenciadas, como en *Calígula* 22, 1:

> Hasta aquí hemos hablado de Calígula como príncipe *(de principe),* réstanos referirnos a él como un monstruo *(de monstro).*

El mismo principio, de división de virtudes y vicios [58], lo aplica en la biografía de Nerón:

> He agrupado estos hechos, algunos de los cuales no merecen la menor censura, mientras que otros son incluso dignos de grandes alabanzas *(non mediocri digna laude),* para separarlos de sus vilezas y sus crímenes *(a probis ac sceleribus eius),* de los que hablaré a continuación [59].

Esta forma de narrar «per species», forma alejada de Nepote y Plutarco, en opinión de André y Hus [60] se debe a tres factores: a la inclinación de Suetonio por la investi-

[52] Compárense las sinopsis de M. Bassols de Climent, *Vida de los Doce Césares,* 2.ª ed., Madrid, 1990, I, págs. 5-6, (*César*), 73-75 (*Augusto*); II, págs. 17-18 (*Tiberio*), 83-84 (*Calígula*); III, págs. 17 (*Claudio*), 67 (*Nerón*); IV, págs. 17 (*Galba*), 41 (*Otón*), 57 (*Vitelio*), 77 (*Vespasiano*), 107 (*Tito*), 121 (*Domiciano*).

[53] Cf. C. Nepote, *Epaminondas* I 4.

[54] *Augusto* 9, 1. Todas las traducciones de pasajes de Suetonio en la introducción pertenecen a Rosa Agudo.

[55] Traducción de Rosa Agudo, pág. 248.

[56] Cf. Townend, «Suetonius and his influence», pág. 85; H. Lausberg, *Manual de retórica literaria,* Madrid, 1975, pág. 297.

[57] Cf., por ejemplo, *Augusto* 51-52; *Nerón* 26, 1; 33-37; *Claudio* 21.

[58] Cf. Wallace-Hadrill, *Suetonius,* págs. 142-174.

[59] *Nerón* 19, 3.

[60] *La historia en Roma,* pág. 179.

gación erudita y la anécdota reveladora, a su concepción dinástica del poder y al carácter profundamente romano de su obra.

Llama la atención en las *Vidas* la desproporción en extensión entre las seis primeras biografías y el resto, lo cual ha dado pie a pensar que las últimas seis biografías puedan ser una especie de añadido a las seis primeras[61].

IV. Aspectos históricos y biográficos

Historia y biografía

Aludíamos al comienzo de la introducción a que la biografía como género se formó a partir de las distintas corrientes de la biografía griega y de las formas tradicionales de contar la vida en Roma. Pero quedaron asuntos preteridos, de los que es preciso hacer mención. Me refiero a la diferencia que existe entre la historia y la biografía[62], punto crucial para entender y valorar en su justa medida el quehacer de Suetonio.

De entrada, hay que admitir que no siempre es fácil separar la historia y la biografía, pues ambas se necesitan mutuamente. En los *Anales* e *Historias* de Tácito, por ejemplo, encontramos descripciones, por así decirlo, biográficas, mientras que en las biografías de Suetonio aparecen no pocas veces narraciones históricas[63]. Pero la historia, desde luego, se diferencia de la biografía en los tres aspectos básicos que tratan ambos géneros: estructura, materia y estilo[64].

La estructura de la historia se asienta sobre dos grandes pilares: la cronología y la narración. Tito Livio y Tácito, por ejemplo, narran los hechos acaecidos año a año siguiendo la tradición analística arcaica, pero no los cuentan en un lenguaje científico y frío, como muchos analistas de época preciceroniana, sino que dramatizan y adornan estilísticamente los acontecimientos que narran[65]. Y es verdad que la biografía respeta la cronología, pero no la del calendario, sino la de la persona humana, es decir, el nacimiento, desarrollo y muerte. Se sigue el ritmo marcado por la biología y por la sociedad. Se describe el nacimiento de un emperador como miembro de una *gens,* se pasa a sus años de crecimiento hasta tomar la toga viril, se menciona su primera campaña militar y se repasa su *cursus honorum*. Pero, al mismo tiempo, se aprovecha este criterio de cronología biológica para insertar pasajes narrativos, propios de la historia, como sería la citada descripción de la muerte de Nerón. No fue, sin embargo, ésa la norma en Suetonio. La prueba está en la narración de las campañas de César en las Galias. Suetonio las despacha en un párrafo[66], pues su interés no reside en las guerras de las Galias, sino en el liderazgo de Julio César, es decir, en sus muchas virtudes y sus no pocos vicios como general romano. Suetonio, por otra parte, se suele confor-

---

[61] Así piensa R. Syme, «Biographers of the Caesars», *Museum Helveticum* 37 (1980), 117.

[62] Cf. A. Momigliano, *The Development of Greek Biography,* Cambridge, 1971, pág. 99.

[63] Como la famosa descripción del final de *Nerón* en los capítulos 44-49.

[64] Léase el análisis de Wallace-Hadrill, *Suetonius,* págs. 8-22.

[65] Cf. la introducción de A. Ramírez de Verger y Juan Fernández Valverde, *Tito Livio: La segunda guerra púnica,* I, Madrid, Alianza Editorial, en prensa.

[66] *Julio César* 58, 3.

mar con hacer resaltar los detalles, sin recrearse en las narraciones.

La historia versa sobre el Estado y sus problemas, tanto internos como externos, mientras que la biografía trata de la vida, la personalidad y los logros de una sola persona. Para Suetonio, la guerra y la política no tienen la misma importancia que la descripción privada de sus personajes. El ejemplo anteriormente citado de las campañas de César en las Galias es claro a este respecto. Prefiere dedicar largos capítulos (45-75) a aspectos personales de Julio César.

El buen historiador seguía los principios ciceronianos de la *exaedificatio* y la *exornatio,* es decir, la construcción de la narración o el contenido *(res)* y el embellecimiento o el estilo *(verba* y *ornatus).* El historiador no se conformaba con exponer los hechos *(docere),* sino que intentaba agradar *(delectare)* y, a ser posible, embelesar a sus oyentes *(movere)* con el poder de su palabra. El biógrafo sólo pretende ser claro, conciso y sin adornos; desea informar en un estilo muy cercano al científico de Vitruvio, Frontino, Celso, los juristas o los gramáticos, es decir, ni vulgar ni elevado. Suetonio se permite algunas singularidades impropias de un historiador, como son la inclusión de vocabulario técnico, el uso relativamente extenso de la lengua griega y la cita casi literal de documentos oficiales, especialmente en las biografías de César, Augusto y Tiberio. Y no es asunto de denostar a Suetonio por no echar mano del estilo poético de los historiadores, sino de reconocer su prosa sin arte, que se basa en la clara organización de los hechos, en la expresión concisa de su exposición y en su viveza en ofrecernos siempre los detalles de las vidas de sus personajes.

Además de todo lo anteriormente expuesto, la biografía no pretende nunca enseñar, como hace la historia, sino mostrar o informar. Así, Suetonio, filólogo alejandrino trasplantado a Roma, se interesa por el mundo de la cultura *(Gramáticos y rétores)* y por el mundo de la administración imperial *(Vidas de los Césares).* Suetonio no se compromete, como es el caso de Tácito, sino que ofrece los datos de los emperadores sin mostrarse a favor o en contra. Es decir, como hace el científico o el periodista imparcial.

Queda preguntarse por el valor histórico[67] de las *Vidas.* Y sería muy simplista despachar a Suetonio como un mero filólogo curioso[68] que va a la caza de anécdotas o hechos con frecuencia nimios. En realidad, las *Vidas* sirven de mucho al historiador moderno para trazar no solamente la biografía de doce emperadores, sino también las costumbres, las instituciones y los detalles de la vida romana. Junto a Marcial y Juvenal, resulta un autor de vital importancia para pintar el cuadro social del siglo I d. C. en Roma. Esto no significa, ni mucho menos, que haya que creerse a pies juntillas todo lo que se dice en las *Vidas,* porque nuestro autor no diferencia lo fundamental de lo accidental, porque las fuentes en que se basa no siempre son fiables[69], porque su cronología no es precisa y porque muchas veces abusa de la brevedad expositiva. Sin embargo, quien desee conocer las virtudes y los defectos[70] de los primeros emperadores romanos no tendrá más

---

67 Cf. Ailloud, *Suétone: Vies des Douze Césars* I, págs. XXXIII-XXXVIII; André-Hus, *La historia de Roma,* págs. 179-182.

68 Sobre la erudición de Suetonio, léase Wallace-Hadrill, *Suetonius,* esp. págs. 4-8 y 41-49.

69 No pocas veces se conforma con un *alii, quidam, plures dicunt.*

70 Léase Wallace-Hadrill, *Suetonius,* págs. 142-174.

remedio que acudir a una lectura detenida de las *Vidas de los doce Césares.*

J. Gascou[71], sin embargo, observa algunos aspectos de las *Vidas* que las acercan a una concepción moderna de la historia: búsqueda de documentos inéditos de primera mano, utilización de fuentes no literarias, como los *acta diurna,* datos epigráficos, *graffiti,* informaciones orales o testimonios personales. A ello habría que añadir otras características: neutralidad científica y estilo sin pretensiones. De todas formas, un hecho es claro: las *Vidas* de Suetonio son biográficas en la forma, pero indudablemente históricas en su contenido. No se olvide que tanto los historiadores como los biógrafos antiguos pretendían agradar a su audiencia, pero ayudando al mismo tiempo a comprender los hechos que sucedieron y la conducta de las personas que actuaron en ellos. La diferencia entre los primeros y los segundos estriba en que los biógrafos se sienten más relajados en el empleo de las pruebas históricas.

Fuentes[72]

Mucho se ha discutido sobre las fuentes en que se basó Suetonio en las *Vidas,* pero poco es lo que podemos decir con entera seguridad.

En primer lugar, deben figurar sus lecturas personales. Para dar cuenta del generalato de Julio César, es indudable que debió de haber leído sus *Comentarios.* Asimismo, conocía la correspondencia privada de Augusto, una breve autobiografía de Tiberio, las memorias de Claudio, las poesías de Nerón y otras obras privadas de los emperadores.

En segundo lugar, hizo uso de documentos contemporáneos de los hechos que cuenta, como la biografía de Opio sobre Julio César, los detalles de Julio Márato sobre el físico de Augusto. Los defectos y errores de César eran conocidos por los ataques de Cicerón, Bíbulo o Catulo, entre otros. Se trata de documentos literarios y de público conocimiento.

En tercer lugar, se vale de fuentes históricas, como son los casos de Asinio Polión, Cremucio Cordo, Servilio Noniano o Plinio el Viejo para hechos concretos. En muchas ocasiones las similitudes con Tácito, Plutarco o Casio Dión[73] llevan a postular una fuente común para todos, pero, a diferencia de ellos, Suetonio no está interesado en la presentación dramática de los hechos que saca de las fuentes, sino en los detalles anecdóticos y anticuarios de las mismas.

Y, por último, quedan las fuentes orales, que él manejó para hechos muy puntuales, como la descripción del final de Otón (10, 1), oída de su propio padre.

Religión y superstición[74]

Por una carta de Plinio el Joven (I 18) conocemos las creencias supersticiosas de Suetonio, quien le pedía a Pli-

[71] «Biographie e histoire chez Suétone», en su extensa obra *Suétone historien* (Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, 250), París-Roma, 1984, págs. 341-708.

[72] Cf. WALLACE-HADRILL, *Suetonius,* págs. 62-66; BALDWIN, *Suetonius,* págs. 101-203; GASCOU, *Suétone,* págs. 1-339; G. TOWNEND, «The sources of the Greek in Suetonius», *Hermes* 88 (1960), 98-120; «Suetonius and his Influence», págs. 87-91.

[73] Cf., p. ej., P. VENINI, *C. Suetonio Tranquillo: Vite di Galba, Otone, Vitellio,* Turín, G. B. Paravia, 1977, págs. 3-5.

[74] DELLA CORTE, *Suetonio eques romanus,* págs. 55-76; WALLACE-HADRILL, *Suetonius,* págs. 189-197.

nio que hiciera todo lo posible por aplazar un juicio, en el que debía intervenir, porque había tenido un mal sueño. Claro que por este solo dato no debemos deducir, a partir de las creencias modernas, un carácter especialmente supersticioso y fatalista.

Lo cierto es que Suetonio no se detiene tanto en las creencias religiosas de los emperadores cuanto en sus supersticiones y en los prodigios que anuncian su ascenso al poder o su muerte. Así, dedica tres capítulos a las supersticiones de Augusto (90-92): terror por los rayos y truenos, creencia en los sueños y fe ciega en los auspicios y prodigios. Sigue después un capítulo con el respeto que le merecían los cultos extranjeros antiguos y el desprecio que sentía por los modernos. Y termina con una larguísima lista de prodigios (94-97) que anunciaban la futura grandeza de Augusto. Por las *Vidas* desfilan toda clase de ***omina, signa, portenta, somnia, mirabilia, praesagia*** y ***monstra***. Y son positivos o negativos según que los emperadores presentaran biografías buenas o malas [75]. El empleo de los prodigios en el curso de la narración biográfica era un recurso previsto en la Retórica para el *genus demonstrativum* [76], y los historiadores latinos, desde los analistas hasta Julio Obsequente, recordaban los portentos y prodigios acaecidos cada año en Roma. Suetonio no hace más que seguir esta tradición para prever el curso inevitable del futuro. Y para predecir el futuro, Suetonio

[75] Cf. J. A. SÁNCHEZ MARÍN, «Prodigios, elementos eróticos y retrato físico en las biografías de los poetas», *Emerita* 43 (1985), 292-294.

[76] QUINTILIANO, *Inst. Orat.* III 7, 11.

suele echar mano de la interpretación de los sueños y de la lectura de las estrellas por medio de la astrología [77].

Finalidad de las «Vidas»

Varias son las razones que llevaron a Suetonio a escribir las biografías de doce emperadores. En primer lugar, pretendió informar a su audiencia de la vida y costumbres de los emperadores precisamente en los detalles y noticias que los historiadores no habían recogido. Suetonio siguió en este sentido la «ley de pertinencia biográfica», para recoger los términos de Townend [78], por la que el biógrafo no se detiene en los asuntos públicos si no atañen directamente al emperador; y al biógrafo no le interesan los sucesos de las provincias, las guerras o los desastres, así como tampoco siente curiosidad por recoger los nombres y acciones de ministros y generales. Y, en segundo lugar, no debe menospreciarse la finalidad lúdica o de entretenimiento [79] que supondría leer las *Vidas*, que versan no sólo sobre el nacimiento, educación, acciones y muerte de los emperadores, sino también sobre su conducta, tanto pública (la dispensación de justicia, la concesión de espectáculos, la construcción de edificios públicos o la dirección de empresas militares) como privada (creencias religiosas, gustos sexuales). En el fondo, Suetonio intenta seguir el modelo de príncipe ideal del *Panegírico de Trajano* de Plinio el Joven y de las *Res gestae* del propio Augusto [80].

[77] Cf. P. BRIND'AMOUR, «Problèmes astrologiques et astronomiques soulevés pour le récit de la mort de Domitien par Suétone», *Phoenix* 35 (1981), 338-344; WALLACE-HADRILL, *Suetonius,*, págs. 192-193.

[78] En «Suetonius and his Influence», pág. 84.

[79] Cf. K. R. BRADLEY, «The Rediscovery of Suetonius», *Class. Philology* 80 (1985), 259-260.

[80] Cf. BRADLEY, «The Rediscovery of Suetonius», pág. 262.

Y para Suetonio el príncipe ideal era Augusto, cuya biografía es la más completa y extensa de todas, tal vez a propósito para establecer el modelo de emperador con el que se deberían comparar los demás. Quizás por ello empezó Suetonio las biografías de los emperadores con la vida de Julio César, clave para entender el principado, iniciado con Augusto.

En suma, los *Césares* fueron escritos para divertir e instruir sobre la conducta imperial, fuera buena o mala [81]. Al fin y al cabo, los príncipes eran el espejo en el que se tenía que mirar la elite política o cultural, que debía rechazar lo malo de los emperadores (la avaricia de César [54], de Tiberio [46-49], de Nerón [32]; la arrogancia de César [76-79]; la lujuria de Tiberio [42-45], de Calígula [36-37], de Nerón [26-31]; la crueldad de Tiberio [50-62], de Calígula [22-35], de Nerón [33-38], de Domiciano [10-11]) o asimilar lo bueno de los mismos (la clemencia de César [73-75], de Augusto [51-56], de Vespasiano [12-15], de Tito [8, 3-9]; la liberalidad de Augusto [41-43], de Tito [7, 3 — 8, 1]).

Detrás de las *Vidas de los Césares* está el ideal del principado [82], en el que hay que propagar las virtudes de los emperadores y censurar sus defectos.

---

[81] Cf. WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 142-174 («Virtudes y vicios»).

[82] Cf. K. R. BRADLEY, «Imperial Virtues in Suetonius' *Caesares*», *Journal of Indo-European Studies* 4 (1976), 245-253.

V. CUESTIONES LITERARIAS

Ambiente literario [83]

La literatura latina del siglo II d. C. estuvo dominada por el llamado movimiento arcaizante, liderado por Frontón y seguido por Aulo Gelio y Apuleyo. Esta corriente literaria viene a ser el complemento del aticismo de la Segunda Sofística [84]. Y al igual que los miembros de ésta escribían en un ático del siglo IV a. C., que ya no se hablaba, de la misma forma los escritores latinos volvieron su mirada a los autores latinos de época arcaica, como las historias de Claudio Cuadrigario, las comedias de Cecilio Estacio, la prosa de Catón o la poesía de Ennio.

No estoy seguro de si habría que encuadrar a Suetonio dentro de este marco arcaizante, lo cual explicaría su gusto por lo antiguo y curioso [85]. Pero no me cabe la menor duda de que el bilingüismo del que hace gala en su obra por encima de lo que era normal nos permite entenderlo en el ambiente filo-helénico de la época.

---

[83] Cf. H. BARDON, *Les empereurs et les lettres latines d'Auguste à Hadrien*, París, 1940, págs. 393-447; G. D'ANNA, *Le idee letterarie di Suetonio*, 1.ª reimp., Florencia, 1967, págs. 7-69; BALDWIN, *Suetonius*, págs. 66-91; WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 66-72; D. A. RUSSELL, «Introduction: Greek and Latin in Antonine Literature», en *Antonine Literature*, Oxford, 1989, 1-17.

[84] Cf. A. RAMÍREZ DE VERGER, «Frontón y la Segunda Sofística», *Habis* 4 (1973), págs. 125-126; «La *consolatio* en Frontón: en torno al *De nepote amisso*», *Faventia* 5 (1983), 77-78; *Elio Arístides: Discursos I* (B.C.G., 106), Madrid, 1987, pág. 77.

[85] Cf. WALLACE-HADRILL, *Suetonius*, págs. 203-205.

Valor literario de las «Vidas» [86]

Flavio Vopisco, uno de los autores de la *Historia Augusta* [87], designa a Suetonio como *emendatissimus et candidissimus scriptor, [...] cui familiare fuit amare brevitatem*. Si se aplican los dos adjetivos al estilo, el primero da idea del estilo pulido del autor, mientras que el segundo se aplica al estilo abierto, claro y fácil de entender. El autor de tales palabras estaba pensando en una forma de escribir «cuidada y clara» *(oratio emendata et dilucida)*, la que corresponde precisamente al estilo simple propio del género biográfico.

Sin embargo, el estilo simple no es sinónimo de malo, «pues así como se dice que existen algunas mujeres sin maquillar a las que eso mismo les sienta bien, así, este estilo sencillo agrada aun desaliñado; pues en ambos casos se logra, en cierto modo, que haya mayor encanto, pero sin que se note. Después se excluirá todo adorno llamativo y no se emplearán ni siquiera rizadores, sino que se rechazarán todos los polvoretes blancos y rojos: sólo quedarán la elegancia y la limpieza» [88]. Y en el estilo simple el único ornato que se permite es el uso moderado de figuras [89].

[86] Cf. Ailloud, *Suétone: Vies des Douze Césars* I, págs. XXXVIII-XLII; Bassols de Climent, *Suetonio*, págs. XLVII-XLVIII; Cizek, *Structures...*, pág. 25; André-Hus, *La historia en Roma*, págs. 182-184; Baldwin, *Suetonius*, págs. 467-525; R. C. Lounsbury, *The Arts of Suetonius. An Introduction*, Nueva York-Berna-Francfort del Meno-París, 1987, esp. págs. 91-118 y 161-164.

[87] *Vida de Firmo, Historia Augusta* XIX 1.

[88] Cic., *El orador* 23, 78.

[89] Cf. Cic., *El orador* 24, 81: «Por tanto, aquel orador sencillo, con tal de que sea de buen gusto, no pecará de audaz en la creación de palabras, será discreto en darles sentido traslaticio, parco en los arcaísmos y un tanto modesto en las demás figuras, de palabras como de pensamiento» (trad. de A. Tovar).

Recuérdese que Cicerón alaba el estilo sencillo de los *commentarii* sobre las Galias de César como *pura et illustris brevitas* [90], cualidades propias del estilo simple.

No obstante, la sencillez de Suetonio no es la de César, porque no en balde ha transcurrido entre ambos más de un siglo. Suetonio, como Plinio el Joven, admira a Cicerón [91] y a Quintiliano, pero no le importa emplear arcaísmos o neologismos, excepcionalmente usados por los anteriores. Su vocabulario es rico y sabe echar mano tanto de términos técnicos como de términos cercanos al habla vulgar. Una característica de su lengua, como era usual en el latín postclásico, es la abundancia de participios y de adverbios, especialmente en *—tim*. Asimismo, gusta de la brevedad y de la concisión, lo que le lleva a emplear la elipsis de verbos, sobre todo de *esse*. Lo mismo le ocurre en la morfología, que tiene algunos rasgos propios del latín de los siglos I y II d. C., como el uso del participio de perfecto pasivo con el sistema de perfecto de *esse*. En fin, la misma sintaxis, tanto nominal como verbal y oracional, se distingue por algunos usos no clásicos [92].

Mención especial merece el estudio del estilo periódico en un autor que, en principio, no debía abusar de él, como sería el caso de Tito Livio. Pero el estilo periódico está presente en mayor o menor medida en todos los prosistas latinos. Sabido es que los escritores antiguos conse-

[90] *Bruto* 262.

[91] Della Corte, *Suetonio eques romanus*, págs. 29-53.

[92] La lengua de Suetonio fue estudiada de manera notable por P. Bagge, *De elocutione C. Suetonii Tranquilli*, Upsala, 1875, y, especialmente, por L. Dalmasso, *La grammatica di C. Suetonio Tranquillo*, Turín, 1906.

guían frases complejas que sonaban muy bien a sus oídos. A esas frases complejas se les da el nombre de *período*[93]. Consiste en una construcción larga y muy organizada, en la que tanto el contenido como la forma se mantienen en suspenso hasta el final, en que se llega a una resolución simultánea de ambos. Se requiere asimismo que el sentido sea completo y que se manifiesten dos fases: una de tensión, expresada a través de oraciones subordinadas, y otra de relajación, representada por la oración principal. Ni que decir tiene que tanto los oradores como los historiadores y biógrafos emplearon tanto el estilo periódico como el simple. De otra forma, la monotonía habría sido insoportable. El típico período histórico es el que combina participios con otras subordinadas hasta llegar al clímax de la oración principal. Sin embargo, en Suetonio encontramos la construcción compleja que gira en torno a varios verbos principales, de los que van dependiendo todo tipo de subordinadas y construcciones participiales. He aquí un ejemplo de la famosa descripción del final de *Nerón*[94]:

Sic cogitatione in posterum diem dilata
ad mediam fere noctem excitatus,
ut comperit stationem militum recessisse,

[93] Léase A. Ramírez de Verger, «Sobre el estilo periódico en Salustio», *Habis* 12 (1981), 99-105; para Tito Livio, cf. J. Dangel, *La phrase oratoire chez Tite-Live*, París, 1982, y A. Ramírez de Verger, J. Fernández Valverde, *Tito Livio: Libros XXI-XXV* (Alianza Universidad), Madrid, 1991; para Suetonio, léase Lounsbury, *The Arts of Suetonius*, págs. 107-115, y P. Sage, «L'expression narrative dans les *XII Césars* de Suétone: analyse d'une structure de phrase», *Latomus* 38 (1979), 498-524.

[94] *Nerón* 47, 3. Léase un buen análisis literario de todo el pasaje (47, 3-49) en Lounsbury, *The Arts of Suetonius*, págs. 63-89.

prosiliit *e lecto*
misitque *circum amicos*
et,
quia nihil a quoquam nuntiabatur,
ipse cum paucis hospitia singulorum adiit.

Suetonio no construye una arquitectura compleja, como Cicerón o Tito Livio, porque a nuestro autor lo único que le interesa es contar lo que sucedió, no dramatizar la situación dada. Como dice P. Sage[95] con toda razón, nuestro autor se centra en la *narratio* mejor que en la *exornatio rerum*. Pero en el empleo de estructuras periódicas no hay grandes diferencias entre, por ejemplo, Tácito y nuestro autor, como ha demostrado Sage, anteriormente citado[96].

Suetonio «no sabe componer». Tal es el veredicto de Ailloud[97], y tal es la opinión general de no pocos especialistas del gran biógrafo latino[98]. Pero tal opinión se fundamenta en el punto de vista de quien espera unas cualidades literarias propias de un historiador, no de un biógrafo[99]. Se acusa[100] a Suetonio de no saber guardar el

[95] «L'expression narrative dans les *XII Césars* de Suétone: analyse d'une structure de phrase», *Latomus* 38 (1979), 499.

[96] Casi lo mismo ocurre en la forma de hilar la narración; cf. J. Luque, «Aproximación a los procedimientos de ilación narrativa en los historiadores latinos», *Emerita* 45 (1977), 355-377.

[97] *Ibid.*, pág. XXXVIII.

[98] Puede servir de paradigma la opinión de F. D. R. Goodyear, «Suetonio», *Historia de la Literatura Clásica. II. Literatura latina*, Madrid, Gredos, 1989, pág. 723.

[99] Sobre la composición de las biografías, cf. E. Cizek, *Structures...*, págs. 32-64.

[100] Léanse diferentes juicios en R. C. Lounsbury, *The Arts of Suetonius. An Introduction*, Nueva York-Berna-Francfort del Meno-París, 1987, págs. 1-8.

hilo narrativo (narra *per species)*, de contar los hechos de manera fría y de ser incapaz de insuflar alguna dramatización a su narrativa.

Sin embargo, nadie como él nos ha devuelto a la vida la Roma de los primeros emperadores ni nos ha proporcionado tantos detalles sobre la vida y la muerte de esos mismos emperadores. No encontraremos en él la dignidad de Tácito o de Plutarco [101] ni el estilo elevado de Tito Livio, pero sí aspectos de la vida diaria que tanto interesan a los lectores. Sirva de ejemplo el final de *Vitelio* en Tácito y Suetonio:

Luego, por lo voluble de su carácter y como a él, que de todo tenía miedo, le desagradaba especialmente lo que tenía delante —algo que es típico de las situaciones de pavor—, vuelve al Palacio, vacío y desierto; pues incluso los más humildes de sus esclavos habían escapado o evitaban encontrarse con él. Lo aterran la soledad y aquellos lugares silenciosos, escruta las estancias cerradas, se llena de miedo ante las vacías; y cansado de aquel lastimoso andar de un lado a otro se oculta en un vergonzoso escondrijo, de donde lo sacó a rastras el tribuno de cohorte Julio Plácido [102].

Luego, dando crédito a un rumor vago y poco seguro, según el cual se había conseguido la paz, permitió que lo volvieran a llevar al palacio. Allí, encontró todas las habitaciones desiertas, y los que estaban con él se dispersaron también; entonces, se ciñó una bolsa llena de monedas de oro y se refugió en la garita del portero, después de haber atado al perro delante de la puerta y haber formado tras ella un parapeto con la cama y el colchón [103].

[101] DELLA CORTE, *Suetonio eques romanus*, págs. 111-142.

[102] TÁCITO, *Historias* III 84, 4. Traducción de J. L. MORALEJO, *Tácito. Historias*, Madrid, Akal/Clásica, 1990, pág. 232.

[103] *Vitelio* 16.

En Tácito observamos un lenguaje cercano a la poesía, mientras en Suetonio destacan los detalles de la escena. En Tácito se impone la soledad *(in Palatium regreditur vastum desertumque)*, el silencio, el vacío; recuerda el aislamiento de Ariadna abandonada por Teseo en Catulo [104] o el silencio del mundo subterráneo en Virgilio [105]. A Suetonio le interesa más el dinero que Vitelio cogió o el parapeto que construyó con la cama y el colchón para defenderse. Tácito es el historiador; Suetonio, el cronista de los hechos [106].

Suetonio expone los sucesos diferenciando el asunto *(res)*, las voces *(voces)* y los actos *(actus)*. Sirva de ejemplo la derrota de Varo [107]. Primero cuenta lo que sucedió *(res): la derrota de Varo pudo haber sido fatal, pues en ella fueron masacradas tres legiones junto con su general, sus lugartenientes y todas las tropas auxiliares*. Después pasa a las medidas adoptadas por Augusto *(actus)*: poner guardias por la ciudad, prorrogar el mandato de los gobernadores y hacer votos a los dioses. Por último, la anécdota de las voces que oía: *¡Quintilio Varo, devuélveme las legiones!*

[104] *Poesías* LXIV 186-187.

[105] *Eneida* VI 265, 269.

[106] Para un análisis más detenido, léase LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius*, págs. 104-105.

[107] *Augusto* 23.

VI. HISTORIA DEL TEXTO Y PERVIVENCIA DE «LA VIDA DE LOS DOCE CÉSARES»[108]

La moda de escribir biografías imperiales, iniciada por Suetonio, fue seguida en los siglos siguientes[109]. Fue continuada un siglo después por Mario Máximo, pero su obra se ha perdido. No obstante, los *Scriptores Historiae Augustae* lo unen a Suetonio y utilizan a ambos como su fuente principal[110].

No poco deben también a Suetonio los epitomistas del siglo IV, Eutropio, Aurelio Víctor[111] y el *Epitome,* especialmente cuando hablan de los emperadores.

En *La vida de San Ambrosio,* escrita por su discípulo Paulino de Milán a comienzos del siglo V, se observa cierta influencia de Suetonio, si bien es verdad que el esquema biográfico de los emperadores no se adapta muy bien a las vidas edificantes de los santos.

[108] Cf. R. J. TARRANT, «Suetonius» (*De vita Caesarum*), en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission,* Oxford, 1983, págs. 399-404; M. IHM, págs. III-IX; AILLOUD, I, págs. XLII-XLVI; BASSOLS DE CLIMENT, I, págs. XLIX-LIII. Sobre los *Gramáticos y Rétores,* léase Y. GARCÍA en *Biografías literarias latinas* (B.C.G., 81), Madrid, 1985, págs. 34-35 y 39-40; cf. M. WINTERBOTTOM en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission,* Oxford, 1983, págs. 404-405.

[109] Cf. G. B. TOWNEND, «Suetonius and his Influence», en T. A. DOREY, ed., *Latin Biography,* Londres, 1967, págs. 96-108.

[110] H. W. BIRD, «Suetonian Influence in the Later Lives of the *Historia Augusta*», *Hermes* 99 (1971), 129-134; R. FOSSATELLI, «Mario Massimo», *Riv. Cult. Class. e Medioevale* 15 (1973), 75-80.

[111] Cf. B. W. JONES, «Suétone et Aurélius Victor», *La Parola del Passato* 25 (1970), 346-347.

En Bizancio la obra de Suetonio fue bien conocida, y se sabe que en el siglo VI Juan Lido leyó una copia completa de *La vida de los Césares,* incluidos el prólogo y la dedicatoria a Septicio Claro, hoy perdidos[112].

Isidoro de Sevilla (560-636) utilizó *Las vidas* en sus *Etimologías.* Por esta misma época se encuentran alusiones en Aldelmo de Malmesbury (639-709) y en Beda el Venerable (673-735), pero tal vez se deban a fuentes indirectas. La realidad es que durante los siglos VII y VIII se pierde prácticamente la pista de la obra de Suetonio.

De vita Caesarum se conserva en la actualidad en unos doscientos manuscritos, pero al siglo IX llegó en uno solo, hoy perdido, que se encontraba en la biblioteca del monasterio de Fulda, en Alemania. De él derivan directa o indirectamente todos los manuscritos que han llegado hasta nosotros[113]. El arquetipo del texto que poseemos había perdido el primer cuaternión[114], por lo que la obra no conserva ni el prólogo, con la dedicatoria antes mencionada a Septicio Claro, ni el comienzo de la biografía de *Julio César.* Los manuscritos conservados se suelen dividir en dos familias, X y Z, según la terminología de L. Preud'Homme[115]. El manuscrito más antiguo que conservamos data de comienzos del siglo IX. Es el *Parisinus lat.*

[112] Cf. L. D. REYNOLDS, N. WILSON, *Copistas y filólogos,* Madrid, Gredos, 1986, pág. 110.

[113] Cf. E. K. RAND, «On the Histoy of the *De Vita Caesarum* of Suetonius in the Early Middle Ages», *Harvard Studies Class. Philology* 37 (1926), 1-48.

[114] Cf. BASSOLS DE CLIMENT, *Suetonio,* I, págs. XXIX y XXII.

[115] En *Première, deuxième, troisième étude sur l'histoire du texte de Suétone de Vita Caesarum,* Bruselas, 1902-1904; cf. R. J. TARRANT, «Suetonius», en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission,* Oxford, 1983, págs. 399-404.

6115, llamado *Memmianus* (M) en honor de Henri de Mesmes, su propietario del siglo XVI. Fue escrito en Tours en torno al año 820 y pertenece a la primera familia (X) de los manuscritos de las *Vidas*.

Del mismo siglo, y en plena época carolingia, data la famosa imitación del *Divus Augustus* de Suetonio, la *Vita Caroli Magni* o biografía de Carlomagno [116], escrita después de la muerte del emperador franco (814) por Eginardo, de la escuela de Alcuino. También Servato Lupo, abad de Ferrières (*ca.* 805-862), conoció la obra de Suetonio a través del manuscrito de Fulda, antes mencionado. La copia de Lupo fue utilizada por su discípulo Heiric de Auxerre, cuyos *excerpta* de la obra de Suetonio gozaron de gran popularidad [117] durante los siglos XII y XIII.

Pocas alusiones de las *Vidas* se pueden rastrear durante el siglo X. Tarrant [118] cita el *De vita Caesarum* de Atto de Vercelli y Ratiero de Verona, y pone en duda que Gerberto de Reims poseyera una copia de Suetonio, enviada desde Roma.

Durante el siglo XI aparecen citas de las *Vidas* en las obras de Jotsald de Cluny y de Andreas de Fleury. Asimismo, se conservan tres manuscritos importantes: el *Vaticanus lat. 1904* (V), escrito en Francia a finales del siglo, que es muy fiable, pero que acaba en *Calígula* 3; el *Gudianus lat. 268* (G), de la biblioteca de Wolfenbüttel, un poco inferior al anterior por las interpolaciones que presenta; y el *Durhma C.III.18* (D), el manuscrito más antiguo de la segunda familia (Z), que deriva de un manuscrito de comienzos del s. XI del valle del Loira. Este manuscrito, D, y el L (*Laurentianus* 68.7), de comienzos del siglo XII y de la familia X, son los primeros testimonios del interés que despertó la obra de Suetonio a lo largo del siglo XII.

Del siglo XII destacan los siguientes manuscritos de la familia X: el *Montepessulanus H 117* (S); el *Parisinus lat. 5801* (P), escrito *ca.* 1120-30 en el noroeste de Francia; y el *Lautentianus plut. 66.39* (O), también escrito en la región del Loira. De la familia X no se conocen copias del siglo XIII. La familia Z presenta los siguientes: el *Parisinus lat. 5802* (Q), que pertenece al mismo subgrupo que D, ya citado y que pudiera ser el antepasado de dos manuscritos ingleses del siglo XII con una transposición en *Galba*, llamada el error de Galba (*Regius Musei Britannici 15.C.III; Bodleianus lat. class. d. 39);* y otro británico, sin el error de Galba, que actualmente se conserva en San Marino (California), el *H. M. 45717* (antiguamente el Sion College, ARC L.40.2/L.9); fue copiado en Bury St. Edmunds y allí permaneció durante toda la Edad Media [119].

Los *excerpta* difundieron también el conocimiento de Suetonio durante los siglos XII y XIII. El manuscrito más antiguo de los *excerpta* de Heiric, el *Parisinus lat. 8818*, data de finales del siglo XI o comienzos del XII. Precisamente Juan de Salisbury conocía las *Vidas* a través de esta selección de Suetonio [120]. El *Florilegium Gallicum* [121], es-

---

[116] Cf. el análisis literario de TOWNEND, «Suetonius...», págs. 98-106.

[117] Cf. R. W. HUNT, «Latin Classics in the Twelfth Century», en R. R. BOLGAR, *Classical Influences on European Culture A. D. 500-1500*, Cambridge, 1979 (= 1971), pág. 55.

[118] En «Suetonius», pág. 400.

[119] Cf. R. M. THOMSON, «The Library of Bury St. Edmunds Abbey in the Eleventh and Twelfth Centuries», *Speculum* 47 (1972), 639.

[120] Cf. REINOLDS, WILSON, *Copistas y filólogos*, pág. 150; R. W. HUNT, «The Deposit of Latin Classics in the Twelfth-Century Renaissance», en R. R. BOLGAR, ed., *Classical Influences on European Culture, A.D. 500-1500*, Cambridge, 1971, págs. 51-55.

[121] Cf. A. GAGNÉR, *Florilegium Gallicum. Untersuchungen und Texte zur Geschichte der mittellateinischen Florilegienliteratur*, Lund, 1936;

crito en Orleáns a mitad del siglo XII, también nos ha transmitido parte de las *Vidas de los Césares* en dos manuscritos: *París. Arsenal 711* y *B.N. lat. 7647*. Los *excerpta* fueron la fuente de Vincent de Beauvais y del autor de la obra titulada *Moralium dogma philosophorum*. En el siglo XIII sólo se conservan cuatro manuscritos con la obra completa de las *Vidas*. El resto, hasta quince, únicamente contienen parte del *De vita Caesarum* en forma de selecciones más o menos extensas. Y se puede afirmar que la obra mayor de Suetonio era conocida al norte de los Alpes, sin que haya pruebas de que circulara en Italia a lo largo del siglo XIII.

La popularidad de la obra de Suetonio en Francia no dejó de crecer en el siglo siguiente. Prueba de ello es la traducción del *De vita Caesarum* a lengua vernácula en el año 1381.

En Italia Suetonio constituía uno de los libros favoritos de Petrarca[122], quien llegó a poseer tres manuscritos de la obra: *Oxford, Exeter College 186*, de la familia Z y escrito en 1351; *Berlín lat. 2.º 337* (T), de la familia X; y el manuscrito Q, antes citado, de la familia Z. Asimismo, su obra *de gestis Cesaris* se inspira en Suetonio.

Después de Petrarca, Bocaccio escribió largos *excerpta* de las *Vidas*, que se conservan en la Biblioteca Nacional de Florencia *(Banco Rari 50)*.

J. HAMACHER, *Florilegium Gallicum*, Francfort del Meno, 1975, 1975; R. H. HOUSE, «Florilegia and Latin Classical Authors in Twelfth- and Thirteenth Century Orléans», *Viator* 10 (1979), 135 y ss.

122 Cf. B. L. ULLMAN, *Studies in the Italian Renaissance*, Roma, 1955, pág. 36 y 122; G. BILLANOVICH, «Nella biblioteca del Petrarca. II. Un altro Suetonio del Petrarca (Oxford, Exeter College, 186)», *Italia Medioevale o Umanistica* 3 (1960), 28-58.

En España, Suetonio debió también ser un autor popular a juzgar por la carta de Juan I de Aragón en Sant Cugat del Vallés del año 1392 y por los manuscritos que debieron existir en España, como el que fue propiedad del Marqués de Santillana (1398-1458). Asimismo, la influencia de Suetonio se deja sentir en las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán (c. 1376-¿1460?) y en los *Claros varones de Castilla* de Fernando del Pérez del Pulgar (1451-1531)[123].

Tras el interés que Petrarca y Bocaccio mostraron por Suetonio, se multiplicaron los manuscritos a partir de 1375, especialmente en Italia. Las *Vidas de los Césares* se convirtió en un libro de obligada lectura para los humanistas y para las personas cultas en general. Copias de las *Vidas* estuvieron en manos de Salutati, Poggio, Niccolò Niccoli y Giovanni Tortelli. Y algunos de los manuscritos que han llegado a nosotros pertenecieron un día a las familias Visconti, Medici, Strozzi y Piccolomini o a los cardenales Bessarion, J. Jouffroy y E. Nardinus[124]. Así, Pier Candido Decembrio compuso en 1446 una *Vita Philippi Mariae Vicecomitis* imitando a Suetonio y toda la dinastía de los Visconti fue historiada por Paolo Giovio en sus *Vitae XII Vicecomitum Mediolani Principum*, obra publicada en 1549. También Maquiavelo (1469-1527), aunque gran admirador de Tito Livio[125], tuvo a Suetonio entre sus lecturas preferidas[126]. Pero tal vez fuera Angelo Poliziano (1454-1494)

123 Noticias en BASSOLS DE CLIMENT, *Suetonio...*, págs. LX-LXI.

124 Cf. TARRANT, «Suetonius», pág. 404.

125 Cf. J. H. WHITFIELD, «Machiavelli's Use of Livy», en T. A. DOREY, *Livy*, Londres, 1971, págs. 73-96.

126 Cf. J. H. WHITFIELD, «Livy > Tacitus», en R. R. BOLGAR, *Classical Influences on European Culture A.D. 1500-1700*, Cambridge, 1976, pág. 286, nota 6.

quien ayudara más a difundir la obra de Suetonio con su *Praefatio in Suetonii Expositionem*[127] de 1491.

De este mismo siglo XV[128] son los diversos manuscritos de las *Vidas* conservados en España[129]: a) Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Madrid: *g.III.4, g.III.14, M.I.21* (1423), *O.III.21* (1469), *Q.II.12, T.II.21;* b) Biblioteca Nacional de Madrid[130]: *ms. 8832, 10025* (1434); c) Biblioteca del Cabildo de Toledo[131]: *ms. 49-11, 49-12, 49-13;* d) Biblioteca Universitaria de Valencia[132]: *Ms. A-3-20.* Además, se pueden encontrar *excerpta* de Suetonio en los siguientes manuscritos misceláneos: a) Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Madrid: *Q.I.14* (s. XIV); b) Biblioteca Nacional de Madrid: *ms. 7805;* c) Biblioteca Universitaria de Valencia: *ms. 110;* d) Biblioteca Colombina de Sevilla: *ms. 7-1-29.*

Suetonio aparece constantemente en la literatura del siglo XVI. La *Institutio Principis Christiani,* escrita por Erasmo (c. 1469-1536) para presentarla al joven príncipe Carlos, presenta citas casi literales de las *Vidas* de Suetonio[133]; también el *Panegyricus* que pronunció ante el duque Felipe de Borgoña en 1504 está salpicado de anécdotas y dichos de Suetonio. Étienne de la Boétie (1530-1563) se basó en las *Vidas* para trazar las líneas fundamentales de su *Discours de la servitude volontaire.* Y Gerolamo Cardano, médico y científico, escribió en Milán en 1576 su propia vida en latín siguiendo el modelo suetoniano de contar *per species*[134].

En España, Juan Luis Vives (1492-1540) tuvo en cuenta[135] a Suetonio en sus trataditos *De tradendis disciplinis* y *De ratione studii puerilis,* pero sobre todo se interesó por nuestro autor en *In Suetonium quaedam* del año 1522, donde reconstruye los capítulos perdidos de *Julio César.* Tampoco se pueden olvidar los historiadores de Indias, especialmente Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), quien salpica algunos capítulos de su *Historia General y Natural de las Indias* con alusiones a Suetonio[136]. También las *Décadas de Césares* del año 1539 de fray Antonio de Guevara *(ca.* 1480-1545) y la *Historia imperial y cesárea* del sevillano Pero Mexía (1499-1551) tuvieron como mentor a Suetonio.

El dramaturgo inglés Ben Jonson (1572/73-1637) se inspiró en Suetonio en su obra teatral *Sejanus,* estrenada en el año 1603.

Los ecos de Suetonio llegan hasta nuestro siglo. Podríamos citar el *Calígula*[137] (obra teatral de 1945) de Albert Camus (1913-1960), el *Yo, Claudio* (1934) o *El dios Claudio y su esposa Mesalina* (1934) de Robert Graves, o *Tiberio, historia de un resentimiento* (1939), de Gregorio Marañón (1887-1960).

---

127 Nueva edición en LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius,* págs. 121-132.

128 Excepto el de la *Biblioteca del Cabildo de Toledo, ms. 49-14.*

129 Datos recogidos del valiosísimo libro de L. RUBIO, *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España,* Universidad Complutense de Madrid, 1984, págs. 99, 104, 122, 168, 191, 254-255; cf. BASSOLS DE CLIMENT, I, págs. LVII-LX.

130 Cf. RUBIO, *Catálogo de los manuscritos...,* págs. 338, 352-353.

131 Cf. RUBIO, *Ibidem,* págs. 512-513.

132 Cf. RUBIO, *Ibidem,* pág. 572.

133 LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius,* pág. 147, notas 13 y 14.

134 Cf. TOWNEND, «Suetonius and his Influence», págs. 107-108.

135 Cf. LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius,* pág. 38.

136 Cf. I. GARCÍA PINILLA, L. RIVERO, «Las fuentes clásicas de *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández Oviedo», *Bibliografía e Historiografía Americanista,* en prensa.

137 Cf. J. GILLIS, «Calígula. De Suétone à Camus», *Les Études Classiques* 42 (1974), 393-403.

VII. Ediciones y traducciones [138]

Tal como señala Ihm [139], desde el año 1470 hasta el 1829 aparecieron más de doscientas ediciones de nuestro autor, lo cual puede dar una idea de la aceptación que siempre tuvo Suetonio en nuestra cultura.

En Italia, la popularidad de las *Vidas* se reflejó en el gran número de ediciones del siglo XV: tres ediciones diferentes y consideradas *principes* (dos del año 1470 en Roma por Campano y Andrea, y una en Venecia del 1471) y otras once antes de 1500. A finales del siglo XV, en 1490, aparecieron los comentarios de Sabellicus (1436-1506) y de Filipo Beroaldo (1453-1505). Durante el siglo XVI destacan las ediciones de Egnacio en Venecia (1516), de Erasmo en Basilea (1518) y de Robert Estienne en París (1543). En 1595 y 1610 salen a la luz las dos ediciones de Isaac Casaubon (1559-1614), en las que se incorporan los comentarios anteriores a él y las lecturas del *Memmianus*.

Hasta 1827, fecha de la primera edición moderna a cargo de Roth, median más de dos siglos, en los que aparecen numerosas ediciones de las *Vidas:* J. G. Graevius

[138] Cf. las páginas IX-X del prefacio de la edición teubneriana de M. Ihm; las páginas XLVI-XLVIII de la introducción de H. Ailloud, y páginas LIII-LXI de la de M. Bassols de Climent. Léase también a R. C. Lounsbury, *The Arts of Suetonius. An Introduction,* Nueva York-Berna-Francfort del Meno-París, 1987, págs. 32-61.

[139] En el prefacio de su edición teubneriana, pág. IX; cf. P. Burke, «A Survey of the Popularity of Ancient Historians, 1450-1700», *History and Theory* 5 (1966), 135-152.

(Utrecht, 1672, 1691 y 1703), J. Gronovius (Leiden, 1751), P. Burman (Amsterdam, 1736), J. A. Ernesti (Leipzig, 1748, 1775), F. Oudendorp (Leiden, 1751), F. A. Wolf (Leipzig, 1802), D. C. G. Baumgarten-Crusius (Leipzig, 1816-1818, en tres volúmenes con abundante comentario y un rico índice de 852 páginas), J. H. Bremi (Zurich, 1820). Además, no hay que olvidar el trabajo del gran filólogo inglés Richard Bentley (1662-1742), que estudió durante años diversos manuscritos existentes en el Reino Unido y en París. No pudo alcanzar su deseo de dar a la luz una edición crítica, pero sus trabajos pasaron al Museo Británico y fueron utilizados por editores posteriores, como M. Ihm [140].

La primera edición crítica propiamente dicha salió de las prensas en 1858, publicada en Leipzig por C. L. Roth, que sirvió de motor para los estudios suetonianos. Después destacan las ediciones de L. Preud'Homme (Groninga, 1906), las de M. Ihm *(editio maior* en 1907 y *editio minor* en 1908, ambas en la Biblioteca Teubneriana de Leipzig). La edición menor de Ihm continúa siendo la mejor de todas las existentes, entre las que hay que mencionar las de J. C. Rolfe (Loeb Classical Library, I-II, 1913), H. Ailloud (Col. Budé, I-III, 1931-1932) y G. Vitali (Bolonia, 1958).

En España, la edición de M. Bassols de Climent (Barcelona, Alma Mater, 1964-1970, I-IV, reimp. en 1990) sigue muy de cerca el texto del francés Ailloud, aunque incorpora lecturas de los manuscritos españoles. Igualmente deudores de la edición francesa son los textos de J. Icart

[140] Cf. E. Hedicke, *Studia Bentleiana. III Suetonius Bentleianus,* Freienwaldiae, 1902; M. Ihm «Richard Bentley's Suetonkritik, *Sitzungsberichte der Königl. Preussischen Akademie der Wissenschaften,* Berlín, 1901, págs. 677-695.

(Barcelona, Bernat-Metge, 1966-1971) y de O. Nortes *(Tiberio-Calígula,* Barcelona, 1983).

M. Bassols de Climent destaca las siguientes traducciones españolas: la desigual del Doctor Jaime Bartholomé (Tarragona, 1596), y la excelente de F. Norberto Castilla (Madrid, Biblioteca Clásica Hernando, 1883 y 1912). A ellas hay que añadir las de E. Barriobero (Buenos Aires, 1957), calco de la anterior, la de J. Arnal (7.ª ed., Barcelona, Iberia, 1985) y la de V. López Soto (3.ª ed., Madrid, Juventud, 1986).

Deseo dar las gracias a mi amigo y colega José Solís de los Santos por sus atinadas correcciones a la primera versión de esta introducción. Los errores, no hay que decirlo, sólo a mí son debidos.

Sevilla, en Parque Cuatrotorres.
Festividad de Santo Tomás, 1991.

BIBLIOGRAFÍA*

I. Ediciones, comentarios y traducciones

1. *Generales*

H. Ailloud, *Suétone: Vies des Douze Césars* I-III (Les Belles Lettres), París, 1931.

M. Bassols de Climent, *Vida de los Doce Césares* I-IV, 2.ª ed., Madrid, 1990.

M. Ihm, *C. Suetoni Tranquilli Opera. Vol. I: De Vita Caesarum libri VIII* (Biblioteca Teubneriana), Stuttgart, 1967 (= 1908).

F. Norberto Castilla, *Los doce Césares por Cayo Suetonio Tranquilo,* Madrid, Biblioteca Clásica Hernando, 1923.

A. Reifferscheid, *C. Suetonius Tranquillus, Praeter Caesarum libros reliquae. Inest Vita Terentii a Friderico Ritschelio emendata atque enarrata,* Hildesheim, 1971 (= Leipzig, 1860).

J. C. Rolfe, *Suetonius,* I-II, Cambridge, Mass., Loeb Classical Library, Londres, 1964 (= 1913-1914).

C. L. Roth, *Quae supersunt omnia,* Leipzig, 1858.

G. Vitale, *Le Vite dei dodici Cesari. Testo latino e versione di G. Vitale,* I-II, Bolonia, 1986.

* Consúltese también la nota bibliográfica de *Biografías literarias latinas* (B.C.G., 81), Madrid, 1985, págs. 36-37.

2. *Particulares*

Julio César:

H. E. BUTLER y M. CARY, *C. Suetoni Tranquilli Divus Iulius*, Oxford, 1970 (= 1927).

Augusto:

M. ADAMS, *C. Suetonius Tranquillus. Divi Augusti Vita*, Londres, Macmillan, 1966.

J. M. CARTER, *Divus Augustus*, Bristol Classical Press, 1982.

M. A. LEVI, *C. Suetoni Tranquilli Divus Augustus (De vita Caesarum liber II). Testo, introduzione, note e appendice*, Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1970, 3.ª reimp.

D. SCHMITZ, *Augustus*, Stuttgart, 1988.

E. S. SHUCKBURGH, *C. Suetonii Tranquilli Divus Augustus*, Nueva York, Arno Press, 1979 (= 1896).

Tiberio:

M. J. DU FOUR, J. R. RIETRA, *Tiberius*, Nueva York, Arno Press, 1979 (= 1941 y 1928).

Tiberio-Calígula:

O. NORTES VALLS, *Suetonio. Tiberio-Calígula*, Barcelona, Bosch, 1983.

Calígula:

J. MAURER, *A Commentary on C. Suetonii Tranquilli Vita C. Caligulae Caesaris I-XXI*, Filadelfia, 1949.

Nerón:

K. R. BRADLEY, *Nero* (Collection Latomus, 157), Bruselas, 1978.

B. H. WARMINGTON, *Suetonius, Nero*, Bristol Classical Press, 1977.

Galba, Otón y Vitelio:

P. VENINI, *C. Suetonio Tranquillo: Vite di Galba, Otone, Vitellio*, Turín, G. B. Paravia, 1977.

Galba-Domiciano:

G. W. MOONEY, *C. Suetoni Tranquilli De Vita Caesarum Libri VII-VIII*, Nueva York, Arno Press, 1979, (= 1930).

II. ESTUDIOS

G. ALFÖLDY, «Marcius Turbo, Septicius Clarus, Sueton and die *Historia Augusta*», *Zeitschr. für Pap. und Epigr.*, 36 (1979), 233-253.

J. M. ALONSO-NÚÑEZ, «Valoración literaria de Mario Máximo», *Archivo Español de Arqueología* 45-47 (1972-74), 549-555.

J. M. ANDRÉ, A. HUS, *La Historia en Roma*, Barcelona, Siglo XXI Editores, 1983, págs. 173-184.

G. D'ANNA, *Le idee letterarie di Suetonio*, 1.ª reimp., Florencia, 1967.

P. BAGGE, *De elocutione C. Suetonii Tranquilli*, Upsala, 1875.

B. BALDWIN, «Suetonious: Birth, Disgrace, and Death», *Acta Classica* 18 (1975), 61-70.

—, *Suetonius*, Amsterdam, 1983.

—, «Emperors and Intellectuals: A. D. 14-192», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 35, 1 (de próxima publicación).

C. BAURAIN, «Suétone et l'inscription d'Hippone», *Les Études Classiques* 44 (1976), 124-144.

H. W. BIRD, «Suetonian Influence in the Later Lives of the *Historia Augusta*», *Hermes* 99 (1971), 129-134.

G. W. BOWERSOCK, «Suetonius and Trajan», en J. BIBAUW, ed., *Hommages offerts à Marcel Renard* I (Collection Latomus, 101), Bruselas, 1969, págs. 119-125.

—, «Suetonius in the Eighteen Century», en D. BROWNING, ed., *Biography in the Eighteen Century*, Nueva York, 1980, págs. 28-42.

K. R. BRADLEY, «The Composition of Suetonius' *Caesares* again», *Journal of Indo-European Studies* 1 (1973), 257-263.

—, «Imperial virtues in Suetonius' *Caesares*», *Journal of Indo-European Studies* 4 (1976), 245-253.

—, «The Rediscovery of Suetonius», *Class. Philology* 80 (1985), 254-265 (reseña-artículo a los libros de Baldwin y Wallace-Hadrill).

—, «The Imperial Ideal in Suetonius' *Caesares*», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* (ANRW) II 33, 5, Berlín-Nueva York, Walter de Gruyter, 1991, págs. 3701-3732.

K. BRINGMANN, «Zur Tiberiusbiographie Suetons», *Rheinisches Museum* 114 (1971), 268-285.

G. BRUGNOLI, «La praefatio in Suetonium del Poliziano», *Giornale Italiano di Filologia* 10 (1957), 211-220.

P. BURKE, «A Survey of Popularity of Ancient Historians, 1450-1700», *History and Theory,* 5 (1966), 135-152.

T. F. CARNEY, «How Suetonius' Lives reflect on Hadrian», *Proceedings of the African Classical Association* 2 (1968), 7-24.

E. CIZEK, *Structures et Idéologie dans «les Vies des Douze Césars» de Suétone,* Bucarest-París, 1977.

—, «Les genres de l'historiographie latine», *Faventia* 7 (1985), 15-33.

L. DE CONINCK, «Les sources documentaires de Suétone, *Les XII Césars:* 1900-1990», ANRW II 33, 5, 1991, págs. 3675-3700.

F. DELLA CORTE, *Suetonio eques romanus,* 2.ª ed., Florencia, 1967.

J. COUISSIN, «Suétone physiognomiste dans les Vies des XII Césars», *Revue des Études Latines* 31 (1953), 234-256.

J. M. CROISILLE, «L'art de la composition chez Suétone d'après les vies de Claude et de Nèron», *Annali dell' Istituto Italiano per gli Studi Storici* 2 (1970), 73-87.

J. P. CHAUSSERIE-LAPRÉE, *L'expression narrative chez les historiens latins,* París, 1969.

L. DALMASSO, *La grammatica di C. Suetonio Tranquillo,* Turín, 1906.

P. DESIDERI, M. A. GIUA, «Biografia e autobiografia nella prima età imperiale», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 35, 3 (de próxima publicación).

H. VON DEXLER, «Suetons Divus Iulius und die Parallelüberlieferung», *Klio* 51 (1969), 223-226.

A. DIHLE, *Studien zur griechischen Biographie,* Gotinga, 1970.

S. DÖPP, «Zum Aufbau der Tiberius-Vita Suetons», *Hermes* 100 (1972), 444-460.

E. C. EVANS, «Descriptions of Personal Appearance in Roman History and Biography», *Harvard Studies Class. Phil* 46 (1935), 43-84.

D. FLACH, «Zum Quellenwert der Kaiserbiographien Suetons», *Gymnasium* 89 (1972), 273-289.

J. W. FREUND, *De C. Suetonii Tranquilli usu atque genere dicendi,* Breslau, 1901.

M. FUHRMANN, «Suetonius, 2», *Der kleine Pauly, Lexikon der Antike* 5 (1975), cols. 411-413.

G. FUNAIOLI, «Suetonius, 4», *Pauly-Wissowa* IV A 1 (1931), cols. 593-641.

E. GABBA, «True History and False History in Classical Antiquity», *Journal of Roman Studies* 71 (1981), 50-62.

P. GALAND-HALLYN, «Bibliographic suétonienne (Les *Vies des XII Césars*) 1950-1988. Vers une réhabilitation», ANRW II 33, 5, 1991, págs. 3576-3622.

Y. GARCÍA y otros, *Biografías literarias latinas: Suetonio, Valerio Probo, Servio, Focas, Vacca, Jerónimo* (B.C.G., 81), Madrid, 1985.

G. GARDENAL, *Il Poliziano e Suetonio: Contributo alla Storia della Filologia Umanistica,* Florencia, 1975.

J. A. GARRATY, *The Nature of Biography,* Londres, 1958.

J. GASCOU, «Nouvelles données chronologiques sur la carrière de Suetone», *Latomus* 37 (1978), 436-444.

—, *Suétone historien* (Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, 250), París-Roma, 1984.

J. GEIGER, *Cornelius Nepos and Ancient Political Biography,* Stuttgart, 1985.

M. A. GINA, «Una lettura della biografia svetoniana di Tiberio», ANRW II 33, 5, 1991, págs. 3733-3747.

H. GUGEL, *Studien zur biographischen Technik Suetons,* Viena, 1977.

R. HANSLIK, «Die Augustusvita Suetons», *Wiener Studien* 67 (1954), 99-144.

A. A. HOWARD, C. N. JACKSON, *Index verborum C. Suetoni Tranquilli,* Harvard, 1922.

E. JENKINSON, «Nepos - An Introduction to Latin Biography», en T. A. DOREY, ed., *Latin Biography,* Londres, 1967, págs. 2-5.

—, «*Genus scripturae leve:* Cornelius Nepos and the Early History of Biography at Rome», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* I.3 (1973), 705-709.

C. P. JONES, *Plutarch and Rome,* Oxford, 1971.

G. KENNEDY, *The Art of Rhetoric in the Roman World,* Princeton, 1972.

U. LAMBRECHT, *Herrscherbild und Principatidee in Suetons Kaiserbiographien. Untersuchungen zur Caesar- und Augustusvita,* Bonn, 1984.

A. D. LEEMAN, *Orationis Ratio. The Stylistic Theories and Practice of the Roman Orators, Historians and Philosophers,* I-II, Amsterdam, 1963.

F. LEO, *Die griechisch-römische Biographie nach ihrer literarischen Form,* Hildesheim, 1965 (= Leipzig, 1901).

R. G. LEWIS, «Suetonius' *Caesares* and their Literary Antecedents», ANRW II 33, 5, 1991, págs. 3623-3674.

R. C. LOUNSBURY, *The Arts of Suetonius. An Introduction,* Nueva York-Berna-Francfort del Meno-París, 1987.

—, «*Inter quos et Sporus erat:* The Making of Suetonius' *Nero*», ANRW II 33, 5, 1991, págs. 3748-3779.

G. LUCK, «Die Form der suetonischen Biographie und die frühen Heiligenviten», *Mullus. Festscrift Th. Klauser,* Munster, 1964, págs. 230-241.

—, «Über Suetons Divus Titus», *Rheinisches Museum* 107 (1964), 63-75.

J. LUQUE, «Aproximación a los procedimientos de ilación narrativa en los historiadores latinos», *Emerita* 45 (1977), 355-377.

A. MACÉ, *Essai sur Suétone,* París, 1900.

G. MARAÑÓN, *Tiberio. Historia de un resentimiento,* Madrid, Espasa-Calpe, 1939.

E. MAREC, H. G. PFLAUM, «Nouvelle inscription sur la carrière de Suétone l'historien», *CRAI* (1952), 76-85.

S. MAZZARINO, *Il pensiero stoico classico,* I-II, 2.ª ed., Roma-Bari, 1974.

F. MILLAR, *The Emperor in the Roman World,* Londres, 1977.

A. MOMIGLIANO, *The Development of Greek Biography,* Cambridge, Mass., 1971.

I. MORENO FERRERO, «Historia y biografía», en C. Codoñer, ed., *Géneros literarios latinos,* Salamanca, 1987, págs. 57-83.

J. D. MORGAN, «Suetonius' dedication to Septicius Clarus», *Class. Quarterly* 36 (1988), 544-545.

B. MOUCHOVA, *Studie zu Kaiserbiographien Suetons,* Praga, 1968.

J. P. MURPHY, S. J., «The Anecdote in Suetonius' Flavian *Lives*», ANRW II 33, 5, 1991, págs. 3780-3793.

E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa,* Stuttgart, 1958 (= Leipzig, 1898).

C. B. R. PELLING, «Truth and Fiction in Plutarch's *Lives*», en D. A. RUSSELL, ed., *Antonine Literature,* Oxford, 1990, págs. 19-52.

A. PENNACINI, «Strutture retoriche nelle biografie di Suetonio», *Sigma* 17 (1984), 103-111.

V. PICÓN, «*Superstitio,* un indicio de la 'romanidad' de Suetonio», *Est. Clásicos* 88 (1984), 323-328.

—, «La mujer en las *Biografías de los XII Césares* de Suetonio», en *La mujer en el mundo antiguo,* 1986, págs. 267-280.

A. POCIÑA, J. FERNÁNDEZ UBIÑA, «El evergetismo imperial en Suetonio», *Latomus* 44 (1985), 577-602.

A. RAMÍREZ DE VERGER, J. FERNÁNDEZ VALVERDE, *Tito Livio, Historia de Roma: La segunda guerra púnica,* I, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

D. A. RUSSEL, *Plutarch,* Londres, 1973.

—, «Greek and Latin in Antonine Literature», en *Antonine Literature,* Oxford, 1990, págs. 1-17.

P. SAGE, «L'expression narrative dans les *XII Césars* de Suétone: analyse d'une structure de phrase», *Latomus* 38 (1979), 498-524.

—, «Quelques aspects de l'expression narrative dans les *XII Césars* de Suétone», *Rev. Belg. Philol.* 57 (1979), 18-50.

J. A. SÁNCHEZ MARÍN, «Concepto de biografía en Nepote, Plutarco y Suetonio», *Estudios de Filología Latina* 3 (1983), 211-220.

—, «Los géneros de la Retórica y la Biografía», *ibid.,* 221-246.

—, «Prodigios, elementos eróticos y retrato físico en las biografías de poetas», *Emerita* 53 (1985), 291-308.

M. SCHANZ, C. HOSIUS, G. KRÜGER, *Geschichte der römischen Literatur bis zum Gesetzgebungswerk des Kaisers Justinian. III Die Zeit von Hadrian 117 bis auf Constantin 324,* Munich, 1959, págs. 48-67.

P. L. SCHMIDT, «Suetons *Pratum* seit Wessner (1917)», ANRW II 33, 5, 1991, págs. 3794-3825.

W. STEIDLE, *Sueton und die antike Biographie,* 2.ª ed., Munich, 1963, pág. 129.

D. R. STUART, *Epochs of Greek and Roman Biography,* Berkeley, 1928.

R. SYME, *Tacitus* I-II, Oxford, 1958.

—, *Emperors and Biography. Studies in the Historia Augusta,* Oxford, 1971.

—, «Biographers of the Caesars», *Museum Helveticum* 37 (1980), 104-128.

—, «The Travels of Suetonius Tranquillus», *Hermes* 109 (1981), 105-117.

R. J. TARRANT, «Suetonius» (*De vita Caesarum*), en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission,* Oxford, 1983, págs. 399-404.

G. B. TOWNEND, «The Date of Composition of Suetonius' *Caesares*», *Class. Quarterly* 9 (1959), 285-293.

—, «The Hippo Inscription and the Career of Suetonius», *Historia* 10 (1961), 99-109.

—, «The Post *ab epistulis* in the Second Century», *Historia* 10 (1961), 375-381.

—, «Suetonius and his Influence», en T. A. DOREY, *Latin Biography,* Londres, 1967, págs. 79-111.

—, «Suetonius (ca. A.D. 69-after 122)», en T. J. LUCE, ed., *Ancient Writers,* v. II, Nueva York, 1982, págs. 1049-1061.

P. VENINI, *Sulla tecnica compositiva Suetoniana,* Pavía, 1975.

T. VILJAMAA, «Suetonius on Roman Teachers of Grammar», ANRW II 33, 5, 1991, págs. 3828-3851.

A. E. WARDMAN, «Description of Personal Appearance in Plutarch and Suetonius. The Uses of Statues as Evidence», *Class. Quarterly* 17 (1967), 414-420.

M. WINTERBOTTOM, «Suetonius» (*De grammaticis et rhetoribus*), en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission,* Oxford, 1983, págs. 404-405.

T. P. WISEMAN, «Practice and Theory in Roman Historiography», *History* 66 (1981), 375-393.

A. J. WOODMAN, *Rhetoric in Classical Historiography. Four Studies,* Oregón, Areopagitica Press, 1988.

VIDAS DE LOS DOCE CÉSARES

NOTA TEXTUAL

Para la presente traducción de Suetonio se ha seguido como texto base el establecido por Henri Ailloud, *Suétone. Vies des Douze Césars,* 3 vols., Col. Budé, 4.ª y 5.ª ediciones, París, 1980-1981. Con esta edición se han cotejado principalmente las de M. Ihm, *C. Suetoni Tranquilli opera. De vita Caesarum libri VIII,* Bibliotheca Teubneriana, *ed. minor,* Stuttgart, 1961 (= 1908); J. C. Rolfe, *Suetonius,* 2 vols., Col. Loeb, Londres, 1979 (= 1913-1914), y M. Bassols de Climent, *Suetonio. Vida de los doce Césares,* 4 vols., Ediciones Alma Mater, Barcelona, 1964-70. Asimismo, nos han sido particularmente útiles las ediciones parciales siguientes, acompañadas de comentario: H. E. Butler, M. Cary, *C. Suetoni Tranquilli Divus Iulius,* con nueva introducción, bibliografía y notas adicionales de G. B. Townend, Brístol, 1982; E. S. Shuckburgh, *C. Suetoni Tranquilli Divus Augustus,* Nueva York, 1979 (= Cambridge, 1896); M. Adams, *C. Suetonius Tranquillus. Divi Augusti vita,* Nueva York, 1966 (= Londres, 1939); M. J. Du Four, *C. Suetonii Tranquilli vita Tiberii,* capítulos 1-23, tesis, Nueva York, 1979 (= Filadelfia, 1941); J. R. Rietra, *C. Suetoni Tranquilli vita Tiberi,* capítulos 24-40, tesis, Nueva York, 1979 (= Amsterdam, 1928), y G. W. Mooney, *C. Suetoni Tranquilli de vita*

Caesarum. Libri VII-VIII, Nueva York, 1979 (= Londres, 1930).

La principal discrepancia de nuestra traducción con el texto de Ailloud se encuentra en la delimitación de los parágrafos numerados de cada capítulo. La edición de Ailloud, como el propio autor indica en la introducción a su obra (véase pág. XLIX, nota 2), no coincide en este aspecto ni con la de Preud'Homme ni con la de Ihm, siendo esta última la tradicionalmente seguida por los posteriores editores de Suetonio. Hemos preferido adoptar la división en parágrafos más generalizada, para facilitar al lector que lo desee la localización del texto latino. Al margen de esto, nos hemos apartado del texto de Ailloud en los siguientes pasajes:

	TEXTO DE AILLOUD	LECTURA ADOPTADA
Julio 56, 7 (9 ed. Ailloud)	*et † aituero ab*	*et a puero et ab* (πQε *edd.)*
Julio 86, 1 (2 ed. Ailloud)	† *adinspectantium*	*adsectantium* (propon. Ihm)
Julio 86, 2 (3 ed. Ailloud)	*cauere ***solitum ferunt*	*cauere <semper sollicitum maluisse. Quidam dicere etiam> solitum ferunt* (propon. Roth, Ihm)
Augusto 31, 5 (8 ed. Ailloud)	*ad illorum ***uelut ad exemplar*	*ad illorum <normam> uelut ad exemplar* (Oudendorp)
Augusto 43, 1 (2 ed. Ailloud)	*histriones ***non in foro modo*	*histriones <Munera> non in foro modo* (suppl. Perizonius)

Augusto 83 (83, 1 ed. Ailloud)	† *sestertio*	*segestria* (Roth)
Augusto 87, 2	† *apud pullum pulleiaceum*	*et pro pullo pulleiaceum* (S *dett. [uulgo]*
Tiberio 2, 1 (3 ed. Ailloud)	† *Tibus*	*Tiberius* (πQεR, LT)
Tiberio 45 (45, 2 ed. Ailloud)	*Vnde mora in Atellanico exhodio*	*Vnde vox in Atellanico exhodio* (Bentley)
Calígula 25, 3 (6 ed. Ailloud)	*Vxorio nomine dignatus est † quam enixam*	*Vxorio nomine <non prius> dignatus est quam enixam* (Roth)
Galba 6, 2	*A Gaio Caesare*** <in locum Gaetu> lici substitutus*	*A Gaio Caesare <legatus Germaniae superioris in locum Gaetu> lici substitutus* (propon. Ihm)
Vespasiano 12 (12, 4 ed. Ailloud)	*protestatem ***patris patriae appellationem*	*potestatem <aut> patris patriae appellationem* (propon. Roth)
Vespasiano 15 (15, 3 ed. Ailloud)	*umquam ***iustis*	*umquam laetatus iustis (dett. [uulgo])*

Queremos avisar, finalmente, que en nuestras notas a pie de página las obras *Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft* y *Corpus inscriptionum Latinarum* aparecen citadas con sus tradicionales abreviaturas RE y CIL.

LIBRO I

EL DIVINO JULIO

SINOPSIS

I. César antes de su subida al poder (1-39)

Proscripción y posterior perdón de César (1). Primeros servicios militares. Revuelta de Lépido (2-3). Comienzos en el foro. Estancia en Rodas e intervención en Asia (4). César, tribuno militar y cuestor. Matrimonio con Pompeya (5-6). Su cuestura en Hispania Ulterior. Intento de soliviantar a las colonias latinas (7-8). Sospechas de participación en el complot del año 66-65 a. C. (9). César, edil (10). Enfrentamientos con los optimates (11-12). Su elección como pontífice máximo y pretor. La conjuración de Catilina (13-14). César, pretor (15-17). Su propretura en Hispania Ulterior y su elección como cónsul. Formación del primer triunvirato (18-19). Primer consulado de César. Matrimonio con Calpurnia. Como procónsul, obtiene las Galias y el Ilírico (20-22). Intentos de procesarle en Roma. Entrevista de Luca. Guerra de las Galias (23-25). Acontecimientos internos de los años 54-52 a. C. César aumenta su popularidad a base de larguezas y atenciones (26-28, 1). Propuestas presentadas contra él los años 51-50. Intentos de llegar a una solución de compromiso con sus adversarios (28, 2-29). Preparativos para la guerra. Causas de la misma (30). Paso del Rubicón (31-33). La guerra civil (34-36). Triunfos celebrados por César. Recompensas asignadas

a sus soldados. Donativos y concesiones hechas al pueblo. Espectáculos diversos (37-39).

II. César en el poder (40-44)

Reforma del calendario (40). Reformas constitucionales. Reducción de los tribunales. Censo del pueblo (41). Colonización de las provincias. Política demográfica y de concesión de la ciudadanía. Otras medidas de carácter social (42-43). Proyectos de mejoras urbanísticas y de engrandecimiento del Imperio (44).

III. Rasgos personales de César. Vida privada y costumbres (45-75)

Características físicas. Aspecto externo (45). Diferentes residencias. Pasión por el lujo. Disciplina doméstica (46-48). Fama de sodomita y adúltero. Relaciones con Servilia y con Cleopatra (49-52). Sobriedad en la comida y bebida. Carácter codicioso (53-54). Dotes como orador. Producción literaria (55-56). César como soldado (57-64). Relación con sus tropas (65-67). Fidelidad y extraordinario valor de sus hombres (68-70). Actitud de César con sus clientes y amigos (71-72). Actitud frente a sus adversarios (73-75).

IV. Muerte de César. Epílogo (76-89)

Causas de su asesinato (76-79). Conjura contra su vida (80). Presagios de su muerte. Idus de marzo. Asesinato de César (81-82). Lectura de su testamento. Descripción de sus funerales (83-85). Diferentes opiniones acerca del hecho de que no intentara evitar su muerte (86-87). Edad a la que murió. Divinización de César (88). Fin que tuvieron sus asesinos (89).

* * *

Cuando contaba quince años[1] perdió a su padre[2]; al 1
año siguiente fue designado para ser flamen dial[3] y, tras

[1] Literalmente, «durante su decimosexto año» (*annum agens sextum decimum*), lo más probable con quince años cumplidos y en el curso del decimosexto, pues en latín se utiliza con mucha frecuencia el cómputo inclusivo en las enumeraciones. Es el año 85-84. César nació el doce (Macrobio, *Saturnales* I 12, 34; *CIL* I², págs. 244 y 248) o el trece (Dión, XLVII 18,6) de julio del año 100 (cf. cap. 88; Plutarco, *César* 69; Apiano, *Guerra Civil* II 149; Veleyo Patérculo, II 41, 2).

[2] Gayo Julio César, hermano de Sexto César (cónsul en 91 a. C.; véase *CIL* I², págs. 27, 152); puede identificársele con el Gayo Julio César del *CIL* I², pág. 199, núm. XXVIII, que fue *decemvir stlitibus iudicandis*, cuestor, pretor y procónsul en Asia. Murió en Pisa (Plinio, *Historia Natural* VII, 181). Cf. Butler-Cary, nota sobre el pasaje.

[3] El *flamen dialis* era uno de los quince *flamines* (sacerdotes públicos del pueblo romano) creados ya en época muy primitiva y puestos cada uno al servicio de una divinidad. Como sacerdote de Júpiter, se hallaba investido de una gran dignidad (tenía un lugar en el senado, su propio lictor y silla curul), pero estaba sujeto a una serie de prohibiciones; no podía, por ejemplo, realizar ningún otro trabajo, ni siquiera montar a caballo, ni pasar jamás una noche fuera de su casa; era esencial a la vez que estuviera casado, pues muchas de sus obligaciones las tenía que realizar junto con su esposa, con la que formaba la pareja flamínica, ejemplo de moralidad, motivo por el que, además, no podía divorciarse, mientras que, si uno de los dos moría, el otro cesaba automáticamente en su cargo. Según Veleyo Patérculo (II 43, 1) César fue designado para este sacerdocio poco antes de la muerte de Mario (mediados de enero del 86) por Mario y Cinna.

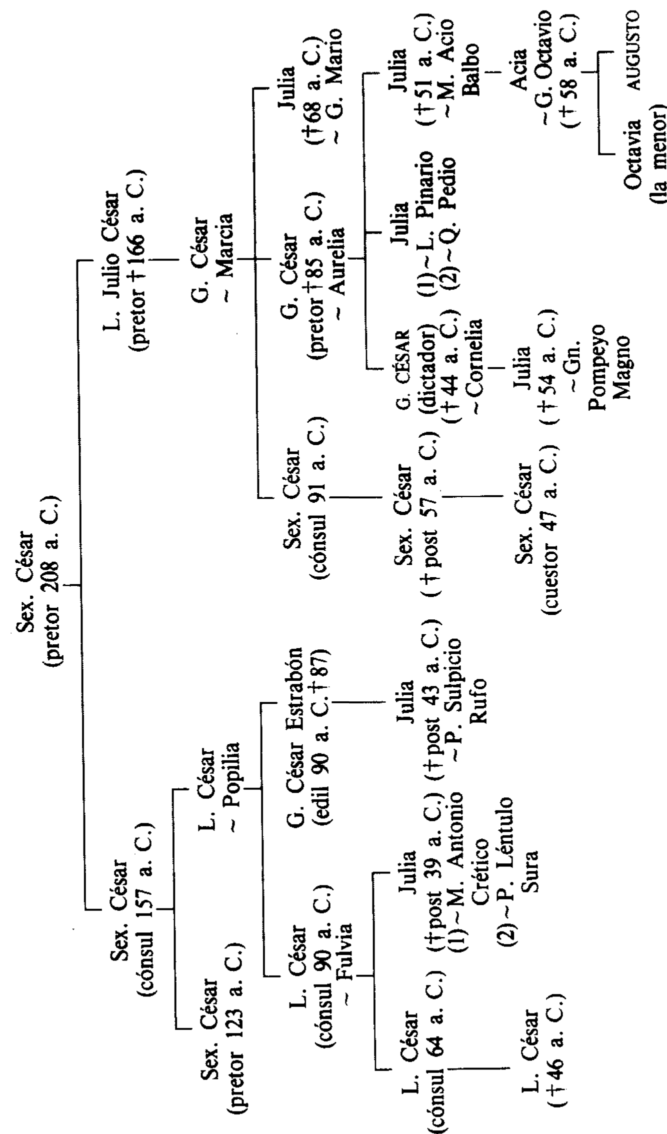
separarse de Cosucia[4], de familia ecuestre, pero muy rica, con la que le habían prometido cuando aún llevaba él la toga pretexta[5], desposó a Cornelia, hija de Cinna, cuatro veces cónsul[6], con la que tuvo a Julia poco después; y el dictador Sila[7] no halló medio de obligarle a re-
2 pudiarla. Por este motivo, le despojó del sacerdocio, de la dote de su mujer y de los bienes heredados de su familia, y lo consideró del partido contrario, de modo que César se vio incluso obligado a ocultarse y a cambiar de escondite casi cada noche, a pesar de que le consumía la fiebre cuartana, teniendo además que recurrir al soborno para librarse de los espías, hasta que obtuvo el perdón a

[4] El verbo *dimitto,* con un complemento referido a una mujer, se usa normalmente en el sentido de «repudiar» (cf. *Augusto* 62, 1). Podría también entenderse, y así lo entienden varios traductores, en el sentido de «romper un compromiso», pero Plutarco (*César* 5, 7) habla de Pompeya como la tercera mujer de César, lo que muestra que a Cosucia, de quien, por otra parte, no tenemos más noticias, la considera como la primera.

[5] La vestidura habitual de los niños hasta el momento en que asumían la toga viril, ceremonia que tenía lugar normalmente entre los catorce y los diecisiete años.

[6] Cinna fue cónsul del 87 al 84 a. C., año en que murió a manos de los soldados a quienes pretendía dirigir contra Sila, su enemigo político.

[7] Sila fue dictador del 82 al 79 a. C. Sus medidas contra César deben situarse al comienzo de su dictadura, entre el 82 y el 81.



instancias de las vírgenes vestales[8] y de Mamerco Emilio[9]
3 y Aurelio Cota[10], sus parientes y afines. Es de sobras conocido que Sila, tras haberse resistido por algún tiempo a las súplicas de sus mejores amigos, personas del mayor relieve, y en vista de que seguían insistiendo, se dejó vencer al fin y exclamó, por inspiración divina o siguiendo algún tipo de conjetura, que de acuerdo, que se lo quedaran, pero que supieran que esa persona, cuya salvación con tanta ansia deseaban, algún día acarrearía la ruina al partido de los optimates, que junto con él todos ellos habían defendido; pues en César había muchos Marios.

2 Prestó sus primeros servicios militares en Asia, en la plana mayor del pretor Marco Termo. Enviado por éste a Bitinia con el encargo de traer una flota, prolongó su estancia ociosamente junto a Nicomedes[11], no sin que sur-

---

[8] Uno de los colegios religiosos de mayor antigüedad; la tradición las hace remontar a tiempos anteriores a Rómulo (su madre había sido vestal). Encargadas principalmente de mantener encendido el fuego sagrado sobre el altar de la *Regia,* eran escogidas entre las doncellas patricias sin tara física y alojadas en un «convento» (*atrium Vestae*), donde vivían consagradas a sus deberes, bajo el voto de pureza (cuyo incumplimiento era castigado con la muerte) y de ascetismo. Gozaban de un prestigio casi único ante la opinión pública, lo que hacía decisiva su intervención en muchos casos (cf. *Tiberio* 2, 4; *Vitelio* 16; TÁC., *Anales* XI 32; *Hist.* III 81; CIC., *Pro Fonteio* 46), pues su presencia confería derecho de santuario.

[9] Mamerco Emilio Lépido Liviano, cónsul en el 77 a. C. con Décimo Junio Bruto (*CIL* I², pág. 154). Véase CIC., *Bruto* 175; VALERIO MÁXIMO, VII 7, 6.

[10] Como no se nos da el prenombre de este personaje, puede tratarse de Gayo Aurelio Cota, cónsul en 75 a. C., o de su hermano, Marco Aurelio Cota, cónsul en 74, emparentados con César por la madre de éste, Aurelia.

[11] Nicomedes IV Filópator (cf. APIANO, *Mitridates* 7), rey de Bitinia del 94 al 74 a. C.; aliado de Roma contra Mitridates (*ibid.* 11-20), fue

giera el rumor de que se había entregado al rey[12]; rumor que aumentó con su vuelta a Bitinia pocos días después con el pretexto de exigir un dinero que se le debía a cierto liberto cliente suyo. El resto de su campaña le valió mejor fama, y en el asedio de Mitilene fue recompensado por Termo con una corona cívica[13].

Sirvió también en Cilicia a las órdenes de Servilio Isáu- 3
rico[14], pero por poco tiempo. En efecto, al recibir la noticia de la muerte de Sila, y puestas a la vez sus esperanzas en los nuevos disturbios promovidos por Marco Lépido[15], volvió rápidamente a Roma, pero se abstuvo

---

despojado por éste de su reino y repuesto en el trono por Sila en el 84 (*ibid.* 60; PLUTARCO, *Sila* 22, 24), legando a su muerte (en el 74) Bitinia a los romanos, hecho que sirvió de pretexto a Mitridates para su última guerra contra Roma. La misión de César junto a Nicomedes debe situarse entre el 80 y el 79. La referencia al asedio de Mitilene, única ciudad de Asia que continuó la guerra con Roma después de la derrota de Mitridates, confirma esta fecha.

[12] Cf. cap. 49.

[13] La corona cívica era una guirnalda de hojas de roble, normalmente concedida por haber salvado a un conciudadano (cf. AULO GELIO, *Noches Áticas* V 6, 11).

[14] Publio Servilio Vatia Isáurico, cónsul en el 79. Después del consulado dirigió una campaña contra los piratas que infestaban el Mediterráneo y se habían convertido en un problema para Roma. Cilicia era uno de los principales nidos de piratas, hasta el extremo de que con el nombre de cilicios se designaba a todos los piratas en general. La estancia de César con Servilio debe situarse en el 78, ya que inmediatamente después Suetonio dice que regresó a Roma nada más saber la muerte de Sila, ocurrida en ese año.

[15] Marco Emilio Lépido, padre del triunviro; cónsul en el 78 a. C. con Quinto Lutacio Cátulo; intentó abrogar las leyes de Sila y fue derrotado por Pompeyo y Cátulo en la batalla del Campo Marcio (cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 16; APIANO, *Guerra Civil* I 107; LIV., *Epitome* XC).

precisamente de aliarse con Lépido, aunque se le invitaba a ello con condiciones muy ventajosas, porque desconfiaba tanto de su capacidad como de la ocasión, que había hallado menos propicia de lo que pensaba.

4 Por lo demás, una vez apaciguada la revuelta civil, acusó de concusión a Cornelio Dolabela[16], excónsul y hombre distinguido con los honores del triunfo, y, absuelto éste, decidió retirarse a Rodas[17], tanto para hurtarse al rencor como para consagrar su atención, en el ocio y el descanso, a Apolonio Molón[18], maestro de retórica muy famoso por entonces. Mientras se trasladaba allí, ya en los meses de invierno, fue capturado cerca de la isla de Farmacusa[19] por unos piratas y permaneció junto a ellos, no sin enorme indignación, casi cuarenta días, junto con un médico y dos ayudas de cámara, pues a sus res-
2 tantes compañeros y siervos los había despachado desde el primer momento a buscar dinero para su rescate. Cuando al fin lo desembarcaron en una playa tras la entrega de cincuenta talentos, no aplazó un instante la persecución de los fugitivos, lanzando inmediatamente una escuadra contra ellos, ni su castigo una vez que los tuvo en su poder, castigo con el que les había amenazado[20] a menudo

[16] Gneo Cornelio Dolabela, partidario de Sila; tribuno de la plebe (?) en el 89, legado en el 83-82, cónsul en el 81, procónsul de Macedonia del 80 al 78. El juicio tuvo lugar en el 77 y Dolabela fue defendido por Cota y Hortensio. Sobre el discurso de César véase cap. 55, 1.

[17] No inmediatamente después del juicio, sino algún tiempo más tarde, probablemente a fines del 75.

[18] Maestro también de Cicerón (CIC., *Bruto* 312; 316; PLUTARCO, *Cicerón* 4, 5).

[19] Situada cerca de las costas de Asia Menor, al norte de Mileto.

[20] Cf. cap. 74.

entre bromas. Como por entonces Mitridates devastaba[21] las regiones vecinas, para no parecer inactivo mientras los aliados se hallaban en peligro, pasó a Asia desde Rodas, adonde había continuado viaje, y, con el reclutamiento de tropas auxiliares y la expulsión de la provincia del prefecto del rey, consiguió contener dentro de los límites de la lealtad a las ciudades vacilantes y dudosas.

Durante su tribunado militar[22], primer cargo que ob- 5
tuvo por sufragio popular tras su regreso a Roma, no regateó esfuerzos para ayudar a los promotores del restablecimiento del poder tribunicio, cuya fuerza había sido recortada por Sila[23]. Por medio de la ley Plocia consiguió, además, la vuelta a la ciudad de Lucio Cinna[24], hermano de su mujer, y de todos aquellos que con él siguieron a Lépido[25] en la revuelta civil y que se habían refugiado junto a Sertorio[26] después de la muerte del cón-

[21] En los comienzos de la tercera guerra contra Mitridates (74-63 a. C.).

[22] En los *comitia tributa* (las elecciones por tribus) se nombraban anualmente veinticuatro tributos militares, seis por legión. Éstos eran oficiales superiores, directamente a las órdenes del cónsul o pretor, que comandaban la legión normalmente por turnos y tenían, cada uno de ellos, a su cargo diez centurias, o sea mil hombres.

[23] Las reformas de Sila habían disminuido el poder de los tribunos de la plebe. Para restablecerlo, se produjeron constantes agitaciones desde el año 75 hasta el 70, en que se consiguió por fin su restablecimiento durante el consulado de Pompeyo. Probablemente los movimientos de César en apoyo a dicho restablecimiento se alargaron hasta este año.

[24] Lucio Cornelio Cinna, sospechoso más tarde, aunque sin suficiente fundamento, de ser cómplice en el asesinato de César (cf. cap. 85). Pretor en el 44 a. C.

[25] Cf. cap. 3, nota 15.

[26] A finales del 77 los restos del ejército de Lépido, venidos de Cerdeña con Perpenna, engrosaron las tropas de Sertorio en Hispania. La derrota final de la causa de Sertorio no se produjo hasta después de

sul[27], y él mismo pronunció un discurso sobre este asunto.

6 Siendo cuestor[28], pronunció en la tribuna de las arengas[29], según la costumbre, el elogio fúnebre de su tía Julia[30] y de su mujer Cornelia, que habían fallecido. Y, por cierto, en el panegírico de su tía habló en los siguientes términos acerca de la ascendencia de ésta y de su propio padre por ambas ramas: «El linaje de mi tía Julia desciende de reyes por línea materna, mientras que por la paterna está unido con los dioses inmortales. Pues de Anco Marcio parten los Marcios Reyes, que fue el nombre de su madre; de Venus, los Julios[31], de cuya estirpe es nuestra familia. Coexisten, pues, en su linaje el carácter sagrado de los reyes, que ostentan entre los hombres el máximo poder, y la reverencia debida a los dioses, a quienes hasta los
2 reyes se encuentran sometidos». Para reemplazar a Cornelia desposó a Pompeya, hija de Quinto Pompeyo[32] y nieta de Lucio Sila, de la que después se divorció[33], creyen-

---

su muerte a traición, en el 72 a. C., víctima de un complot organizado por algunos elementos romanos de sus propias tropas.

27 Tras su derrota en el Campo Marcio, Lépido se retiró a Etruria, donde fue derrotado por segunda vez, huyendo acto seguido con los restos de sus tropas a Cerdeña, donde murió poco después.

28 Año 68 a. C.

29 Los *rostra* (tribuna de las arengas) recibían su nombre de los espolones de las naves capturadas al enemigo con que esta tribuna estaba adornada. Situada en un principio en el ángulo sureste del Comicio, fue desplazada más tarde por César a su localización definitiva en el Foro.

30 Hermana de su padre, viuda de Mario.

31 La *gens Iulia* se gloriaba de ser descendiente de Venus por Julo (el otro nombre de Ascanio, hijo de Eneas), fundador de su linaje, que tenía a esta diosa por abuela.

32 Quinto Pompeyo Rufo, cónsul en el 88 junto con Sila (Liv., *Epitome* LXXVII; Plutarco, *Sila* 8, 6; Apiano, *Guerra Civil* I 56).

33 En el 62 a. C. Se había casado con ella en el 67.

do que había sido seducida por Publio Clodio[34], sobre el cual tan firme era el rumor de que había llegado hasta ella disfrazado de mujer con ocasión de una ceremonia pública religiosa, que el Senado ordenó abrir un proceso de investigación de sacrilegio.

Como cuestor le tocó en suerte la Hispania Ulterior[35]; 7
en su recorrido por las diversas audiencias de esta provincia para administrar en ellas justicia por comisión del pretor, llegó a Cádiz, donde vio junto al templo de Hércules la estatua de Alejandro Magno[36]; entonces se puso a gemir y, como arrepentido de su desidia, porque, según él, no había realizado aún nada memorable a la edad en que ya Alejandro había sometido el orbe terrestre, solicitó de inmediato una licencia para aprovechar cuanto antes en Roma las ocasiones de emprender asuntos de mayor envergadura. Además, los adivinos le hicieron concebir las 2

---

34 Cf. cap. 74, 2. La ceremonia de la que se habla aquí son los ritos de la *Bona Dea,* a los que sólo las mujeres podían asistir. Para otras referencias a este personaje, cf. cap. 20, 4, y 26, 1.

35 La Hispania meridional, una de las dos provincias (la del norte era la llamada Citerior) en que quedó dividida Hispania a comienzos del siglo II a. C. como consecuencia de las guerras púnicas y el dominio romano sobre la península. Más tarde, bajo Augusto, fue subdividida en dos nuevas provincias, la Bética y la Lusitania, mientras que la Citerior recibía el nombre de Tarraconense.

36 Plutarco (*César* 11, 5 y 6) narra este incidente de distinta manera. Según él, lo que hizo derramar lágrimas a César fue la lectura de un libro sobre Alejandro. Por otra parte, tanto él (*César* 11, 3) como Dión (XXXVII 52, 2) refieren esta anécdota a la época de la pretura de César en Hispania (año 61-60 a. C.) y no a la de su cuestura. La historia, sin embargo, tiene más sentido si se sitúa en esta última ocasión, pues entonces César tendría aproximadamente los mismos años que Alejandro después de sus conquistas en el este, mientras que, si se sitúa durante la pretura, sería varios años mayor.

más altas esperanzas cuando, sumido en la confusión por el sueño de la pasada noche (pues, mientras dormía, había soñado que violaba a su madre), lo interpretaron como un presagio del dominio del globo terráqueo, puesto que la madre que había visto sometida a él no era otra que la tierra, considerada madre de todas las criaturas.

8 Dejando, pues, su provincia antes de tiempo, visitó las colonias latinas[37], que andaban por entonces ocupadas en solicitar el derecho de ciudadanía, y las hubiera empujado a alguna temeridad si los cónsules no hubiesen por este mismo motivo retenido por algún tiempo a las legiones alistadas para Cilicia.

9 Pero no dejó por esto de tramar acto seguido en Roma proyectos más ambiciosos; en efecto, pocos días antes de tomar posesión del cargo de edil[38], incurrió en la sospecha de haber conspirado con el excónsul Marco Craso[39] y con Publio Sila[40] y Lucio Autronio[41], condenados am-

37 Durante la guerra social (91-88 a. C.) se concedió el derecho de ciudadanía a muchas ciudades de Italia, así como a las colonias latinas de la Galia Cispadana. Los pueblos de la Galia Transpadana, que habían recibido únicamente el derecho latino, reclamaban también para ellos el derecho de ciudadanía.

38 Año 65 a. C.

39 Cónsul con Pompeyo en el 70 a. C. Véase cap. 19, 2.

40 Publio Cornelio Sila, quizá sobrino del dictador. Fue acusado más adelante de complicidad en la conjuración de Catilina del año 63 a. C. (cf. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 17, donde se le menciona entre los conjurados) y defendido por Cicerón y Hortensio en el 62 (cf. CIC., *Pro Sulla*). Para el complot de Sila y Autronio en el 66-65 véase SALUSTIO, *loc. cit.* 18. Sila fue más tarde legado de César en la campaña del 48 a. C. (CESAR, *Guerra Civil* III 51, 89 y 99).

41 Cuestor en el 75 a. C. Su nombre era Publio, no Lucio (cf. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 17, 3, etc.). Implicado también en el complot del 63 a. C. (*ibid.* 17, 3; 47, 1; 48, 7), fue acusado y condenado en el 62 (CIC., *Pro Sulla* V 15-17; VI 18-20).

bos por cohecho después de haber sido nombrados cónsules[42], para asaltar el senado a principios de año y, tras pasar por las armas a quienes tuvieran decidido, apoderarse Craso de la dictadura, nombrarle a él mismo, César, jefe de la caballería y, organizada la república a su arbitrio, restituir el consulado a Sila y a Autronio. Mencionaron esta conjuración Tanusio Gémino[43] en su historia, 2
Marco Bíbulo[44] en sus edictos y Gayo Curión padre[45] en sus discursos. A ella parece también referirse Cicerón cuando cuenta, en una carta a Axio[46], que César confirmó como cónsul el despotismo en el que había ya pensado siendo edil. Tanusio añade que Craso, por arrepentimiento o por miedo, no se presentó el día fijado para el asesinato, y que por esa razón tampoco dio César la señal que estaba convenido que diera; Curión, por su parte, afirma que esta señal consistía en dejar caer la toga de su hombro. El mismo Curión, pero también Marco Actorio Na- 3
són[47], cuentan que conspiró además con el joven Gneo Pisón[48], a quien le fue concedida de buen grado la provincia de Hispania a título extraordinario por esta sospe-

42 En el 66 a. C. (para el 65). Tras su condena, se eligieron cónsules en su lugar a Lucio Cota y Lucio Torcuato.

43 Un oscuro analista de fines de la república; mencionado por Séneca (*Cartas a Lucilio* 93, 11).

44 Cf. caps. 19, 1 y 2; 20, 1 y 2.

45 Gayo Escribonio Curión, cónsul en el 76 a. C. Orador famoso, duramente tratado por Cicerón (*Bruto* 210-20), que menciona una obra suya llena de invectivas contra César. Para otros ataques de Curión a César véanse caps. 49, 1, y 52, 3.

46 Un rico senador (CIC., *Epistolae ad Atticum* I 12, 1; III 15, 3; IV 15, 5).

47 Citado de nuevo en el cap. 52, 1.

48 Gneo Calpurnio Pisón, figura prominente en el complot del 66-65 a. C. (cf. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 18, 4 y 5).

cha de complot en la ciudad; y que habían pactado sublevarse a un tiempo, uno fuera, el otro en Roma, valiéndose de los ambrones[49] y de los transpadanos[50]; pero que su plan se vio frustrado por la muerte de Pisón[51].

10 Siendo edil, además del Comicio[52], el Foro y las basílicas[53], decoró incluso el Capitolio con unos pórticos provisionales para exponer en ellos una parte de los pertrechos de que disponía en abundancia. Ofreció asimismo, tanto con su colega como por separado, espectáculos de caza y juegos, con el resultado de que sólo él recibía el agradecimiento incluso por los gastos hechos en común, declarando abiertamente su colega Marco Bíbulo[54] que le había sucedido lo que a Pólux, a saber, que de la misma manera que el templo levantado en el Foro para los dos hermanos llevaba sólo el nombre de Cástor, así también

---

[49] Los ambrones ligures (PLUTARCO, *Mario* 19, 5; DIÓN, XLIV 42, 4).

[50] Cf. cap. 8 y nota 37.

[51] En Hispania, a manos de la caballería hispana que formaba parte de sus tropas (SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 19).

[52] Plaza pavimentada de mármol, situada en el extremo noroeste del Foro, donde se celebraban las asambleas del pueblo.

[53] Edificios públicos rectangulares, situados en el Foro, donde se reunían los abogados y comerciantes. La primera basílica fue la levantada en el 184, año de su censura, por Marco Porcio Catón y por él llamada Basílica Porcia, destruida por completo en el incendio del año 52 a. C. Le siguió la Basílica Fulvia y Emilia, levantada en el 179 por Marco Fulvio Nobilior y Emilio Lépido. Diez años después se construyó la Basílica Sempronia, debida a la iniciativa del censor Tiberio Sempronio Graco, padre de los hermanos Graco, y en el 121 el cónsul Opimio levantó la Basílica Opimia. Éstas son las basílicas anteriores a César, que también levantó más tarde una en el Foro, la Basílica Julia, acabada por Augusto.

[54] Colega de César como edil, así como, más tarde, en la pretura (CÉSAR, *Guerra Civil* III 16, 3) y en el consulado (cf. cap. 19 y 20, 1 y 2).

la munificencia suya y de César se atribuía únicamente a éste último. Todavía añadió César un combate de gladia- 2
dores, pero con bastantes parejas menos de lo que había proyectado, pues, espantados sus enemigos ante la numerosa cuadrilla que había reunido de todas partes, se tuvo la precaución de fijar el número máximo de gladiadores que cualquier ciudadano podía tener en Roma.

Después de haberse ganado así el favor del pueblo, 11
intentó, con el apoyo de una parte de los tribunos, que se le concediera por plebiscito la provincia de Egipto[55], aprovechando la ocasión que se le presentaba de obtener un mandato extraordinario, porque los alejandrinos habían expulsado[56] a su rey, declarado por el Senado aliado y amigo[57], y todo el mundo desaprobaba este hecho. Pero no lo consiguió ante la oposición del partido de los optimates. Para disminuir a su vez la autoridad de éstos por todos los medios posibles, volvió a erigir los trofeos conmemorativos de las victorias de Gayo Mario sobre Jugurta y sobre los cimbros y los teutones, demolidos tiempo atrás por Sila, y, al instruir el proceso contra los asesi-

---

[55] En tiempos de César, Egipto no era todavía provincia romana, pues fue Augusto el que la redujo a esa categoría (cf. *Augusto* 18, 2; *Julio* 35, 1). La palabra *provincia* ha de entenderse aquí, pues, en su primer significado: la competencia de un magistrado y la región donde ésta se ejerce. Craso hizo, como censor, un intento fallido de anexionar Egipto en el 65 a. C. Quizá César estaba actuando a este respecto como su agente.

[56] Aquí Suetonio comete un error. Esto no sucedió hasta el 58 o 57 a. C. (CIC., *Epistolae ad familiares* I 1-7; *Epistolae ad Quintum fratrem* II 3, 2; DIÓN, XXXIX 12-16).

[57] Sigue el error. El Senado no le dio a Ptolomeo este título hasta el 59 a. C. (CÉSAR, *Guerra Civil* III 107, 2). Éste era el término habitual para designar a un rey dependiente.

nos[58], incluyó también entre éstos a aquellas personas que, durante la proscripción, habían recibido dinero del erario público por presentar las cabezas de ciudadanos romanos, a pesar de haber quedado exceptuados por las leyes Cornelias[59].

12 Sobornó también a un hombre[60] para que hiciera comparecer en juicio por alta traición a Gayo Rabirio, que había sido el principal colaborador del Senado algunos años antes[61] en la represión del intento de sedición del tribuno Lucio Saturnino, y, designado por sorteo como juez del acusado, lo condenó con tanta saña que, cuando éste apeló al pueblo, nada le fue tan útil como la severidad mostrada por su juez.

13 Habiendo renunciado a su esperanza de conseguir la provincia, presentó su candidatura para el cargo de pontífice máximo[62], no sin repartir el dinero a manos llenas. Pensando en la magnitud de la deuda contraída a tal efecto, parece que, al salir de mañana para los comicios, le

[58] En el 64 a. C., como exedil.

[59] Se llaman así, en bloque, las leyes del dictador Lucio Cornelio Sila. Suetonio no especifica por qué ley en concreto.

[60] El tribuno de la plebe Tito Atio Labieno. Para este asunto véase principalmente Dión (XXXVII 26-8) y el discurso de Cicerón *Pro Rabirio*, del 63 a. C.

[61] Concretamente, treinta y siete años antes, pues Saturnino murió en el 100 a. C. y este proceso se intentó en el 63.

[62] A la muerte de Metelo Pío (DIÓN, XXXVII 37, 1). El cargo de pontífice máximo, la más alta autoridad religiosa, estaba restringido a los patricios y su posesión era de por vida (APIANO, *Guerra Civil* V 131). No se conoce la fecha exacta del nombramiento de César. Plutarco (*César* 7, 1) lo menciona, igual que Suetonio, entre la restauración de los trofeos de Mario y la conjuración de Catilina; Salustio (*Conjuración de Catilina* 49, 2) lo sitúa antes de la conjura, mientras que para Dión (*loc. cit.*) se produjo después del complot. La fecha más probable es la más temprana.

anunció a su madre[63], mientras ella le besaba, que no volvería a casa si no era como pontífice. Y, de hecho, triunfó de tal manera sobre sus dos poderosísimos competidores[64], que le sobrepasaban ampliamente en edad y dignidad, que él solo obtuvo más votos en las tribus de ellos que los otros dos en todas.

Era pretor electo cuando se descubrió la conjuración 14
de Catilina[65] y, mientras el Senado en pleno[66] pedía la última pena para los cómplices del delito, fue el único que propuso[67] que se les encarcelara por separado en diferentes municipios, tras confiscárseles sus bienes. Es más, incluso inspiró tanto miedo a los que aconsejaban medidas más duras, poniendo insistentemente ante su vista cuánto rencor les guardaría la plebe romana en el futuro, que Décimo Silano[68], cónsul electo, no tuvo reparo en darle a su opinión una interpretación más suave, ya que cambiarla hubiera resultado indecoroso, como si la hubieran tomado en un sentido más riguroso del que él mismo había querido darle. Y se habría salido con la suya, pues 2

[63] Aurelia. Cf. cap. 74.

[64] Servilio Isáurico (véase cap. 3) y Cátulo, el *princeps senatus* (véase cap. 15). Cf. PLUTARCO, *César* 7, 1; VEL. PAT. II 43, 3; SALUSTIO, *Conjuración de Catilina*, 49, 2.

[65] Año 63 a. C.

[66] En la reunión del Senado convocada por Cicerón las nonas (día 5) de diciembre del año 63.

[67] Para el contenido del discurso de César véase SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 51.

[68] Cónsul en el 62 a. C. Como cónsul electo, era el primero a quien se le pedía su parecer, y optó por la ejecución de los conspiradores detenidos. Después del discurso de César y ante el efecto que causó en la asamblea, Cicerón, cónsul y magistrado convocante de la reunión, pronunció su cuarta catilinaria, abriendo de nuevo la *rogatio sententiarum* (consulta de pareceres). Silano, hablando otra vez en primer lugar, se pronunció contra la ejecución.

ya se habían pasado a él muchos senadores, y entre ellos Cicerón, hermano del cónsul, si el discurso de Marco Catón [69] no hubiese devuelto su firmeza al Senado vacilante. Mas ni siquiera entonces dejó de estorbar la resolución, hasta que un grupo de caballeros romanos, que montaba guardia en torno a la curia provisto de armas, le amenazó de muerte por perseverar de forma tan desmedida, blandiendo incluso de tal modo sus espadas desenvainadas contra él, que los que estaban a su lado, todos a una, le dejaron en su asiento y apenas unos pocos pudieron protegerle abrazándole y cubriéndole con sus togas [70]. Entonces, realmente asustado, no sólo cedió, sino que, en lo que quedaba de año [71], no volvió a comparecer en la curia.

15 El primer día de su pretura [72] citó a Quinto Cátulo [73] para que rindiera cuentas ante el pueblo acerca de la res-

---

[69] Marco Porcio Catón, bisnieto de Catón el Censor, fue un constante oponente de César (cf. caps. 19, 1; 20, 4; 30, 3). Tribuno electo en el 63 (para su discurso en la sesión del Senado donde se decidió la suerte de los seguidores de Catilina cf. SALUSTIO, *Conjuración...*, 52), pretor en el 54, era un republicano acérrimo de carácter inflexible. Se suicidó en Útica el año 46.

[70] Plutarco (*César* 8, 2) y Salustio (*Conjuración...*, 49) sitúan este hecho cuando César salía del Senado, y no durante la reunión, y sin duda están en lo cierto. Salustio, por otra parte, lo refiere al 4 de diciembre en lugar de al 5, en lo que parece claramente equivocado. Según Plutarco (*loc. cit.*), Cicerón fue uno de los que le protegieron.

[71] Menos de un mes, pues la sesión, como ya se ha dicho, tuvo lugar el 5 de diciembre.

[72] 1 de enero del 62 a. C.

[73] Quinto Lutacio Cátulo, hijo del personaje del mismo nombre vencedor de los cimbros. Cónsul en el 78 a. C., censor en el 65, y por esta época *princeps senatus*, este personaje había desbaratado los planes de Craso y César sobre Egipto durante su censura (PLUTARCO, *Craso* 13, 2), había sido oponente de César para el pontificado máximo en el 63

tauración del Capitolio [74], presentando un proyecto de ley por el que transfería a otro [75] este cometido; pero, impotente frente a la coalición de los optimates, a quienes veía acudir en masa, abandonando al instante sus deberes para con los nuevos cónsules [76], con el firme propósito de oponerle resistencia, renunció a esta propuesta suya.

Por otra parte, prestó su aliento y su defensa más 16
tenaz a Cecilio Metelo [77], tribuno de la plebe, que, frente a la oposición de sus colegas, proponía unas leyes en extremo subversivas [78], hasta que ambos fueron cesados en sus funciones públicas [79] por un decreto del Senado. No

---

(véase nota 64 al capítulo 13) y había tratado de incluir a César en el proceso contra los cómplices de Catilina (SALUSTIO, *Conjuración...*, 49, 1). César, por tanto, actuaba ahora contra un enemigo personal.

[74] El templo de Júpiter Capitolino había resultado dañado en el incendio del año 83 a. C. (PLUTARCO, *Sila* 27, 13; APIANO, *Guerra Civil* I 83) y su restauración fue confiada a Cátulo, que dedicó el nuevo templo en el 69 a. C. (Cf. *Augusto* 94, 8; TÁC., *Hist.* III 72).

[75] A saber, Gneo Pompeyo.

[76] Los cónsules que comenzaban en su cargo (el día 1 de enero) venían, escoltados por los senadores, a presentar sus respetos a Júpiter Capitolino, cuyo templo estaba en reconstrucción. César quiso aprovechar este momento de ausencia de los optimates para llevar a cabo su acción contra Cátulo, uno de los principales líderes de aquéllos.

[77] Quinto Cecilio Metelo Nepote, tribuno de la plebe en el 62 a. C. (PLUTARCO, *Catón el Menor* 20 y 21); cónsul en el 57.

[78] No sabemos a qué leyes en concreto se refiere aquí Suetonio. Sólo tenemos noticias de la ley por la que Metelo proponía llamar a Pompeyo a Italia con sus fuerzas para encargarse de la salvación de Roma, amenazada por Catilina (DIÓN, XXXVII 43, 1; PLUTARCO, *op. cit.* 26, 2). Los colegas de Metelo que más oposición le presentaron fueron Catón y Minucio Termo (PLUT., *op. cit.* 26-29; DIÓN, XXXVII 43, 2 y 3). Metelo reprochaba también a Cicerón la ejecución de los conspiradores, pero no tenemos evidencia de que propusiera una ley a este respecto.

[79] Suetonio es nuestra única fuente para esta suspensión de César en su cargo.

obstante, él se atrevió a seguir en su cargo y a impartir justicia[80]; pero cuando supo que estaban dispuestos a impedírselo por la fuerza de las armas, despidió a sus lictores[81], se despojó de su pretexta[82] y se refugió secretamente en su casa, dispuesto a permanecer retirado, ya que
2 las circunstancias así lo exigían. Incluso contuvo a la muchedumbre que, dos días después, afluía en masa, espontánea y libremente, y le ofrecía, en medio de un gran tumulto, su apoyo para reivindicar su dignidad. Ante esta actuación suya totalmente inesperada, el Senado, que se había reunido a toda prisa a causa de este mismo alboroto, le transmitió su agradecimiento a través de sus miembros más ilustres y, tras haberle hecho venir a la curia y colmarle de las mayores alabanzas, lo restableció en su cargo, revocando su anterior decreto.

17 Cayó de nuevo en otro peligro al ser acusado como uno de los cómplices de Catilina[83] ante el cuestor Novio Nigro por el delator Lucio Vetio[84] y en el Senado por Quinto Curio[85], a quien se habían asignado recompensas públicas por haber sido el primero en revelar los planes

[80] La función particular del pretor.

[81] El pretor tenía dos lictores en Roma y seis en las provincias.

[82] La toga bordada de púrpura que llevaban los cónsules, pretores, censores y ediles curules.

[83] Para otros intentos anteriores de involucrar a César en la conjuración y sospechas sobre su complicidad, cf. SALUSTIO, *Conjuración...*, 49, 1; PLUTARCO, *César* 7-8; *Cicerón* 20, 6 y 7; *Catón el Menor* 23, 1.

[84] Este personaje había ya delatado la conjura a Cicerón en el 63 (*Epistolae ad Atticum* II 24, 2), traicionando la causa a la que primero había servido (DIÓN, XXXVII 41, 2). Era de rango ecuestre (DIÓN, *loc. cit.*), pero un individuo sin escrúpulos. Cf. cap. 20, 5, nota 111.

[85] Cómplice de Catilina, del estamento senatorial (SALUSTIO, *Conjuración...*, 17, 3), el primero en suministrar información sobre el complot y en delatar a Cicerón los planes de los conjurados (*ibid.* 23; 26, 3; 28, 2).

de los conjurados. Curio afirmaba haberlo sabido de labios de Catilina, mientras que Vetio prometía incluso presentar un escrito autógrafo de César dirigido a Catilina.
Pero César, considerando que no podía tolerar de ningún 2
modo una cosa así, demostró, solicitando para ello el testimonio de Cicerón, que algunos detalles sobre la conjura se los había proporcionado él mismo al cónsul por propia iniciativa, y logró que no se dieran las recompensas a Curio; en cuanto a Vetio, se le impuso un embargo, se saquearon sus posesiones y fue apaleado a conciencia y casi despedazado en la asamblea ante la tribuna de las arengas, tras de lo cual César lo hizo encarcelar, medida que también hizo aplicar al cuestor Novio por haber permitido que se acusara ante él a un magistrado superior.

Habiéndole tocado en suerte la Hispania Ulterior[86] al 18
término de su pretura, se libró de los acreedores que le retenían por mediación de unos garantes[87] y partió, contra la costumbre y la ley, antes de que fueran dotadas las provincias[88], no se sabe si por miedo de un proceso, que le preparaban aprovechando el momento en que no ocupaba cargo alguno[89], o para prestar cuanto antes a los aliados la ayuda que solicitaban; y en cuanto la hubo pacificado[90] emprendió el regreso con igual premura, y sin esperar a su sucesor, para solicitar el triunfo y el consula-

[86] Ésta había sido también su provincia como cuestor (cf. cap. 7, 1). Como propretor fue gobernador de ella en el 61 a. C.

[87] Craso entre ellos (PLUT., *César* 11, 1; *Craso* 7, 7).

[88] Es decir, antes de que se hiciera la dotación de fondos y se asignara el personal a los gobernadores que partían para sus provincias.

[89] En el intervalo existente entre el final de su pretura y la confirmación de su nombramiento como propretor.

[90] Para las actividades de César en Hispania como protector cf. PLUT., *César* 12; DIÓN, XXXVII 52, 3; APIANO, *Guerra Civil* II 8. César regresó a Hispania en el verano del 60.

do a la vez. Pero como no podía tenerse en cuenta su
2 candidatura, puesto que las elecciones ya se habían convocado, a no ser que entrase en la ciudad como simple ciudadano[91], y muchos se oponían a sus intrigas para conseguir una exención de las leyes, se vio obligado a renunciar al triunfo para no quedar excluido del consulado.

19 De sus dos competidores al consulado, Lucio Luceyo[92] y Marco Bíbulo[93], se asoció a Luceyo concertando con él que, puesto que era menos influyente pero muy rico, prometería a las centurias dinero de su bolsillo particular en nombre de ambos. Al conocer la noticia, los optimates, temiendo que no hubiera nada a lo que César, elevado a la suprema magistratura, no se atreviera contando con un colega bien avenido y en perfecta concordia con él, aconsejaron a Bíbulo que prometiera otro tanto, y los más cooperaron con dinero, afirmando hasta el propio Catón
2 que esta liberalidad se hacía en beneficio del Estado. Así

[91] Es decir, sin esperar a que le concedieran el triunfo para entrar en Roma, lo que precisaba hacer urgentemente porque tenía que presentar su candidatura al consulado personalmente. Pero ello significaba renunciar al triunfo, pues desde el mismo momento en que cruzara el *pomerium* perdería el *imperium,* y con él la posibilidad de celebrar un triunfo. Por eso intentó que lo eximieran de la obligatoriedad de presentar personalmente su candidatura al consulado. La mayor oposición que encontró para ello fue la de Catón, que impidió que la propuesta fuera votada (PLUT., *Catón el Menor* 31, 5; *César* 13, 2; APIANO, *Guerra Civil* II 8).

[92] Íntimo amigo de Cicerón. Pretor urbano en el 67. En el 66 rehusó el gobierno de Cerdeña. Acusó a Catilina en el 64. Con su fracaso en el 60 en la candidatura al consulado del 59 acabó su carrera política. Posteriormente se dedicó a escribir historia. En el 49 se hallaba en el círculo de Pompeyo. En el 48 obtuvo la gracia de César, regresó a Roma y continuó su relación con Cicerón. Murió probablemente durante las proscripciones del 43.

[93] Cf. caps. 9, 2; 10, 1.

pues, César fue nombrado cónsul[94] junto con Bíbulo. Por el mismo motivo, los optimates procuraron que a los futuros cónsules se les asignaran provincias de muy poco interés, a saber, bosques y caminos de pastura[95]. Incitado César sobremanera por esta injuria, cultivó con todo tipo de atenciones la amistad de Gneo Pompeyo, a la sazón irritado con el Senado porque, según él, tardaba demasiado en ratificar sus actos después de su victoria sobre el rey Mitrídates, y lo reconcilió con Marco Craso, viejo enemigo suyo desde que ambos habían ejercido juntos el consulado en extremo desacuerdo[96], concertando con ambos una alianza en virtud de la cual no se haría nada en el Estado que desagradase a cualquiera de los tres[97].

Una vez que hubo tomado posesión de su cargo[98], fue 20
el primer cónsul que dispuso que se redactaran a diario y se hicieran públicas las actas del Senado así como del

[94] En el año 60 a. C. para el 59.

[95] De acuerdo con la *lex Sempronia* de Gayo Graco (123 o 122 a. C.), el Senado tenía que decretar las provincias consulares, que los cónsules gobernarían al término de su mandato, antes de las elecciones. Previendo que César sería uno de los elegidos, adjudicó a los futuros cónsules provincias secundarias: el comisariado de bosques y prados dentro de Italia.

[96] Para las desaveniencias entre Pompeyo y Craso durante su consulado del 70, cf. PLUT., *Pompeyo* 22-3; *Craso* 12; APIANO, *Guerra Civil* I 121.

[97] El primer trinvirato, formado, según Suetonio, después de las elecciones (julio del 60). Sin embargo, Plutarco (*César* 13-14), Dión (XXXVII 54, 3) y Apiano (*Guerra Civil* II 9) lo sitúan antes de las elecciones, lo cual parece más probable, pues entonces la alianza le habría garantizado a César su elección como cónsul (PLUT., *Pompeyo* 47; *Craso* 14). Probablemente el pacto fuera formalizado antes de las elecciones, pero después de decretadas las provincias consulares.

[98] 1 de enero del 59 a. C.

pueblo. Restableció también la antigua costumbre de hacerse preceder por un ujier y seguir por sus lictores el mes que no le correspondían las fasces [99]. Promulgó asimismo una ley agraria [100], y, como su colega trataba de impedírselo recurriendo a los augurios [101], lo expulsó del Foro por las armas; al día siguiente, Bíbulo presentó una queja en el Senado, pero no encontró a nadie que se atreviera a hacer ningún comentario sobre semejante atropello o a proponer ninguna medida, de las muchas que a menudo se habían tomado a propósito de desórdenes menos graves; así logró César reducirle a tal estado de abatimiento que, hasta que cesó en su cargo, se mantuvo encerrado en su

[99] Es decir, cada mes en que estaba en funciones el otro cónsul, Bíbulo. Los lictores siempre precedían al cónsul, salvo precisamente en los casos en los que su cometido no era oficial

[100] Es probable que las leyes agrarias fueran dos, pero las fuentes no son totalmente claras a este respecto. En todo caso, se basaban en el proyecto de ley presentado en el 63 a. C. por el tribuno de la plebe Publio Servilio Rulo, que había encontrado una fuerte oposición y que no había llegado a aprobarse. En ellas se proponía un reparto de tierras entre el pueblo, probablemente excluyendo en una primera ley el territorio de Campania, que quedaría más tarde incluido en el reparto por una segunda ley, en la que, además, se señalaba como beneficiarios a los ciudadanos más pobres (VEL. PAT., II 44, 4; PLUT., *Catón el Menor* 33, 1) o a aquellos que tuvieran como mínimo tres hijos (APIANO, *Guerra Civil* II 10; DIÓN, XXXVIII 7, 3; véase también SUET., parágrafo 3 de este mismo capítulo). En la práctica, ambas leyes pretendían favorecer ante todo a los veteranos de Pompeyo.

[101] El proyecto tropezó con una fuerte oposición en el Senado. César entonces lo presentó directamente al pueblo. Bíbulo trató de entorpecer por todos los medios posibles la aprobación de la ley y, por último, declaró un «período sagrado» (utilizando su derecho de *spectio* a la espera de presagios), durante el cual el pueblo no podía legalmente reunirse en asamblea. A pesar de ello, César fijó un día para la aprobación de la ley, y cuando su colega intentó hablar contra él en el Foro, fue expulsado y maltratado por la multitud.

casa, limitándose a manifestar su oposición por medio de edictos. A partir de ese momento, César administró solo 2
y a su antojo todos los asuntos públicos, hasta el extremo de que algunos graciosos, al firmar en broma algún escrito para darle validez, no escribían «hecho durante el consulado de César y de Bíbulo», sino «durante el consulado de Julio y de César», citando dos veces a la misma persona por su nombre de familia y por su sobrenombre; y pronto corrían de boca en boca los siguientes versos:

No es con Bíbulo, sino con César, con quien se ha hecho últimamente cualquier cosa; pues nada, que yo recuerde, se hace bajo el consulado de Bíbulo.

Repartió sin sorteo [102] la llanura de Stella [103], consagra- 3
da por nuestros mayores, y el territorio de Campania, dejado como tierras de arriendo en beneficio de la república, entre unos veinte mil ciudadanos que tuvieran tres o más hijos. A los arrendatarios de los impuestos del Estado, que pedían una rebaja, les perdonó la tercera parte del precio del arriendo y los exhortó en público a no pujar desmesuradamente en la adjudicación de los nuevos impuestos. Concedió asimismo con liberalidad las demás peticiones que a cada uno se le antojaron, sin que nadie se atreviera a replicarle, y si alguien lo intentaba, le hacía desistir mediante el temor. En vista de que Marco Catón 4
le ponía objeciones [104], mandó que fuera sacado de la curia por un lictor y conducido a prisión. Como Lucio Lucu-

[102] El reparto se hizo por una comisión agraria integrada por veinte magistrados (*viginti viri agris dividundis*), entre los que se encontraban Pompeyo y Craso.

[103] Región de Campania situada cerca de Cales.

[104] A propósito de las leyes agrarias.

lo[105] le hacía frente sin el menor comedimiento, le inspiró tanto miedo a sus falsas acusaciones[106], que aquél acabó cayendo de hinojos ante él. Cuando Cicerón se lamentaba en un juicio[107] de la naturaleza de aquellos tiempos, el mismo día y a la hora nona concedió César el paso de un orden a otro[108] a Publio Clodio[109], enemigo de aquél, que ya de tiempo atrás se esforzaba en vano por pasar
5 del de los senadores al de la plebe[110]. Por último, contra todos sus adversarios en general, <sobornó al delator Ve-

[105] Lucio Licinio Luculo, cónsul en el 74 a. C. junto con Marco Aurelio Cota. General antes que Pompeyo en la tercera guerra contra Mitridates, en la que se comportó brillantemente, obstruyó en el 61-60 la confirmación en el Senado de los actos de Pompeyo, su sucesor contra Mitridates y acaparador de toda la gloria de la guerra. Probablemente la oposición de Luculo a César que menciona aquí Suetonio iba de nuevo contra la confirmación de los actos de Pompeyo, otra de las propuestas presentadas por César durante su consulado y en esta ocasión aprobada.

[106] Probablemente de concusión en Asia durante su campaña contra Mitridates.

[107] En su defensa de Gayo Antonio, anterior colega suyo en el consulado (Cic., *De domo* 41).

[108] Como a continuación se verá, el paso del orden patricio al plebeyo. Clodio lo necesitaba porque quería presentarse al tribunado de la plebe, magistratura a la que los patricios no tenían acceso. César se lo concedió por adopción en abril del 59 a. C., y así pudo obtener Clodio el tribunado del 58.

[109] César le había ya dejado salir bien librado (cf. cap. 74, 2) del juicio que se siguió contra él a raíz del escándalo mencionado en el capítulo 6, 2. Ahora propició también su paso a la plebe, y con ello la consecución del tribunado del 58, para servirse de este personaje principalmente contra Cicerón, a quien Clodio odiaba personalmente por sus repetidos ataques contra él. Como tribuno de la plebe, Clodio fue quien promovió en el 58 la ley por la que Cicerón se vio obligado a partir para el exilio.

[110] Clodio había ya intentado cambiar de estamento en el 60.

tio[111]> y lo indujo con recompensas a declarar que ciertos individuos le habían pedido que matara a Pompeyo, y a dar, tras dejarse conducir a la tribuna de las arengas, los nombres de los instigadores conforme a lo acordado; pero cuando aquél nombró a una o dos personas sin venir a cuento, y no sin provocar sospechas de fraude, parece que César, desconfiando del resultado de un plan tan peligroso, se libró del delator envenenándolo.

Por el mismo tiempo contrajo matrimonio con Calpur- 21
nia, hija de Lucio Pisón, que le sucedería en el consulado, y a su hija Julia la casó con Gneo Pompeyo, rechazando a su anterior prometido Servilio Cepión[112], con cuya principal ayuda había combatido poco antes a Bíbulo. Después de esta nueva alianza, comenzó a pedir en el Senado la opinión de Pompeyo en primer lugar[113], cuando solía pe-

[111] Siguiendo la lectura de los manuscritos, Ailloud señala en el texto una laguna, pues faltarían al menos el verbo y el complemento directo de la frase. De entre las diversas soluciones que se han propuesto, adoptamos la conjetura de Roth *<indicem subornavit Vettium>inductum*. Sobre Vetio, véase cap. 17. Que es él el personaje del que se habla, se sabe por las demás fuentes que narran este incidente. A raíz de esta actuación suya fue encarcelado y muerto: cf. Butler-Cary, notas sobre el pasaje.

[112] Se han hecho diversos intentos de identificar a este personaje. Según unos, se trataría del hermano de Servilia, la amante de César, legado de Pompeyo en la guerra contra los piratas. Según otros, sería un hijo de éste, muerto en 59 a. C. Por último, se le identifica con Marco Junio Bruto, el tiranicida, cuyo nombre oficial, ya en 59, era Quinto Cepión Bruto. Cf. RE II A 1779.

[113] La *rogatio sententiarum* (consulta de pareceres en el Senado que precedía a la votación sobre cualquier asunto) tenía lugar normalmente en el orden de la lista (*album*) establecida por los censores. En ella figuraban todos los antiguos magistrados, por clases y en orden descendente. En cada clase, los patricios eran inscritos antes que los plebeyos, y los más ancianos (*seniores*) antes que los más jóvenes (*iuniores*). Desde Sila

dir la de Craso y era costumbre que el cónsul conservara durante todo el año el orden de consulta que había establecido en las calendas de enero.

22 Contando, pues, con el apoyo de su suegro y de su yerno, consideró preferible elegir, entre todas las provincias, la de las Galias, porque, debido a los recursos y oportunidades que ofrecía, pensaba hallar en ella una ocasión a propósito para conseguir triunfos[113 bis]. Primero obtuvo, por la ley Vatinia[114], la Galia Cisalpina junto con la Iliria; luego, el Senado[115] le adjudicó también la Comata[116], por el temor de los senadores a que, si ellos se la negaban, el pueblo pudiera concedérsela igualmente.
2 En el arrebato de alegría que le produjo este hecho, no se contuvo de jactarse, pocos días después, en una concu-

el magistrado que preside clasifica a los miembros de cada clase a su arbitrio. Se interroga a los magistrados electos (a partir de la época del año en que los haya) los primeros dentro de su clase. Para la arbitrariedad de César en sus consultas al Senado, cf. AUL. GEL., *Noches Áticas* IV 10, 5.

[113 bis] El pasaje *cuius...triumphorum* plantea problemas de difícil solución. Ninguna de las correcciones propuestas parece totalmente convincente. Ailloud (e igualmente Rolfe y Bassols) sigue la lectura de los manuscritos y coloca una *crux* delante del relativo. El sentido general, sin embargo, es claro.

[114] Presentada directamente al pueblo por el tribuno de la plebe Publio Vatinio y votada a favor. Abolía la anterior adjudicación de las provincias consulares hecha por el Senado (cf. cap. 19, 2) y asignaba a César la Galia Cisalpina y la Iliria por un período de cinco años y con derecho a mantener en ambas provincias tres legiones.

[115] A propuesta de Pompeyo y Craso.

[116] La Galia «melenuda», llamada así por la costumbre de los galos de llevar los cabellos largos. El término se aplicó en un principio a la totalidad de la Galia Transalpina, pero Suetonio lo emplea aquí de forma restringida para designar sólo la Galia Narbonense (también llamada Provincia), la región meridional de la Galia Transalpina, conquistada por Roma en el 122.

rrida sesión del Senado, de haber conseguido lo que deseaba, pese a la oposición y a los lamentos de sus adversarios, y de estar, por consiguiente, dispuesto desde ese momento a saltar sobre la cabeza de todos; y al responder uno de los senadores, para ultrajarlo, que eso no sería fácil para una mujer[117], contestó, como en broma, que también en Siria había reinado Semíramis y que las Amazonas habían en otro tiempo dominado una gran parte de Asia.

Cuando, al término de su consulado, los pretores Gayo 23
Memio[118] y Lucio Domicio[119] abrieron una investigación sobre sus actos del año anterior[120], César remitió al Senado la instrucción del asunto; pero, en vista de que aquél se desentendía y de que se habían perdido tres días en vanas discusiones, se marchó a su provincia, y al punto su cuestor fue llevado ante la justicia bajo varias acusaciones con motivo de un juicio previo. Poco después, él mismo fue también citado a juicio por Lucio Antistio, tribuno

[117] Alusión a las costumbres afeminadas de César (cf. cap. 45, 2 y 3) y al escándalo de Nicomedes (cf. caps. 2 y 49).

[118] Tribuno de la plebe en el 66 a. C.; pretor en el 58 junto con Lucio Domicio Ahenobarbo; propretor de Bitinia en el 57; en el 54 se pasó al partido de César y, con el apoyo de éste (cf. cap. 73), se presentó junto con Gneo Domicio Calvino para el consulado del 53, pero fue acusado de *ambitus* y no lo consiguió. Se le cita también en el capítulo 49 como uno de los difamadores de César.

[119] Lucio Domicio Ahenobarbo, tatarabuelo de Nerón (cf. *Nerón* 2, 2 y 3), gran enemigo de César. Edil curul en el 61 a. C.; pretor en el 58 (su acción contra César como pretor se menciona también en *Nerón* 2); cónsul en el 54 con Apio Claudio Pulcro. Vuelve a hablarse de él en el capítulo 34. Murió en Farsalia (SUET., *loc. cit.*).

[120] Para tratar de invalidar las leyes de César como cónsul en vista de las ilegalidades que había cometido (violencia y desprecio de los auspicios).

de la plebe, y sólo después de haber apelado al colegio
de tribunos logró que no se le acusara, alegando que se
2 encontraba ausente en servicio del Estado[121]. En conse-
cuencia, para su seguridad futura puso todo su empeño
en tener siempre a los magistrados de cada año obligados
para con él y sólo ayudar o permitir que alcanzaran el
cargo aquellos de los solicitantes que le hubiesen dado pa-
labra de defenderle en su ausencia; compromiso del que
no dudó en exigir a algunos el juramento e incluso la pro-
mesa por escrito.

24 Pero como Lucio Domicio[122], candidato al consulado,
le amenazaba públicamente con hacer como cónsul lo que
no había podido siendo pretor y con despojarle de los
ejércitos, hizo acudir a Craso y a Pompeyo a Luca[123],
ciudad de su provincia, y les indujo a que, para desbancar
a Domicio, solicitaran un segundo consulado[124], consi-
guiendo gracias a ambos que se le prorrogara el mando
2 por cinco años. Envalentonado por esto, a las legiones
que había recibido de la república[125] añadió otras a sus
propias expensas, una incluso reclutada entre los galos

121 Una ley Memia (113 a. C.), basada en un artículo de la ley de las Doce Tablas, protegía a los ausentes en servicio del Estado.

122 Cf. cap. 23, 1, nota 119. Domicio intentó por primera vez llegar al consulado en el 56 a. C. para el 55, pero le hicieron desistir por la fuerza de las armas.

123 La moderna Lucca, en la Galia Cisalpina. La entrevista tuvo lugar hacia finales de abril del 56 a. C.

124 Para el 55 a. C. Como Pompeyo y Craso habían sido cónsules en el 70, ya habían transcurrido los diez años previstos por la ley para solicitar el segundo consulado.

125 Tres por la ley Vatinia y una más por el decreto del Senado que le adjudicó también la Galia Narbonense (cf. cap. 22, 1). Este número inicial de cuatro legiones lo fue elevando a sus expensas hasta alcanzar la cifra de diez.

transalpinos, de nombre también galo (pues se llamaba
Alauda[126]), a la que adiestró en la disciplina y proveyó
del equipo romano, concediéndole más tarde el derecho
de ciudadanía en bloque. Acto seguido, no desperdició 3
ninguna ocasión de hacer la guerra, ni siquiera injusta o
peligrosa, atacando sin motivo tanto a los pueblos aliados
como a los enemigos y salvajes, al extremo de que el Se-
nado decretó un día enviar una comisión para investigar
la situación de las Galias y algunos senadores propusieron
entregarle a los enemigos[127]. Pero, como sus empresas sa-
lían bien, obtuvo rogativas públicas[128] más frecuentes y
de mayor cantidad de días de lo que ningún otro general
había obtenido jamás.

En cuanto a las empresas que llevó a cabo durante los 25
nueve años de su mandato[129], son en líneas generales las
siguientes: redujo a la categoría de provincia toda la Ga-
lia, que se encuentra comprendida entre los montes Piri-
neos, los Alpes y los Cevennes, y entre los ríos Rin y
Ródano, y que se extiende en un perímetro de unos tres
millones doscientos mil pasos, a excepción de las ciudades

126 Nombre céltico que significa «alondra», el emblema de esta legión.

127 Una ocasión es recordada a propósito de la derrota y aniquilación de los usipetes y tencteros en el 55 a. C. César les había concedido una tregua de tres días, y reanudó las hostilidades porque dicha tregua no había sido respetada. Pero él, por su parte, no había querido escuchar a los caudillos germanos que vinieron a explicarle el rompimiento de la tregua, e incluso los había arrestado (CÉSAR, *Guerra de las Galias* IV 11-15). Este hecho fue interpretado como un quebrantamiento del *ius gentium* por los enemigos de César, y Catón presentó una propuesta como la mencionada aquí por Suetonio (PLUT., *César* 22, 3; *Catón el Menor* 51, 1), propuesta que era conforme a los usos romanos.

128 Plegarias públicas celebradas en los templos, y acompañadas frecuentemente de procesiones, en acción de gracias por algún beneficio.

129 58-50 a. C.

aliadas y beneméritas, y le impuso en calidad de tributo
2 cuarenta millones de sestercios al año. Fue el primer romano que atacó, mediante un puente fabricado sobre el río, a los germanos, que habitan tras el Rin, infligiéndoles terribles derrotas. Atacó también a los britanos, desconocidos antes, y, tras haberlos derrotado, les exigió dinero y rehenes, sin sufrir más que tres reveses en medio de tantos éxitos: en Britania, cuando su flota fue casi destruida por la violencia de una tempestad; en Galia, al quedar desbaratada una legión junto a Gergovia; y en el territorio germano, muertos en una emboscada sus legados Titurio[130] y Aurunculeyo[131].

26 En el mismo espacio de tiempo perdió primero a su madre[132], luego a su hija[133], y no mucho después a su nieto[134]. Entretanto, como el Senado había decidido, a raíz de los disturbios sociales provocados por el asesinato de Publio Clodio[135], que se nombrara un único cónsul y

130 Véase la nota siguiente. Su derrota vuelve a mencionarse en el capítulo 67, 2.

131 Quinto Titurio Sabino y Lucio Aurunculeyo Cota fueron asesinados, junto con la mayor parte de sus tropas, en una emboscada tendida por Ambiorix cuando comandaban, en el 54 a. C., las quince cohortes establecidas en cuarteles de invierno en el país de los eburones (CÉSAR, *Guerra de las Galias* V 24-37).

132 Aurelia. Cf. cap. 74.

133 En el 54 a. C. Dio Julia a luz prematuramente, y madre e hijo murieron con pocos días de intervalo.

134 Véase nota anterior.

135 Cf. cap. 20, 4, nota 109. Clodio fue asesinado a comienzos del 52, en el curso de una pelea, por los hombres de Milón, su adversario político, de cuya defensa se encargó Cicerón (Milón había contribuido en el 57 a. C., como tribuno de la plebe, a conseguir su amnistía y su regreso a Roma). Para acabar con los desórdenes, Pompeyo fue nombrado *consul sine collega* en el 52.

expresamente Gneo Pompeyo, convenció a los tribunos de la plebe, que proyectaban hacerle colega de Pompeyo, para que propusieran mejor al pueblo que se le permitiera solicitar un segundo consulado estando ausente, cuando estuviese a punto de terminar el período de su mandato, para no tener que abandonar por esta causa su provincia
demasiado pronto y sin haber aún acabado la guerra. Tras 2
haberlo conseguido, teniendo ya en perspectiva proyectos más ambiciosos y lleno de esperanza, prodigó todo tipo de larguezas y atenciones a todos, a expensas públicas y privadas. Con el dinero obtenido de la venta del botín, comenzó un Foro[136], cuyo solar costó más de cien millones de sestercios. Prometió al pueblo un combate de gladiadores y un banquete en memoria de su hija, cosa que nadie había hecho antes que él. Para conseguir la mayor expectación posible ante estos festejos, preparaba también en su propia casa todo lo concerniente al banquete, aunque lo hubiese alquilado a los abastecedores del mercado.
Tenía ordenado que se llevaran por la fuerza y le reserva- 3
ran a los gladiadores de fama siempre que éstos combatían ante un público hostil. En cuanto a los bisoños, no los hacía instruir en una escuela profesional ni por maestros de gladiadores, sino en domicilios particulares, por caballeros romanos e incluso por senadores expertos en las armas, rogándoles a éstos encarecidamente, como se puede ver por sus cartas, que se encargaran de la instrucción de cada uno de ellos en particular y que dirigieran personalmente sus ejercicios. Dobló el sueldo de las legiones a perpetuidad. Siempre que había trigo en abundancia se lo

136 El Foro Julio, al norte del Foro Romano. Un gran recinto rectangular, con el templo de Venus Genetrix (antepasada de la Familia Julia, cf. cap. 6, 1, nota 31) al fondo.

distribuía también sin tasa ni medida, y a veces dio a cada soldado un esclavo sacándolo del botín.

27 Por otra parte, para mantener el vínculo de parentesco [137] y el afecto de Pompeyo, le ofreció por esposa a Octavia [138], nieta de su hermana, que estaba casada con Gayo Marcelo, y le pidió a su vez en matrimonio a su hija, prometida a Fausto Sila [139]. Cuando ya se había asegurado la voluntad de todos los del círculo de Pompeyo, e incluso de una gran parte del Senado mediante préstamos sin interés o a un interés muy bajo, colmaba también de espléndidos regalos a los que acudían a él de las restantes clases sociales, sea obedeciendo a su llamada, sea por propia iniciativa, e incluso a los libertos y esclavos de cada uno, en la medida en que gozaran de la estima
2 de su señor o patrón. Era además el único y más disponible refugio de los acusados, de los que estaban cargados de deudas o de los jóvenes manirrotos, a menos que les agobiara una carga de crímenes, de pobreza o de excesos demasiado pesada como para que él pudiera ponerle remedio; a éstos les decía abiertamente que necesitaban una guerra civil.

28 No era menor el afán con que intentaba atraerse a los reyes y las provincias de toda la tierra, ofreciendo a unos

137 Roto en el 54 a. C. con la muerte de Julia (cf. cap. 26, 1, nota 133), hija de César y esposa de Pompeyo (cf. cap. 21).

138 Octavia la menor, hermana de Augusto, nieta de Julia *minor*, hermana menor de César (cf. cap. 74, nota 299). Sobre ella véase *Augusto* 4, 1, nota 19. Pompeyo rehusó la oferta y Octavia siguió siendo esposa de Marcelo, sobre el cual cf. cap. 29, 1, nota 144.

139 Fausto Cornelio Sila, hijo del dictador y de Cecilia Metela. Nacido antes del 86; tribuno militar en el 63; augur antes del 57; cuestor en el 54 a. C. Se casó con la hija de Pompeyo. En el 49-47 estuvo como procuestor *pro praetore* del lado de Pompeyo. Superviviente de Farsalia y Tapso, fue asesinado por los soldados de César (cf. cap. 75, 3).

como presente miles de prisioneros, enviando a otros tropas auxiliares a donde querían y cuantas veces querían, sin contar con la autorización del Senado y del pueblo romano, y adornando incluso las ciudades más poderosas de Italia, de las Galias y de las Hispanias, y hasta de Asia y de Grecia, con magníficas obras públicas; hasta 2
que, siendo ya general el asombro y preguntándose todo el mundo a qué fin iban encaminadas aquellas acciones, el cónsul Marco Claudio Marcelo [140], después de haber anunciado por un edicto que se iba a ocupar de un asunto de Estado de la mayor importancia, elevó al Senado la propuesta de que se le designara un sucesor a César antes de tiempo, puesto que la guerra había terminado [141], reinaba la paz y el ejército vencedor debía ser licenciado; y que no se tuviera en cuenta su candidatura en las elecciones estando ausente [142], ya que Pompeyo había posteriormente derogado el decreto del pueblo. Había ocurrido, en 3
efecto, que Pompeyo, al presentar su ley sobre los derechos de los magistrados, en el capítulo en que impedía la solicitud de los cargos públicos a los ausentes no había, por olvido, exceptuado ni siquiera a César, y que luego había corregido su error, cuando la ley ya estaba grabada en bronce y depositada dentro del erario. No contento Marcelo con arrebatar a César sus provincias y su privilegio, propuso también que se privara del derecho de ciuda-

140 Amigo de Catón. Cuestor en el 65 a. C.; edil curul en el 56 (?); pretor hacia el 54; cónsul en el 51. Dedicido oponente de César. En el 46 solicitó su favor, pero fue asesinado el año 45 en el Pireo, antes de volver a Italia.

141 La guerra prácticamente había acabado después de Alesia y definitivamente a finales del otoño del 51 a. C.

142 Privilegio que le había sido concedido por el pueblo en el 52 a. C. (cf. cap. 26).

danía a los colonos que en virtud de la ley Vatinia había establecido César en Nuevo Como, alegando que aquél se lo había dado con objeto de atraérselos y pasando por encima de lo que estaba prescrito.

29 Alarmado César por estas acciones y pensando, como parece que le oyeron decir más de una vez, que, siendo el primero de la ciudad, sería más difícil desplazarle del primer orden al segundo que del segundo al último, resistió con todas sus fuerzas, sea mediante la oposición de los tribunos, sea por intermedio de Servio Sulpicio [143], el otro cónsul. Intentando lo mismo también al año siguiente Gayo Marcelo [144], que había sucedido en el consulado a su primo hermano Marco [145], César se procuró como defensores, mediante una gruesa suma de dinero, al colega de aquél, Emilio Paulo [146], y a Gayo Curión [147], el más

143 Servio Sulpicio Rufo, amigo de Cicerón, que le otorga fama de gran jurista. Cuestor en el 75 a. C.; pretor en el 65; cónsul en el 51. Políticamente, mantuvo una cuidadosa neutralidad, siendo enviado por César como gobernador a Acaya en 46-45 a. C.

144 Gayo Claudio Marcelo, cónsul en el 50 a. C. (después de ser pretor en 53 y edil curul en 56). Oponente de César, a pesar de estar lejanamente emparentado con él por su matrimonio con Octavia (cf. cap. 27, 1). En el 49 se pasó a su bando, pero ya no volvió a destacar en política. Sobrevivió a César, muriendo a comienzos del 40.

145 Marco Claudio Marcelo. Cf. cap. 28, 2, nota 140.

146 Lucio Emilio Lépido Paulo, hijo de Lépido (cónsul en el 78 a. C.) y hermano del triunviro. Cuestor en 60/59; edil curul en el 55; pretor en el 53; cónsul en el 50 junto con Gayo Marcelo.

147 Gayo Escribonio Curión, hijo del cónsul del 76 a. C. (cf. cap. 9, 2, nota 45), tribuno de la plebe el año 50. En este cargo se opuso a las propuestas de obligar a César a licenciar los ejércitos y designarle un sucesor, proponiendo a su vez una solución de compromiso: la entrega simultánea del mando por parte de Pompeyo. Como emisario de César, leyó, en la sesión del Senado del 1 de enero del 49, la carta en la que aquél renovaba la oferta de licenciar los ejércitos simultáneamente. Para su muerte en África, véase cap. 36.

violento de los tribunos. Pero al ver la pertinaz insistencia 2
con que se movían todos estos temas y que los cónsules electos [148] eran también del partido contrario, envió cartas al Senado solicitando que no se le quitara el privilegio otorgado por el pueblo [149], o que también los restantes generales dejaran sus ejércitos, confiando, al parecer, en que él reuniría a sus veteranos en el momento que quisiera con más facilidad que Pompeyo a unos soldados bisoños. Se comprometió además con sus adversarios a renunciar a ocho legiones y a la Galia Transalpina si se le concedían dos legiones y la provincia Cisalpina, o incluso una sola legión junto con la Iliria, hasta que alcanzara el consulado [150].

Pero como el Senado no intervenía y sus adversarios 30
se negaban a firmar ningún pacto sobre intereses del Estado, pasó a la Galia Citerior y, después de haber celebrado sus audiencias, se detuvo en Ravena [151], dispuesto a vengar por las armas cualquier decisión demasiado severa que el Senado tomase contra los tribunos de la plebe que uti-

148 Gayo Claudio Marcelo, hermano de Marco Claudio Marcelo (cf. cap. 28, 2, nota 140): edil (?) en 56 a. C., pretor hacia el 53, cónsul en el 49; fuerte partidario de Pompeyo y opositor de César; y Lucio Cornelio Léntulo Crus; pretor en el 58 a. C., cónsul en el 49; violento optimate y también gran oponente de César. Ambos huyeron de Roma con Pompeyo el 18 de enero del 49, al acercarse César.

149 A saber, el de poder presentar su candidatura al consulado estando ausente (cf. caps. 26, 1; 28, 2).

150 Del año 48 a. C., una vez expirado el plazo obligatorio de diez años entre un consulado y otro previsto por la ley (César fue cónsul por primera vez el año 59 a. C., cf. cap. 20). César pretendía conservar el mando de las Galias hasta finales del año 49, presentando en ausencia su candidatura, en el verano de este mismo año, para cónsul del 48. Empalmando su cargo proconsular con el nuevo consulado, evitaría cualquier acción legal contra él.

151 A finales del 50 a. C.

2 lizaban su derecho de veto a favor de él[152]. Y, en efecto, éste fue su pretexto para la guerra civil, pero las causas se cree que fueron otras. Gneo Pompeyo repetía con frecuencia que, puesto que ni podía terminar las obras que había comenzado ni satisfacer con sus propios recursos la expectación popular que había creado sobre su regreso,
3 quiso perturbarlo y confundirlo todo. Otros dicen que temió verse obligado a rendir cuentas de lo que había hecho durante su primer consulado[153] a despecho de los auspicios, las leyes y la oposición de los magistrados, pues Marco Catón a menudo anunciaba, y no sin prestar juramento, que presentaría una acusación contra él tan pronto como hubiese licenciado su ejército, y era opinión común que, si volvía a Roma como simple ciudadano, tendría que defender su causa ante los jueces siguiendo el ejemplo de
4 Milón[154], con hombres armados alrededor[155]. Esta opinión la hace más probable Asinio Polión[156], cuando cuenta

152 Cuando, en la sesión del Senado del 1 de enero del 49, Metelo Escipión elevó la propuesta de que César licenciara sus legiones y dejara el mando so pena de ser declarado enemigo público, los tribunos del año 49, Marco Antonio y Quinto Casio, ejercieron su derecho de veto y vetaron la propuesta.

153 Cf. cap. 20.

154 Véase nota 135 al cap. 26. Milón fue llevado a juicio por el asesinato de Clodio en abril del 52 a. C.

155 En el juicio contra Milón, Pompeyo acordonó la curia para asegurar la condena del acusado.

156 Gayo Asinio Polión (76 a. C.-4 d. C.), cónsul en el 40 a. C., escritor destacado, soldado y político. Republicano convencido, se adhirió en 49 a César y en 43 a Antonio, sin tomar partido en 31. En el 49-48, tribuno militar o legado; acompañó a César en el paso del Rubicón, luchó bajo Curión en África y estuvo también en Farsalia. En el 47, tribuno de la plebe; en el 46-45, legado en África e Hispania; en el 45, pretor; en el 44-43, promagistrado en Hispania Ulterior, donde fue derrotado por Sexto Pompeyo. En el 43 se unió a Antonio en Galia.

que, en la batalla de Farsalia, al ver César a sus adversarios batidos y aniquilados, dijo textualmente estas palabras: «Ellos lo han querido; después de haber realizado tan grandes empresas, yo, Gayo César, habría sido condenado si no hubiese solicitado la ayuda del ejército». Algu- 5
nos opinan que se había apoderado de él el hábito del mando y que, tras haber sopesado atentamente sus propias fuerzas y las de sus enemigos, aprovechó la ocasión de hacerse con el poder absoluto, que había deseado desde su más temprana juventud. Ésta era también, al parecer, la opinión de Cicerón, pues en el libro tercero de su obra «Sobre los deberes»[157] escribe que César siempre tenía en la boca unos versos de Eurípides[158], que él mismo[159] tradujo como sigue:

Pues si hay que violar el derecho, debe hacerse para reinar; en los demás casos, practica la rectitud.

Por tanto, cuando recibió la noticia de que se había 31
pasado por alto el veto interpuesto por los tribunos y de que ellos mismos habían abandonado la ciudad[160], inme-

En 40, cónsul junto con Gneo Domicio Calvino; en 39-38, procónsul en Macedonia. Después de celebrar el triunfo se retiró de la vida política. Produjo varias obras literarias: discursos, una historia de la guerra civil en 17 libros (cf. caps. 55, 4; 56, 4), tragedias y poemas líricos. Fundó la primera biblioteca pública de Roma.

157 *De officiis* III 82.

158 *Las Fenicias* 524. En el texto se encuentran los versos originales intercalados a modo de glosa.

159 Es decir, Cicerón.

160 Cf. cap. 30, 1, nota 152. El Senado pasó por alto el veto interpuesto por Antonio y Casio, y el 7 de enero, con ocasión de la aprobación del *decretum ultimum* que confirmaba la propuesta de Metelo Escipión, declaró la república en peligro. Antonio y Casio se vieron obligados a huir de Roma, yendo a reunirse con César.

diatamente envió por delante sus cohortes en secreto, para no levantar ninguna sospecha, y con el fin de ocultar sus intenciones asistió a un espectáculo público, examinó atentamente los planos sobre los que iba a edificar una escuela de gladiadores y participó, como de costumbre, en un con-
2 currido banquete. Luego, después de la puesta del sol, tras haber uncido a un carro los mulos de un molino cercano, partió en el mayor secreto con una pequeña escolta; al apagarse las luces, se extravió y anduvo largo tiempo errante, hasta que al fin, al amanecer, encontró un guía, consiguiendo salir a pie por senderos muy angostos. Cuando hubo alcanzado a sus cohortes junto al río Rubicón, que señalaba el límite de su provincia, se detuvo un instante y, pensando en la magnitud de la empresa que acometía, volvióse a los que estaban a su lado y les dijo: «Ahora, todavía podemos retroceder; pero si atravesamos este pequeño puente, todo habrá de resolverse por las armas».

32 Ante sus dudas, se le ofreció la siguiente señal prodigiosa. Un hombre de extraordinaria estatura y belleza apareció de repente, sentado en un lugar cercano, tocando una flauta; habiendo acudido en masa para oírle, además de los pastores, una multitud de soldados de los puestos vecinos, y entre éstos también trompetas, le arrebató a uno de ellos su instrumento, se lanzó hacia el río y, comenzando a tocarlo con enorme aliento, se dirigió a la otra orilla. Entonces dijo César: «Vayamos a donde nos llaman los prodigios de los dioses y la iniquidad de nuestros enemigos. La suerte está echada».

33 Y, por consiguiente, hizo pasar el río al ejército, recibió luego a los tribunos de la plebe, que habían acudido allí después de ser expulsados de Roma[161], y ante la asamblea invocó la lealtad de sus soldados llorando y desgarrándose las vestiduras sobre el pecho. Se cree incluso que les prometió a cada uno de ellos el censo ecuestre[162], pero esto se deriva de una falsa interpretación. En efecto, como en el transcurso de su arenga y exhortación afirmara, mostrando reiteradamente el dedo anular de su mano izquierda, que se despojaría de buena gana incluso de su anillo para satisfacer a todos aquellos con cuya ayuda se disponía a defender su dignidad, los soldados del final, a quienes resultaba más fácil verle mientras les arengaba que oírle, tomaron por dicho lo que se deducía de sus gestos, y corrió la voz de que les había prometido el derecho a usar el anillo[163] junto con los cuatrocientos mil sestercios.

El resumen de las acciones que a continuación empren- 34
dió es, por orden cronológico, el siguiente: ocupó Piceno, Umbría y Etruria, sometió a su autoridad e hizo dimitir a Lucio Domicio[164], que con motivo del estado de guerra había sido nombrado su sucesor y ocupaba Corfinio con una guarnición, y se dirigió, siguiendo la costa del mar Adriático, a Brindisi, adonde se habían refugiado los cónsules y Pompeyo[165] con la intención de cruzar el mar
cuanto antes. Después de haber fracasado en su intento 2
de impedir con todo tipo de obstáculos su partida[166], vol-

[161] Cf. cap. 31, 1, nota 160.

[162] 400.000 sestercios, la fortuna exigida al estamento ecuestre.

[163] La insignia de los caballeros, así como de los senadores, era un anillo de oro.

[164] Cf. caps. 23, 1 (nota 119), y 24, 1 (nota 122).

[165] Pompeyo y los cónsules Lucio Cornelio Léntulo y Gayo Claudio Marcelo habían huido de Roma con un gran número de senadores a mediados de enero (Pompeyo el 17; los cónsules el 18) al recibirse las noticias del avance de César. Cf. César, *Guerra Civil* I 14.

[166] A la llegada de César a Brindisi, el 9 de marzo del 49, los cónsules y la mayor parte del ejército habían ya partido (el 4 de marzo); pe-

vió sobre sus pasos en dirección a Roma, habló a los senadores sobre la situación política [167], y marchó contra las mejores tropas de Pompeyo, que se encontraban en Hispania a las órdenes de los tres legados Marco Petreyo [168], Lucio Afranio [169] y Marco Varrón [170], no si antes declarar

---

ro Pompeyo seguía allí con veinte cohortes. César sitió Brindisi, pero no logró impedir su partida, que se efectuó la noche del 17 de marzo. Cf. César, *Guerra Civil* I 25-28.

167 En la sesión del Senado del 1 de abril, tenida en las inmediaciones de Roma. En vista de que el Senado no acababa de decidirse a nada, César saqueó el erario y partió rápidamente para Hispania (sobre el 7 de abril).

168 *Ca.* 110-46. No se pueden fechar los comienzos de su carrera política: tribuno militar, prefecto, legado y, hacia 64, pretor. En 63 fue como legado al encuentro del cónsul Antonio, en cuya representación tuvo el mando, en enero del 62, en la batalla de Pistoya. En 59 se opuso, junto con Catón, a la ley agraria de César (cf. cap. 20). En 55 marchó a Hispania por encargo de Pompeyo, actuando como legado suyo hasta el 49. Juntó sus tropas a las de Afranio para enfrentarse a César en Lérida (cf. cap. 75, 2), capitulando el 2 de agosto. Se reunió con Pompeyo en Grecia y en el 48, tras la batalla de Farsalia, marchó a África, donde en el 46 cosechó algún triunfo hasta la derrota de las tropas pompeyanas en Tapso, tras la cual se quitó la vida junto con Juba.

169 Partidario de Pompeyo. De origen humilde, se destacó como legado suyo en las guerras contra Sertorio y Mitrídates. Con el apoyo de Pompeyo logró el consulado del 60. En el 55 fue enviado junto con Marco Petreyo a Hispania, teniendo que entregarse a César el 2 de agosto del 49 en Lérida. Pasó con las cohortes supervivientes a Dirraquio; participó en la batalla de Farsalia; huyó de África y luchó en Tapso, siendo capturado y muerto (cf. cap. 75, 3) por Publio Sitio.

170 Marco Terencio Varrón (Reatino). Político y erudito destacado. De familia probablemente ecuestre, recibió una esmerada educación en Roma y Atenas. *Triunvir capitalis* antes del 90. Temprano amigo de Pompeyo, con el que participó en Hispania en la guerra de Sertorio. En el 70, tribuno de la plebe, y en el 69, probablemente, pretor. Legado de Pompeyo en la guerra contra los piratas en el 67. Aunque en el 60 se opuso a la alianza de César, Pompeyo y Craso, en el 59 fue nom-

a sus amigos que iba contra un ejército sin general y que de allí volvería contra un general sin ejército. Y aunque le hicieron retrasarse el asedio de Marsella [171], que le había cerrado las puertas en su camino, y una extrema escasez de víveres, logró, sin embargo, rápidamente una total victoria [172].

Tras haber vuelto de Hispania a Roma [173], pasando a 35
Macedonia derrotó por fin a Pompeyo en la batalla de Farsalia [174], después de haberlo tenido sitiado durante casi cuatro meses tras inmensas fortificaciones [175], y persiguiéndolo en su huida a Alejandría, cuando descubrió que

---

brado miembro de la comisión agraria para repartir el territorio campano (cf. cap. 20, 3). Retirado después de la política durante diez años, en los que se dedicó a escribir, en el 49 volvió a la esfera pública como legado de Pompeyo en Hispania Ulterior. Tras la derrota de los legados regulares Afranio y Petreyo, cesó en su oposición a César, quien en 47-46 le encargó la colección de la literatura griega y latina con vistas a la fundación de una biblioteca pública (cf. cap. 44, 2). Al igual que Cicerón, fue proscrito por Antonio, pero como se había mantenido alejado de la política, salvó su vida por la intervención de Quinto Fufio. Murió muy anciano el año 27.

171 Cf. César, *Guerra Civil* I 34-36. Véase también *Nerón* 2, 3.

172 César llegó a Hispania el 22 de junio del 49. Los enfrentamientos ante Lérida habían ya comenzado algunos días antes, pues había destacado previamente hacia Hispania a su lugarteniente Gayo Fabio y a un gran número de tropas (César, *Guerra Civil* I 37-40). La campaña se prolongó hasta el 2 de agosto, fecha en que las tropas de Pompeyo capitularon.

173 César regresó a Roma en noviembre del 49. A comienzos de enero del 48 zarpó de Brindisi y desembarcó en los alrededores de Apolonia.

174 Tesalia meridional, 9 de agosto del 48 a. C.

175 El asedio de Dirraquio (cf. cap. 68, 2 y 3), actual Durazzo, base principal de los pompeyanos, a donde había acudido rápidamente Pompeyo al tener noticia del desembarco de César. El asedio se prolongó de marzo a julio del 48 a. C.

había sido asesinado[176], emprendió una guerra con el rey Ptolomeo[177] (que veía que también a él le tendía emboscadas) especialmente ardua, ya que ni el lugar ni el tiempo le eran favorables, sino que se desarrolló en invierno y dentro de las murallas de un enemigo muy bien pertrechado y muy astuto, mientras que él mismo carecía de todo y no se encontraba preparado. Vencedor en ella, entregó el reino de Egipto a Cleopatra[178] y a su hermano menor, por temor a convertirlo en provincia romana para que fuese un día, en manos de un gobernador lo bastante
2 impetuoso, cuna de revoluciones. De Alejandría pasó a Siria y de allí al Ponto, porque le urgían a ello las noticias sobre Farnaces, hijo de Mitridates el Grande, que por entonces se había levantado en armas aprovechando la ocasión favorable y cuya arrogancia se había ya visto incrementada por numerosos éxitos. Al quinto día de su llegada, a las cuatro horas de haber salido a su encuentro, lo derrotó por completo en una sola batalla[179], razón por la que a menudo mencionaba la suerte de Pompeyo, que había alcanzado su principal gloria militar gracias a un tipo

176 Por los tutores de Ptolomeo, el 28 de septiembre del 48 a. C.

177 Ptolomeo XIII Filópator Filadelfo (61-47), hijo mayor de Ptolomeo XII Auletes y sucesor suyo en el trono, junto con su hermana-esposa Cleopatra VII, a su muerte, acaecida en el 51. La guerra de César con Ptolomeo se prolongó de octubre del 48 a marzo del 47. Ptolomeo murió en ella.

178 Cleopatra VII, hermana mayor y esposa de Ptolomeo XIII y, tras la muerte de éste en el 47, de su otro hermano más pequeño (mencionado a continuación), Ptolomeo XIV (59-44), de quien se libró en el 44 recurriendo al veneno.

179 La batalla de Zela, que tuvo lugar el 2 de agosto del 47 a. C. Para la rapidez en la victoria, véanse las famosas palabras de César mencionadas por Suetonio en el cap. 37, 2.

de enemigos tan ineptos para la guerra. Luego venció[180] a Escipión[181] y a Juba[182], que reanimaban en África los restos de su partido, y a los hijos de Pompeyo en Hispania[183].

A lo largo de todas estas guerras civiles, no sufrió nin- 36
guna derrota, a no ser por sus lugartenientes, de los cuales

180 La campaña de África se desarrolló de diciembre del 47 a abril del 46 a. C. La batalla de Tapso, que puso fin a esta guerra, tuvo lugar el 6 de abril.

181 Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión, llamado Publio Escipión antes de su adopción en la familia de los Metelos, era hijo de Publio Cornelio Escipión Násica y fue adoptado (probablemente por testamento) por Quinto Cecilio Metelo Pío, el predecesor de César como pontífice máximo (cf. *Julio* 13, nota 62). Fue tribuno de la plebe en el año 59 a. C.; edil en 57, año en que fue nombrado asimismo pontífice; pretor en 55; *interrex* en 53 y cónsul en la segunda mitad del año 52 junto con su yerno Pompeyo. A comienzos del año 49 desempeñó en el Senado un papel decisivo en contra de César (cf. cap. 30, nota 152). En 49-48 fue procónsul en Siria, y en este último año marchó a Tesalia con dos legiones, comandando el centro en Farsalia. De allí huyó a África, donde ostentó el mando supremo de los pompeyanos. Sobrevivió a la derrota de Tapso, pero por poco tiempo, siendo interceptado en su fuga por Sitio y suicidándose en Hipona.

182 Juba I, hijo de Hiempsal II (véase cap. 71), rey de Numidia desde poco antes del 50 a. C. Tuvo un papel especial en la política exterior romana durante la guerra civil. Aliado de los pompeyanos y enemigo mortal de César. Aniquiló al ejército de Curión en el 49. Tras la victoria de César en Tapso, huyó a Zama y, rechazado por los ciudadanos, se quitó la vida con Petreyo. El reino de Juba se convirtió en provincia romana (*Africa Nova*), menos lo que pasó a Publio Sitio y a Mauritania.

183 La campaña de Hispania tuvo lugar de diciembre del 46 a marzo del 45 a. C. Finalizó prácticamente con la batalla de Munda (17 de marzo). De los dos hijos de Pompeyo, Gneo y Sexto, el primero combatió en Munda y murió poco después de la batalla; el segundo, tras recibir la noticia de la derrota, huyó, sobreviviendo a esta guerra y a César, y entablando más tarde, durante el segundo triunvirato, guerra con los triunviros. Vencido finalmente en ella, huyó a Asia Menor, donde fue capturado y muerto por orden de Antonio (35 a. C).

Gayo Curión[184] murió en África, Gayo Antonio[185] cayó en poder de sus adversarios en Iliria, en la misma Iliria perdió la flota Publio Dolabela[186], y Gneo Domicio Calvino[187] su ejército en el Ponto. En lo que se refiere a él, luchó siempre con total éxito y sin que ni siquiera el resultado fuera jamás incierto, excepto en dos ocasiones: la primera junto a Durazzo[188], donde, al ver que Pompeyo no le perseguía después de haberle batido en retirada, afirmó que su enemigo no sabía vencer; la segunda en His-

[184] Cf. cap. 29, nota 147. Para su muerte, véase nota 182 al cap. 35.

[185] Hermano del triunviro. Legado de César en 49, fue derrotado cuando intentaba reparar la derrota de Dolabela en el Adriático. En el 44, pretor urbano; en el 43, procónsul en Macedonia. Fue capturado por Bruto en el 43 y ejecutado a comienzos del 42.

[186] Publio Cornelio Dolabela, yerno de Cicerón, aunque más tarde se divorció de su hija Tulia. Por su modo de vida tenía muy mala fama. Se pasó por oportunismo al bando de César y en el 49 luchó en el Adriático, siendo derrotado. En el 48 participó en Farsalia. En el 47, tribuno de la plebe, cargo en el que intentó promover diversas medidas falsamente democráticas. En 47-46 acompañó a César a África y en el 46-45 a Hispania. Fue nombrado por César cónsul *suffectus* para el 44 contra la voluntad de Antonio, aunque no había sido pretor. Tras los idus de marzo se puso del lado de los asesinos, consiguiendo la confirmación como cónsul y la provincia de Siria, a donde partió en octubre de ese mismo año. Tras asesinar al gobernador de Asia, Gayo Trebonio, fue condenado por el Senado, que encargó a Casio de su captura, siendo finalmente derrotado por éste en Laodicea y dándose muerte.

[187] Opositor y luego partidario de César. Legado en 62; tribuno de la plebe en 59; pretor en 56. En 54 intentó ser nombrado cónsul por medios turbios, pero no se celebraron las elecciones, y, tras el interregno de comienzos del 53, fue nombrado cónsul para la segunda mitad del año. Se pasó a César, comandando en 48 parte del ejército de Farsalia. Luchó contra Farnaces y luego en África. En 45 fue nombrado pontífice; en 40 fue cónsul por segunda vez junto con Asinio Polión, y en 39-36 gobernador en Hispania. Vivió probablemente hasta el año 20 a. C.

[188] Cf. cap. 68, 2 y 3.

pania, en el último combate[189], cuando, ante lo desesperado de la situación, pensó incluso en darse muerte.

Acabada la guerra, celebró cinco triunfos: cuatro des- 37
pués de la derrota de Escipión[190], en el mismo mes, pero con algunos días de intervalo, y uno más después de haber vencido a los hijos de Pompeyo. El primero y más sobresaliente de todos fue el de las Galias, le siguió el de Alejandría, luego el del Ponto, a continuación de éste el africano, y en último lugar el de Hispania, cada uno con aparato y pompa diferentes. El día del triunfo gálico, al 2
atravesar el Velabro[191], casi salió despedido del carro, al que se le había roto un eje, y subió al Capitolio a la luz de las antorchas, con cuarenta elefantes que portaban candelabros a su derecha y a su izquierda. En su triunfo del Ponto llevó, entre las andas[192] del cortejo, un rótulo de

[189] En Munda.

[190] En Tapso. Tras la victoria, César regresó a Roma (finales de julio del 46) y celebró su cuádruple triunfo por las victorias de Galia, Egipto, el Ponto y Numidia. A continuación partió para Hispania contra los hijos de Pompeyo, y a su regreso (septiembre del 45) celebró su quinto y último triunfo.

[191] Barrio de Roma situado entre el Foro Romano, el Palatino y el Aventino, cerca del Foro Boario. Formaba parte del recorrido triunfal, que partía del Campo de Marte, atravesaba el Circo Flaminio, el Velabro, la Vía Sacra y el Foro (probablemente, también el Circo Máximo y el Foro Boario), y finalizaba en el Capitolio, donde se ofrecía un sacrificio en el templo de Júpiter Óptimo Máximo.

[192] Las *fercula* —unas plataformas, normalmente sostenidas por dos varas, que se llevaban por lo general a hombros— se utilizaban en la procesión solemne (*pompa*) del triunfo para exhibir en ellas los despojos del enemigo, objetos del botín, algunas veces incluso representaciones de las ciudades conquistadas, etc. En la *pompa* que abría los juegos del circo (véase cap. 76, 1), imitada de la del triunfo, estas andas se empleaban para transportar las imágenes de los dioses. Las célebres palabras «*veni, vidi, vici*», que Suetonio hace figurar en un rótulo exhibido por

tres palabras, «llegué, vi, vencí», que no pretendía, como en las demás ocasiones, resaltar las hazañas de la guerra, sino la particularidad de la rapidez con que la llevó a término.

38 Además de los dos mil sestercios que al comienzo de la guerra civil les había pagado, dio a cada infante de sus legiones veteranas veinticuatro mil a título de botín. Les asignó también campos, pero no colindantes, para no expropiar a ninguno de sus propietarios. En cuanto al pueblo, le hizo distribuir, además de diez modios [193] de trigo por cabeza y otras tantas libras de aceite, los trescientos sestercios por persona que les había prometido anterior-
2 mente [194], más otros cien por el retraso. Les perdonó también el pago del alquiler de un año hasta la cantidad de dos mil sestercios en Roma y no superior a los quinientos en Italia. Añadió un banquete público y un reparto de carne y, después de su victoria en Hispania, dos almuerzos, pues juzgando que el primero de ellos había sido suministrado con escasez y no conforme a su liberalidad, cuatro días después ofreció otro abundantísimo.

39 Dio espectáculos de diverso tipo: un combate de gladiadores, representaciones teatrales incluso por los barrios de toda la ciudad y, lo que es más, por actores de todas las lenguas, e igualmente juegos circenses, juegos atléticos y una naumaquia. En el combate de gladiadores celebrado en el Foro lucharon Furio Leptino, de estirpe pretoriana, y Quinto Calpeno, en otro tiempo senador y abogado. Hijos de casas principales de Asia y de Bitinia bailaron

César en su triunfo del Ponto, son, sin embargo, situadas por Plutarco (*César* 50, 2) en una carta de César a un amigo, y por Apiano (*Guerra Civil* II 91) en una carta dirigida a Roma.

193 El modio era una medida de capacidad equivalente a 8,75 litros.

194 Al comienzo de la guerra civil (cf. DIÓN, XLI 16, 1).

la danza pírrica [195]. Durante las representaciones teatrales, 2
Décimo Laberio, caballero romano, representó un mimo suyo y, premiado con quinientos mil sestercios y el anillo de oro, atravesó la orquesta desde la escena para ir a sentarse en una de las catorce gradas [196]. En los juegos circenses, para los que previamente se había agrandado el área del circo por ambas partes y añadido un foso a su alrededor, condujeron cuadrigas, bigas y caballos sobre los que realizaban ejercicios de salto jóvenes de las más nobles familias. Dos compañías de niños de distintas edades ejecutaron los juegos troyanos [197]. Durante cinco días 3
se dieron espectáculos de caza y por último se libró un combate entre dos formaciones, enfrentándose de uno y otro bando quinientos soldados de infantería, veinte elefantes y treinta jinetes. Por cierto, para que se pudiera

195 Antigua danza griega de carácter guerrero, bajo cuyo nombre se agruparon más tarde en Roma danzas de muy diverso tipo. Cf. *Nerón* 12.

196 Décimo Laberio, famoso autor de mimos, se había granjeado la enemistad de César con su carácter mordaz, por lo que éste se vengó invitándole a competir con Publilio Siro en un concurso de mimos, para humillarlo concediéndole la palma al otro. Además, la actuación de Laberio implicaba la pérdida instantánea de la dignidad ecuestre, quedando reducido al rango de histrión. En el prólogo de su mimo, conservado por Macrobio (II 7, 3), Laberio muestra claramente su dolor por esta degradación. César, efectivamente, concedió la victoria a Publilio, pero, en compensación, devolvió a Laberio el anillo de oro, símbolo del orden ecuestre (cf. cap. 33), y con él la dignidad de caballero, por lo cual Laberio pudo volver a ocupar su sitio en la sección del teatro reservada a los caballeros, las catorce filas más bajas, situadas inmediatamente detrás de la orquesta.

197 Una espectacular competición de carreras y evoluciones ecuestres, descrita por Virgilio (*Eneida* V 545-603).

luchar con más holgura, se habían retirado las metas[198] y en su lugar se habían levantado dos campamentos, uno frente a otro. Hubo competiciones de atletas durante tres días en un estadio levantado para la ocasión en la zona
4 del Campo de Marte. Para la batalla naval se excavó un lago en la Codeta menor[199] y allí se enfrentaron birremes, trirremes y cuadrirremes de la flota tiria y egipcia con gran número de combatientes. Para asistir a todos estos espectáculos fue tan grande la afluencia de público procedente de todas partes, que muchos forasteros paraban en tiendas colocadas en medio de las calles o de las calzadas, y con frecuencia, debido a la multitud, se produjeron muchas víctimas por aplastamiento y asfixia, entre ellas dos senadores.

40 Se aplicó luego a la organización del Estado y reformó el calendario, tan descabalado desde hacía tiempo por el abuso de los pontífices en su facultad de intercalar[200], que

198 El espectáculo se celebró en el Circo Máximo, y la *spina* —barrera central que dividía el espacio del circo, y en torno a la cual se efectuaban las carreras— fue levantada, al igual que los mojones cónicos (*metae*) que la limitaban por sus dos extremos.

199 Las dos Codetas, *maior* y *minor*, eran unos terrenos que debían su nombre (derivado de *cauda*, «cola») a unas plantas que crecían en ellos abundantemente y que por su forma recordaban las colas de caballo: cf. Festo, págs. 34 y 50 ed. Linds. Una de ellas, sin duda la Codeta *maior*, se hallaba al otro lado del Tíber (Festo, pág. 50). La Codeta *minor* estaba en el Campo de Marte, pues Dión (XLIII 23, 4) sitúa en este lugar el terreno que se excavó para el combate naval.

200 Según la opinión más probable, el año romano anterior a César era un año lunisolar, que seguía un ciclo cuadrienal, en el que alternaban los años comunes y los años con intercalación. El año común era de 355 días, repartidos en doce meses, cuatro de 31 días (marzo, mayo, julio y octubre), uno de 28 (febrero) y los otros siete de 29. El año que alternaba con éste era unas veces de 377 días y otras de

ni las fiestas de la siega coincidían con el verano ni las de la vendimia con el otoño, adaptando el año al curso solar, de modo que constase de trescientos sesenta y cinco días y se añadiera sólo un día cada cuatro años, eliminando el mes intercalar. Sin embargo, para que en lo sucesivo 2
el cómputo del tiempo estuviera mejor ajustado a partir de las nuevas calendas de enero, añadió otros dos meses entre noviembre y diciembre; así que el año en que se instituían estas normas tuvo quince meses, contando con el intercalar, que, siguiendo la antigua costumbre, había caído en ese año.

Completó el Senado[201], nombró nuevos patricios, am- 41
plió el número de pretores[202], ediles y cuestores, e incluso de los magistrados menores; rehabilitó a aquellos que

378, pues contaba con la adición de un mes (de 22 o 23 días) intercalado entre el 23 y el 24 de febrero. Este ciclo, resultado de sucesivos esfuerzos por acoplar el calendario lunar primitivo al curso del sol, tenía, sin embargo, un error anual de un día con respecto al año solar (de 365 días y un cuarto). En efecto, la suma de los días de los cuatro años del ciclo (355 + 377 + 355 + 378) arrojaba un total de 1.465 días, cuatro días más que la misma cantidad de años solares. Para corregir este exceso se volvió a dejar la intercalación al arbitrio de los pontífices, que ya en los primeros tiempos la habían manejado a su antojo cuando tenían total control sobre el calendario. Éstos la aplicaron tan abusivamente para fines privados o políticos, que no tardó en llegarse a una total disparidad entre el año civil y el solar. La reforma de César consistió en el calendario juliano, que seguimos manteniendo hoy día. Para salvar el déficit de 67 días que por entonces tenía el año civil con relación al solar, el año 46 a. C., año de la reforma, tuvo dos meses más, intercalados entre noviembre y diciembre. Así, contó con quince meses, pues también se mantuvo el mes intercalar que le correspondía a este año.

201 En el 45 a. C. elevó César el número de senadores de 600 a 900.

202 De 8 a 16. El número de ediles pasó de 4 a 6, y el de cuestores de 20 a 40.

habían sido degradados por actuación del censor o conde-
2 nados por cohecho por sentencia judicial. Se repartió con el pueblo la elección de los magistrados, estableciendo que, a excepción de los aspirantes al consulado, el nombramiento de todos los demás candidatos se efectuara por mitades, una al arbitrio del pueblo y la otra por propia designación. Y designaba a sus candidatos por medio de circulares dirigidas a las tribus con esta breve anotación: «César, dictador, a tal tribu. Os recomiendo a tal persona y a tal otra, para que obtengan su cargo con vuestro voto». Admitió a los cargos públicos incluso a los hijos de los proscritos. Redujo los tribunales a dos tipos de jueces, los del orden ecuestre y los del orden senatorial, suprimiendo a
3 los tribunos del erario, que era el tercero[203]. Hizo un censo del pueblo sin respetar las normas ni el lugar tradicionales, sino calle a calle, por los dueños de las casas de vecindad, y de los trescientos veinte mil plebeyos que recibían trigo del Estado redujo el número a ciento cincuenta mil; y para evitar que en el futuro se produjeran nuevos alborotos con motivo del censo, estableció que todos los años, para reemplazar a los fallecidos, el pretor hiciera un sorteo entre los plebeyos que no hubieran sido incluidos en las listas[204].

42 Distribuyó a ochenta mil ciudadanos en colonias fundadas allende los mares, y, para garantizar a la vez una

[203] La ley Aurelia, del 70 a. C. (debida a la iniciativa del pretor Lucio Aurelio Cota), había dividido los tribunales en tres secciones (decurias), reclutadas la primera entre los senadores, la segunda entre los caballeros, y la tercera entre los tribunos del erario (una clase de ciudadanos con un censo determinado, inferior al de los caballeros). A estos últimos César los excluyó en el 46 por la ley Julia.

[204] En las que figuraban los beneficiarios de las distribuciones públicas de trigo.

suficiente densidad de población en la despoblada Roma, ordenó que ningún ciudadano mayor de veinte años o menor de sesenta, a quien no obligara el servicio militar, permaneciera fuera de Italia más de tres años seguidos; que ningún hijo de senador marchara al extranjero, a no ser en calidad de agregado de un general o acompañante de un magistrado, y que los que criaban ganados tuvieran entre sus pastores no menos de una tercera parte de jóvenes libres. Concedió también el derecho de ciudadanía a todos los que ejercían la medicina en Roma y a los doctores de artes liberales, para que no sólo ellos habitaran la ciudad de mejor grado, sino que también a otros les
fuera apetecible. En lo referente a las deudas, disipó las 2
esperanzas de abolición, que a menudo se despertaban, y finalmente decretó que los deudores satisficieran a sus acreedores tasando sus propiedades al precio por el que las habían comprado antes de la guerra civil y deduciendo de la suma total de la deuda lo que en concepto de intereses hubieran pagado en metálico o en valores fiduciarios; en virtud de este acuerdo se anulaba casi una cuarta parte
de la deuda. Disolvió todas las asociaciones[205], excepto 3
las que databan de época muy antigua. Aumentó las penas por los delitos; y como las personas ricas incurrían más fácilmente en el crimen por cuanto se les desterraba sin detrimento de su patrimonio, sancionó, según testimonio

[205] Un decreto del Senado de 64 a. C. había ya disuelto colegios que, bajo la tapadera de unas actividades legítimas, se utilizaban en realidad para fines políticos contra el Estado (Asconio, 10, pág. 7 Clark). Clodio los restauró en 58. César disolvió más tarde todas las sociedades religiosas, haciendo especial excepción con los judíos (Josefo, *Antigüedades judaicas* XIV 10, 8). El problema no se acabó, sin embargo, y Augusto volvió a disolver todos los colegios, salvo los antiguos y legítimos (cf. *Augusto* 32, 1).

de Cicerón, a los asesinos de parientes cercanos[206] con la confiscación de todos sus bienes y a los demás criminales con la de la mitad de ellos.

43 Administró justicia con el máximo celo y rigor. Expulsó incluso del orden senatorial a los convictos de concusión. Anuló el matrimonio de un expretor que se había casado con una mujer sólo dos días después de que ella se hubiera separado de su marido, aun sin existir sospecha de adulterio. Estableció derechos de aduana sobre las mercancías procedentes del extranjero. Prohibió el uso de literas, de los vestidos de púrpura y de las perlas, salvo a determinadas personas y edades y en determinados días.
2 Puso especialmente en práctica la ley suntuaria, colocando guardias en torno al mercado para que requisaran los alimentos que iban contra lo prohibido y se los trajeran a casa; a veces, hasta enviaba de improviso a sus lictores y soldados, con el encargo de retirarlos de las mesas, ya servidos, en caso de que hubiesen logrado burlar la vigilancia de los guardias.

44 Por lo demás, cada día concebía más y mayores proyectos relativos al ornato y acondicionamiento de Roma, así como a la salvaguarda y engrandecimiento del Imperio: en primer lugar, erigir un templo a Marte, el mayor de

[206] La etimología de la palabra *parricida* ha sido muy discutida. Sea como fuere, al principio designaba al asesino de un hombre libre con premeditación y alevosía. Al término de la república, sin embargo, se usaba ya con el sentido actual. El parricidio era siempre sancionado con la muerte, hasta que la *lex Pompeia*, del 55 a. C., introdujo algunas enmiendas que suavizaban el castigo para los casos menos graves, substituyéndolo por el destierro. A este último caso debía ir referida la medida de César aquí mencionada por Suetonio. Para el tipo de muerte reservado a los casos más graves de parricidio, véase *Augusto* 33, 1, nota 185.

los existentes, cegando y allanando el lago en el que había dado el espectáculo de la naumaquia, y un teatro de enormes dimensiones adosado al monte Tarpeyo; reducir a 2
unos límites determinados el código civil y condensar en muy pocos libros lo que hubiera de mejor e indispensable en la inmensa cantidad de leyes que se encontraban dispersas; abrir al público bibliotecas griegas y latinas lo más abastecidas posible, confiando a Marco Varrón[207] el encargo de la compra y clasificación de los libros; desecar 3
las lagunas Pontinas; desaguar el lago Fucino[208]; construir una calzada desde el Mar Adriático hasta el río Tíber atravesando la cumbre de los Apeninos; abrir un canal en el Istmo[209]; contener a los dacios, que se habían extendido sobre el Ponto y Tracia; llevar luego la guerra a los partos a través de la Armenia Menor y no entrar en combate con ellos sin haber tanteado antes sus fuerzas. La muerte 4
le sorprendió en medio de tales empresas y proyectos. Pero, antes de hablar de ella, no estará de más exponer sucintamente lo que concierne a su naturaleza, su aspecto externo, su modo de vestir y sus costumbres, así como a sus aficiones civiles y militares.

Cuentan que fue de elevada estatura, de tez blanca, 45
miembros bien conformados, rostro un tanto lleno, ojos negros y vivos, y de excelente salud, si exceptuamos que en sus últimos años solía sufrir desmayos repentinos e in-

[207] Cf. cap. 34, 2, nota 170. Varrón fue el único escritor que tuvo en vida una estatua, en la biblioteca del Atrio de la Libertad, la primera biblioteca pública de Roma, fundada en 39 a. C. por Asinio Polión (cf. PLIN. *Historia Natural* VII 115).

[208] La empresa fue también acometida más tarde, con éxito sólo temporal, por Claudio (cf. *Claudio* 20, 1).

[209] Como más tarde Calígula y Nerón (cf. *Calígula* 21; *Nerón* 19, 2, y 37, 3).

cluso pesadillas. Tuvo también dos ataques de epilepsia[210]
2 estando en plena actividad. En lo tocante al cuidado de su cuerpo era bastante meticuloso, hasta el extremo de que no sólo se hacía cortar la barba y afeitar minuciosamente, sino incluso depilar[211], como algunos le reprocharon, y llevaba muy a mal el defecto de su calvicie, pues con frecuencia había podido comprobar que le exponía a las bromas de sus detractores. Por esa razón tenía costumbre de traer su ralo cabello desde la coronilla hacia delante y, de todos los honores que le fueron decretados por el Senado y el pueblo, ninguno recibió o utilizó con más gusto que el derecho a llevar continuamente una corona de laurel.
3 Dicen que se distinguía también por su modo de vestir, pues usaba, según cuentan, un laticlavo[212] con franjas que le llegaba hasta las manos y siempre se ceñía sobre él con un cinturón, por lo demás muy flojo[213], y que de ahí de-

210 La epilepsia era llamada *morbus comitialis* (enfermedad de los comicios) porque se consideraba como presagio funesto el que alguien sufriera una crisis de esta enfermedad en el transcurso de cualquier acto público de importancia, de suerte que bastaba incluso para que se suspendieran los comicios.

211 Lo cual se consideraba como señal de afeminamiento (cf. AUL. GEL., *Noches Áticas* VI 12).

212 La túnica de los senadores, que César llevaba con las mangas largas y adornadas con franjas. Propiamente, el laticlavo eran las dos bandas de púrpura tejidas verticalmente en la túnica de los senadores y de los personajes de rango senatorial como insignia de este estamento; pero el término se emplea también con mucha frecuencia como expresión abreviada para referirse a la misma túnica. Las mangas más largas de lo habitual eran consideradas como señal de afeminamiento (cf. AUL. GEL., *loc. cit.*).

213 La túnica laticlavia se dejaba caer más que la ordinaria, abrochando el cinturón más abajo, para que las bandas de púrpura descendieran rectas y fueran así perfectamente visibles (QUINT., XI 3, 138). César se ceñía más arriba de lo habitual, y además dejaba su cinturón muy

rivó la frecuente advertencia de Sila a los optimates de que se guardaran de ese joven mal ceñido.

Habitó primero en la Subura[214], en una casa modesta, 46
pero a partir de su nombramiento como pontífice máximo vivió en la residencia oficial de la Vía Sacra. Muchos autores nos lo han descrito como sumamente aficionado al lujo y la suntuosidad. Cuentan, por ejemplo, que hizo demoler por completo una casa de campo, que se había empezado a construir desde los cimientos en el territorio de Aricia y que había acabado a costa de grandes gastos, porque no respondía enteramente a sus deseos, a pesar de hallarse por entonces escaso de recursos y cargado de deudas; y que en sus expediciones llevaba consigo por todas partes pavimentos de mosaico y de baldosas[215].

Afirman también que marchó contra Britania con la 47
esperanza de conseguir perlas[216] y que, para comparar su tamaño, las sopesaba a veces en sus propias manos; que ponía siempre una extraordinaria pasión en adquirir piedras preciosas, vasos labrados, estatuas y cuadros de factura antigua; e igualmente esclavos muy bien formados y

flojo, una nueva particularidad propia de las gentes de costumbres afeminadas.

214 Barrio de Roma situado al nordeste, en el valle comprendido entre los montes Quirinal, Viminal, Cispio y Esquilino (Opio), en la primera región de Servio Tulio y en la cuarta de Augusto. Lleno de ruidos y de bullicio (MARCIAL, XII 18; JUVENAL, XI 51), lo habitaban principalmente pequeños industriales y gente de condición humilde.

215 Evidentemente, en piezas, para ser montado en todo lugar donde tuviera que hacer una estancia prolongada.

216 Las perlas se habían puesto de moda en Roma después del triunfo de Pompeyo en el 61 a. C. (como ejemplo véase cap. 50, 2: la perla regalada por César a Servilia), pero que llegaran a ser la causa de la expedición de César a Britania parece bastante exagerado. Para los verdaderos motivos, cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* IV 20.

cultos, a un precio exorbitante y del que se avergonzaba incluso él mismo, hasta el extremo de prohibir su inclusión en las cuentas.

48 Para acabar, dicen que daba continuamente banquetes en las provincias utilizando dos tipos de triclinios, en uno de los cuales se recostaban sus oficiales y los griegos y en el otro los romanos junto con las personas más distinguidas de las provincias. Mantuvo una disciplina doméstica, tanto en los asuntos de poca monta como en los más importantes, tan estricta y rigurosa, que hizo meter en grillos a un panadero que servía a sus convidados un pan distinto que a él, y castigó con la pena capital a un liberto, que le era muy querido, por haber seducido a la mujer de un caballero romano, aunque nadie presentaba querella contra él.

49 Si bien es cierto que nada, salvo su intimidad con Nicomedes[217], mancilló su reputación de honesto, aquélla le supuso, sin embargo, una grave y perpetua deshonra y le dejó expuesto a los ultrajes de todos. Omito los conocidísimos versos de Licinio Calvo[218]:

Todo lo que un día tuvo Bitinia
y el amante de César.

Paso por alto los discursos de Dolabela[219] y de Curión padre[220], en los que Dolabela le llama «rival de la reina», «almohada de la litera real», y Curión, por su

217 Cf. cap. 2.

218 Gayo Licinio Calvo (82-47 a. C.), gran orador y poeta, amigo de Catulo, compuso varios poemas políticos en contra de Pompeyo, César y su favorito Tigelio.

219 Cf. cap. 4, 1, nota 16.

220 Cf. cap. 9, 2, nota 45.

parte, «establo de Nicomedes» y «lupanar de Bitinia». De- 2
jo también a un lado los edictos de Bíbulo[221], en los que llamó públicamente a su colega «reina de Bitinia, que antes se encaprichó con un rey y ahora con la realeza». Por esta época, según cuenta Marco Bruto, un tal Octavio, que, por no estar en su sano juicio, se permitía decir cuanto se le antojaba, después de haber llamado, ante una asamblea muy numerosa, a Pompeyo «rey», se atrevió a saludarle con el nombre de «reina». Pero es que Gayo Memio[222] le acusa incluso de haber servido de copero a Nicomedes, junto con sus otros mozos de placer, en un banquete muy concurrido, estando sentado a la mesa más de un comerciante romano, cuyos nombres cita. Y en 3
cuanto a Cicerón, no contento con haber escrito en algunas de sus cartas que César, tras dejarse conducir por los servidores a la alcoba real, se había acostado en un lecho dorado con colcha de púrpura, y que la flor de la edad de un descendiente de Venus[223] se había profanado en Bitinia, le llegó a decir un día en el Senado, cuando aquél defendía la causa de Nisa[224], hija de Nicomedes, y recordaba los beneficios que él había recibido de su padre: «Deja eso, por favor, que ya se sabe lo que él te dio y lo que tú le diste». Por último, en la ceremonia del triun- 4
fo sobre las Galias, sus soldados, entre otras coplas de las que cantan en broma al seguir el carro del general, entonaron incluso aquella divulgadísima:

221 Para los ataques de Bíbulo a César en sus edictos, cf. caps. 9, 2; 20, 1.

222 Cf. cap. 23, 1, nota 118.

223 Cf. cap. 6, 1, nota 31.

224 Probablemente con su discurso *Pro Bithynis*, mencionado por Gelio (*Noches Áticas* V 13, 6).

César sometió las Galias, a César Nicomedes:
aquí va hoy, honrado con el triunfo, César, que sometió
[las Galias,
pero no así Nicomedes, que sometió a César[225].

50 Es opinión unánime que fue proclive a los placeres sensuales y derrochador en ellos, y que sedujo a un gran número de mujeres de alcurnia, entre ellas a Postumia, esposa de Servio Sulpicio[226], a Lolia, de Aulo Gabinio[227], a Tertula[228], de Marco Craso, e incluso a Mucia[229], mujer de Gneo Pompeyo. En efecto, al menos a Pompeyo

225 El doble sentido en el que está empleado el término *subegit* en estos versos es evidente.

226 Cf. cap. 29, 1, nota 143.

227 Partidario de Pompeyo. Tribuno de la plebe en el 67 a. C.; legado de Pompeyo en 65-63. A pesar de haber sido defendido por Cicerón en un proceso con amenaza de pena capital y absuelto, más tarde, en el 58, apoyó la acción de Clodio contra Cicerón (véase nota 109 al cap. 20). Pretor en el 61; cónsul en el 58 con Lucio Calpurnio Pisón; en 57-54, gobernador de Siria. A su regreso a Roma fue de nuevo procesado y desterrado, a pesar de que también en este caso se encargó Cicerón de su defensa. En el 49, César le permitió regresar a Roma, y a partir de entonces actuó Gabinio como legado suyo, muriendo en Dalmacia en el 47.

228 Esposa, primero, de uno de los dos hermanos mayores de Craso, que se casó con ella cuando quedó viuda. Aparte de este dato y de su nombre, sólo sabemos de ella que su fidelidad no estuvo a salvo de dudas (cf., además de Suetonio en este capítulo, PLUT., *Cicerón* 25, 5; *Craso*, 1, 3), a pesar del testimonio de Cicerón (*Pro Caelio* 9: *M. Crassi castissima domus; Ad. Familiares* V 8, 2: *praestantissima omnium feminarum*).

229 Tercera mujer de Pompeyo, que se casó con ella a la muerte de Emilia. Madre de Gneo y Sexto Pompeyo. A fines del 62, Pompeyo se divorció de ella porque le había sido infiel durante su ausencia (PLUT., *Pompeyo* 42).

tanto los Curiones, padre e hijo[230], como otros muchos le han reprochado haber recibido más tarde en matrimonio, por deseo de poder, a la hija de un hombre[231] por cuya causa había repudiado a su mujer después de haberle dado tres hijos y al que solía llamar entre lamentos «Egisto»[232]. Pero amó más que a ninguna a la madre de Mar- 2
co Bruto, Servilia[233], a quien ya en su primer consulado compró una perla por valor de seis millones de sestercios, y durante la guerra civil, además de otras donaciones, le hizo adjudicar por una puja mínima inmensas propiedades vendidas en pública subasta, ocasión en la que Cicerón, al ver que muchos se admiraban de la baratura, dijo, con enorme gracia: «Para que lo sepáis, la compra ha sido aún más ventajosa, pues se le ha deducido el tercio»[234].

230 Para el padre, cf. cap. 9, 2, nota 45; para el hijo, cf. cap. 29, 1, nota 147.

231 Julia, la hija de César, cuarta mujer de Pompeyo, que se casó con ella en el 59 (cf. cap. 21).

232 El famoso seductor de Clitemnestra, la esposa de Agamenón, y cómplice suyo en el asesinato de este último a su regreso de Troya.

233 Sobrina de Marco Livio Druso, tribuno de la plebe en el 91 a. C. Casada en primeras nupcias con Marco Junio Bruto y en segundas con Décimo Junio Silano, cónsul del 62 a. C., quedó viuda poco después de este año. Madre por su primer matrimonio de Marco Junio Bruto, el asesino de César, a causa de sus conocidas relaciones con este último se le achacaba también a César la paternidad de Bruto (cf. en el cap. 82, 2, las famosas palabras de César a Bruto al recibir su ataque).

234 Hay aquí un juego de palabras (intraducible) basado en el doble sentido de la palabra *tertia*, que puede entenderse como adjetivo con el significado de «tercera», se sobrentiende «parte», y como nombre propio femenino, en este caso de la hija de Servilia. También la forma verbal *deducta* («descontada», «deducida») juega con el sentido especial de este verbo cuando se refiere a una mujer, a saber, «conducir a casa del esposo», pero también «introducir como amante».

Se creía, en efecto, que Servilia facilitaba también a César los favores de su hija Tercia.

51 En el siguiente dístico, cantado igualmente por sus soldados en la ceremonia del triunfo sobre las Galias, se muestra claramente que ni siquiera en las provincias respetó a las mujeres casadas:

Romanos, vigilad a vuestras mujeres: os traemos al adúl-
[tero calvo;
en la Galia te gastaste en putas el oro que aquí tomaste
[prestado.

52 Amó también a reinas, entre ellas a Eunoe de Mauritania, esposa de Bogud[235], a la que hizo, así como a su marido, multitud de regalos de valor incalculable, según el testimonio de Nasón[236]; pero más que a ninguna a Cleopatra[237]: con ella prolongó a menudo los banquetes hasta el amanecer, e incluso se habría adentrado en Egipto hasta

235 Reconocido por César como rey de Mauritania junto con Bocco en el 49 a. C. (DIÓN, XLI 42, 7). En el 47 vino a Hispania atendiendo a la petición de ayuda del propretor Quinto Casio Longino en su lucha contra el cuestor Marco Marcelo (*Guerra de Alejandría* 62). En el 46, durante la guerra de África, fue atacado por Gneo Pompeyo, como partidario de César (*Guerra de África* 23). En el 45 tomó parte en la guerra de Hispania en el bando de César (DIÓN, XLIII 36, 1), ayudando a decidir la batalla de Munda (DIÓN, XLIII 38). Siguió el partido de Antonio tras la muerte de César, perdiendo su reino, que se levantó contra él mientras se hallaba en Hispania y del que tomó posesión Bocco, confirmado más tarde por Augusto (DIÓN, XLVIII 45). Al lado de Antonio tomó parte en la batalla de Accio, ocupando después Metona, donde halló la muerte cuando Agripa se apoderó de ella en la primavera del año 31 (DIÓN, L 11).

236 Marco Actorio Nasón (cf. cap. 9, 3).

237 Cf. cap. 35, 1, nota 178. Para las relaciones de César con Cleopatra en Egipto, cf. fundamentalmente PLUT., *César* 49.

Etiopía en la misma nave, una góndola con camarotes, si el ejército no se hubiese negado a seguirle; por último, la hizo venir a Roma[238] y no la dejó partir hasta que la hubo colmado con los mayores honores y presentes, permitiéndole además que le pusiera su nombre al hijo que había tenido[239]. Por cierto que algunos autores griegos nos 2
han transmitido que este hijo se parecía a César tanto en su figura como en su modo de andar. Marco Antonio afirmó al Senado que aquél lo había incluso reconocido, y que esto lo sabían Gayo Macio[240], Gayo Opio[241] y los demás amigos de César; de todos éstos, Gayo Opio, como si el tema requiriera una amplia defensa y justificación, publicó un libro para explicar que el hijo que Cleopatra atribuía a César no era de él. Helvio Cinna[242], tribuno de 3
la plebe, confesó a muchas personas haber tenido escrita y preparada una ley, que César le había mandado presentar en su ausencia, por la que se le permitía, a fin de

238 En el 46 a. C. (DIÓN, XLIII 27, 3).

239 Cesarión (Ptolomeo XV César Filópator Filométor), nacido el año 47 a. C. Reinó con su madre en Egipto del 44 al 30, año en que fue muerto por orden de Octaviano (véase *Augusto* 17, 5).

240 Caballero romano, nacido hacia el 84 y muerto hacia el 4 a. C.; corresponsal de Cicerón (*Ad Familiares* XI 27 y 28), que lo consideraba como un hombre erudito y lleno de encanto (*Ad Familiares* VII 15, 2). Gran amigo de César, reconcilió a éste con Cicerón en el 47-46.

241 Caballero romano, íntimo amigo de César y agente suyo (TÁC., *Anales* XII 60) desde el 54 al 44. Cf. las cartas de Cicerón a partir del año 54 a. C. en su totalidad. Parece que escribió, entre otras, una biografía de César, pues lo citan sus biógrafos conocidos (PLUT., *César* XVII 5; *Pompeyo* X 4 y 5; SUET., cap. 53). Se le atribuía también la historia de las guerras de Alejandría, África e Hispania (cf. cap. 56, 1), cuyo autor ya era desconocido por la época de Suetonio.

242 Puede ser identificado (cf. PLUT., *Bruto* XX 5) con el famoso poeta autor de la *Zmyrna*, amigo de Catulo. Tribuno de la plebe en el 44 a. C., año en que fue muerto por un error fatal (cf. cap. 85).

procurarse descendencia, desposar a su libre elección a cuantas mujeres quisiera. Pero, para que a nadie le quede la menor duda de que tuvo una pésima reputación de cometer actos contra natura y adulterios, Curión padre le llama en un discurso suyo «marido de todas las mujeres y mujer de todos los maridos».

53 Hasta sus enemigos han reconocido que era muy parco en el vino. Es de Marco Catón el dicho de que César fue el único hombre que se dedicó a subvertir el Estado sin darse a la bebida. Asimismo, en lo que se refiere a la comida, Gayo Opio nos lo muestra tan indiferente que cuenta que un día, mientras todos los demás comensales despreciaban un aceite rancio que su anfitrión les servía en lugar de uno reciente, él fue el único que se sirvió de él, incluso en exceso, para no parecer que acusaba a su huésped de negligencia o de falta de modales.

54 No mostró moderación ni durante sus mandatos militares ni en el desempeño de sus cargos civiles. Como, en efecto, han manifestado algunos autores en sus escritos, cuando era procónsul[243] en Hispania no sólo recibió de los aliados fondos que les había mendigado para hacer frente a sus deudas, sino que también entró a saco, dándoles el trato de enemigas, en algunas fortalezas de los lusitanos, aunque no se negaban a cumplir sus órdenes e
2 incluso le abrían las puertas a su llegada. En la Galia saqueó las capillas y los templos de los dioses llenos de ofrendas, y destruyó ciudades, a menudo más por causa del botín que por el delito cometido; de ahí el hecho de que tuviera oro en abundancia y de que lo vendiera por Italia y las provincias al precio de tres mil sestercios la
libra. En su primer consulado sustrajo del Capitolio tres 3
mil libras de oro y puso en su lugar otro tanto de cobre dorado. Concedió alianzas y reinos por dinero, pues sólo a Ptolomeo[244] le sacó casi seis mil talentos en nombre suyo y de Pompeyo. Más tarde, llegó a sostener sin el menor recato las cargas de las guerras civiles y los gastos de sus triunfos y de sus espectáculos a base de robos y sacrilegios.

En elocuencia y en el arte de la guerra igualó o sobre- 55
pasó la gloria de sus más insignes representantes. Después de su discurso de acusación contra Dolabela[245], se le contó indudablemente entre los principales abogados. Al menos Cicerón, al enumerar a los oradores en su *Bruto*[246], dice que no ve a ninguno a quien César deba considerarse inferior, y añade que tiene un estilo oratorio refinado, brillante, e incluso grandioso y, en cierto modo, noble, y en una carta a Cornelio Nepote se refirió también a él
en los siguientes términos: «¿Pues qué?, ¿a qué orador 2

243 Este término no se aplicaba únicamente al cónsul a quien se prorrogaba el mando activo al confiarle una provincia al término de su consulado, sino que también podía designar al propretor (pretor al que se prorrogaba el mando) al que se investía de autoridad consular aunque no hubiera sido cónsul. Éste es el caso de César, que fue procónsul (= *praetor pro consule*) en Hispania al término de su pretura, en el año 61-60 a. C. (cf. cap. 18, 1).

244 Ptolomeo XII Auletes, padre de Cleopatra VII y de sus dos hermanos-esposos Ptolomeo XIII y Ptolomeo XIV: fue reconocido oficialmente como rey de Egipto por el Senado, que le dio el título de aliado y amigo, en el 59 a. C., durante el primer consulado de César y a propuesta de éste. La deuda que contrajo con César a tal efecto fue acabada de pagar más tarde por su hijo Ptolomeo XIII (PLUT., *César* 48, 4 y 5).

245 Cf. cap. 4, 1, nota 16. Ésta fue la primera actuación forense de César, que a la sazón contaba veintitrés años.

246 CIC., *Bruto* 261.

antepondrás a éste de esos que no han hecho ninguna otra cosa?, ¿quién es más sutil o más rico en pensamientos?, ¿quién más florido o más elegante en las expresiones?». Al menos en su juventud, parece haber seguido el tipo de elocuencia de César Estrabón[247], de quien reprodujo incluso al pie de la letra en su *divinatio*[248] algunos pasajes tomados del discurso que se titula *En defensa de los sardos.* Por otra parte, se dice que declamaba con voz clara y con ademanes y gestos vehementes, pero no sin encanto.
3 Dejó varios discursos, entre los cuales hay algunos que se le atribuyen sin fundamento. Augusto considera con razón que el llamado *En defensa de Quinto Metelo*[249] fue recogido por taquígrafos[250], que reproducían mal las palabras del orador, más que publicado por él mismo; de hecho,

[247] Gayo Julio César Estrabón, hijo de Lucio Julio (primo del abuelo de César) y de Popilia; nacido hacia el 130 a. C.; edil curul en el 90 (Cic., *Bruto* 305); obviando la pretura, con menosprecio de la *lex annalis,* se presentó para el consulado del año 88 (Cic., *Filípicas* XI 11); los tribunos de la plebe Publio Sulpicio Rufo y Publio Antistio se opusieron a su solicitud; a consecuencia de este conflicto, se vio envuelto en la revueltas políticas del año 87 y fue asesinado por los seguidores de Mario junto con su hermano Lucio (Cic., *Bruto* 307). Famoso orador y trágico, de quien tenemos numerosas referencias en Cicerón (cf. principalmente *Divinatio in Caecilium* 63; *Bruto* 177, 216; *De oratore* II 12, etc.; *Tusculanae disputationes* V 55; *De officiis* I 133).

[248] La *divinatio,* en el derecho criminal romano, era el procedimiento previo por el que, en un proceso, se constituía al acusador. Consistía en una actuación conjunta de los diversos acusadores, tras la cual se determinaba cuál de ellos se encargaría de la acusación. Con este discurso fue encargado César de la acusación de Dolabela.

[249] Cf. cap. 16, 1, notas 77 y 78.

[250] Según Plutarco (*Catón el Menor* XXIII 3), el primer discurso recogido en taquigrafía fue el pronunciado por Catón en la sesión del Senado del 5 de diciembre del año 63, que decidió la suerte de los catilinarios arrestados (cf. cap. 14, 2). La innovación fue debida a Cicerón.

en algunos ejemplares encuentro que ni siquiera aparece bajo el nombre de *En defensa de Metelo,* sino *El que escribió para Metelo,* siendo así que este discurso lo pronunció César en persona, justificándose a sí mismo y a Metelo contra las acusaciones de sus comunes detractores.
También el titulado *A los soldados en Hispania* se resiste 4
el mismo Augusto a considerarlo suyo, a pesar de que circulan dos: uno que se supone pronunciado antes del primer combate, y otro antes del último, del que Asinio Polión[251] dice que César no tuvo ni siquiera tiempo de arengar a sus soldados por la súbita incursión de los enemigos.

Dejó también unos *Comentarios* de sus campañas de 56
la guerra de las Galias y de la guerra civil contra Pompeyo, pues de las guerras de Alejandría, de África y de Hispania el autor no es seguro: unos las atribuyen a Opio[252] y otros a Hircio[253], que al menos completó también el último e inacabado libro de la guerra de las Galias. Acerca de estos comentarios de César, Cicerón habla así en el
mismo *Bruto*[254]: «Escribió unos comentarios que merecen 2
sin duda la mayor aprobación: son escuetos, directos y llenos de encanto, desprovistos de todo adorno de estilo, como un cuerpo al que se ha quitado su ropaje; pero mientras que con ellos quiso dejar preparado a los demás

[251] Cf. cap. 30, 4, nota 156.

[252] Cf. cap. 52, 2, nota 241.

[253] Oficial de César, con quien estuvo en la Galia, y autor del libro VIII de la *Guerra de las Galias.* Después de su pretura en 46 a. C., tuvo una breve participación en la guerra de Hispania (momento al que debe referirse Suetonio, *Augusto* 68). Sólo sobrevivió un año a César, pues murió en 43 a. C., año de su consulado, en la batalla de Módena, junto con su colega Pansa (cf. *Augusto* 11).

[254] Cic., *Bruto* 262.

un material en que pudieran basarse quienes quisieran escribir la historia; dio quizá gusto a los ineptos, que querrán adornarlo con falsos ornamentos literarios, pero a los hombres sensatos les ha quitado ciertamente la voluntad
3 de escribir». Hircio[255] hace de estos mismos comentarios el siguiente elogio: «Han merecido tan unánime aprobación, que parece que han quitado a los escritores la facultad de escribir más que dársela. Nuestra admiración en este asunto es, sin embargo, mayor que la de los demás: los otros, en efecto, conocen cuánta bondad y corrección hay en su estilo; nosotros, además, sabemos con qué facili-
4 dad y rapidez los escribió». Asinio Polión[256] considera que han sido compuestos con poco cuidado y poco respeto a la verdad, porque César, según él, las más de las veces ha dado a la ligera crédito a las acciones realizadas por otros y, en cuanto a las suyas, las ha expuesto faltando a la verdad, sea intencionadamente, sea también por falta de memoria, y opina que tenía la intención de rehacerlos
5 y corregirlos. Dejó también dos libros *Sobre la analogía*, otros dos *Anticatones* y, además, un poema titulado *El viaje*. Compuso la primera de estas obras al atravesar los Alpes, cuando volvía de la Galia Citerior a reunirse con su ejército después de haber celebrado sus audiencias; la siguiente, por el tiempo de la batalla de Munda[257]; la última, durante los veintitrés días que duró su trayecto de
6 Roma a la Hispania Ulterior. Se conservan también sus cartas al Senado, que parece haber sido el primero en componer en páginas y a la manera de un cuaderno de notas, mientras que antes los cónsules y generales sólo las

[255] Cf. *Guerra de las Galias* VIII, pref. 5-6.

[256] Cf. cap. 30, 4, nota 156, y cap. 55, 4.

[257] Cf. cap. 35, 2, nota 183.

enviaban escritas a todo lo largo del folio. También se conservan las dirigidas a Cicerón, así como las que escribía a sus familiares sobre asuntos domésticos, en las que, si quería transmitir algún mensaje más confidencial, lo escribía cifrado, es decir, colocando de tal manera el orden de las letras que no podía obtenerse ninguna palabra: si alguien quiere descifrar estas palabras y obtener su sentido, debe cambiar la cuarta letra del alfabeto, es decir la D, por la A, y así sucesivamente[258]. Se citan asimismo 7
algunos escritos de su niñez y de su primera juventud[259], como, por ejemplo, el titulado *Alabanzas de Hércules*, la tragedia *Edipo* y una *Colección de sentencias;* pero Augusto prohibió que todas estas obritas se pusieran a disposición del público por medio de una carta, de suma brevedad y sencillez, dirigida a Pompeyo Macro[260], a quien había encargado la organización de las bibliotecas.

Era un hombre de gran experiencia en las armas y en 57
la equitación, resistente a la fatiga hasta extremos increí-

[258] Véase *Augusto* 88 para una cifra similar empleada por Augusto.

[259] Ailloud, lo mismo que Ihm, lee, con los principales manuscritos, *et aituero ab adulescentulo* y pone una *crux* en el texto. Preferimos adoptar en nuestra traducción la lectura que se encuentra en otros de los mejores manuscritos, *et a puero et ab adulescentulo*, seguida, entre otros editores, por Bassols.

[260] Gneo Pompeyo Macro, hijo del historiador Teófanes de Mitilene y de Arquedamis; nacido hacia el 45 a. C.; hacia el 23 viajó por Asia y Sicilia con su gran amigo Ovidio (OVID., *Pónticas* II 10, 21 ss.), cuya tercera esposa era, además, pariente suya (OVID., *op. cit.* II 10, 10). Unos años más tarde fue procurador de Asia (ESTRABÓN, XIII 2, 3). Poeta épico (OVID., *op. cit.* II 10, 13 s.), escribió sobre los sucesos anteriores a la cólera de Aquiles. Autor también de un *Tetrastichon* (QUINT., *Institutio oratoria* VI 3, 96), se le adjudican, además, los versos de una *Medea* que se encuentran en ESTOBEO, IV 24, 52, p. 617 ed. HENSE.

bles. En las marchas iba delante, algunas veces a caballo, más a menudo a pie, con la cabeza descubierta, hiciera sol o lloviese; recorrió trayectos muy largos con una rapidez increíble, sin bagajes, en un carro de alquiler, a razón de cien mil pasos por día; si los ríos obstaculizaban su camino, los atravesaba a nado o con la ayuda de odres inflados, de suerte que en muchas ocasiones llegó antes que los mensajeros que había despachado.

58 No se puede decir con certeza si era más prudente o más temerario al realizar sus expediciones, pues ni condujo jamás a su ejército por caminos favorables a las emboscadas sin haber observado atentamente la naturaleza de los lugares, ni lo transportó a Britania sin haber previamente explorado por sí mismo [261] los puertos, la navegación y el acceso a la isla. Pero al mismo tiempo, cuando recibió la noticia del asedio de sus campamentos en Germania, llegó hasta los suyos atravesando los puestos de
2 guardia enemigos disfrazado de galo. Pasó de Brindisi a Durazzo [262] en invierno, por en medio de las flotas enemigas, y como las tropas, a las que había dado orden de seguirle, se demoraban, después de haberlas mandado inútilmente a buscar muchas veces, acabó por embarcarse él mismo, en secreto y por la noche, en un pequeño navío, solo, con la cabeza tapada, y no descubrió su identidad ni permitió al piloto ceder al temporal que soplaba de

[261] Sin embargo, el propio César dice (*Guerra de las Galias* IV 21) que envió a Voluseno a reconocer el país.

[262] No directamente, sino que desembarcó en Paleste, bastante más al sur de Dirraquio, entre Órico y Corcira, sin que las dos armadas pompeyanas que ocupaban estos dos puertos lograran impedirlo (César, *Guerra Civil* III 6 y 7).

frente hasta que las olas estuvieron a punto de engullirlo [263].

Ningún escrúpulo religioso le apartó jamás de algo que hubiera emprendido ni le sirvió de rémora [264]. Aunque se le había escapado la víctima en el momento de inmolarla, no aplazó su marcha contra Escipión y Juba [265]. Es más, cuando al desembarcar dio un resbalón, volviendo el presagio a su favor, exclamó: «Te tengo, África». Sin embargo, para eludir los vaticinios, que presentaban el nombre de los Escipiones como afortunado e invencible en esta provincia por decisión del destino, mantuvo a su lado en el campamento a un individuo sumamente despreciable de la familia de los Cornelios, al que apodaban Salvitón [266] a causa de la infamia de su conducta. 59

Entraba en combate no sólo conforme a un plan pre- 60
concebido, sino aprovechando la ocasión, y con frecuencia inmediatamente después de una marcha, a veces con tiempo muy nublado, cuando menos podía esperarse que iba a ponerse en movimiento; sólo al final de su vida se hizo más indeciso para combatir, pues opinaba que cuantas más veces hubiese vencido, tanto menos debía tentar a la suer-

[263] César no menciona esta aventura en la *Guerra Civil*, pero, sin embargo, se encuentra en casi todas las demás fuentes: cf. Plut., *César* 38; Dión, XLI 46; Apiano, *Guerra Civil* II 57; Val. Máx., IX 8, 2; Floro, II 13, 37; Lucano, V 497-677. La anécdota debe ser, por tanto, verídica y silenciada por César al tratarse de un intento fallido.

[264] Cf. caps. 77 y 81, 4.

[265] Cf. cap. 35, 2, notas 181 y 182.

[266] Cf., con diferentes variantes ortográficas en el nombre del personaje, Plut., *César* 52, 3, y también Dión, XLII 58. Plinio (*Historia Natural* VII 54) menciona a este personaje haciendo derivar su apodo del nombre de un mimo. Esto explicaría el desprecio implícito en el sobrenombre, pues la profesión de mimo era considerada despreciable. Cf. también Plin., *op. cit.* XXXV 8.

te, y que una victoria no le reportaría ningún beneficio tan grande como lo que podía perder con una derrota. Nunca puso en fuga a ningún enemigo sin despojarle a la vez de sus reales: de suerte que no les daba tiempo para recobrarse de su terror[267]. Cuando el combate estaba indeciso, despachaba los caballos, y en primer lugar el suyo, para que, suprimido el recurso de la fuga, se impusiera una mayor necesidad de resistir[268].

61 Montaba, por otra parte, un caballo extraordinario, de pezuñas casi humanas y con los cascos hendidos a modo de dedos[269]; había nacido en su casa y, como los arúspices habían vaticinado que presagiaba a su dueño el dominio del globo terráqueo, lo crió con gran cuidado y fue el primero en montarlo, porque no soportaba otro jinete; más tarde, dedicó incluso una estatua suya delante del templo de Venus Genetrix[270].

62 A menudo, él solo restableció en su puesto al ejército que se había declarado en fuga, cerrando el paso a los que huían, reteniéndolos uno por uno, torciéndoles el cuello para volverlos contra el enemigo, y ello muchas veces, estando los soldados hasta tal punto dominados por el pánico, que un portador del águila le amenazó, cuando intentaba detenerle, con la punta del estandarte[271] y otro, en similar ocasión, abandonó la enseña en sus manos.

[267] Cf. César, *Guerra Civil* III 95.

[268] Cf. César, *Guerra de las Galias* I 25.

[269] Cf. Plin., *Historia Natural* VIII 155; Dión, XXXVII 54, 2.

[270] Cf. Plin., *loc. cit.* César había hecho voto de levantar este templo, en el Foro de su nombre (cf. cap. 26, 2, nota 136), antes de la batalla de Farsalia (Apiano, *Guerra Civil* II 68 y 102).

[271] Cf. Plut., *César* 39. El estandarte de la legión romana, que en su parte superior ostentaba un águila de bronce plateado con las alas desplegadas (de ahí el nombre de *aquilifer* —portador del águila— que

Aunque no es de menor importancia aquella entereza suya, aún podrían citarse ejemplos más representativos. Después de la batalla de Farsalia, cuando, tras haber enviado por delante sus tropas a Asia, atravesaba el estrecho del Helesponto en un pequeño navío de transporte, le salió al encuentro Lucio Casio, del bando contrario, con diez naves de guerra; César no le evitó, sino que se acercó a él, tomó la delantera para exhortarle a rendirse y lo recibió a bordo atendiendo a su petición de gracia. 63

En Alejandría[272], con ocasión del asalto de un puente, se vio obligado a saltar a una barca por una brusca salida del enemigo, pero como otros muchos soldados se lanzaban también sobre la misma, se arrojó al mar y a nado recorrió doscientos pasos hasta llegar a una nave próxima, manteniendo en alto la mano izquierda para que no se mojaran los escritos que llevaba, y arrastrando con los dientes su manto de general para evitar que el enemigo se apoderara de él como botín. 64

No valoraba a sus soldados ni por sus costumbres ni por su fortuna[273], sino únicamente por sus fuerzas, y los trataba con tanta severidad como indulgencia. No les ponía, en efecto, freno en todo lugar y momento, sino cuando el enemigo estaba cerca: entonces principalmente les exigía el más severo cumplimiento de la disciplina, hasta el 65

recibía el portaestandarte), acababa en punta en su extremo opuesto para poder ser clavado en tierra.

[272] La proeza que se relata a continuación no aparece en la *Guerra de Alejandría*. Con algunas variantes la recogen Plutarco (*César* 49), Dión (XLII 40) y Orosio (VI 15, 34). Véase también Apiano, *Guerra Civil* II 90.

[273] Palabra que conserva en castellano la misma ambigüedad que en latín, pudiendo significar fundamentalmente: 1) suerte, 2) riquezas. El primer significado es probablemente el más correcto aquí: «por su (buena o mala) suerte (en la guerra)».

extremo de no notificarles ni la hora de la marcha ni la del combate, sino que los mantenía preparados y atentos en todo momento y los llevaba de improviso a donde quería. Con mucha frecuencia, incluso lo hacía sin motivo, especialmente en los días lluviosos y festivos. A menudo les advertía que le vigilaran estrechamente, y de súbito se escapaba, de día o de noche, y apresuraba su marcha para cansarlos cuando eran demasiado lentos en seguirle.

66 Cuando estaban aterrorizados por la fama de los contingentes enemigos, fortalecía su valor no negándola ni restándole importancia, sino exagerándola aún por medio de embustes. Así, al ver que la expectación de la llegada de Juba los tenía presos del pánico, los convocó en asamblea para decirles: «Sabed que dentro de muy pocos días estará aquí el rey con diez legiones, treinta mil jinetes, cien mil soldados armados a la ligera y trescientos elefantes. Así pues, que algunos dejen de hacer más averiguaciones o de emitir su opinión y que me crean a mí, que lo sé de cierto; o, desde luego, daré orden de embarcarlos en la nave más vieja para que el viento los conduzca a su capricho adonde sea».

67 En cuanto a las faltas, ni las tenía todas en consideración, ni las sancionaba en proporción a su magnitud, sino que, si bien perseguía y castigaba con la mayor severidad a los desertores y sediciosos, hacía la vista gorda con los demás. Algunas veces, después de una gran batalla y de una gran victoria, eximía a sus hombres de los deberes del servicio y les daba entera libertad para abandonarse a todo tipo de excesos, pues solía jactarse de que sus soldados
2 podían luchar bien incluso perfumados. En la asamblea no los llamaba «soldados», sino «conmilitones»[274], dándoles un apelativo más afectuoso, y ponía en ellos tanto cuidado que los equipaba con armas guarnecidas de plata y de oro, tanto para ostentación como para conseguir que su firmeza en el combate fuera mayor por miedo de perderlas. Los estimaba también en tal grado que, cuando se enteró de la derrota de Titurio[275], se dejó crecer la barba y el cabello y no se los cortó hasta que lo hubo vengado.

Con este método, los hizo muy adictos a él y de un 68
valor extraordinario. Al emprender la guerra civil, los centuriones de cada legión le ofrecieron equipar cada uno a un jinete a expensas de su propio peculio y todos los soldados su concurso gratuito, sin trigo ni soldada, tomando los más ricos a su cargo la manutención de los más pobres. En tan largo espacio de tiempo como duró la guerra, absolutamente ninguno de ellos desertó, y muchos de los que habían caído prisioneros rechazaron la vida que se les ofrecía a condición de que aceptaran luchar contra él[276].
Aguantaban el hambre y las demás necesidades no sólo 2
cuando sufrían un asedio, sino también cuando eran ellos los que asediaban a otros, en tal medida que, cuando Pompeyo vio en las trincheras de Durazzo la especie de pan de yerba[277] con que se sustentaban, exclamó que estaba tratando con fieras y mandó hacerlo desaparecer rápidamente, sin enseñárselo a nadie, para que no se quebrantaran los ánimos de los suyos al ver la paciencia y
la perseverancia del enemigo. Lo que prueba con cuánta 3
bravura lucharon es que, por una sola vez que fueron de-

274 Costumbre abolida más tarde por Augusto, que prohibió su práctica incluso a sus hijos e hijastros (cf. *Augusto* 25, 1). Galba y Otón la retomaron (TÁC., *Hist* I 35, 2; 84, 2; SUET., *Galba* 20, 1).

275 Cf. cap. 25, 2, nota 130.

276 Cf. *Guerra de África* 44-6.

277 Una clase de raíz conocida por el nombre de *chara* (CÉSAR, *Guerra Civil* III 48). Cf. también PLUT., *César* 39, 1).

rrotados ante Durazzo[278], ellos mismos pidieron un castigo voluntariamente, de modo que su general tuvo que consolarlos más que castigarlos[279]. En los demás combates vencieron fácilmente a las tropas innumerables del enemigo, a pesar de ser ellos, en muchas ocasiones, muy inferiores en número. Para terminar, una sola cohorte[280] de la sexta legión, a la que se había encomendado la defensa de un fuerte, resistió durante varias horas a cuatro legiones de Pompeyo, y casi todos sus hombres perecieron acribillados por una lluvia de flechas enemigas, de las que se encontraron ciento treinta mil dentro de la empalizada.
4 Y no es de extrañar si se presta atención a las acciones individuales, como las del centurión Casio Esceva[281] o la del soldado Gayo Acilio[282], para no mencionar las de otros. Esceva, con un ojo vacío, el muslo y el hombro traspasados y su escudo perforado por ciento veinte flechazos, siguió defendiendo la puerta del fuerte que se le había confiado. A Acilio le cortaron la mano derecha en

278 Cf. cap. 36.

279 Cf. APIANO, *Guerra Civil* II 63; CÉSAR, *Guerra Civil* III 73-4.

280 La cohorte, unidad táctica del ejército romano creada por Mario, agrupaba tres manípulos y tenía, por tanto, 600 hombres, pues cada manípulo (la unidad táctica anterior) comprendía 200 hombres (dos centurias). La legión, a su vez, se componía, de diez cohortes (6.000 hombres). El relato que nos ofrece a continuación Suetonio, según el cual una cohorte (600 hombres) se habría enfrentado a cuatro legiones (24.000 hombres) es erróneo: cf. CÉSAR, *Guerra Civil* III 52, donde se dice que Volcacio Tulo contuvo el ataque de una legión (no de cuatro) con tres cohortes (no una), lo cual reduce infinitamente la hazaña y la hace más verosímil. También el número de las flechas enemigas ha sido abultado: 30.000 según CÉSAR, *Guerra Civil* III 53.

281 Cf. CÉSAR, *Guerra Civil* III 53; PLUT., *César* 16; APIANO, *Guerra Civil* II 60; FLORO, II 13, 40; LUCANO, VI 141-262.

282 Cf. PLUT., *loc. cit.;* VAL. MÁX., III 2, 22.

un combate naval junto a Marsella cuando asía con ella la popa de una nave enemiga, pero él, siguiendo el ejemplo de Cinegiro[283], famoso entre los griegos, saltó a la nave enemiga atacando con el muñón a los que le salían al paso.

Durante los diez años que duró la guerra de las Galias 69
sus soldados no se amotinaron jamás; en el transcurso de las guerras civiles lo hicieron algunas veces, pero para volver rápidamente a su deber, y no tanto por la indulgencia de su general como por su entereza. En efecto, César no cedió jamás ante los sediciosos, e incluso siempre les hizo frente: precisamente, cerca de Plasencia[284], licenció con ignominia a la novena legión en su totalidad, aunque Pompeyo estaba todavía en armas, y sólo después de muchos ruegos y súplicas la volvió a admitir de mala gana, y no sin haber castigado a los culpables.

En cuanto a los soldados de la décima legión, que re- 70
clamaban en otra ocasión[285] en Roma su licenciamiento y recompensas con grandes amenazas y poniendo incluso a la ciudad en gravísimo peligro, no vaciló, aunque sus amigos intentaban disuadirle, en presentarse ante ellos y licenciarlos a pesar de que por entonces ardía la guerra en África; pero con una sola palabra, llamándoles «ciudadanos» en lugar de soldados, los mudó y doblegó tan fácilmente, que al punto le respondieron que eran soldados y, a pesar de su rechazo, le siguieron voluntariamente a África; e incluso así, a los más sediciosos les impuso una mul-

283 Cf. HERÓDOTO, VI 114.

284 O Piacenza, ciudad de la Galia Cisalpina, a las orillas del Po. El hecho ocurrió en 49 a. C., al regreso de César de Hispania.

285 Para el relato más detallado y completo de este nuevo motín en el ejército de César, cf., sobre todo, APIANO, *Guerra Civil* II 92-4.

ta de la tercera parte del botín, así como de los campos que les tenía destinados.

71 No le faltaron, ni siquiera en su juventud, solicitud y lealtad con respecto a sus clientes. Defendió contra el rey Hiempsal[286] a Masinta[287], joven de noble linaje, con tanto ardor que, en el altercado, tiró de la barba a Juba[288], hijo del rey, e incluso, cuando su cliente fue declarado tributario[289], lo arrancó al punto de las manos de quienes se lo llevaban, lo ocultó en su casa durante largo tiempo, y luego, cuando partió para Hispania al término de su pretura[290], se lo llevó en su propia litera, entre los que le escoltaban para despedirle y sus lictores con las fasces.

72 Trató siempre a sus amigos con tanta amabilidad y benevolencia que, cuando Gayo Opio[291] le acompañaba por un camino en un bosque y se sintió repentinamente enfermo, le cedió el único alojamiento que había y él se acostó en el suelo y al aire libre. Asimismo, cuando ya era poderoso, promovió a los más altos honores incluso

286 Hiempsal II, rey de Numidia por el tiempo de la primera guerra civil entre Mario y Sila. Expulsado del trono por sus súbditos, acaudillados por Hiarbas, que ocupó su lugar, tras la victoria de los demócratas, fue repuesto de nuevo en él por Pompeyo cuando éste, tras la definitiva victoria de Sila, fue enviado por el dictador a África para aniquilar los restos del partido de Mario, deponer a Hiarbas y devolver el trono de Numidia a su soberano legítimo. Cf. PLUT., *Pompeyo* 11; APIANO, *Guerra Civil* I 80.

287 Probablemente de la familia de Hiarbas, el usurpador del trono de Numidia capturado por Pompeyo (véase nota anterior).

288 Cf. cap. 35, 2, nota 182.

289 Del rey Hiempsal.

290 Cf. cap. 18, 1, nota 86.

291 Cf. cap. 52, 2, nota 241. La anécdota es recordada también por Plutarco (*César* 17, 6) y probablemente está sacada de la biografía de César debida a Opio.

a algunas personas de muy baja alcurnia y, como recibía reproches por ello, declaró abiertamente que, si se hubiese valido de la ayuda de ladrones y asesinos para defender su dignidad, habría demostrado incluso a tales individuos igual agradecimiento.

Por el contrario, nunca alimentó ningún odio tan grave 73
como para no renunciar a él de buena gana si se presentaba la ocasión. A pesar de haber respondido por escrito a los muy mordaces discursos de Gayo Memio[292] con no menor acritud, más tarde le dio incluso su apoyo en la candidatura al consulado. Cuando Gayo Calvo[293], después de sus famosos epigramas, trataba por mediación de unos amigos de reconciliarse con él, César le escribió el primero y por propia iniciativa. Aunque no se le ocultaba que Valerio Catulo, con sus ligeros versos sobre Mamurra[294], había echado sobre él una deshonra indeleble, cuando éste le dio explicaciones, le invitó a su mesa ese mismo día y continuó aceptando la hospitalidad de su padre, como tenía por costumbre.

Como era también por naturaleza muy benévolo a la 74
hora de tomar venganza, cuando tuvo en su poder a los piratas que le habían capturado[295], puesto que con anterioridad había jurado que los haría colgar de una cruz, mandó crucificarlos, pero ordenando que los degollaran antes; nunca pensó en hacer daño a Cornelio Fagita, a pesar de que, cuando se encontraba enfermo y tenía que

292 Cf. cap. 23, 1, nota 118.

293 Cf. cap. 49, 1, nota 218.

294 Cf. CATULO, 29 y 57. Mamurra fue un caballero romano de Formias, *praefectus fabrum* de César en la Galia (PLIN., *Historia Natural* XXVI 48), enriquecido considerablemente por el favor de César.

295 Cf. cap. 4.

ocultarse para no ser conducido ante Sila[296], a duras penas había conseguido, acudiendo al soborno, escapar a las asechanzas que le tendía por la noche; castigó con la muerte, pero sin someterlo a tortura, a Filemón, su esclavo amanuense, que había prometido a sus enemigos envene-
2 narle; cuando fue citado como testigo contra Publio Clodio[297], amante de su mujer Pompeya y acusado, por la misma causa, de profanación de una ceremonia religiosa, declaró que no sabía nada con certeza, aunque tanto su madre Aurelia[298] como su hermana Julia[299] habían hecho ante los mismos jueces una declaración completa y fiel, y cuando le preguntaron por qué entonces había repudiado a su mujer, dijo: «Porque considero que los míos deben estar tan libres de sospecha como de culpa».

75 Son admirables, por cierto, la moderación y la clemencia de que hizo gala en la guerra civil, tanto en su forma de dirigirla como cuando se alzó con la victoria. Mientras Pompeyo afirmaba que tendría por enemigos a todos aquellos que hubiesen negado su apoyo al Estado, él declaró que contaría entre los suyos a los que permanecieran neutrales y sin adscribirse a ninguno de los dos bandos. Otorgó la facultad de pasarse al enemigo a todos los soldados a los que había promovido a centuriones por recomenda-
2 ción de Pompeyo. Cuando se entablaron junto a Lérida

[296] Cf. cap. 1, 2.

[297] Cf. caps. 6, 20 y 26.

[298] Con toda probabilidad perteneciente a la rama de los Aurelio Cota, ya que Suetonio menciona a un Aurelio Cota como pariente de César (véase cap. 1, nota 10).

[299] No se sabe a cuál de las dos Julias, hermanas de César, se refiere Suetonio aquí, si a Julia la mayor, casada en primeras nupcias con Lucio Pinario y en segundas con Quinto Pedio, o a Julia la menor, esposa de Marco Acio Balbo y abuela de Augusto por su hija Acia. Sobre los nietos de ambas véase cap. 83, 2.

negociaciones para la rendición, y el trato y el comercio entre ambos ejércitos era continuo, Afranio y Petreyo, llevados de un súbito arrepentimiento, mandaron matar a los julianos que cogieron dentro de su campamento[300]; y, sin embargo, César no pensó en imitar la perfidia que se había cometido contra él. En la batalla de Farsalia gritó que se respetara la vida de los conciudadanos, y luego concedió a cada uno de los suyos el poder salvar a un hombre del bando contrario, a su libre elección. No se encontrará 3
tampoco que ningún pompeyano haya perecido sino en el combate, con la única excepción de Afranio, Fausto[301] y Lucio Gésar el joven[302]; y parece que ni siquiera éstos

[300] Cf. CÉSAR, *Guerra Civil* I 74-77. En ausencia de Afranio y Petreyo, sus soldados confraternizaron con los cesarianos y enviaron a César una comisión, integrada por los centuriones de los primeros rangos, para tratar de la rendición. Al tener noticia de ello, Afranio y Petreyo regresaron rápidamente, mostrándose el primero dispuesto a consentir, mientras que el segundo se aplicó a restaurar inmediatamente la disciplina, exigiendo al ejército y a Afranio el juramento de no capitular y ordenando la entrega de todos los soldados de César que permanecieran dentro del campamento, a los que hizo matar. La participación que Suetonio atribuye a los dos legados de Pompeyo en el conato de rendición es, por tanto, errónea, al menos en el caso de Petreyo. Sobre ambos personajes véase cap. 34, 2, notas 168 y 169.

[301] Cf. cap. 27, 1, nota 139.

[302] Lucio Julio César, hijo del cónsul de 64 a. C. del mismo nombre y pariente lejano del dictador. Fue enviado por Pompeyo a César con una comisión al comienzo de la guerra civil (CÉSAR, *Guerra Civil* I 8); huyó más tarde ante Curión en África (CÉSAR, *op. cit.* II 23). En abril del 46 se encontraba con Catón en Útica como procuestor y, tras el suicidio de aquél, se dirigió al encuentro de César, a quien suplicó por su vida (*Guerra de África* 88, 3, 6 y 7; 89, 4; DIÓN, XLIII 12). Perdonado en un principio (*Guerra de África* 89, 4), fue luego quitado de en medio: según los cesarianos, contra la voluntad del dictador; según los pompeyanos, por orden suya (DIÓN, *loc. cit.*).

fueron pasados por las armas por orden suya, a pesar de que los dos primeros se habían rebelado después de haber obtenido su perdón y de que el último de ellos había hecho matar cruelmente a hierro y fuego a los libertos y esclavos de César, e incluso degollar en masa las bestias que
4 él había adquirido para un espectáculo público. Finalmente, en sus últimos años permitió a todos regresar a Italia, incluso a aquellos a los que todavía no había perdonado, y recibir cargos públicos y mandos militares; hizo incluso erigir de nuevo las estatuas de Lucio Sila y de Pompeyo derribadas por la plebe [303]; y en lo sucesivo prefirió reprimir las intrigas y difamaciones que pudieran surgir contra
5 él a castigarlas. Así, las conjuras y conciliábulos nocturnos que había descubierto no los denunció sino haciendo saber por un edicto que le eran conocidos; se contentó con advertir ante la asamblea a las personas que le criticaban que no siguieran haciéndolo, y soportó con magnanimidad que su reputación se viera mancillada por el libelo lleno de infamias de Aulo Cecina [304] y por los versos totalmente injuriosos de Pitolao.

76 Sin embargo, predominan sobre éstos otros actos y dichos suyos, que hacen pensar que abusó del poder y que fue asesinado con razón. En efecto, no sólo aceptó honores excesivos, como varios consulados seguidos [305], la dictadura y la prefectura de las costumbres a perpetuidad, además del prenombre de *Imperator*, el sobrenombre de Padre de la Patria, una estatua entre los reyes y un estrado en la orquesta [306], sino que permitió también que se le otorgaran por decreto otras distinciones que sobrepasan incluso la condición humana: un trono de oro en la curia y en su tribunal, un carro y unas andas en la procesión del circo [307], templos, altares, estatuas junto a los dioses,

---

303 Al llegar las noticias de Farsalia (DIÓN, XLII 18).

304 Hijo del Cecina, natural de Volterra, defendido por Cicerón en el 69; orador y autor de una obra erudita sobre la adivinacion por el rayo; ferviente partidario de Pompeyo, combatió a César con las armas además de con la pluma, participando en la campaña de África hasta la batalla de Tapso: perdonado por César, se le prohibió, sin embargo, regresar a Italia, autorizándosele a residir provisionalmente en Sicilia; más tarde escribió una retractación (*Liber Querellarum*), en la que introducía un elogio de César. Cf. principalmente CIC., *Ad Familiares* VI 5, 6, 7 y 8; XIII 66.

305 César fue cónsul por primera vez en el 59 (véanse caps. 19 y sigs.); por segunda vez en el 48 (CÉSAR, *Guerra Civil* III 1, 1); por tercera vez, y ya de forma continua, en el 46 (DIÓN, XLIII 1, 1), pues lo fue de nuevo al año siguiente (DIÓN, XLIII 33, 1), en el que, además, se le decretó una serie ininterrupida de diez consulados (DIÓN, XLIII 45, 1; APIANO, *Guerra Civil* II 106), que comenzó el año 44.

306 La orquesta del teatro ya no se utilizaba en Roma para el coro, como en Grecia, sino que contenía los asientos de los senadores. En ella se levantó ahora una tarima donde se colocó el asiento reservado a César.

307 La procesión solemne (*pompa*) que abría los juegos en el circo partía del Capitolio encabezada por el magistrado que presidía los juegos, a quien rodeaban sus clientes y la juventud de Roma, a pie o a caballo. Detrás venían los que iban a participar en los juegos, seguidos de los portadores de los objetos sagrados, sacerdotes y corporaciones religiosas, que acompañaban a las imágenes de los dioses, colocadas sobre unas andas (*fercula:* véase cap. 37, 2, nota 192), y a sus símbolos y atributos ordinarios, que se llevaban sobre unos carros (*tensae*) preciosamente adornados. Entre los demás honores divinos tributados a César figuraban un carro y unas andas, para transportar en ellos su imagen y sus atributos entre los de los dioses.

un lecho sagrado[308], un flamen[309], unos nuevos lupercos[310], el que un mes se designara con su nombre[311]; y no hubo cargo público que no recibiera u otorgara a su
2 capricho. Desempeñó su tercer y cuarto consulado[312] sólo nominalmente, contentándose con el poder dictatorial que se le había conferido junto con los consulados, y en esos dos años nombró sustitutos suyos para los tres últimos meses a dos cónsules[313], de modo que en el intervalo no

308 El *pulvinar* era el lecho sobre el que se reclinaban las imágenes de los dioses, especialmente en el *lectisternium* o banquete sagrado que formaba parte de un rito especial de suplicación. Con este término se designó también más tarde el lecho del emperador (véase *Domiciano* 13, 1), y en particular el palco reservado a él y a su familia en el circo (*Augusto* 45; *Claudio* 4).

309 Cf. cap. 1, 1, nota 3. Antonio, nombrado flamen de César en el 44 (DIÓN, XLIV 6; CIC., *Filípicas* II 110). No se sabe si con ello se anunciaba lo que luego fue el flaminado imperial, o si Antonio venía a ocupar, siendo flamen de César y al ser éste asimilado a Júpiter, la plaza de flamen dial que estaba desocupada. En todo caso, el número tradicional de quince flámines no se vio aumentado por este nombramiento.

310 Sacerdotes del primitivo dios Luperco, en cuyo honor se celebraban, el 15 de febrero, las *Lupercalia.* A los dos colegios de lupercos existentes añadió César en el 44 un tercero, el de los *Luperci Iulii.*

311 *Quintilis,* que pasó a ser el mes de julio en conmemoración del nacimiento de César (véase cap. 1, nota 1) a propuesta de Antonio, cónsul junto con César en el 44 (MACROBIO, *Saturnales* I 12, 34).

312 En el 46 y 45. Cf. nota 305.

313 En el 46 a. C., César fue cónsul junto con Lépido, y, al pasar a Hispania contra los hijos de Pompeyo a principios de noviembre, dejó a aquél en el cargo; no fueron nombrados nuevos cónsules. Suetonio se confunde probablemente con el 47 a. C., año en que fueron nombrados cónsules en otoño Quinto Fufio Caleno y Publio Vatinio al partir César para África en noviembre. En el 45, César fue único cónsul hasta el uno de octubre, fecha en la que fue sustituido por Quinto Fabio Máximo y Gayo Trebonio.

celebró otras elecciones que las de los tribunos y ediles de la plebe, y nombró prefectos en calidad de pretores, para que administraran durante su ausencia los asuntos de la ciudad. Por otra parte, como la muerte repentina de un cónsul[314] la víspera de las calendas de enero había dejado este cargo vacante por unas pocas horas, se lo dio a
aquel que se lo pidió. Con la misma arbitrariedad, y ha- 3
ciendo caso omiso de las costumbres tradicionales, distribuyó magistraturas para varios años, concedió las insignias consulares a diez expretores y admitió en el Senado a personas gratificadas con el derecho de ciudadanía y a algunos galos semibárbaros[315]. Puso además al frente de la Casa de la Moneda y de las rentas públicas a esclavos suyos. Encomendó el cuidado y el mando de tres legiones que dejaba en Alejandría a Rufión, hijo de uno de sus libertos y mozo suyo de placer.

No eran menos insolentes las palabras que pronunciaba 77
en público, según el testimonio de Tito Ampio[316]: que la república no era nada, un simple nombre sin cuerpo ni figura; que Sila se comportó como un analfabeto cuando abandonó la dictadura; que los hombres debían ahora dirigirse a él con más respeto y tener sus palabras por ley. Llegó a tal extremo de arrogancia que, cuando en cierta

314 Quinto Fabio Máximo (véase nota anterior). En su lugar fue nombrado cónsul para un solo día Gayo Caninio Rébilo. Véase R. SYME, *The Roman Revolution,* pág. 94.

315 Cf. cap. 80, 2.

316 Tribuno de la plebe en 63; pretor en 59 o 58; procónsul en Asia en 58 o 57. En 55 se presentó, sin éxito, al consulado. Partidario de Pompeyo, dirigió las revueltas de Capua en el 49 y, como *legatus pro praetore* en Asia, se vio obligado en el 48 a huir de Éfeso a la llegada de César (CÉSAR, *Guerra Civil* III 105, 1). Condenado al destierro, regresó de él en 47/46 por mediación de Cicerón (*Ad. Familiares* VI 12, 1), que nos lo presenta, además, como un historiador o biógrafo.

ocasión el arúspice le anunció que las entrañas de la víctima eran funestas y que no tenía corazón, dijo que serían de mejor augurio cuando él quisiera y que no debía tenerse por un portento el que a un animal le faltara el corazón[317].

78 Pero fue sobre todo con el siguiente comportamiento con lo que suscitó el odio más grave y fatal para él. Un día en que el Senado en pleno acudía ante él cargado de decretos que le conferían los más altos honores, lo recibió delante del templo de Venus Genetrix sin abandonar su asiento. Algunos opinan que, cuando hacía intención de levantarse, fue retenido por Cornelio Balbo[318]; otros, que ni siquiera lo intentó en absoluto, antes bien, dirigió una mirada muy poco amistosa a Gayo Trebacio[319], que le in-

317 Jugando con el doble sentido de la palabra *cor,* a saber, «corazón» y «entendimiento».

318 Lucio Cornelio Balbo, originario de Cádiz; es el famoso sujeto del *Pro Balbo* ciceroniano. Recompensado por Pompeyo con la ciudadanía por sus méritos en la guerra contra Sertorio, *praefectus fabrum* de César en el 61 y más tarde también en Galia, fue acusado en el 56 de haber usurpado la ciudadanía, siendo defendido por Pompeyo, Craso y Cicerón, y absuelto. Importantísimo agente de César en Roma mientras éste se encontraba ausente, primero en las Galias y luego durante toda la guerra civil, se convirtió en uno de los personajes más influyentes de la política romana, consejero personal más tarde del dictador junto con su amigo Opio. A la muerte de César siguió el partido de Octaviano, alcanzando la pretura en 43 o 42 y el consulado en 40. Escritor de historia, su *Ephemeris* se menciona entre las fuentes para la historia de César, y de ella se deriva probablemente el suceso relatado por Suetonio en el capítulo 81, 1, aunque hay quien lo hace derivar de los Ἐξηγητικά de Cornelio Balbo el joven, sobre el cual véase SUET., *Augusto* 29, 5, y nota correspondiente.

319 Gayo Trebacio Testa (*ca.* 84 a. C. - *ca.* 4 d. C.), jurista romano protegido de Cicerón, que lo recomendó, en el 54, a César. Tribuno militar en Galia, consejero y preciado amigo de César, participó en la guerra civil a su lado. Cicerón le dedicó sus *Topica,* y Horacio, de quien también fue amigo, el primer poema del libro II de sus *Sátiras*. Se conoce el título de dos obras suyas, *De religionibus* y *De civili iure*.

dicaba que se pusiera en pie. Y esta actitud suya pareció 2
tanto más intolerable cuanto que él mismo, al pasar en uno de sus triunfos por delante de los asientos de los tribunos, se indignó de tal modo al ver que Poncio Aquila[320] era el único del colegio que no se levantaba, que exclamó: «¡Intenta, pues, de nuevo conseguir de mí la república, tribuno Aquila!», y durante varios días todas las promesas que hacía las ponía bajo esta condición: «si Poncio Aquila, no obstante, lo permite».

A la ofensa tan grande que significaba este menospre- 79
cio del Senado añadió una acción mucho más arrogante. Cuando volvía a Roma después del sacrificio de las fiestas Latinas[321] entre las aclamaciones desmedidas e inusitadas del pueblo, uno de entre la multitud colocó sobre su estatua una corona de laurel con una cinta blanca[322] atada alrededor; los tribunos de la plebe Epidio Marulo y Cesecio Flavo dieron entonces la orden de quitar la cinta a la corona y encarcelar al hombre, pero César, afligido por el poco éxito que había tenido la alusión a la realeza, o bien, como pretendía él, porque se le había arrebatado la gloria de rehusarla, reprendió duramente a los tribunos y
los destituyó de su cargo. A partir de ese momento, no 2

320 Tito Poncio Aquila, tribuno de la plebe en 45 a. C. y uno de los asesinos de César. Cayó en Módena, luchando contra Antonio, en la segunda y definitiva batalla del 21 de abril del año 43.

321 Un antiguo festival, instituido por Tarquino el Soberbio, que se celebraba cada año en honor de Júpiter Laciar sobre el monte Albano. Como era imprescindible la presencia de los magistrados superiores en estos ritos, en su ausencia se nombraba un prefecto para que administrara entretanto los asuntos de la ciudad (*praefectus urbi feriarum Latinarum causa*). Se trata del festival celebrado en 44 a. C.

322 El emblema de los reyes.

pudo alejar de sí la ignominia de que había incluso aspirado al título de rey, a pesar de que un día respondió a la plebe que le saludaba con este nombre que él era César, no un rey, y de que durante las Lupercales[323] rechazó en la tribuna de las arengas la diadema que el cónsul Antonio[324] había acercado repetidamente a su cabeza y la envió al Capitolio como ofrenda a Júpiter Óptimo Máximo.
3 Aún más, corrieron varios rumores de que pensaba trasladarse a Alejandría o a Ilión, llevándose consigo las riquezas del Estado, agotando a Italia a base de levas y confiando la administración de Roma a sus amigos; y de que en la próxima reunión del Senado el quindecenviro Lucio Cota[325] elevaría la propuesta de que se le diera el nombre de rey, puesto que en los libros sibilinos estaba escrito que sólo un rey podía vencer a los partos[326].

80 Ésta fue la causa de que los conjurados aceleraran los planes que habían tramado, para no verse en la obligación de aprobar esta propuesta. Así pues, fundieron todos en uno solo los acuerdos tomados antes en diversas reuniones, y a los que habían llegado a menudo por grupos de dos o de tres, en vista de que ya ni siquiera el pueblo estaba contento con la situación presente, sino que, a escondidas y a las claras, rechazaba la tiranía y reclamaba
2 libertadores. Cuando se admitió a extranjeros en el Sena-

---

[323] Véase nota 310 al cap. 76.

[324] El célebre triunviro (82-30), cónsul con César en el 44.

[325] Lucio Aurelio Cota, hermano de Gayo Cota (cónsul en 75 a. C.) y de Marco Cota (cónsul en 74): cf. cap. 1, nota 10. Cuestor hacia 81, pretor en 70, cónsul en 65 y censor en 64, en 44 era uno de los quince miembros del colegio de los *quindecimviri sacris faciundis*, una de cuyas principales funciones consistía en guardar los libros sibilinos y consultarlos a petición del Senado.

[326] Contra los cuales proyectaba César una expedición (cf. cap. 44, 3).

do[327], apareció el siguiente pasquín: «¡Por el bien general![328] Que nadie indique a un nuevo senador dónde está la curia», y todas partes se cantaban estos versos:

César exhibe a los galos en su triunfo y luego los intro-
[duce en la curia;
los galos se han quitado sus bragas[329] *y han tomado el*
[laticlavo[330].

Cuando al entrar en el teatro Quinto Máximo[331], el 3
cónsul que César había designado como su suplente por tres meses, el lictor anunció su llegada según la costumbre, todo el mundo gritó que él no era cónsul. En las elecciones que siguieron[332] a la destitución de los tribunos Cesecio y Marulo[333] se encontró un gran número de votos que los designaban como cónsules. Algunos escribieron al pie de la estatua de Lucio Bruto[334]: «¡ojalá vivieses!», y al pie de la del propio César:

Bruto, por haber expulsado a los reyes, fue el primero en
[ser nombrado cónsul;

---

[327] Cf. cap. 76, 3.

[328] *Bonum factum* (en abreviatura, *B. F.)* era la fórmula que se empleaba para encabezar los edictos: cf. *Vitelio* 14, 4.

[329] Tan características de los galos como llevar el cabello largo: de ahí que la Galia *Comata* (véase cap. 22, 1, nota 116) recibiera también el nombre de *Bracata*.

[330] Cf. cap. 45, 3, nota 212.

[331] Quinto Fabio Máximo; cf. cap. 76, 2, notas 313 y 314.

[332] Las elecciones consulares de 44 a. C., en la que resultaron elegidos Hircio y Pansa.

[333] Cf. cap 79, 1.

[334] Lucio Junio Bruto, el legendario fundador de la república y el consulado en 509 a. C.

Éste, por haber expulsado a los cónsules, ha sido a la [postre nombrado rey.

4 Conspiraron contra él más de sesenta personas, siendo los cabecillas de la conjura Gayo Casio[335], Marco[336] y Décimo Bruto[337]. Dudaban primero si, divididos en dos grupos, unos lo arrojarían del puente[338] mientras llamaba a las tribus a votar durante las elecciones en el Campo de Marte y otros lo recogerían abajo para matarle, o si le

[335] Gayo Casio Longino, cuestor con el cónsul Marco Licinio Craso en la campaña contra los partos del 53 a. C.; procuestor en Siria en 52-51; tribuno de la plebe en 49. Participó en la guerra civil del lado de Pompeyo, siendo prefecto de su flota en 49-48. César le perdonó, no obstante, después de Farsalia y le nombró legado suyo en 47-46 y pretor peregrino para el 44. Sin embargo, fue cabecilla de los conjurados junto con Bruto, y, como aquél, se suicidó tras la derrota de Filipos en 42.

[336] Marco Junio Bruto (85-42 a. C.). Para el rumor de que era hijo de César, cf. cap. 50, nota 233, y cap. 82, nota 348. Cuestor en 53 en Cilicia con su suegro Claudio Pulcro; *ca.* 51 *pontifex,* siguió el partido de Pompeyo en la guerra civil, y tras la derrota de Farsalia fue perdonado por Cesar, que lo admitió en el círculo de sus amigos, le nombró gobernador de la Galia Cisalpina en 46 y pretor urbano para 44. Principal cabecilla de la conjura junto con Casio, murió como él en Filipos (cf. *Augusto* 13).

[337] Décimo Junio Bruto Albino (*ca.* 81-43 a. C.). Fiel partidario de César, fue jefe de su flota durante la guerra de las Galias y también en la civil, recibiendo a finales del 49 la Galia Comata, de la que fue gobernador de 48 a 46. Pretor en 45, a comienzos del 44 se le otorgó la Galia Cisalpina y se le designó cónsul para el 42. Se puso de parte de los conjurados y fue quien, el quince de marzo, convenció a César para que acudiera al Senado (cf. cap. 81, 4). Murió poco después de Módena (cf. *Augusto* 10).

[338] El *pons suffragiorum* (puente de los sufragios), la pasarela provisional por la que se acercaban a votar los electores. El magistrado que presidía el acto avanzaba probablemente sobre el puente para dar comienzo a las elecciones.

atacarían en la Vía Sacra o al entrar al teatro, pero, cuando se convocó al Senado para los idus de marzo en la curia de Pompeyo[339], no dudaron en preferir esta fecha y lugar.

Empero, prodigios evidentes anunciaron a César el ase- 81
sinato del que iba a ser víctima. Pocos meses antes, cuando los colonos establecidos en la colonia de Capua por la ley Julia[340] demolían unos sepulcros antiquísimos para levantar casas de campo y lo hacían con un gran esmero por el hecho de que al explorarlos encontraban numerosos vasos de factura antigua, se halló en la tumba en que, según la tradición, estaba enterrado Capis, fundador de Capua, una tabla de bronce escrita en lengua y caracteres griegos con el siguiente significado: que en el momento en que se hubiesen desenterrado los huesos de Capis tendría lugar la muerte de un descendiente de Julo a manos de sus hermanos de raza, vengada luego con grandes desastres para Italia. Para que no se considere esta historia 2
como un cuento totalmente inventado, tenemos como garantía de ella la autoridad de Cornelio Balbo[341], amigo muy íntimo de César. Unos días antes de su muerte, tuvo noticias de que las manadas de caballos, que había consagrado al río Rubicón al atravesarlo y dejado sueltas y sin guardián, rehusaban obstinadamente el pasto y vertían abundantes lágrimas. Mientras él hacía un sacrificio, el arúspice Espurina le aconsejó también que se guardara de un peligro que no se aplazaría más allá de los idus de

[339] Uno de los salones del pórtico de Pompeyo, adosado al teatro. En él se encontraba la estatua de Pompeyo a cuyos pies cayó asesinado César. Más tarde, Augusto retiró de allí la estatua (cf. *Augusto* 31, 5) e hizo tapiar la curia como un *locus sceleratus* (cf. cap. 88).

[340] La ley agraria de César, de la que se habla en el capítulo 20.

[341] Cf. nota 318 al cap. 78.

3 marzo. La víspera de estos mismos idus, unas aves de diferentes especies se lanzaron, desde un bosque cercano, en persecución de un pájaro reyezuelo que, llevando una rama de laurel, penetraba en la curia de Pompeyo, y lo despedazaron allí mismo. Es más, la noche que precedió al día del crimen el propio César se vio a sí mismo en sueños, unas veces volando por encima de las nubes, otras estrechando la diestra de Júpiter; por su parte, su mujer Calpurnia [342] se figuró que se derrumbaba el techo de la casa y que su marido era asesinado en sus brazos; y de improviso las puertas del dormitorio se abrieron solas.
4 Debido a estos presagios, y también al mal estado de su salud, estuvo largo tiempo dudando si quedarse en casa y aplazar los asuntos que tenía pensado tratar en el Senado; pero al fin, como Décimo Bruto [343] le exhortaba a no defraudar a los senadores, que, en gran número, le esperaban desde hacía tiempo, salió de casa aproximadamente a la hora quinta [344]; a su paso, un individuo le tendió un escrito que delataba la conjura, pero César lo juntó con las demás peticiones que llevaba en la mano izquierda, como para leerlo más tarde. Luego, después de haber sacrificado muchas víctimas y en vista de que no podía conseguir presagios favorables, entró en la curia despreciando el escrúpulo religioso, riéndose de Espurina y acusándolo de farsante, porque los idus de marzo habían llegado sin que a él le sobreviniera ningún mal, aunque aquél replicó que, efectivamente, habían llegado, pero que no habían pasado.

82 En el momento en que tomaba asiento, los conjurados le rodearon so pretexto de presentarle sus respetos, y en

342 Cf. cap. 21.

343 Véase cap. 80, 4, nota 337.

344 Sobre las 11 de la mañana.

el acto Tilio Cimbro [345], que había asumido el papel principal, se acercó más, como para hacerle una petición, y, al rechazarle César y aplazarlo con un gesto para otra ocasión, le cogió de la toga por ambos hombros; luego, mientras César gritaba «¡Esto es una verdadera violencia!», uno de los dos Cascas [346] le hirió por la espalda, un poco más abajo de la garganta. César le cogió el bra- 2
zo, atravesándoselo con su punzón [347], e intentó lanzarse fuera, pero una nueva herida le detuvo. Dándose cuenta entonces de que se le atacaba por todas partes con los puñales desenvainados, se envolvió la cabeza en la toga, al tiempo que con la mano izquierda dejaba caer sus pliegues hasta los pies, para caer más decorosamente, con la parte inferior del cuerpo también cubierta. Así fue acribillado por veintitrés puñaladas, sin haber pronunciado ni una sola palabra, sino únicamente un gemido al primer golpe, aunque algunos han escrito que, al recibir el ataque de Marco Bruto, le dijo: «¿Tú también, hijo?» [348]. Mien- 3
tras todos huían a la desbandada, quedó allí sin vida por algún tiempo, hasta que tres esclavos lo llevaron a su casa, colocado sobre una litera, con un brazo colgando. Según

345 Lucio Tilio Cimbro, partidario de César, que le favoreció mucho. Recibió la pretura (en 45?) y el imperio proconsular de Bitinia-Ponto para el 44. Se alió con los conjurados por motivos claramente personales, pues César le había negado el perdón para su hermano.

346 Publio Servilio Casca Longo, que un año después fue tribuno de la plebe y en 42 legado en Oriente a las órdenes de Bruto. Debió suicidarse poco después de Filipos.

347 El instrumento de metal con el que se escribía sobre las tablillas enceradas, y que, por ello, era muy afilado en uno de sus extremos.

348 Estas famosísimas palabras de César sólo son mencionadas por Suetonio y Dión (XLIV 19), que tienden, además, a rechazarlas. Es poco probable que Bruto fuera hijo de César, dado que nació en el 85, cuando César debía de tener catorce o quince años (cf. cap. 1, nota 1).

el dictamen del médico Antistio, no se encontró entre tantas heridas ninguna mortal, salvo la que había recibido en
4 segundo lugar en el pecho. Los conjurados habían proyectado arrastrar el cuerpo del muerto hasta el Tíber, confiscar sus bienes y anular sus disposiciones, pero desistieron por miedo al cónsul Marco Antonio [349] y al jefe de la caballería, Lépido [350].

83 A petición de su suegro Lucio Pisón [351], se abre y se lee en casa de Antonio el testamento que César había escrito en los pasados idus de septiembre en su quinta de Lávico y que había confiado a la vestal máxima. Quinto Tuberón [352] dice que tuvo por costumbre, desde su primer consulado hasta el comienzo de la guerra civil, designar por heredero a Gneo Pompeyo, y que leyó un testamento redactado en estos términos ante la asamblea de sus sol-
2 dados. Pero en su último testamento nombró tres herederos, los nietos de sus hermanas: Gayo Octavio [353], de las tres cuartas partes, y Lucio Pinario y Quinto Pedio [354], de la cuarta restante; al final del documento adoptaba incluso a Gayo Octavio dentro de su familia, dándole su nombre; nombraba a muchos de sus asesinos entre los tutores del hijo que pudiera nacerle, e incluso a Décimo Bruto entre sus segundos herederos. Legó, por último, al pueblo sus

349 Véase nota 324 al cap. 79.

350 Marco Emilio Lépido, el triunviro (*ca.* 90 - 12 a. C.). Edil (¿curul?) en 53; *interrex* en 52; pretor en 49; gobernador de Hispania Citerior en 48-47. Colega de César en el consulado del 46, dirigió los asuntos de Roma en ausencia de éste como *magister equitum* del 46 al 44.

351 Cf. cap. 21.

352 El acusador de Ligario en el año 46 (cf. Cic., *Pro Ligario*). Autor de una historia de Roma utilizada por Livio y Dionisio de Halicarnaso.

353 El futuro Augusto, nieto de Julia la menor (cf. nota 299 al cap. 74).

354 Ambos nietos de Julia la mayor (cf. asimismo nota 299).

jardines cercanos al Tíber, para uso de la colectividad, y trescientos sestercios por cabeza.

Anunciada la fecha de los funerales [355], se levantó la 84
pira en el Campo de Marte, junto a la tumba de Julia [356], y se edificó ante la tribuna de las arengas una capilla dorada, según el modelo del templo de Venus Genetrix; dentro de ella se instaló un lecho de marfil, guarnecido de oro y púrpura, y en su cabecera un trofeo con las vestiduras que llevaba cuando fue asesinado. Como no parecía que el día pudiera dar abasto a las personas que traían ofrendas, se ordenó que cada uno, sin observar ningún orden, las llevara al Campo de Marte, por las calles de la ciudad que quisiera. En el transcurso de los juegos fú- 2
nebres se cantaron algunos versos a propósito para inspirar la lástima y el rencor por su asesinato, tomados, como el siguiente, del *Juicio de las armas* de Pacuvio,

¿Acaso los salvé para que se convirtieran en mis asesinos?,

y de la *Electra* de Atilio, de significado parecido. En lugar del elogio fúnebre, el cónsul Antonio hizo leer por un heraldo el decreto del Senado por el que éste había otorgado a César todos los honores divinos y humanos a la vez, así como el juramento por el que todos sin excepción se habían comprometido a proteger su vida; a esto añadió por su parte muy pocas palabras. El lecho fúnebre fue 3
llevado al Foro ante la tribuna de las arengas por magistrados en ejercicio y exmagistrados; y mientras unos proponían quemarlo en el santuario de Júpiter Capitolino y

355 20 de marzo de 44 a. C.; el testamento se había leído un día antes.

356 La hija de César y esposa de Pompeyo, cuya muerte se menciona en el cap. 26, 1.

otros en la curia de Pompeyo, de repente dos individuos ceñidos con espada y blandiendo dos venablos cada uno le prendieron fuego por debajo con antorchas de cera ardiendo, y al punto la muchedumbre de los circunstantes amontonó sobre él ramas secas, los estrados de los jueces con sus asientos y todo lo que por allí había para ofren-
4 da. Luego, los tañedores de flauta[357] y los actores se despojaron de las vestiduras que se habían puesto para la ocasión sacándolas del equipo de sus triunfos y, tras hacerlas pedazos, las arrojaron a las llamas; los legionarios veteranos lanzaron también sus armas, con las que se habían adornado para celebrar los funerales; e incluso muchas matronas las joyas que llevaban, y las bulas[358] y las
5 pretextas de sus hijos. En medio de estas muestras de duelo por parte del pueblo, una multitud de extranjeros, concentrándose en grupos, manifestó también su dolor, cada uno según sus costumbres, particularmente los judíos[359], que se congregaron incluso junto a la pira varias noches seguidas.

85 Nada más terminar los funerales, la plebe se dirigió con antorchas hacia las casas de Bruto y de Casio y, luego que fue a duras penas rechazada, se encontró por el camino a Helvio Cinna[360] y lo asesinó, por un error de

[357] Que formaban parte de la procesión funeraria, junto con mimos que representaban al difunto, imitando sus gestos y sus palabras (cf. *Vespasiano* 19, 2), y danzantes.

[358] La *bulla* era una especie de medallón lleno de amuletos: los niños lo llevaban colgado del cuello desde la ceremonia de su legitimización hasta la de la asunción de la toga viril, y las niñas hasta el día de su matrimonio. Junto con la *bulla* se deponía entonces la toga pretexta.

[359] A quienes César había favorecido especialmente, además de ser el vencedor de Pompeyo, que había tomado Jerusalén.

[360] Cf. cap. 52, 3, nota 242.

nombre, creyendo que se trataba de Cornelio[361], a quien buscaba por haber pronunciado la víspera una violenta arenga contra César; luego paseó su cabeza clavada en una lanza. Más tarde, levantó en el Foro una columna maciza, de unos veinte pies, de mármol de Numidia y grabó en ella esta inscripción: «Al Padre de la Patria». Durante largo tiempo continuó ofreciendo sacrificios al pie de esta columna, formulando votos y dirimiendo algunas discusiones por el procedimiento de jurar en el nombre de César.

César dejó en algunos de sus parientes la sospecha de 86
que no había querido vivir más ni puesto interés en ello porque, al parecer, no gozaba de buena salud[362], y de que por esa razón había despreciado los presagios de los sacrificios y las advertencias de sus amigos. Hay quienes creen que la causa de que suprimiera incluso las guardias de hispanos que lo escoltaban[363] armados con espadas fue su total confianza en aquel último decreto del Senado y en el juramento de los senadores[364]. Otros, por el contra- 2
rio, opinan <que prefirió> exponerse de una vez a las asechanzas que le amenazaban por todas partes <a estar siempre angustiado> y en guardia. <Algunos incluso>

[361] Cf. cap. 5, nota 24.

[362] Cf. caps. 45, 1 y 81, 4.

[363] Entre las diversas correcciones propuestas para la lectura de los manuscritos *adinspectantium*, que figura en la edición de Ailloud marcada con una *crux* (así también en la edición de Ihm y en la de Bassols), adoptamos la de Ihm, *adsectantium*, seguida, entre otros, por Rolfe. Butler-Cary prefieren, sin embargo, la corrección de Bentley, *nudis stipantium*, cuyo sentido sería «que lo escoltaban (con las espadas) desenvainadas».

[364] Cf. cap. 84, 2.

cuentan que tenía costumbre <de decir>[365] que no era interés suyo tanto como del Estado el que él siguiera vivo: que él había conquistado desde hacía tiempo poder y gloria más que suficientes, pero que el Estado, si a él le sucedía algo, no permanecería en paz, antes bien, tendría que afrontar unas guerras civiles de naturaleza bastante peor.

87 Para casi todo el mundo resultó totalmente obvio que había tenido una muerte más o menos conforme a sus deseos. En efecto, ya en una ocasión en que leyó en Jenofonte[366] que Ciro, durante su última enfermedad, había hecho ciertas indicaciones concernientes a sus funerales, había manifestado su aversión por una muerte tan lenta y sus deseos de que la suya fuera súbita y rápida; pero, además, la víspera de su asesinato, en la conversación que se entabló durante la cena en casa de Marco Lépido sobre cuál era la muerte más agradable, había dado su preferencia a una muerte repentina e inesperada.

88 Murió a los cincuenta y cinco años y fue incluido entre los dioses por voluntad expresa de los senadores, que contaron, además, con el convencimiento del pueblo. En efecto, durante los juegos que su heredero Augusto daba por primera vez en su honor después de haber sido divinizado[367], un cometa, apareciendo hacia la hora undécima[368], brilló durante siete días seguidos, y se creyó que era el alma de César acogido en el cielo; por este motivo se le representa con una estrella encima de su cabeza. Se decidió tapiar la curia en la que había sido asesinado, designar con el nombre de «Parricidio» los idus de marzo y no celebrar jamás una reunión del Senado en esta fecha.

En cuanto a sus asesinos, casi ninguno le sobrevivió 89
más de tres años ni murió de muerte natural. Fueron condenados todos[369], pereciendo cada uno de una manera distinta, unos en naufragio, otros en combate; algunos se dieron muerte a sí mismos con el mismo puñal que habían utilizado para agredir a César.

---

365 Ailloud, siguiendo a Roth e Ihm, señala una laguna en el texto latino. La conjetura propuesta por ambos editores para subsanarla <*semper* (sólo Ihm) *sollicitum maluisse. Quidam dicere etiam*> ha sido adoptada prácticamente por todos los editores posteriores y es en la que descansa nuestra traducción.

366 *Ciropedia* VIII 7.

367 Se trata de los Juegos de la Victoria de César, instituidos por el dictador dos años antes en honor de su patrona, Venus Genetrix. Se celebraban ahora (últimos días de julio del año 44 a. C.) por primera vez tras la muerte de César.

368 Hacia las cinco de la tarde.

369 Por la ley Pedia, promulgada por Quinto Pedio, colega de Augusto en el consulado obtenido a viva fuerza por este último a mediados de agosto del año 43 a. C.

LIBRO II

EL DIVINO AUGUSTO

SINOPSIS

I. INTRODUCCIÓN (1-8)

Antepasados de Augusto. Sus padres y hermanas (1-4). Circunstancias de su nacimiento. Nombres que adoptó a lo largo de su vida. Visión de conjunto de ésta (5-8).

II. EXPOSICIÓN DE LA VIDA DE AUGUSTO POR TEMAS (9-101)

1. *Las guerras civiles* (9-18).

Causa inicial de éstas. Guerra de Módena. Muerte sospechosa de Hircio y Pansa (9-11). Augusto cambia de partido. Formación del segundo triunvirato. Guerra de Filipos. Comportamiento de Augusto tras la victoria (12-13). Guerra de Perusa. Ensañamiento con los vencidos (14-15). Guerra de Sicilia. Derrota de Sexto Pompeyo. Relegación de Lépido (16). Rompimiento definitivo con Antonio. Batalla de Accio. Toma de Alejandría. Muerte de Antonio y Cleopatra. Egipto, provincia romana (17-18).

2. *Conatos de revolución y conjuras sofocadas durante su mandato* (19).
3. *Guerras externas y organización militar* (20-25).

Guerras dirigidas personalmente (20). Territorios anexionados bajo su mandato. Otras operaciones militares y diplomáticas (21). Cierres del templo de Jano. Ovaciones y triunfos. Derrotas (22-23). Disciplina militar. Alistamiento de esclavos. Recompensas (24-25).

4. *Carrera política* (26-28).

Consulados de Augusto (26). Actuación como triunviro. Recibe la potestad tribunicia y la supervisión de las leyes y costumbres. Censos del pueblo (27). Instauración del Principado (28).

5. *El Principado de Augusto* (29-60).

Reformas urbanísticas y administrativas (29-30). Política religiosa (31). Medidas para garantizar el orden público. Reformas judiciales. Leyes contra la disolución (32-34). Augusto y el Senado (35-36). Creación de nuevos servicios (37). Recompensas al mérito militar. Augusto y el orden ecuestre (38-40, 1). Reglamentación de los comicios. Política relativa a la concesión de la ciudadanía y a la liberación de esclavos. Liberalidad con todos los órdenes sociales (40, 2-42). Espectáculos públicos (43-45). Organización de Italia y de las provincias. Política con los aliados (46-48). Distribución de las fuerzas militares. Creación de las cohortes urbanas y pretorias. Reglamento militar. El correo y el sello imperial (49-50). Testimonios de clemencia y sencillez (51-56). Popularidad que estas virtudes le depararon. Testimonios de afecto dentro y fuera de Italia (57-60).

6. *Vida privada y costumbres* (61-78).

Relaciones con su madre y su hermana (61). Matrimonios y descendencia. Matrimonios de Julia, hija de Augusto (62-63). Los nietos de Augusto. Su educación. Destino de cada uno de ellos. Desgracia de Julia (64-65). Augusto y sus amigos (66). Actitud con sus libertos y esclavos (67). Fama de afeminado y mujeriego, así como de derrochador, amante del lujo y jugador empedernido (68-71). Moderación en los demás aspectos de su vida. Residencias y lugares de retiro. Mobiliario y ajuar. Banquetes y celebraciones. Comida y bebida. Descanso (72-78).

7. *Rasgos personales de Augusto* (79-93).

Características físicas. Naturaleza enfermiza. Cuidados que le dedicaba. Ejercicios y esparcimientos (79-83). Augusto, hombre de letras (84). Producción literaria (85). Estilo oratorio (86). Giros de lenguaje (87). Despreocupación por la ortografía. Escritura cifrada (88). Formación helenística. Protección de las artes y las letras (89). Supersticiones (90-92). Postura respecto a los ritos extranjeros (93).

8. *Presagios relativos a Augusto* (94-97).

Presagios de su futura grandeza (94-95). Presagios de sus victorias (96). Presagios de su muerte y posterior deificación (97).

9. *Muerte de Augusto* (98-101).

Último viaje de Augusto. Enfermedad y muerte (98-99). Lugar, fecha y edad a la que murió. Traslado de su cuerpo. Doble elogio fúnebre. Exequias (100). Testamento y demás documentos dejados por Augusto (101).

Muchos hechos revelan que la familia Octavia fue en otro tiempo una de las principales de Vélitras[1]. En efecto, ya un barrio situado en una de las zonas más frecuentadas de la ciudad se llamaba Octavio desde hacía tiempo, pero, además, se mostraba allí un altar consagrado por un Octavio. Este hombre fue general en una guerra contra un pueblo vecino y, como tal, se encontraba ofreciendo un sacrificio a Marte cuando le fue anunciada una súbita incursión del enemigo. Arrebatando entonces del fuego las entrañas medio crudas de la víctima, las cortó en pedazos y, tras haber entrado en combate en semejantes condiciones[2], regresó vencedor. Se conservaba incluso un decreto oficial por el que se ordenaba que en el futuro fueran 1

---

[1] Hoy Velletri. Ciudad situada al sur de los montes Albanos, en el Lacio. Conquistada en el siglo VI a. C. por los volscos, formó parte de la Liga Latina en el siglo V y fue colonizada por los romanos en este mismo siglo, aunque no perdió del todo la población volsca. Durante todo el siglo V se mantuvo en guerra casi constante con Roma, que la sometió en 338, castigándola duramente. Municipio romano y colonia de nuevo más tarde.

[2] Es decir, sin observar escrupulosamente el rito. Éste exigía que los *exta* (hígado, pulmones, corazón y bazo), la parte de la víctima destinada al dios en el sacrificio, fueran preparados y cocinados cuidadosamente junto con ciertos trozos de carne (*augmenta, magmenta*), para luego ser troceados y quemados.

también ofrecidas las entrañas a Marte del mismo modo y que los restos fueran entregados a los Octavios.

2 Esta familia fue admitida en el Senado por el rey Tarquino el Antiguo entre las de rango inferior[3]; luego fue elevada a las patricias por Servio Tulio[4]; andando el tiempo retornó a la plebe[5] y, de nuevo, después de un gran intervalo, volvió a la dignidad patricia por obra del divino Julio[6]. El primer miembro de ella que alcanzó una ma-
2 gistratura por sufragio popular fue Gayo Rufo[7]. Éste, que

[3] El primitivo Senado de Rómulo se componía, según la tradicción, de cien miembros. Este número aumentó en seguida con el gradual progreso de la ciudad, y hacia el final de la monarquía se elevaba a trescientos. Los historiadores exponen de diversas maneras las fases de este crecimiento, pero la principal parece situarse bajo el reinado del quinto rey de Roma, Tarquino el Antiguo, que nombró cien nuevos senadores (cf. Liv., I 35, 6; Dionisio de Halicarnaso, III 67, 1; Cic., *De re publica* II 20). Los senadores nombrados por Tarquino se llamaron *patres minorum gentium*, por oposición a los *patres maiorum gentium*, o primeras familias senatoriales.

[4] Penúltimo rey de Roma, sucesor de Tarquino el Antiguo. La noticia de que este rey nombrara nuevas familias patricias no está confirmada por ninguna otra fuente, aparte de que el patriciado como tal no aparece hasta los tiempos de la república. Puede verse aquí un intento de explicar la admisión dentro del patriciado de la familia de Augusto, concedida por César, como un regreso a él por parte de una familia ya patricia que en un momento determinado se habría pasado a la plebe.

[5] Hecho, en principio, no imposible ni raro, pues era factible pasar de una clase social a otra. Publio Clodio, por ejemplo, cambió de orden en el 59 a. C. haciéndose adoptar por un plebeyo, para poder aspirar al cargo de tribuno de la plebe (cf. *Julio* 20, 4).

[6] Quizá en 45 a. C., cuando, en virtud de una ley Casia (Tác., *Anales* XI 25), César nombró nuevas familias patricias (Dión, XLIII 47). Véase también Suet., *Julio* 41, 1. Augusto continuó esta práctica (Dión, LII 42; Tác., *loc. cit.*), y después de él los emperadores siguientes.

[7] Gayo Octavio Rufo, cuestor en 230 a. C.

llegó a ser cuestor, tuvo dos hijos, Gneo[8] y Gayo, que dieron origen a las dos ramas de la familia Octavia, de diferente condición social, pues Gneo y todos sus descendientes desempeñaron los más altos honores, mientras que Gayo y los suyos, por azar o por voluntad propia, permanecieron en el orden ecuestre hasta el padre de Augusto. El tatarabuelo[9] de Augusto sirvió, durante la segunda guerra púnica, como tribuno militar en Sicilia, a las órdenes del general Emilio Papo. Su abuelo, satisfecho con los cargos municipales, llegó a la vejez en posesión de un abundante patrimonio y gozando de una absoluta tranquilidad. Pero estas noticias nos las suministran otros; el 3
propio Augusto se limita a escribir[10] que nació de una

[8] Gneo Octavio, tribuno militar en 216; edil plebeyo en 206; pretor en 205; propretor en Cerdeña en 204-203 y jefe de la flota en el Tirreno. En 202 participó en la batalla de Zama y mandó las tropas que atacaban Cartago, cediendo el mando en 201. En 200 volvió a África como miembro de la embajada tripartita. En 194 fue triunviro para la colonización de Crotona y en 192-191 miembro de la embajada cuatripartita enviada a Grecia.

[9] El término *proavus* se utiliza normalmente para designar al bisabuelo. Sin embargo, aunque Gayo Octavio fuera muy joven en 205, cuando fue nombrado tribuno militar para el año siguiente en Sicilia a las órdenes del propretor Lucio Emilio Papo (pretor en 205 junto con Gneo Octavio, familiar de Gayo), la diferencia de tiempo entre este momento y el nacimiento del padre de Augusto (más o menos sobre el 100) es de casi un siglo, por lo que tiene que haber una generación más entre medias. *Proavus* tiene que ser entendido, pues, en sentido lato como «tatarabuelo». Suetonio vuelve a emplear el término al reproducir los reproches de Marco Antonio a los antepasados de Augusto, tanto por la línea paterna (véase parágrafo 3 de este mismo capítulo: «...un *proavus* liberto, cordelero del distrito de de Turio») como por línea materna (véase cap. 4, 2: «...un *proavus* de origen africano»). En ambos casos debe entenderse en sentido lato, como antepasado en general. Cf. *RE* XVII, 2 1805 número 13.

[10] En sus Memorias, mencionadas por Suetonio en el capítulo 85, 1.

familia ecuestre, antigua y opulenta, en la que el primer senador fue su padre. Marco Antonio le echa en cara el tener un antepasado liberto, cordelero del distrito de Turio, y un abuelo cambista. Esto es todo lo que he podido encontrar sobre los antecesores paternos de Augusto.

3 Su padre, Gayo Octavio[11], gozó desde sus primeros años de una gran riqueza y consideración; por eso me causa verdadero asombro que también él haya sido presentado por algunos como un cambista e incluso contado entre los agentes al servicio de los candidatos para comprar votos en su nombre y demás asalariados del Campo de Marte. Criado, en efecto, en medio de una gran opulencia, obtuvo fácilmente los cargos públicos y, además, los desempeñó de forma admirable. Al término de su pretura, obtuvo por sorteo[12] Macedonia y, en su viaje de camino a esta provincia, aniquiló a los esclavos fugitivos restos de las tropas de Espartaco y Catilina, que ocupaban el territorio de Turio[13], misión que se le había confiado
2 en el Senado con carácter extraordinario[14]. Gobernó su provincia con tanta justicia como valor; así, después de haber derrotado en un gran combate a los besos y a los tracios, trató de tal forma a los aliados que Cicerón, en unas cartas que se nos han conservado[15], aconseja y ex-

11 Tribuno militar; cuestor en 66; edil en 63; pretor en 61; propretor en Macedonia en 60. Murió el año 59 (cf. caps. 4, 1; 8, 1) en Nola, lo mismo que más tarde su hijo (véase cap. 100, 1), cuando regresaba de su provincia a Roma.

12 Durante la república, cada año el Senado adjudicaba por sorteo a los cónsules y pretores que resultaran elegidos las provincias que gobernarían al término de su mandato (véase *Julio* 18, 1; 19, 2).

13 Ciudad de Lucania, situada sobre el golfo de Tarento.

14 Probablemente por hallarse esta región de camino a su provincia, Macedonia, y a pesar de no estar, en principio, bajo su competencia.

15 *Ad Quintum fratrem* I 1, 21; 2, 7.

horta a su hermano Quinto, que a la sazón ejercía el proconsulado[16] de Asia con no muy buena fama, a imitar a su vecino Octavio en ganarse las simpatías de sus aliados.

Cuando volvía de Macedonia, antes de que pudiera 4
declararse candidato al consulado[17], murió repentinamente, dejando tres hijos: Octavia la mayor[18], de su primera mujer Ancaria, y Octavia la menor[19] y Augusto, de Acia.

16 Quinto Tulio Cicerón fue pretor en 62 a. C. y gobernador de Asia de 61 a 58. Sobre el título de procónsul, aplicado a un gobernador de provincia al margen del cargo desempeñado anteriormente, cf. *Julio* 54, 1, nota 243.

17 El padre de Augusto murió en Nola, de regreso a Roma. No pudo, por tanto, presentar su candidatura al consulado, pues era obligatorio hacerlo personalmente (véase *Julio* 18, 2).

18 Para Plutarco (*Antonio* 31) sólo existe esta Octavia, hija de Ancaria y hermanastra de Augusto, a la que refiere todas las noticias relativas a Octavia la menor. Casada con Sexto Apuleyo, fue madre de Sexto y de Marco Apuleyo, cónsules en 29 y 20 a. C. respectivamente.

19 Cf *Julio* 27, 1, nota 138. Casada en primeras nupcias con Gayo Claudio Marcelo, cónsul en 50 a. C., y en segundas, el año 40, con Marco Antonio, que se divorció de ella en el 32. Modelo de honradez y fidelidad, jugó muchas veces el papel de mediadora entre Antonio y Augusto, e incluso acudió a Grecia, en 35 a. C., para proporcionar a su marido tropas y dinero, a pesar de que éste ya la había relegado en Roma. Permaneció toda su vida entregada a la educación de sus hijos, tres de su primer matrimonio (Marcelo, primer marido de Julia, la hija de Augusto, y dos hijas, llamadas ambas Marcela) y dos del segundo, las dos Antonias, de las que la menor fue madre del emperador Claudio (véase *Claudio* 1, 6). A su muerte (véase cap. 61, 2) recibió de su hermano Augusto los mayores honores. Cf. APIANO, *Guerra Civil* V 64, 93, 138; PLUT., *Antonio* 31, 35, 54, 57; DIÓN, XLVIII 31 y 54; XLIX 33; L 3.

Esta última era hija de Marco Acio Balbo[20] y de Julia[21], hermana de Gayo César. Balbo, originario de Aricia[22] por línea paterna y con muchos retratos de senadores en su familia, estaba por parte de madre en un grado muy estrecho de parentesco con Pompeyo Magno; después de haber ejercido el cargo de pretor, formó parte de la comisión de los veinte magistrados que dividieron, en virtud de la
2 ley Julia, el territorio de Campania entre la plebe[23]. Sin embargo, el mismo Antonio, despreciando también la ascendencia materna de Augusto, le echa en cara el haber tenido un antepasado de origen africano, que regentó en Aricia ya una tienda de perfumes, ya una tahona. También Casio de Parma[24], en una de sus cartas, acusa a Augusto de descender de un panadero por una de las ramas y de un cambista por la otra, en los siguientes térmi-

[20] Originario de Aricia, pretor en 60 a. C., tuvo dos hijas, llamadas ambas igual: Acia la mayor, madre de Augusto, y Acia la menor. Las dos se casaron, además, con un Lucio Marcio Filipo: Acia la mayor con el padre, cónsul en 56 (véase cap. 8, 2, nota 46), tras la muerte de Gayo Octavio en 59; y su hermana con el hijo de este personaje, cónsul también en 38 a. C. Acia la mayor murió en 43 a. C. Véase cap 61, 2.

[21] Julia la menor, véase nota 299 a *Julio* 74, 2.

[22] Ciudad interior del Lacio, en la Vía Apia, hoy Ariccia. Cicerón (*Filípicas* III 15), defendiendo a Augusto contra los ataques de Marco Antonio, habla de esta ciudad como de un municipio muy antiguo, aliado de Roma, de la que era casi vecina, y muy insigne por el brillo de sus habitantes. Gozaba del derecho de ciudadanía prácticamente desde el final de la gran guerra latina de 338 a. C. (Liv., VIII 14).

[23] Véase *Julio* 20, 3, nota 102.

[24] Uno de los asesinos de César. Cuestor en 43, procuestor en 42. Se encargó de reunir los restos del ejército derrotado en Filipos, pasándose a Sexto Pompeyo y en 36 a Antonio, a cuyo lado luchó en Accio. Después de la derrota, murió ajusticiado. Autor (cf. Hor., *Epístolas* I 4, 3) de sátiras, elegías y epigramas. Plinio (*Historia Natural* XXXI 8) menciona una carta suya a Antonio.

nos: «De la más grosera tahona de Aricia procede tu harina materna; la amasó un cajero de Nérulo[25] con sus manos manchadas por el trasiego de monedas».

Augusto nació bajo el consulado de Marco Tulio Ci- 5
cerón y Gayo Antonio, el noveno día antes de las calendas de octubre[26], poco antes de la salida del sol, en el distrito del Palatino[27], en las Cabezas de Bueyes, donde ahora tiene un santuario, levantado algún tiempo después de su muerte. En efecto, según consta en las actas del Senado, un adolescente de origen patricio, Gayo Letorio, para eludir la severidad del castigo impuesto al delito de adulterio[28], alegó en cierta ocasión ante los senadores, además de su edad y de su cuna, el ser posesor y en cierto modo guardián del primer suelo que el divino Augusto había tocado al nacer[29], y suplicó ser perdonado en gracia a

[25] Pequeña ciudad interior de Lucania, cercana a Turio.

[26] El 23 de septiembre del año 63 a. C.

[27] Una de las cuatro *regiones* en que, según Dionisio de Halicarnaso (IV 14, 1), el sexto rey de Roma, Servio Tulio, dividió ésta. Las otras eran la Subura, la Colina o Viminal y el Esquilino. Augusto elevó más tarde su número a catorce. Las Cabezas de Bueyes debe de ser el nombre de una calle de este distrito.

[28] La *lex Iulia de adulteriis coercendis*, promulgada por Augusto, penaba el adulterio con la *relegatio* a una pequeña isla y la confiscación parcial de los bienes. En el caso de la mujer, ésta, además, no podía volver a casarse con un ciudadano. La ley no mencionaba la muerte como castigo a los infractores, pero permitía al padre o al marido ultrajado infligirla en ciertos casos y con ciertas restricciones.

[29] El niño recién nacido debía ser legitimado por su padre, acto que tenía lugar en el curso de una ceremonia celebrada, para las niñas, el octavo día de su nacimiento y, para los niños, el noveno. La criatura era depositada en el suelo, de donde su padre le levantaba para reconocerla, tomándola en sus brazos. La ceremonia continuaba con la *lustratio* (purificación) del niño, tras de la cual se le ponía en torno al cuello

este dios que de algún modo le pertenecía como propio; en consecuencia, se decretó que esta parte de su casa fuera consagrada.

6 Todavía hoy, en una finca perteneciente a su familia cerca de Vélitras, se muestra el lugar en que fue criado, de dimensiones muy reducidas y parecido a una despensa; las gentes del lugar mantienen la creencia de que nació también allí. Un escrúpulo religioso les impide penetrar en esta habitación, a no ser por necesidad y con ánimo piadoso, porque es creencia concebida desde antiguo que los que entran por capricho son víctimas de una cierta conmoción y espanto, creencia que incluso se ha visto más tarde confirmada. En efecto, un nuevo propietario de la casa se trasladó una vez a dormir allí, sea sin intención, sea para hacer el experimento, y sucedió que una fuerza súbita y desconocida le arrancó del sitio, pasadas apenas unas pocas horas de la noche, y se le encontró casi medio muerto delante de la puerta junto con su cama.

7 Le pusieron en su infancia el sobrenombre de Turino en memoria del origen de sus antepasados, o bien porque fue en la región de Turio donde su padre Octavio, a poco de nacer él, llevó a cabo felizmente su empresa contra los esclavos fugitivos. Me bastaría para afirmar, sin dejar lugar a dudas, que fue apodado Turino, con basarme en mi descubrimiento de una estatuilla suya de cuando era niño, en bronce y antigua, en la que aparece inscrito este nombre en letras de hierro ya casi comidas por la herrumbre; se la regalé al emperador [30], que la venera entre los lares de su alcoba. Pero, además, en sus cartas Marco Antonio

la *bulla* (cf. *Julio* 84, 4, nota 358) y se le daba un nombre. No levantar a un hijo del suelo implicaba condenarlo a la muerte por exposición.

30 Adriano, de quien Suetonio era secretario *ab epistulis.*

con frecuencia le llama Turino a modo de injuria, y el propio Augusto, como única respuesta, le contesta que se admira de que su primer nombre le sea echado en cara como un insulto. Más tarde tomó el nombre de Gayo César [31] y luego el sobrenombre de Augusto [32], el primero en virtud del testamento de su tío abuelo [33] y el segundo siguiendo el parecer de Munacio Planco [34]. Mientras algunos opinaban, en efecto, que debía llamársele Rómulo, como fundador también él de la ciudad, prevaleció la propuesta de que se le llamara mejor Augusto, con un sobrenombre nuevo y además más ilustre, porque también se denominan augustos los lugares religiosos y en los que se hace alguna consagración después de haber tomado los augurios, a partir del término «auctus» (engrandecimiento) o de la expresión «avium gestus» o «gustus» (movimientos o degustación de las aves), como muestra incluso Ennio [35] cuando escribe: 2

Después de que la ínclita Roma fuera fundada con augusto [augurio.

31 Así, Gayo Octavio pasó a llamarse Gayo Julio César Octaviano.

32 En la sesión del Senado que tuvo lugar el dieciséis de enero del año 27 a. C. (cf. Liv., *Epitome* CXXXIV 102 y 103). Véase también *Res gestae Divi Augusti* cap. 34; Dión, LIII 16; Orosio, VI 20 (en 29 a. C.); Floro, IV 12, 66.

33 Cf. *Julio* 83, 2.

34 Lucio Munacio Planco, desde 54 a. C. legado de César, fue en 46 *praefectus urbi* y en 45 pretor. Gobernador de la Galia Comata en 44, en agosto del 43 abandonó a Décimo Bruto para pasarse a Antonio. Fue cónsul ordinario en 42, y en 41 prestó su apoyo a Lucio Antonio, siendo nombrado gobernador de Asia en 40. En 35/34 fue gobernador de Siria, y en 32 se pasó a Augusto, siendo recompensado con la censura en 22 (véase cap. 37).

35 *Anales* 502, 2.ª ed. Vahlen; 155, ed. O. Skutsch.

8 A los cuatro años perdió a su padre[36]. Cuando tenía doce pronunció ante la asamblea del pueblo el elogio fúnebre de su abuela Julia[37]. Cuatro años más tarde, después de haber vestido la toga viril[38], fue gratificado con recompensas militares en el triunfo de César sobre África[39], a pesar de no haber participado en la guerra, debido a su edad. Cuando más tarde[40] su tío abuelo partió a las Hispanias contra los hijos de Gneo Pompeyo, Augusto le siguió con una mínima escolta, a pesar de hallarse convaleciente de una grave enfermedad, por rutas infestadas de enemigos, sufriendo incluso un naufragio, y se hizo merecedor de gran estima ante César, que tuvo pronto ocasión de apreciar también la naturaleza de su carácter,
2 además de la rapidez de su viaje. Tras la reconquista de las Hispanias, César, que proyectaba una expedición contra los dacios y después contra los partos[41], lo envió por delante a Apolonia[42], donde consagró su tiempo a los estudios. Cuando recibió allí la noticia del asesinato de César[43] y de que lo había nombrado su heredero[44], estuvo largo tiempo dudando si pedir ayuda a las legiones vecinas, pero desechó esta medida por juzgarla precipitada y prematura. Por lo demás, regresó a Roma[45] y aceptó la herencia, a pesar de las dudas de su madre y de los muchos consejos en contra de su padrastro, el excónsul Marcio Filipo[46]. A partir de este momento y después de ha- 3
ber reclutado ejércitos, gobernó el Estado, primero con Marco Antonio y Marco Lépido[47], luego solamente con

[36] Año 59 a. C. El 23 de septiembre cumplía Augusto los cuatro años. Como se desconoce el mes de la muerte de su padre, no podemos seber si aquí se está empleando el cómputo exclusivo o el inclusivo, es decir, si Augusto tenía ya los cuatro años cumplidos o si tenía algo más de tres.

[37] Véase cap. 4, 1. Es el año 51 a. C. Como en el caso anterior, no podemos precisar si Augusto tenía doce u once años.

[38] El 18 de octubre del año 49 (*CIL* I^2 pág. 332), a los catorce años.

[39] En el verano del 46 (cf. *Julio* 37, 1, nota 190).

[40] Finales del año 46 (cf. *Julio* 35, 2, nota 183).

[41] Cf. *Julio* 44, 3; 79, 3.

[42] Antigua colonia griega fundada en las costas de Iliria a comienzos de la segunda mitad del siglo VII a. C. por Corinto y Corcira conjuntamente. Junto a ella, un poco más al norte, fue fundada también Epidamne, la Dirraquio romana que fue más tarde punto de partida de la *via Egnatia*, que, atravesando Macedonia, llegaba a Bizancio.

[43] 15 de marzo del 44. Octavio tenía a la sazón dieciocho años.

[44] Cf. *Julio* 83, 2.

[45] Finales de abril del año 44.

[46] Lucio Marcio Filipo (*ca.* 102 - *post.* 43 a. C.), pretor en 62 —colega, entre otros, de César—, y en 61-60 propretor en Siria. En 58 casó en segundas nupcias con Acia, la madre de Augusto (véase nota 20 al cap. 4, 1). Cónsul en 56 junto con Gneo Cornelio Léntulo Marcelino. Partidario de César, no participó, sin embargo, en la guerra civil. En 43 fue encargado por el Senado de la reconciliación con Antonio, y tras su fracaso se retiró de la vida política.

[47] El triunvirato quedó legalmente constituido por la *lex Titia*, presentada por el tribuno de la plebe Publio Ticio y aprobada el 27 de noviembre del año 43. Octaviano, Antonio y Lépido fueron investidos de poderes ilimitados por cinco años (hasta el 31 de diciembre del año 38) para la reorganización del Estado —*triunviri rei publicae constituendae*—. Con el acuerdo de Tarento, estos poderes se prorrogaron otros cinco años (hasta el 31 de diciembre del año 33), pero en 36, tras la derrota de Sexto Pompeyo, Lépido fue privado de sus provincias y del título de triunviro, debiendo contentarse con el pontificado máximo, que conservó hasta su muerte. Del año 35 al 32 Augusto compartió el poder sólo con Antonio. A comienzos de este último año comenzó el enfrentamiento abierto entre ambos, que culminó prácticamente con la batalla de Accio (2 de septiembre del año 31). Desde la constitución del triunvirato hasta esta última fecha habían pasado casi doce años. Después de Accio y del suicidio de Antonio en 30, Augusto ejerció el poder absoluto hasta su muerte (año 14 d. C.).

Antonio, durante casi doce años, y, por último, él solo durante cuarenta y cuatro.

9 Después de haber presentado el conjunto, por decirlo así, de su vida, pasaré a exponer cada una de sus partes, pero no por orden cronológico, sino a través de sus distintos aspectos, para poder describirlas y hacerlas comprender de forma más clara. Sostuvo cinco guerras civiles: las de Módena, Filipos, Perusa, Sicilia y Accio; la primera y la última de ellas contra Marco Antonio, la segunda contra Bruto[48] y Casio[49], la tercera contra Lucio Antonio[50], hermano del triunviro, y la cuarta contra Sexto Pompeyo[51], hijo de Gneo.

10 El origen y la causa de todas estas guerras estuvo en lo siguiente: pensando que lo más adecuado en su caso era ante todo vengar el asesinato de su tío y defender sus actos, decidió, tan pronto como regresó de Apolonia, atacar a Bruto y Casio. Optó primero por emplear la fuerza mientras aún se hallaban desprevenidos; pero como aquéllos, previendo el peligro, lograron escapar, recurrió luego

---

48 Véase nota 336 a *Julio* 80, 4.

49 Véase nota 335 a *Julio* 80, 4.

50 Cuestor en Asia en 50 y procuestor *pro praetore* en 49 a. C. Tribuno de la plebe en 44, hizo aprobar en abril una ley agraria anticonstitucional como *septemvir agris dividundis*, la *lex Antonia*. A fines de año se reunió con su hermano, y con él fue derrotado en 43 en *Forum Gallorum*, tras de lo cual ambos fueron desterrados. Tras su rehabilitación a mediados del 43, regresó a Italia, donde obtuvo el consulado del 41 y se dedicó junto con su cuñada Fulvia, la mujer de Marco Antonio, a soliviantar a la población con vistas a restablecer la república y acabar con el triunvirato. Finalmente fue sitiado en Perusa por Octaviano, teniendo que entregarse en febrero del 40. Fue perdonado por Octaviano, que no quería enemistarse con Marco Antonio, y enviado a Hispania con imperio proconsular.

51 Véase nota 183 a *Julio* 35, 2.

a las leyes, acusándolos de asesinato en su ausencia. Como, además, los magistrados a quienes había tocado este deber no se atrevían a celebrar los juegos en honor de la victoria de César[52], los hizo dar él mismo. Para poder 2
con más firmeza ejecutar también sus otros proyectos, se presentó como candidato a la plaza de un tribuno de la plebe que acababa casualmente de fallecer[53], aunque era patricio y todavía no senador[54]. Pero como el cónsul Marco Antonio, de quien había esperado una especial ayuda, se oponía a sus intentos y no le concedía en ningún asunto ni siquiera el derecho común y ordinario sin acordar previamente con él una enorme recompensa, se pasó a los optimates, que sabía que odiaban a Antonio principalmente por tener sitiado en Módena a Décimo Bruto[55] y por tratar de expulsarlo por medio de las armas de una provincia[56] que César le había otorgado y que le había sido confirmada por el Senado. Siguiendo, pues, el conse- 3

---

52 Cf. *Julio* 88, nota 367.

53 Gayo Helvio Cinna, muerto por error a manos de la plebe después del asesinato de César. Cf. *Julio* 85.

54 El tribunado de la plebe fue siempre una magistratura plebeya a la que los patricios no tenían acceso. Por otra parte, solía seguir a la cuestura en el orden establecido para las magistraturas y, por tanto, era ejercido por un senador, pues desde el año 80 los antiguos cuestores eran también inscritos en la lista del Senado. Pero Augusto no había sido cuestor, y, por tanto, no era senador.

55 Cf. *Julio* 80, 4, nota 337.

56 La Galia Cisalpina, a la que pertenecía la ciudad de Módena. A pesar de que Décimo Bruto era legalmente su propretor para el 43, en junio del 44 Antonio hizo aprobar una ley por la que se le transfería a él el mando de esta provincia. Después de algunas dudas, Bruto decidió resistir; no reconoció esta ley, y en el Senado se formó una fuerte oposición contra Antonio, capitaneada por Cicerón. Bruto se refugió en Módena con sus tropas a finales del 44, y allí fue sitiado por Antonio a comienzos del 43.

jo de algunos de ellos, sobornó a unos asesinos para que mataran a Antonio[57], pero el atentado fue descubierto; entonces, por temor a las represalias, reunió en su auxilio y en el de la república a los veteranos, haciéndoles cuantos regalos pudo; se le ordenó luego[58] tomar como propretor el mando del ejército que había reclutado y llevar ayuda a Décimo Bruto junto con Hircio[59] y Pansa, que habían asumido el consulado, terminando en tres meses, con dos combates[60], la guerra que se le había confiado.
4 Según Antonio, en el primero de ellos huyó y no volvió a aparecer hasta después de dos días, sin su manto de general ni su caballo; en el segundo es cosa bien sabida que cumplió con su deber, no ya de general, sino incluso de soldado, y que, herido de gravedad un portaestandarte de su legión en medio de la batalla, tomó él la enseña sobre sus hombros y la llevó durante largo tiempo.

11 En esta guerra, Hircio pereció en el campo de batalla y poco después Pansa a consecuencias de una herida, y se propagó el rumor[61] de que Augusto los había hecho matar a ambos para quedar él solo al mando de los ejércitos vencedores, una vez puesto en fuga Antonio y privado el Estado de sus dos cónsules. Lo cierto es que la muerte de Pansa resultó tan sospechosa que su médico

[57] Antonio divulgó la noticia de este atentado, que, sin embargo, no fue comprobado. Aunque algunos lo creyeron, lo más probable es que fuera una fábula inventada por él mismo, para desacreditar a Augusto. Cf. APIANO, *Guerra Civil* III 39; CIC., *Ad Familiares* XII 23; NICOLÁS DE DAMASCO, *Vita Caesaris* 30; PLUT., *Antonio* 16; SÉNECA, *De Clementia* I 9, 1.

[58] El decreto fue aprobado en la sesión del Senado del uno de enero del 43, día en que Hircio y Pansa entraban en funciones como cónsules.

[59] Cf. *Julio* 56, 1, nota 253.

[60] Los combates decisivos se dieron el quince y el diecisiete de abril.

[61] Rumor mencionado también por TÁCITO, *Anales* I 10.

Glicón fue encarcelado bajo la acusación de haber aplicado veneno a su herida. Aquilio Nigro añade a esto que a Hircio, el otro cónsul, lo mató el propio Augusto en el fragor de la batalla.

Pero cuando se enteró de que Antonio, después de su 12
huida, había sido acogido por Marco Lépido[62] y de que los demás generales y ejércitos[63] apoyaban de consuno su partido, abandonó sin vacilar la causa de los optimates, censurando sin razón, como pretexto de este cambio de actitud, las palabras y actos de algunos de ellos; unos, según afirmaba, habían dicho abiertamente que era un niño, y otros[64] que se le debía honrar y elevar a lo alto[65], todo ello para no corresponder con el debido agradecimiento ni a él ni a sus veteranos. Para dar más pruebas de su arrepentimiento por haber pertenecido al anterior partido impuso a los habitantes de Nursia una multa enorme en metálico, de modo que no pudieran pagarla, y los expulsó de su ciudad por haber levantado a expensas públicas en honor de los ciudadanos muertos en la batalla de Módena un túmulo con la siguiente inscripción: «caídos en defensa de la libertad».

[62] A la sazón gobernador de la Hispania Citerior y la Galia Narbonense.

[63] Ventidio Baso se unió a Antonio hacia finales de mayo del 43 (CIC., *Ad Familiares* XI 10 y 13). Antes de finales de agosto, Lucio Munacio Planco (véase nota 34 al cap. 7, 2) fue convencido por Gayo Asinio Polión para que abandonara a Décimo Bruto, encargado por el Senado de la persecución de Antonio, y para pasarse junto con él al bando de este último (APIANO, *Guerra Civil* III 97).

[64] Cicerón. Cf. *Ad Familiares* XI 20, 1.

[65] Jugando con el doble sentido del verbo *tollo,* que significa a la vez «ensalzar» y «suprimir». Cf. VELEYO PATÉRCULO, II 62, 6.

13 Después de firmar una alianza con Antonio y Lépido[66], terminó también en dos batallas[67] la guerra de Filipos, a pesar de encontrarse débil y enfermo. En la primera de ellas, el enemigo le despojó de su campamento y a duras penas consiguió escapar huyendo hacia el ala comandada por Antonio. Sin embargo, no supo controlar el éxito de la victoria; muy al contrario, envió a Roma la cabeza de Bruto[68] para que la pusieran al pie de la estatua de César y se ensañó con todos los prisioneros de
2 alcurnia, además de ultrajarlos verbalmente; así, en efecto, se dice que a uno de ellos, que le pedía humildemente sepultura, le respondió que ésa sería pronto competencia de las aves, y que ordenó a otros dos, padre e hijo, que le suplicaban por su vida, sacar la suerte o jugar a la morra para dársela a uno o a otro, contemplando más tarde la muerte de ambos, pues el padre se ofreció a morir por su hijo, siendo ejecutado, y el hijo a continuación se quitó también la vida voluntariamente. Por este motivo, los demás prisioneros, y entre ellos Marco Favonio[69], aquel émulo de Catón, cuando se les hizo comparecer cargados de cadenas saludaron respetuosamente a Antonio llamándole *imperator,* mientras que a Augusto lo insultaron pú-

---

66 El triunvirato. Véase nota 47 al cap. 8, 3.

67 Entabladas hacia finales de octubre y comienzos de noviembre del año 42.

68 Según Dión (XLVII 49), el cuerpo fue quemado con honores por Antonio y la cabeza enviada a Roma, pero cayó al mar en medio de una tempestad. Plutarco (*Antonio* 22) y Apiano (*Guerra Civil* IV 135) sólo mencionan la cremación del cadáver.

69 Optimate convencido, opuesto, lo mismo que Catón, a Pompeyo y a César igualmente. Edil en 52, pretor en 49, tomó partido por Pompeyo al comienzo de la guerra civil y le siguió en su huida después de Farsalia. Incluido en las listas de los proscritos, tomó parte en la guerra de Filipos y fue ejecutado después de la derrota.

blicamente lanzándole las más horrendas injurias. Cuando, 3
después de la victoria, se hizo la repartición de funciones y Antonio recibió la de organizar el Oriente y Augusto la de volver a traer a los veteranos a Italia y establecerlos en tierras municipales, no obtuvo el reconocimiento ni de los veteranos ni de los dueños del suelo, pues los unos se quejaban de ser expulsados y los otros de que no se les trataba como ellos esperaban con arreglo a sus méritos.

Por este tiempo, obligó a Lucio Antonio[70], que tra- 14
maba una revolución confiado en el consulado que ejercía y en el poder de su hermano, a refugiarse en Perusa, y lo forzó a rendirse[71] por hambre, no sin haber corrido, con todo, grandes peligros tanto antes de la guerra como en el desarrollo de la misma. En efecto, en un espectáculo de juegos hizo expulsar por uno de sus lictores a un soldado raso que estaba sentado en una de las catorce filas[72] y sus detractores propagaron el rumor de que luego lo había incluso hecho matar, tras someterlo a tortura; en un tris estuvo entonces de perecer víctima de una multitud de soldados que acudieron en tropel, llenos de indignación. Lo que le salvó fue la aparición inesperada del soldado por el que se lamentaban, sano y salvo y sin haber sufrido ningún daño. En otra ocasión, mientras se encontraba ofreciendo un sacrificio ante los muros de Perusa, estuvo a punto de perder la vida a manos de una tropa de gladiadores que habían hecho una brusca salida de la ciudad.

---

70 Véase nota 50 al cap. 9. Es el año 41, en el que fueron cónsules Lucio Antonio y Publio Servilio Isáurico.

71 Finales de febrero del 40.

72 Reservadas a los caballeros. Cf. *Julio* 39, nota 196.

15 Una vez tomada Perusa, hizo ejecutar a la mayoría de sus habitantes, dando como única respuesta a cuantos intentaban implorar su perdón o justificarse que debían morir. Algunos autores cuentan que, de entre los vencidos, eligió a trescientos pertenecientes a los dos órdenes y los inmoló como víctimas en los idus de marzo, delante de un altar levantado en honor del divino Julio. No han faltado quienes dijeran que se puso en armas de común acuerdo con Antonio, para que sus enemigos secretos y aquellos a quienes retenía más el miedo que la voluntad salieran a la luz, al ofrecérseles la posibilidad de seguir a Lucio Antonio, y para poder, con los bienes confiscados a éstos después de su derrota, pagar a sus veteranos las recompensas prometidas.

16 La guerra de Sicilia es una de las primeras que emprendió, pero la arrastró durante largo tiempo [73] porque la interrumpió muchas veces, unas para rehacer su escuadra, que la tempestad le había hecho perder en dos naufragios [74] y precisamente en pleno verano, y otras por haber firmado la paz [75] a instancias del pueblo, dado que los víveres habían sido interceptados y el hambre iba en aumento. Al fin, tras haber construido de nuevo barcos y manumitido a veinte mil esclavos para emplearlos como remeros, levantó cerca de Bayas el puerto de Julio [76], haciendo entrar el mar en los lagos Lucrino y Averno. En este puerto ejercitó a sus tropas durante todo un invierno,

[73] Del 43 al 36, año de las derrotas decisivas de Sexto Pompeyo en Milas y Náuloco.

[74] En el año 38 (Dión, XLVIII 47 y 48).

[75] El acuerdo de Miseno, en otoño del 39, en virtud del cual se le otorgaba a Sexto Pompeyo el gobierno de Córcega, Cerdeña y Sicilia a cambio de abandonar el bloqueo de Italia.

[76] En el año 37.

venciendo acto seguido [77] a Pompeyo entre Milas y Náuloco, si bien a la hora del combate cayó de repente presa de un sueño tan profundo, que sus amigos tuvieron que despertarle para que diera la señal. Este hecho es, a mi 2
entender, lo que dio ocasión a Antonio para reprocharle que ni siquiera había podido contemplar de frente a la armada dispuesta en orden de batalla, sino que, en su estupor, se había quedado tumbado boca arriba, mirando al cielo, y que sólo se había levantado y comparecido ante sus soldados después de que Marco Agripa [78] hubiese puesto en fuga a las naves enemigas. Otros le recriminan sus palabras y su actuación, acusándole de haber exclamado, cuando la tempestad le hizo perder sus flotas, que conseguiría la victoria aun contra la voluntad de Neptuno, y de haber suprimido, en la siguiente celebración que hubo

[77] El verdadero artífice de la victoria en los dos combates navales del verano del 36 fue Agripa, general de Augusto. Cf. Apiano, *Guerra Civil* V 105-22; Dión, XLIX 2-11.

[78] Marco Vipsanio Agripa (64/63 - 12 a. C.). Perteneciente al orden ecuestre y estrechamente asociado con Augusto desde temprana edad. Tribuno de la plebe en 43; participó en las batallas de Filipos y en la guerra de Perusa; pretor urbano; después del desastre de la flota en 38 y de la deserción de Menodoro a principios del 37, Augusto, insatisfecho con la gestión de su lugarteniente Calvisio Sabino, le encargó la tarea de construir y comandar una nueva flota, haciendo también que fuera elegido cónsul para la segunda mitad del 37. Edil en 33 y almirante en Accio en 31; en 28, cónsul por segunda vez, y en 27, por tercera. Representante en Roma de Augusto, ausente en Hispania, hasta el año 24, emprendió grandes trabajos de construcción (el Panteón fue realizado en 25). Casado con Julia, hija de Augusto, en terceras nupcias (sobre su descendencia véase cap. 64, 1). En 20/19 derrotó a los cántabros; en 18 se le concedió el *imperium* extraordinario sobre todo el imperio y la potestad tribunicia por cinco años; en 17 se trasladó a Oriente y tuvo gran amistad con Herodes; en 13 se le prorrogaron sus poderes por otros cinco años. Murió el año 12 en Campania.

de juegos circenses, la estatua de este dios en la procesión
3 solemne. En ninguna otra guerra tuvo probablemente que afrontar más y mayores peligros. Cuando ya había pasado un ejército a Sicilia e intentaba traer del continente el resto de sus tropas [79], fue de improviso sorprendido por Demócares y Apolófanes [80], prefectos de Pompeyo, logrando al fin escapar con enorme dificultad y con un solo navío. En otra ocasión en que se dirigía a pie a Regio y pasaba por la ciudad de Locros, avistó unas birremes pompeyanas que bordeaban la costa; descendió entonces hasta la playa, creyendo que eran suyas, y por poco no fue apresado. Incluso en esta misma ocasión, cuando huía por senderos alejados del camino, un esclavo de su compañero Emilio Paulo [81], que estaba resentido contra él por haber proscrito en otro tiempo al padre de su amo, Paulo [82], y que consideró que se le había brindado la oportunidad de ven-
4 garse, intentó asesinarlo. Después de la huida de Pompeyo [83], en vista de que su otro colega, Marco Lépido, a

[79] En 36, entre las dos batallas navales de Milas y Naúloco.

[80] Libertos de Sexto Pompeyo que asumieron el comando de sus tropas después de la traición de Menodoro y de la muerte de Menecrates.

[81] Lucio Emilio Lépido Paulo (o Paulo Emilio Lépido), sobrino del triunviro. Cónsul en 34 y censor en 22 a. C. Era amigo de Augusto, que casó a su nieta Julia con un hijo de éste, Lucio Emilio Paulo (véase cap. 19, 1, nota 106).

[82] Lucio Emilio (¿Lépido?) Paulo, hermano mayor del triunviro Marco Emilio Lépido. Había sido siempre un seguidor del partido senatorial, y, aunque en su consulado del año 50 había aceptado el soborno de César para permanecer neutral (véase *Julio* 29, 1, nota 146), en 43 había tomado parte en la votación del Senado que declaró a su hermano enemigo público por unirse a Antonio. En consecuencia, fue incluido en las listas de proscritos después de la formación del triunvirato.

[83] Tras su derrota definitiva en 36, Sexto Pompeyo huyó a Mitilene e intentó crear en Asia Menor una nueva base de operaciones. A comienzos del 35 atacó a las tropas de Antonio, pero, después de unos triunfos iniciales, se vio obligado a huir a Armenia. Cayó en Bitinia en manos de Marco Ticio, que lo hizo ajusticiar en Mileto.

quien había hecho venir de África [84] en su auxilio, se ensoberbecía con la confianza que le daban sus veinte legiones [85] y reclamaba para sí el principal papel valiéndose del terror y de las amenazas, lo despojó de su ejército y, si bien le perdonó la vida atendiendo a sus súplicas, lo relegó para siempre a Circeyos [86].

Al fin rompió su alianza con Marco Antonio [87], que 17
siempre había sido inestable e insegura y a duras penas

[84] Su provincia en la nueva subdivisión de éstas que siguió a la guerra de Filipos y que se consolidó en el acuerdo de Brindisi del año 40. Augusto le hizo venir en su auxilio contra Sexto Pompeyo en el verano del 36.

[85] Lépido había venido a Sicilia con doce legiones, pero luego se había hecho con ocho más. Envalentonado con la seguridad que le daban estas fuerzas, decidió reclamar Sicilia para sí como provincia, y habría estallado otra nueva guerra civil si su armada no se hubiera pasado a Augusto. Éste le perdonó la vida, pero le privó de su *imperium* y de todo cargo, excepto el de pontífice máximo, que siguió ostentando hasta su muerte.

[86] Ciudad del Lacio, situada cerca del promontorio del mismo nombre.

[87] El rompimiento definitivo se produjo tras la primera sesión del Senado del año 32. Los poderes de los triunviros habían cesado al acabar el 33 y, al menos técnicamente, el poder volvía a los magistrados ordinarios, los dos cónsules designados para el 32, Gneo Domicio Ahenobarbo y Gayo Sosio, ambos partidarios de Antonio. En aquella sesión, Gayo Sosio formuló invectivas contra Augusto y propuso la confirmación de los actos de Antonio. En la siguiente sesión del Senado, Augusto se presentó con una escolta armada, defendió su política y arremetió contra Antonio. Los dos cónsules, junto con más de trescientos senadores, dejaron Roma para unirse a Antonio. Augusto designó dos nuevos cónsules, adictos a él, abrió y leyó en público el testamento de Antonio, y, por fin, a finales del 32, consiguió que se le privara a Antonio de sus poderes y que se declarara oficialmente la guerra a Cleopatra.

reavivada a base de sucesivas reconciliaciones[88]; y para dar mayores pruebas de que aquél había renegado de su condición de ciudadano, se ocupó de que fuera abierto y leído ante la asamblea del pueblo el testamento que Antonio había dejado en Roma designando entre sus herede-
2 ros incluso a los hijos habidos de Cleopatra[89]. Sin embargo, cuando se le declaró enemigo público, le envió a todos sus parientes y amigos, entre otros a Gayo Sosio[90] y a Tito Domicio[91], por entonces aún cónsules. Eximió también oficialmente a los habitantes de Bolonia, puesto que eran clientes de los Antonios desde fechas remotas,

[88] La primera a finales del 43, después de la guerra de Módena, cuando se acordó formar el triunvirato; la segunda en 40, después de Perusa, en Brindisi, pacto sellado con el casamiento de Antonio con Octavia; la tercera y última en Tarento, el año 37, cuando se decidió prorrogar el triunvirato por otros cinco años.

[89] Una hija y dos hijos: Cleopatra Selene, Alejandro y Ptolomeo. Los tres fueron criados más tarde por Octavia. De los dos niños no tenemos más noticias; Selene fue casada con Juba II, rey de Numidia y después de Mauritania.

[90] Cuestor en 39 (?), cónsul designado en 38-37 y 36. Tuvo el *imperium* proconsular en Siria y Judea hasta 34 (toma de Jerusalén con ayuda de Herodes en 37). En 32, cónsul junto con Gneo Domicio Ahenobarbo. Tras la derrota de Accio fue perdonado, y en los Juegos Seculares de 17 a. C. fue *quindecinvir sacris faciundis.*

[91] Domicio Ahenobarbo (véase nota 87), bisabuelo de Nerón (cf. *Nerón* 3). Los manuscritos dan *T. Domitium,* pero su *praenomen* era Gneo. Fue incluido en las listas de proscritos del año 43-42, pero se mantuvo firme contra los triunviros hasta el 40, ostentando el mando de cincuenta barcos en el Mar Jonio, con los que hostigó a Antonio cuando cruzaba a Grecia en 42, y obteniendo una victoria sobre su lugarteniente Domicio Calvino por el tiempo de la guerra de Filipos. En 40 se reconcilió con Antonio gracias a la influencia de Asinio Polión, y bajo su autoridad sirvió contra los partos. En 32, cónsul con Gayo Sosio. Siendo comandante en jefe de parte de la flota de Antonio en Accio, se pasó a Augusto, muriendo poco después.

de coligarse con toda Italia en defensa de su partido. Poco después venció a Antonio en una batalla naval junto a Accio[92], prolongándose la lucha hasta tan tarde que, ya
vencedor, tuvo que pasar la noche en la nave. De Accio 3
se retiró a Samos, a sus cuarteles de invierno, pero, inquieto por las noticias de una sedición de los soldados que había seleccionado de entre la totalidad de sus tropas y enviado por delante a Brindisi después de su victoria y que reclamaban sus recompensas y licenciamiento, regresó a Italia; durante la travesía fue víctima de la tempestad en dos ocasiones, la primera entre los promontorios del Peloponeso y de Etolia, y la segunda cerca de los montes Ceraunios; en ambas, naufragó una parte de sus navíos liburnos[93], mientras que aquel en el que él viajaba perdió sus aparejos y se le rompió el timón. Sin haberse detenido en Brindisi más que veintisiete días, lo justo para dejarlo <todo>[93 bis] arreglado conforme a los deseos de los soldados, se dirigió a Egipto bordeando Asia y Siria, puso sitio a Alejandría, donde se había refugiado Antonio con Cleo-
patra, y se apoderó de ella en poco tiempo. Y aunque 4
Antonio intentaba, ya tarde, llegar a unas condiciones de paz, le forzó a darse muerte y contempló su cadáver. En cuanto a Cleopatra, a la que especialmente deseaba reservar con vida para su triunfo, le trajo incluso unos psilos[94] para que succionaran el líquido venenoso de su herida, pues se creía que había muerto por la mordedura de un

[92] El 2 de septiembre de 31 a. C.

[93] Naves ligeras y muy rápidas, semejantes a las empleadas por los piratas de Liburnia, región de Iliria.

[93 bis] *Omnia* es una adición al texto sugerida por Ihm y aceptada, entre otros, por Ailloud, Rolfe y Bassols.

[94] Pueblo de África que poseía el arte de encantar serpientes y curar sus mordeduras.

áspid[95]. Concedió a ambos el honor de una sepultura común y mandó terminar la tumba que ellos mismos habían
5 comenzado. Hizo arrancar al joven Antonio[96], el mayor de los dos hijos de Fulvia[97], de la estatua del divino Julio, a cuyos pies se había refugiado después de muchas e inútiles súplicas, y mandó que le dieran muerte. Del mismo modo, hizo detener en su huida y entregar al suplicio a Cesarión[98], el hijo que Cleopatra se vanagloriaba de haber tenido de César. Sin embargo, respecto a los demás, los hijos comunes de Antonio y de la reina[99], se comportó como si fueran parientes suyos, conservándoles primero la vida e incluso manteniéndolos y apoyándolos más tarde según la condición de cada uno.

18 Por la misma época se hizo mostrar, sacándolo del sepulcro, el sarcófago y el cuerpo de Alejandro Magno, y le rindió homenaje colocando sobre él una corona de oro y regándolo de flores; pero cuando le preguntaron si quería también ver la sepultura de los Ptolomeos, respon-
2 dió que él había querido ver a un rey, no cadáveres. Redujo Egipto a la categoría de provincia[100] y, para volver-

95 El hecho no era seguro (cf. PLUT., *Antonio* 86; DIÓN, LI 14). Veleyo Patérculo (II 87) lo afirma, sin embargo, y Horacio (*Odas* I 37, 26 ss.) acepta también esta versión.

96 Marco Antonio Antilo. Prometido en 36 a Julia, la hija de Augusto. Tomó la toga viril en 30, pero ese mismo año fue ejecutado por orden de Augusto.

97 Casada en primeras nupcias con Publio Clodio (sobre el cual véase *Julio* 6, 20, 26 y 74), en segundas con Gayo Escribonio Curión (véase *Julio* 29, 36), muerto en 49, y en terceras, alrededor del 46 a. C., con Marco Antonio. Después de la guerra de Perusa se dirigió a Atenas al encuentro de Antonio y murió en Sición a mediados del 40.

98 Véase *Julio* 52, 1, nota 239.

99 Véase nota 89 a este mismo capítulo.

100 Véase *Julio* 35, 1.

la más fértil y más apta para el aprovisionamiento de Roma, hizo limpiar con mano de obra militar todos los canales sobre los que se desborda el Nilo, que en el transcurso de los siglos se habían cubierto de limo. Para enaltecer también a perpetuidad el recuerdo de su victoria de Accio, fundó junto a ésta la ciudad de Nicópolis e instituyó allí unos juegos quinquenales, amplió el antiguo templo de Apolo y consagró a Neptuno y a Marte, después de adornarlo con despojos navales, el lugar que había ocupado su campamento.

Después de esto sofocó muchos disturbios, brotes de 19
revolución y conjuras, delatadas antes de que llegaran a alcanzar mayores proporciones, cada una en distinta época: en primer lugar la del joven Lépido[101], luego la de Varrón Murena[102] y Fanio Cepión[103], más tarde la de Marco Egnacio[104], a continuación las de Plaucio Rufo[105] y Lucio Paulo[106], esposo de su nieta, y, además de éstas,

101 Marco Emilio Lépido, el hijo del triunviro. Se separó de Augusto en 31 y, tras la batalla de Accio, fue apresado por Mecenas, acusado de una conspiración contra Augusto y, más tarde, ejecutado.

102 Aulo Terencio Varrón Murena, hermano de Terencia, la esposa de Mecenas. En 25 dirigió una expedición contra los salasos y fundó la ciudad de Augusta, hoy Aosta; miembro también del colegio de augures. Su conjura con Cepión tuvo lugar en 23, año de su consulado. Fue ejecutado cuando pretendía huir.

103 Republicano convencido; acusado por Tiberio y condenado en su ausencia (véase *Tiberio* 8), fue asesinado en Nápoles.

104 Marco Egnacio Rufo, edil hacia 22, pretor ilegalmente en 21; por este motivo, el cónsul Gayo Sentio Saturnino rechazó su candidatura al consulado en 19. Conspiró contra Augusto, siendo encarcelado y muerto.

105 Cf. DIÓN, LV 27, 2. Probablemente, ciudadano de Auximum, ciudad de Piceno, hoy Osimo, *CIL* IX, 5834.

106 Lucio Emilio Paulo, cónsul el año 1 d. C., hijo del compañero de Augusto mencionado en el cap. 16, 3. Casó con Julia, nieta de

la de Lucio Audasio, acusado de falsificación, y, ya viejo y enfermo, la de Asinio Epicado, un mestizo de origen ilirio, y, por último, la de Télefo, esclavo nomenclador [107] de una mujer; pues no se libró de la conspiración y la amenaza de los hombres incluso de más baja categoría.
2 Audasio y Epicado habían proyectado rescatar por la fuerza a su hija Julia [108] y a su nieto Agripa [109] de las islas en que estaban confinados, para llevarlos ante los ejércitos; Télefo, atentar contra él y contra el Senado, en la idea de que el destino le tenía reservado el poder absoluto. Aún más, en cierta ocasión un criado del ejército de Iliria, que había burlado la vigilancia de los porteros, fue sorprendido de noche junto a su habitación con un cuchillo de monte al cinto, sin que se pueda saber si había perdido la razón o si su demencia era fingida, pues la tortura no consiguió arrancarle nada.

20 Por lo que se refiere a las guerras en el exterior, personalmente sólo dirigió dos: la de Dalmacia [110], cuando

---

Augusto, que le dio una hija, Emilia Lépida, prometida del emperador Claudio (cf. *Claudio* 26, 1).

[107] El encargado de recordar a su señor o señora los nombres de las personas que debía conocer.

[108] Años 39 a. C. - 14 d. C. Casada en 25 con Marco Claudio Marcelo y, tras la muerte de éste en 23, con Marco Vipsanio Agripa (véase cap. 63, 1). Madre de Gayo y Lucio César, así como de Julia y Agripina (véase cap. 64, 1), a la muerte de Agripa en 12 a. C. estaba embarazada y dio a luz un niño que recibió el nombre de Agripa Póstumo. El año 11 Augusto la casó con Tiberio (véase cap. 63, 2; *Tiberio* 7, 2), y, tras la partida de éste a Rodas en 6, se lanzó a una vida disoluta. A finales del año 2 a. C. se le notificó el divorcio (véase *Tiberio* 11, 4) y fue relegada de Pandataria (véase cap. 65). En 3 d. C. se la trasladó a Regio, donde murió en 14, pocas semanas después que su padre.

[109] Cf. caps. 64, 1, y 65, 1.

[110] En el año 35 a. C.

aún era muy joven, y la Cantábrica [111], después de haber vencido a Antonio. En la primera sufrió incluso heridas, pues fue alcanzado en un combate por una piedra en la rodilla derecha y en otro resultó herido de gravedad en la pierna y en ambos brazos por el derrumbamiento de un puente. Las demás guerras las dirigió por medio de sus lugartenientes, aunque, no obstante, en algunas campañas en Panonia y en Germania o bien intervenía o no se encontraba lejos, avanzando desde Roma hasta Ravena, Milán o Aquileya.

Sea bajo su mando personal o sea bajo sus auspi- 21
cios [112], sometió Cantabria, Aquitania, Panonia, Dalmacia con toda Iliria, así como Recia y a los vindélicos y salasos, pueblos de los Alpes. Contuvo también las incursiones de los dacios, matando a tres de sus caudillos junto con un gran número de soldados, y rechazó a los germanos más allá del río Elba, exceptuando a los suevos y sigambros, que se entregaron y a los que trasladó a la Galia para establecerlos en unos campos cercanos al Rin. Asimismo redujo a la obediencia a otros pueblos poco sumisos. Pero no llevó la guerra a ninguna nación sin causas 2
justas y necesarias, y estuvo tan lejos de la pasión por agrandar de cualquier modo el imperio o su gloria militar, que obligó a los jefes de algunos pueblos bárbaros a jurar en el templo de Marte Vengador [113] que se mantendrían firmes en la palabra dada y en la paz que solicitaban, y

---

[111] Años 26-5 a. C. Augusto inauguró su octavo y noveno consulado en Tarragona (véase cap. 26, 3). Pero el norte de Hispania no quedó totalmente pacificado hasta el 19 a. C., por obra de Agripa.

[112] Como jefe del ejército, a él le incumbía tomar los auspicios cada vez que se partía a alguna campaña, aunque no la dirigiera personalmente.

[113] Véase cap. 29, 1 y 2.

a la vez probó a exigir a algunos de ellos un nuevo tipo de rehenes, a saber, mujeres, porque veía que les eran indiferentes las prendas consistentes en varones; no obstante, concedió siempre a todos la potestad de recuperar sus rehenes cuantas veces quisieran. Cuando se rebelaban con demasiada frecuencia o mostrando una especial deslealtad, no se vengó nunca con un castigo más severo que el de vender a los cautivos, con la condición de que no sirvieran como esclavos en un país cercano al suyo ni fue-
3 ran liberados antes de treinta años. Con esta fama de valor y moderación, atrajo incluso a los indos y a los escitas, conocidos sólo de oídas, a solicitar espontáneamente mediante embajadores su amistad y la del pueblo romano. Los partos, a su vez, no sólo le cedieron sin dificultad la Armenia, que él reclamaba, sino que incluso, obedeciendo a su requerimiento, le devolvieron las enseñas militares que habían arrebatado a Marco Craso y a Marco Antonio [114], ofreciéndole además rehenes; por último, en cierta ocasión en que varios de ellos se disputaban el trono, sólo reconocieron al que él eligió.

22 El templo de Jano Quirino [115] había sido cerrado sólo dos veces antes de su época desde la fundación de Roma;

114 Al primero en la batalla de Carras, del año 53 a. C.; al segundo dos veces durante sus operaciones en el este, en 40 y 36 a. C. Véase *Tiberio* 9.

115 Jano era el dios de las puertas (aunque no de las de la casa, que era Portuno) y los pasadizos, así como de todo comienzo. Su más famosa denominación era la de Jano Gémino (cf. *Nerón* 13, 2), y así se llamaba el arco doble situado en el Foro que constituía la entrada al Argileto, y, por ende, al Quirinal. A este arco se le llamaba también Jano Quirino, y el rey Numa había instituido que se cerrara en tiempos de paz, permaneciendo abierto en época de guerra. Hasta Augusto sólo se había cerrado en dos ocasiones, la primera durante el reinado de Numa y la segunda en 235, tras la primera guerra púnica. Augusto reinstauró esta antigua costumbre y lo cerró tres veces; en 29, tras la derrota de Antonio; en 25, después de su victoria sobre los cántabros; y en 8, tras las victorias de Tiberio en Germania.

en un espacio de tiempo mucho menor, Augusto lo cerró en tres ocasiones, conseguida la paz por tierra y por mar. Entró dos veces en Roma con los honores de la ovación [116], la primera después de la guerra de Filipos y la segunda después de la guerra de Sicilia. Celebró tres triunfos curules [117], el de Dalmacia, el de Accio y el de Alejandría, todos ellos en tres días seguidos [118].

Sufrió sólo dos derrotas graves e ignominiosas, y las 23
dos en Germania, la de Lolio [119] y la de Varo [120], pero

116 Entrada solemne del general victorioso en Roma, que constituía un triunfo, pero un triunfo menor, pues se efectuaba a pie o a caballo —no en un carro tirado por cuatro caballos como en el triunfo propiamente dicho—, vestido con la pretexta, y no con la túnica palmata, coronado no de laurel, sino de mirto, con acompañamiento de flautas en vez de trompetas, y sin el cetro ni el bastón de marfil.

117 De *currus* (carro), el triunfo mayor. Véase nota anterior.

118 En agosto del 29 a. C.

119 Marco Lolio, gobernador de la provincia de Galacia en 25 a. C. como legado de Augusto *pro praetore;* cónsul en 21; en 17, gobernador de la Galia Comata. En el verano del 16 sufrió una dura derrota a manos de los germanos (sugambros, usípetes y ténceteros), en la que se perdió el águila de la quinta legión. Tras este desastre se retiró por completo, hasta que el año 1 a. C. fue puesto como *comes* y *rector* de Gayo César en Oriente (cf. *Tiberio* 12, 2). En el año 2 d. C. se produjo la ruptura entre ambos (cf. *Tiberio* 13, 2). Fue acusado de traición y murió envenenado. A él se dirige Horacio *Odas* IV 9; *Epístolas* I 2 y 18.

120 Publio Quintilio Varo, cuestor de Augusto en 22 a. C. en Acaya; cónsul el año 13. Hacia 7/6, procónsul en África. Legado *pro praetore* de Augusto en Siria del 6 al 4. Enviado con el mismo título a Germania en 7 d. C., sus intentos de exigir impuestos e introducir el procedimiento judicial romano motivaron el levantamiento de los germanos bajo Arminio y Segímero. Cayó en una emboscada en 9 d. C. y sufrió una derrota total, tras la cual se suicidó.

mientras que la primera supuso más deshonra que pérdidas, la segunda pudo haber sido fatal, pues en ella fueron masacradas tres legiones junto con su general, sus lugartenientes y todas las tropas auxiliares. Cuando recibió la noticia de esta derrota, Augusto fijó guardias por toda la ciudad, para prevenir cualquier tumulto, y prolongó su mandato a los gobernadores de las provincias para que pudieran contener a los aliados al ser personas expertas
2 en el trato con ellos. Hizo también voto a Júpiter Óptimo Máximo de unos grandes juegos si la situación política cambiaba para mejor, como se había hecho en la guerra de los cimbros [121] y en la de los marsos. Cuentan, por último, que quedó tan consternado que durante varios meses se dejó crecer la barba y los cabellos; que se golpeaba a veces la cabeza contra las puertas gritando: «¡Quintilio Varo, devuélveme las legiones!», y que consideró cada año el día de la derrota como día de dolor y de luto.

24 En la organización militar cambió muchas prácticas e instauró o incluso hizo volver a la antigua costumbre algunas otras. Dirigió la disciplina con el máximo rigor. No permitía ni siquiera a sus lugartenientes, sino de mala gana y sólo en los meses de invierno, ir a ver a sus mujeres. Hizo vender en pública subasta a un caballero romano junto con sus bienes por haber amputado a sus dos jóvenes hijos los dedos pulgares para evitar su alistamiento; con todo, al ver que los arrendadores de las rentas públicas se disponían a comprarlo, lo hizo adjudicar a un liberto suyo, para que lo relegara al campo [122], pero permitiéndole
2 vivir como hombre libre. Licenció con ignominia a

[121] Años 105-101 a. C. La guerra contra los marsos o guerra social tuvo lugar en los años 90-88 a. C.

[122] La forma más suave de *relegatio*, puesto que no comportaba dejar Italia.

la décima legión en su totalidad por su excesiva resistencia a obedecer las órdenes, y concedió la licencia a otras, pero sin otorgarles las recompensas merecidas, por su falta de moderación al pedirla. Hizo diezmar y alimentar con cebada a las cohortes que hubieran abandonado su puesto. Castigó con la pena capital, como a soldados rasos, a los centuriones que habían desertado de su puesto y les impuso, para los otros tipos de faltas, diversas penas infamantes, mandándoles, por ejemplo, permanecer de pie durante todo un día delante de la tienda del general, a veces vestidos con una túnica y sin cinturón [123], otras sosteniendo las varas [124] o incluso llevando en la mano un puñado de césped.

Después de las guerras civiles, ni en la asamblea ni 25
en sus edictos llamaba jamás a sus soldados «conmilitones» [125], sino «soldados», y no permitió que los llamaran de otro modo ni siquiera sus hijos o hijastros cuando ostentaban el mando, pues pensaba que esa manera de designarlos era más aduladora de lo que exigía el reglamento militar, la paz actual o su propia majestad y la de su casa. Salvo en caso de incendios en Roma y cuando era 2
de temer alguna revuelta en momentos de una mayor carestía de víveres, no empleó a libertos como soldados más que en dos ocasiones: la primera para proteger a las colo-

[123] Es decir, sin el *sagum* (especie de casaca abierta, sujeta con un broche) ni el talabarte, lo cual constituía una degradación.

[124] La *decempeda* era una vara de medir de diez pies de largo (= 2,96 m). Todas las tareas de instalación, mantenimiento, etc., del campamento eran ejecutadas por soldados, y por ello constituía una marca de degradación hacer llevar a los centuriones los instrumentos empleados por aquéllos o, por ejemplo, los montones de césped con que se cubría el terreno del campamento.

[125] Contrariamente a la costumbre de César (cf. *Julio* 67, 2).

nias colindantes con Iliria, y la segunda para defender la margen izquierda del Rin; se trataba de esclavos que habían debido suministrar los hombres y mujeres de mayor riqueza y que habían sido al instante manumitidos; Augusto los mantuvo en el primer destacamento [126], sin mezclarlos con los libres de nacimiento ni armarlos del mismo
3 modo. Como recompensas militares, otorgaba con bastante más facilidad faleras [127] y collares y cualquier objeto de oro o de plata que coronas valares [128] y murales, que conferían mayor honor; de estas últimas concedió el menor número posible, sin espíritu de adulación, y frecuentemente incluso a soldados rasos. Recompensó a Marco Agripa, después de su victoria naval en Sicilia [129], con un estandarte azul. Los generales que habían obtenido los honores del triunfo, aunque hubieran sido compañeros suyos en sus expediciones y partícipes de sus victorias, fueron los únicos a los que pensó que nunca se debían repartir estas recompensas, puesto que también ellos habían gozado del
4 derecho de concederlas a su antojo. Opinaba, por otra parte, que nada convenía menos a un general perfecto que la precipitación y la temeridad. Así, repetía con frecuencia

126 La frase se presta a dos interpretaciones: 1) «en el destacamento en el que habían sido enrolados desde un principio», las cohortes voluntarias, sólo integradas por estos libertos; 2) «en el destacamento que iba en cabeza», es decir, en primera línea.

127 Placas de metal brillante que servían de adorno para los caballos y que se convirtieron después en condecoraciones militares. En un principio, sólo se otorgaban, al parecer, a los soldados de caballería, pero luego se entregaron a todos los cuerpos indistintamente.

128 Destinadas a recompensar al primer soldado que escalaba un *vallum* enemigo (o empalizada), de igual manera que las siguientes se concedían al primero que escalaba la muralla de una ciudad.

129 Véase cap. 16, 2.

frases como «¡Date prisa lentamente! [130]; pues es mejor un caudillo seguro que uno audaz» [131], y «Bastante deprisa se hace todo lo que se hace bastante bien». Afirmaba que no debía en absoluto entablarse un combate o una guerra sino cuando la esperanza de beneficio era ostensiblemente mayor que el temor a las pérdidas. Decía, en efecto, que los que buscaban un mínimo provecho arriesgando mucho eran semejantes a los que pescaban con un anzuelo de oro, cuya pérdida, si se rompía, ninguna pesca la podía compensar.

Recibió magistraturas y honores antes del tiempo legal 26
e incluso algunos de nueva creación y a perpetuidad. Se apoderó del consulado a los diecinueve años [132], haciendo avanzar con aire de hostilidad a sus legiones contra Roma y enviando mensajeros a reclamarlo para él en nombre del ejército; en vista de que el Senado vacilaba, el centurión Cornelio, jefe de la embajada, echando atrás su manto y mostrando la empuñadura de su espada, no dudó en exclamar en la curia: «Ésta lo hará, si vosotros no lo hacéis».
Ejerció un segundo consulado nueve años después [133], un 2
tercero tras haber dejado pasar un año, y los siguientes hasta el undécimo sin interrupción; le ofrecieron luego muchos, que él rechazó, hasta que, después de un gran intervalo, exactamente de diecisiete años, él mismo solicitó

130 Cf. Aulo Gelio, *Noches Áticas* X 11.

131 Cf. Euríp., *Fenicias* 599.

132 *Vicesimo aetatis anno*, por el cómputo inclusivo. Augusto recibió el consulado en agosto del 43, un mes antes de cumplir los veinte años. Previamente se le había otorgado el rango de propretor, los ornamentos consulares y el *imperium*.

133 En 33 a. C. El tercero lo ejerció en 31. Del 30 al 23 fue cónsul cada año.

un duodécimo [134] y luego un decimotercero dos años después [135] para presentar en el Foro, investido de la más alta magistratura, a sus hijos Gayo [136] y Lucio [137] el día en
3 que cada uno de ellos tomara la toga viril. Cinco de sus consulados centrales, del sexto al décimo, los ejerció durante todo el año, los demás durante nueve, seis, cuatro o tres meses, e incluso el segundo por muy pocas horas. En efecto, el día de las calendas de enero se sentó un momento por la mañana en la silla curul delante del templo de Júpiter Capitolino y luego dimitió de su cargo, tras haber elegido a otro para reemplazarlo. Tampoco tomó posesión de todos en Roma, pues del cuarto consulado se hizo cargo en Asia, del quinto en la isla de Samos y del octavo y noveno en Tarragona.

27 Durante diez años [138] dirigió el triunvirato creado para reorganizar la república; en este cargo, si bien es cierto

[134] Ejercido en 5 a. C.

[135] En 2 a. C.

[136] Gayo Julio César, nacido el 23 de septiembre del 20 a. C. Hijo mayor de Agripa y Julia, la hija de Augusto, fue adoptado por éste en 17 (véase cap. 64, 1). En 7 a. C. ostentó la presidencia de los juegos votivos; en 6 fue nombrado *princeps iuventutis;* tomó la toga viril el 1 de enero del 5. El año 1 a. C. fue enviado con *imperium* proconsular extraordinario a Armenia, y el 1 de enero del año 1 d. C. asumió el consulado ordinario. Tras algunos éxitos políticos en Armenia, el partido nacionalista se levantó en armas contra él. Fue herido en un atentado y murió a consecuencia de la herida de regreso a Roma, el 21 de febrero del 4 d. C. Recibió sepultura en el mausoleo de Augusto.

[137] Lucio Julio César, nacido en 17 a. C. Segundo hijo de Agripa y Julia, adoptado por Augusto, al igual que su hermano. Recibió la toga viril el año 2 a. C. y fue nombrado, como Gayo, *princeps iuventutis.* Cónsul designado para el 4 d. C., no llegó con vida a esta fecha, pues, enviado por Augusto a Hispania, enfermó en el camino y murió en Marsella el 20 de agosto del año 2 d. C.

[138] Véase nota 47 al cap. 8, 3.

que durante algún tiempo se opuso a sus colegas para que no se abriera ninguna proscripción, cuando ésta dio comienzo, la puso en práctica con más saña que los otros dos. De hecho, mientras que aquéllos, en consideración a la categoría de muchos proscritos, se dejaron a menudo ganar por la recomendación y por las súplicas, él solo puso todo su empeño en que no se perdonara a nadie y proscribió incluso a Gayo Toranio, su tutor, el mismo que había sido colega de su padre Octavio en el cargo de edil.
Julio Saturnino cuenta además que, cuando se acabó la 2
proscripción y Marco Lépido presentó excusas en el Senado por los hechos pasados, al tiempo que daba esperanzas de clemencia para el futuro, puesto que ya se había castigado bastante, Augusto, por el contrario, declaró que había decidido poner fin a las proscripciones, sin dejar por ello de reservarse una total libertad de actuación. Sin embargo, como muestra de arrepentimiento de esta obstinación suya, honró más tarde con la dignidad ecuestre a Tito Vinio Filopemen, porque, según se decía, había ocultado en otro tiempo a su patrono, que era uno de los
proscritos. En este mismo cargo de triunviro provocó el 3
rencor con muchas de sus actuaciones. En efecto, cuando pronunciaba un día una arenga ante sus soldados en presencia de una multitud de civiles a los que se había permitido aproximarse, advirtió que Pinario, caballero romano, tomaba furtivamente algunas notas y, considerándolo como un curioso y un espía, lo mandó matar a la vista de todos. Aterrorizó con tantas amenazas a Tedio Afro, cónsul electo, por haber criticado con un lenguaje malicioso cierta actuación suya, que aquél se arrojó de cabeza al
vacío. Un día en que el pretor Quinto Galio [139] vino a 4

[139] Hermano de Marco Galio que adoptó a Tiberio (*Tiberio* 6, 3). Pretor en 43 a. C.

saludarle manteniendo ocultas bajo sus vestiduras unas tablillas dobles, sospechó que escondía una espada, pero no se atrevió a indagar nada en ese momento por temor a que se descubriera otra cosa; no obstante, poco después lo hizo arrancar de su tribunal por unos centuriones y soldados y someter a tortura como si se tratara de un esclavo; luego, en vista de que no confesaba nada, lo mandó matar tras haberle sacados los ojos con sus propias manos. Sin embargo, con respecto a este último, Augusto escribe que, después de haberle solicitado audiencia, atentó contra su vida; que él lo hizo encarcelar y luego soltar, castigándole con el destierro, y que pereció en un naufra-
5 gio o asaltado por unos ladrones. Recibió la potestad tribunicia a perpetuidad y en el ejercicio de ella se adjudicó dos veces un colega [140], cada una de ellas por cinco años. Recibió también la supervisión de las costumbres y de las leyes, igualmente a perpetuidad, y con el derecho que le daba esta función, aunque sin el cargo de censor, llevó a cabo tres veces el censo del pueblo, la primera y la tercera junto con un colega [141], la segunda, solo.

28 En dos ocasiones [142] pensó en restablecer la república: la primera, inmediatamente después de haber aplastado a Antonio, pues recordaba que con bastante frecuencia aquél le había acusado de ser en cierto modo el causante de que no se restableciera; y la segunda, en el hastío de una larga enfermedad, cuando hizo incluso venir a su casa a los magistrados y a los senadores y les entregó una estadística

[140] En 18 a. C., Agripa, por cinco años; en 6 a. C., Tiberio, por el mismo espacio de tiempo (véase *Tiberio* 9).

[141] La primera vez con Agripa, en 28 a. C., y la tercera con Tiberio, en 14 d. C. El censo lo hizo solo, en 8 a. C.

[142] En 28-27 y en 23 a. C.

del imperio [143]. Pero reflexionando, por una parte, en el peligro que correría volviendo a la vida privada y, por otra, en que sería una temeridad dejar la república al arbitrio de varias personas, continuó reteniéndola, sin que se pueda saber si fue mejor el resultado o la intención.
De esta intención, aunque no dejaba de manifestarla con- 2
tinuamente, dio incluso testimonio en un edicto con las siguientes palabras: «Ojalá me sea posible mantener el Estado en su sede, sano y salvo, y recibir el fruto que pretendo de esta acción, a saber, que se me considere el fundador de la mejor forma de gobierno y que, al morir, pueda llevarme conmigo la esperanza de que los fundamentos del Estado puestos por mí permanecerán inamovibles». Él mismo se ocupó de conseguir su deseo, haciendo cuantos esfuerzos pudo para que nadie se sintiera descon-
tento de la nueva forma de gobierno. Embelleció hasta tal 3
punto Roma, cuyo ornato no se correspondía con la majestad del imperio y que, además, se encontraba expuesta a las inundaciones y a los incendios, que pudo con justicia jactarse de dejarla de mármol, habiéndola recibido de ladrillo. En cuanto a su seguridad, la garantizó incluso para el futuro hasta donde la razón humana lo pudo prever.

Construyó una gran cantidad de obras públicas, de las 29
que las principales fueron: un Foro [144] con un templo de Marte Vengador, un templo de Apolo [145] en el Palatino y

[143] Cf. cap. 101, 4: *breviarium totius imperii.*

[144] Situado al sudeste del Foro Julio (véase *Julio* 26, 2) y construido con el producto de las confiscaciones de los bienes de los conjurados y con el botín obtenido en Filipos. Al fondo, el templo de Marte Vengador, que conmemoraba la venganza obtenida sobre los asesinos de César. Se inauguró el año 2 a. C.

[145] Consagrado en octubre del año 28 a. C.

otro de Júpiter Tonante[146] en el Capitolio. El motivo de levantar un Foro fue la gran abundancia que había de hombres y de procesos, que parecía hacer necesario un tercero por no dar abasto los dos ya existentes[147]; por eso también se abrió al público a toda prisa, sin que estuviera acabado el templo de Marte, y se dispuso que en él se celebraran especialmente los juicios públicos y los
2 sorteos de los jueces. Había hecho voto de levantar el templo de Marte una vez entablada la guerra de Filipos para vengar a su padre; decidió, por tanto, que en él sería consultado el Senado a propósito de las guerras y de los triunfos, que de él partiría la escolta de los magistrados que se dirigieran a las provincias investidos del mando supremo y que a él traerían las insignias de sus triunfos
3 los generales que hubiesen regresado vencedores. Levantó el templo de Apolo en esa parte de su casa del Palatino que había sido herida por un rayo y que los arúspices habían anunciado que era deseada por el dios; le añadió unos pórticos con una biblioteca latina y griega, donde, siendo ya muy mayor, reunió incluso con frecuencia al Senado y pasó revista a las decurias de jueces. Consagró un templo a Júpiter Tonante por haberle salvado del peligro cuando, durante una marcha nocturna en su expedición contra los cántabros[148], un rayo pasó rozando su litera y mató al esclavo que le precedía para alumbrarle.
4 Hizo incluso algunas obras en nombre de otros, a saber,

146 Un pequeño templo levantado junto al de Júpiter Capitolino (véase cap. 91, 2) y consagrado en septiembre del año 22 a. C.

147 El Foro Romano y el Foro Julio.

148 Véase cap. 20.

de sus nietos[149], de su mujer[150] y de su hermana[151], como el pórtico y la basílica de Gayo y Lucio[152], los pórticos de Livia y de Octavia[153] y el teatro de Marcelo[154]. Pero también exhortó a menudo a los demás varones de relieve a enriquecer la ciudad, cada uno según sus posibilidades, con monumentos nuevos o restaurando y embelleciendo los existentes. Muchas de estas personas construye- 5
ron entonces un gran número de monumentos, como el templo de Hércules y de las Musas[155], levantado por Marcio Filipo, el templo de Diana[156], por Lucio Cornificio, el atrio de la Libertad[157], por Asinio Polión, el templo de

149 Gayo y Lucio. Véase cap. 26, 2, notas 136 y 137.

150 Livia. Véase cap. 62, 2.

151 Octavia la menor. Véase cap. 4, 1, nota 19.

152 La Basílica Julia, comenzada en 54 a. C. y dedicada por César en 46. Augusto le dio los toques finales. Destruida luego por un incendio, fue reconstruida por Augusto en 12 d. C. y dedicada a la memoria de Gayo y Lucio: cf. *Res gestae Divi Augusti* cap. 20.

153 El primero en el Esquilino, en el lugar que, según la tradición, ocupó el palacio de Servio Tulio, y el segundo en el Campo de Marte, sobre el emplazamiento del viejo pórtico de Metelo.

154 Hijo de Octavia y primer marido de Julia, la hija de Augusto, muerto prematuramente en 23 a. C. (véase cap. 63, 1). El teatro ya había sido proyectado por César (véase *Julio* 44, 1). Fue dedicado el año 13 o el 11 a. C.

155 Originalmente construido por Marco Fulvio Nobilior en 186 a. C. y reconstruido por Marcio Filipo, padrastro de Augusto (véase nota 46 al cap. 8, 2).

156 Construido, según la tradición, por Servio Tulio en el Aventino, y reconstruido por Lucio Cornificio, cónsul en 35 a. C.

157 Con una biblioteca adosada, la primera construida en Roma.

Saturno[158], por Munacio Planco, un teatro[159], por Cornelio Balbo, un anfiteatro[160], por Estatilio Tauro, y por Marco Agripa[161] muchos monumentos magníficos.

30 Dividió el área de la ciudad en regiones[162] y barrios, estableciendo que la supervisión de las primeras fuera asignada por sorteo a magistrados anuales y la de los segundos a unos dirigentes elegidos entre la plebe de cada vecindario. Ideó contra los incendios un servicio de guardias nocturnas y de vigilantes; para contener las inundaciones, ensanchó y limpió el cauce del Tíber, lleno desde hacía tiempo de escombros y reducido por los avances de los edificios. Por otra parte, para hacer más fácil el acceso a Roma desde todos los puntos, se encargó personalmen-

[158] Otro edificio reconstruido, pues el primitivo templo de Saturno fue uno de los primeros de Roma, dedicado, al parecer, en 497 a. C. Estaba situado en el Foro, al pie del Capitolio. De su reconstrucción se encargó Lucio Munacio Planco, sobre el cual véase nota 34 al cap. 7, 2.

[159] El tercer teatro en piedra de Roma, construido cerca del teatro de Marcelo. Lucio Cornelio Balbo era sobrino del famoso personaje citado en *Julio* 78, 1, y, como él, gaditano. Hizo la campaña civil al lado de César. Fue cuestor en 43 en Hispania y, probablemente, propretor en la misma en 41. Procónsul en África en 20, tras de lo cual celebró su triunfo sobre los garamantes el año 19 a. C.

[160] El primer anfiteatro de piedra edificado en Roma, en el Campo de Marte, el año 29 a. C., y destruido por el incendio del 64 d. C. Estatilio Tauro fue cónsul en 37 y 26, y del 16 al 10 *praefectus urbi* durante la ausencia de Augusto.

[161] Véase nota 78 al cap. 16, 2. Las construcciones de Agripa en Roma fueron muy numerosas e importantes. Entre ellas cabe destacar el Panteón, unas Termas, un puente sobre el Tíber, un pórtico y dos acueductos (véase cap. 42, 1).

[162] Aumentando su número de cuatro a catorce (véase nota 27 al cap. 5). Cada región se hallaba a su vez subdividida en barrios, que sumaban 265 en su totalidad.

te[163] de hacer reparar la Vía Flaminia hasta Rímini, y distribuyó las demás entre los generales que habían sido honrados con el triunfo, para que las pavimentaran con el dinero obtenido del botín. Reconstruyó los templos de- 2
rrumbados por el tiempo o destruidos por un incendio, y los enriqueció, tanto éstos como los demás, con dones muy opulentos, pues en una sola donación depositó en el santuario de Júpiter Capitolino dieciséis mil libras de oro y piedras preciosas y perlas por valor de cincuenta millones de sestercios.

Cuando por fin asumió[164], a la muerte de Lépido, el 31
pontificado máximo, que nunca había pensado arrebatarle mientras vivía, hizo reunir de todas partes todos los libros proféticos, griegos y latinos, de autores desconocidos o poco dignos de crédito que se encontraban en circulación, más de dos mil, y los mandó quemar, conservando únicamente los Sibilinos, e incluso éstos después de haber hecho una selección; los guardó en dos cajas doradas bajo el pedestal de Apolo Palatino. Ordenó de nuevo el calendario, 2
organizado por el divino Julio[165], pero que después, por negligencia, se había vuelto a embrollar y confundir; en esta tarea, le puso su sobrenombre al mes de sextil[166] más que al de septiembre, en el que había nacido, por haber obtenido en este mes su primer consulado[167] y sus gran-

[163] En 27 a. C. La Vía Flaminia fue construida por Gayo Flaminio durante su censura en el año 220 a. C.

[164] En 12 a. C.

[165] Véase *Julio* 40.

[166] El sexto mes del año en el calendario primitivo, que comenzaba en marzo.

[167] Véase nota 132 al cap. 26, 1.

3 des victorias [168]. Aumentó el número y la dignidad de los sacerdotes, así como sus privilegios, en especial de las vírgenes vestales [169]; y, como era preciso elegir a una para ocupar una vacante dejada por fallecimiento y muchos intrigaban para no exponer a sus hijas al sorteo, juró que, si la edad de cualquiera de sus nietas [170], lo permitiera, él
4 la habría ofrecido. Restableció también algunas de las antiguas instituciones religiosas que poco a poco habían ido desapareciendo, como el augurio de la Salud [171], la dignidad de flamen dial [172], las fiestas Lupercales [173], los Juegos Seculares [174] y los de las Compitales [175]. En las Lupercales prohibió que corrieran los muchachos todavía imberbes, e igualmente, en los Juegos Seculares, que los jóvenes de ambos sexos asistieran a cualquier espectáculo nocturno, a no ser acompañados por algún familiar mayor de edad. Dispuso que los Lares Compitales fueran adornados con
5 flores dos veces al año, en primavera y en verano. Rindió

[168] Probablemente se alude aquí a su entrada en Alejandría, que se produjo en agosto, y a la victoria sobre S. Pompeyo (véase cap. 16).

[169] Sobre este sacerdocio, véase nota 8 a *Julio* 1, 2.

[170] Las hijas de Julia, hija de Augusto, y de Agripa, a saber, Julia y Agripina. Cf. cap. 64, 1.

[171] Que se tomaba cada año, en época de paz, para saber si los cónsules podían ofrecer o no la tradicional plegaria por la salud y prosperidad del pueblo.

[172] Véase nota 3 a *Julio* 1, 1. El cargo permanecía vacante desde la muerte de Lucio Cornelio Mérula en 87 a. C. Augusto lo volvió a cubrir el año 11 a. C.

[173] Celebradas el quince de febrero en honor del primitivo dios Luperco.

[174] Organizados por el colegio de los *quindecinviri* y celebrados una vez por siglo. La guerra civil impidió que se dieran en la fecha prevista de 49 o 48 a. C., y Augusto los celebró el año 17 a. C.

[175] Instituidas por Servio Tulio y celebradas a comienzos de enero en honor de los lares de las encrucijadas.

un honor semejante al de los dioses inmortales a la memoria de los generales que habían hecho tan grande el poder del pueblo romano a partir de su insignificancia primitiva. En consecuencia, no sólo restauró las obras construidas por cada uno de ellos, conservando las inscripciones que tenían, sino que, además, en los dos pórticos de su Foro levantó estatuas en las que figuraban todos ellos con las insignias triunfales, declarando en un edicto que había ideado esto para que tanto él mismo, mientras viviese, como los príncipes de las siguientes generaciones fueran juzgados por sus conciudadanos con arreglo a <la pauta> [176] establecida por aquéllos, tomándola como modelo. Trasladó también la estatua de Pompeyo fuera de la curia en la que Gayo César había sido asesinado [177] y la colocó sobre un arco de mármol frente al pórtico de su teatro [178].

Muchas costumbres de la peor especie tendentes a alte- 32
rar el orden público habían subsistido como resultado de los hábitos y de la licencia de las guerras civiles o bien incluso habían surgido durante la paz. Un gran número

[176] Los principales manuscritos dan la lectura *ad illorum uelut ad*, en la que se supone que tiene que haber una laguna detrás de *illorum*. Así lo indica Ailloud, siguiendo a Ihm. Entre las diversas soluciones propuestas adoptamos la de Oudendorp, que suple en el texto la palabra <normam>. Bücheler, seguido por Rolfe y Bassols, propuso suplir <vitam>.

[177] Véase *Julio* 80, 4, nota 339.

[178] El teatro de Pompeyo, erigido en el Campo de Marte e inaugurado el año 55 a. C. Fue el primer teatro de piedra en Roma y llevaba adosado por la parte de la escena un doble pórtico rectangular, constituyendo todo el conjunto uno de los monumentos más importantes de Roma, cuidado y restaurado con esmero a lo largo de los siglos hasta que en la Edad Media pereció, sin dejar apenas huella, al ser utilizado primero como fortaleza y después como cantera.

de salteadores se mostraba públicamente con el puñal al cinto, como si fuese para defenderse; los viajeros eran secuestrados en los campos y, sin hacer ninguna distinción entre hombres libres y esclavos, encerrados en las ergástulas [179] de los propietarios; bajo el título de un nuevo colegio, muchas asociaciones se unían para participar en todo tipo de delitos. Pues bien, Augusto reprimió los asaltos estableciendo puestos de guardia en puntos estratégicos, inspeccionó las ergástulas y disolvió los colegios [180],
2 a excepción de los antiguos y legítimos. Hizo quemar las listas de los antiguos deudores del erario, principal pretexto para las acusaciones falsas; adjudicó en Roma a sus propietarios los terrenos del Estado sobre los que eran dudosos los derechos reclamados por ambas partes; hizo borrar los nombres [181] de los acusados que llevaban largo tiempo en esta situación y cuyos harapos [182] sólo servían para regocijar a sus enemigos, con la condición expresa de que, si alguien quería perseguir judicialmente de nuevo a alguno de ellos, quedara expuesto al mismo castigo. Por otra parte, para que ningún delito quedara impune ni dejara de instruirse ningún proceso a fuerza de aplazamientos, habilitó más de treinta días, que se dedicaban a los

[179] Prisiones para los esclavos rebeldes, que trabajaban encadenados en los campos y eran encerrados durante la noche en celdas separadas, a menudo subterráneas. Tiberio las inspeccionó también más tarde por toda Italia (véase *Tiberio* 8) en vista de este y otros abusos semejantes que se cometían en ellas.

[180] Como ya había hecho César (véase *Julio* 42, 3).

[181] De las listas públicas en las que figuraban los acusados.

[182] Según una antigua costumbre, los acusados debían mostrarse en público mal vestidos y andrajosos para excitar la compasión de sus jueces. Véase también *Tiberio* 2, 4 (resistencia de su familia a sufrir esta humillación) y *Vitelio* 8, 1 (abolición de esta costumbre).

juegos honorarios [183], para el despacho de los asuntos ju-
diciales. A las tres decurias de jueces añadió una cuarta 3
de fortuna inferior, que se llamara «de los doscientos» [184] y tuviera a su cargo los juicios sobre cantidades más bajas. Admitió jueces a partir de los treinta años de edad, es decir, cinco años antes de lo que solían. Como la mayor parte de los ciudadanos eludían el cargo de juez, concedió de mala gana que cada decuria disfrutara por turno de un año de vacaciones y que se suspendieran los procesos que solían celebrarse durante los meses de noviembre y diciembre.

Él mismo administró justicia con asiduidad, y a veces 33
hasta la noche, haciendo colocar su litera delante del tribunal o incluso tendido en el lecho, en su casa, si se encontraba mal de salud. La administró, por otra parte, no sólo con el mayor esmero, sino también con la máxima indulgencia, pues, según cuentan, para evitar que un reo convicto de parricidio fuera cosido en un saco [185], y dado que sólo se castiga de esta manera a los que confiesen
este delito, lo interrogó en los siguientes términos: «¿Ver- 2
dad que no mataste a tu padre?»; igualmente, cuando se celebraba un día un proceso sobre falso testamento y a

[183] Los juegos ofrecidos por los magistrados con ocasión de su entrada en el cargo.

[184] César había eliminado a los tribunos del erario del número de los jueces (véase *Julio* 41, 2, nota 203), pero mantuvo la división en tres decurias. Augusto añadió una cuarta decuria, a cuyos componentes sólo se les exigía la mitad del censo ecuestre, esto es, doscientos mil sestercios. Probablemente, las otras tres categorías de jueces debían poseer el censo ecuestre, cuatrocientos mil sestercios.

[185] Los parricidas confesos de su crimen eran condenados a ser azotados con varas y luego cosidos en un saco junto con un perro, un gallo, una víbora y un mono, siendo luego arrojados al mar o a un río. Véase también *Nerón* 45, 2.

todos los firmantes les alcanzaba la ley Cornelia[185 bis], entregó a los jueces que instruían con él la causa, además de las dos tablillas, condenatoria y absolutoria, una tercera, por la que pudieran perdonar a aquellos que claramente hubieran sido inducidos a firmar por engaño o por
3 error. Delegaba cada año en el pretor urbano las apelaciones presentadas por los litigantes de Roma; las de los litigantes de provincias las confiaba, en cambio, a excónsules, que había puesto individualmente al frente de los asuntos de cada provincia.

34 Corrigió las leyes y promulgó algunas de nuevo, como la suntuaria y las leyes sobre los adulterios, la castidad, el soborno y el matrimonio de los distintos órdenes sociales. En esta última introdujo enmiendas bastante más severas que en las demás y, a causa del violento rechazo que provocó, no pudo ponerla en vigor sino después de haber suprimido o atenuado parte de las sanciones, concedido un plazo de tres años y aumentado las recompen-
2 sas[186]. Como, aun así, el estamento ecuestre, durante un

[185 bis] La *lex Cornelia de falsis* o *testamentaria,* promulgada por Sila contra todo tipo de fraudes relacionados con testamentos. Los testigos que hubieran estampado su firma en un documento falso quedaban sujetos a la misma pena que el falsificador en cuestión.

[186] La *lex Iulia de maritandis ordinibus* iba encaminada a favorecer la natalidad, y, por tanto, preveía sanciones contra los célibes y los matrimonios sin hijos. En su primera redacción era muy radical: por ejemplo, no concedía a las viudas más que un año de plazo para contraer nuevo matrimonio y a las divorciadas seis meses. La ampliación de esta ley, promulgada, en 9 a. C., durante el consulado de Marco Papio Mutilo y Quinto Popeo Segundo, y por ello llamada *lex Papia Poppaea,* mitigaba, por un lado, la dureza de la ley primitiva —las viudas tendrían un plazo de dos años y las divorciadas de un año y medio para volverse a casar— y, por otro, reforzaba las medidas tendentes a estimular la natalidad.

espectáculo público, reclamaba insistentemente su abolición, mandó a buscar a los hijos de Germánico[187] y, situados unos a su lado, otros en el regazo de su padre, los mostró ostentosamente, dando a entender a los caballeros, con su gesto y su expresión, que no rehusaran imitar el ejemplo del joven. Al advertir que todavía se eludía la fuerza de la ley tomando prometidas que aún no habrían alcanzado la edad núbil[188] y cambiando frecuentemente de esposa, redujo la duración de los noviazgos e impuso un límite a los divorcios.

El número de senadores se elevaba hasta formar una 35
multitud abigarrada y grosera (eran, en efecto, más de mil, y algunos totalmente indignos, que habían sido admitidos por medio del favor y de la recompensa después del asesinato de César, y a los cuales el pueblo llamaba «senadores del Orco»[189]); Augusto lo hizo volver a sus antiguas cifras y esplendor mediante dos selecciones: la primera, al arbitrio de los mismos senadores, eligiendo cada uno de ellos a otro; la segunda, al suyo propio y de Agripa; en estas ocasiones, parece ser que presidió protegido por una coraza debajo de la toga, con una espada al cinto y ro-

[187] Germánico tuvo de Agripina nueve hijos, de los que sólo seis le sobrevivieron, cf. *Calígula* 7. Por esta época (año 9 d. C.) debían haber nacido ya varios de ellos.

[188] Así se alargaba el tiempo de noviazgo y se retrasaba el matrimonio. El compromiso desde edad muy temprana era una práctica corriente, pero Augusto tendió a limitarla por esta razón, prescribiendo que no se tuvieran en cuenta los esponsales que no fueran seguidos del matrimonio en el plazo de dos años.

[189] El término de *orcinos* se aplicaba a los esclavos que habían obtenido la libertad en virtud del testamento de sus amos. Los senadores que entraron fraudulentamente en el Senado después de la muerte de César, so pretexto de que éste los había nombrado en los papeles que dejó, recibieron también este calificativo.

deando su silla diez de sus más fuertes amigos del estamento senatorial. 2 Cremucio Cordo[190] escribe que, por entonces, ni siquiera recibió a ningún senador si no era a solas y después de habérsele cacheado. Indujo a algunos a dimitir discretamente y les conservó incluso a éstos el honor de la vestidura senatorial, así como el derecho de asistir a los espectáculos en los asientos de la orquesta y de tomar parte en los banquetes públicos. 3 Por otro lado, para que los senadores elegidos y aprobados desempeñaran las funciones propias de su cargo más a conciencia y con menos trastorno, decretó que, antes de tomar asiento, cada uno de ellos hiciera ofrendas de incienso y vino ante el altar del dios en cuyo templo se reuniera; que el Senado no fuese convocado regularmente más que dos veces al mes, en las calendas y en los idus, y que en los meses de septiembre y octubre sólo fuera obligatoria la asistencia de los senadores sacados por sorteo en el número preciso para que pudieran ser aprobados los decretos; igualmente, decidió asignarse cada semestre un consejo por sorteo, para tratar previamente con él los asuntos que debían someterse al pleno del Senado. 4 No seguía la costumbre ni el orden establecido[191] para recoger los votos de los senadores sobre asuntos importantes, sino que lo hacía a su capricho, con la finalidad de que cada uno de ellos se man-

190 Historiador contemporáneo de las guerras civiles y del principado de Augusto. Su crónica de la actualidad, escrita con espíritu republicano (según él, Bruto y Casio fueron «los últimos romanos»), le valió una acusación bajo Tiberio de la que resultó su muerte y la destrucción de su obra, que, sin embargo, había sido recibida por Augusto con ecuanimidad (cf. *Tiberio* 61, 3). Sus escritos fueron conservados, no obstante, por su hija Marcia, y autorizada su circulación bajo Calígula (cf. *Calígula* 16, 1).

191 Para el orden de consulta en el Senado, véase *Julio* 21, nota 113.

tuviera tan atento como si tuviera que exponer su opinión, más que adherirse a la de otro.

Fue también autor de otras medidas, prohibiendo, entre ellas, la publicación de las actas del Senado[192] y el envío de los magistrados a las provincias inmediatamente después de haber cesado en su cargo[193]; estableció igualmente que se asignara una cantidad fija a los procónsules para los mulos y tiendas de campaña, suministros que solían contratarse por el Estado[194]; que la administración del erario pasara de los cuestores urbanos a los expretores o pretores, y que el tribunal de los centunviros[195], tradicionalmente convocado por excuestores, lo fuera a partir de entonces por los decenviros[196]. 36

Ideó nuevos servicios para que un mayor número de ciudadanos pudiese tomar parte en la administración del 37

192 Medida contraria a la introducida por César durante su primer consulado. Cf. *Julio* 20, 1.

193 Ésta no era una medida nueva, sino que volvía a poner en vigor las disposiciones de la ley de Pompeyo del 52, en virtud de la cual tenía que haber un paréntesis de al menos cinco años entre el cargo ostentado y el gobierno de una provincia. Formó parte de los estatutos dictados por Augusto para las provincias en 27 a. C., año a partir del cual el gobierno de una provincia no fue ya una magistratura prorrogada, sino independiente.

194 Es decir, el Estado encargaba de estos suministros a particulares mediante adjudicación, pagándoles con fondos públicos. Parece ser que era un negocio bastante lucrativo; véase AULO GELIO, *Noches Áticas* XV 4, a propósito de Ventidio Baso.

195 Tribunal muy antiguo, compuesto al principio por 105 miembros y, más tarde, en época de Trajano, por 180, que juzgaba en asuntos privados. La expresión ***centumviralem hastam*** con que Suetonio lo designa se deriva de la costumbre de plantar un ***hasta*** en el sitio donde se reunía.

196 Los *decemviri stlitibus iudicandis*.

Estado, a saber: la comisaría de las obras públicas, de los caminos, de las aguas, del cauce del Tíber y de la distribución de trigo al pueblo, la prefectura de Roma, una comisión de tres miembros encargada de elegir a los senadores y otra que pasara revista a los escuadrones de caballería siempre que fuera necesario. Nombró censores, cosa que durante largo tiempo había dejado de hacerse. Aumentó el número de pretores. Pidió incluso tener dos colegas, en lugar de uno, cada vez que se le concediera el consulado, pero no lo obtuvo, pues todos los senadores exclamaron que bastante rebajada quedaba su dignidad ejerciendo este cargo con otro, en lugar de hacerlo él solo.

38 No menos generoso a la hora de recompensar el mérito militar, se encargó de que fuesen votados los honores regulares del triunfo a más de treinta generales y las insig-
2 nias triunfales[197] a un número aún mayor. Para que los hijos de los senadores se habituaran antes a los asuntos públicos, les permitió vestir el laticlavo[198] y asistir a las sesiones del Senado inmediatamente después de haber recibido la toga viril, concediéndoles además, al emprender la carrera militar, no sólo el grado de tribunos de legión[199], sino también la comandancia de un ala de caballería; asimismo, para garantizar su experiencia individual en el ejército, puso comúnmente al frente de cada ala a
3 dos de ellos[200]. Pasó revista con frecuencia a los escuadrones de caballería, restableciendo la costumbre del desfile, largo tiempo suspendida. Pero no permitió que ningún caballero fuese sacado de la fila por un acusador durante esta ceremonia, como solía ocurrir, y dio licencia a los que se destacaban por su avanzada edad o por alguna incapacidad física para enviar su caballo dentro de la fila y venir a pie a presentarse cuantas veces fueran citados; luego concedió la gracia de devolver el caballo a aquellos que, siendo mayores de treinta y cinco años, no quisieran conservarlo.

Después de haber obtenido del Senado diez ayudantes, 39
obligó a cada uno de los caballeros a rendir cuentas de su conducta, y, en los casos en que ésta resultó reprobable, les aplicó diversas sanciones, consistentes unas veces en un castigo, otras en una nota infamante, y las más de ellas en una amonestación, pero de forma diversa. El tipo más suave de amonestación consistió en la entrega inmediata de unas tablillas que tenían que leer al punto, en silencio y allí mismo; sancionó también a algunos por haber colocado a rédito usurario cantidades que a su vez habían tomado prestadas a intereses muy bajos.

Cuando no había suficientes candidatos del estamento 40
senatorial para las elecciones de tribunos[201], los nombró de la clase ecuestre, otorgándoles la facultad de permanecer, al término de su cargo, en el orden que quisieran de los dos. Por otra parte, como muchos caballeros, cuyo patrimonio se había visto notablemente reducido por las guerras civiles, no se atrevían a tomar asiento en las catorce gradas[202] para asistir a los juegos por miedo al castigo

[197] Enumeradas en LIV., XXX 15.

[198] Cf. *Julio* 45, 3, nota 212.

[199] Los miembros del *ordo senatorius* prestaban sus primeros servicios en el ejército, que les daban acceso a la carrera política, como *tribuni legionis* (*laticlavii*, por oposición a los que no eran de rango senatorial, que eran llamados *angusticlavii*, véase *Otón* 10) y *praefecti alarum*, los dos grados superiores de la *equestris militia*. Véase nota 233 al cap. 46.

[200] Literalmente, a dos «laticlavios».

[201] Desde la época de Sila, los tribunos de la plebe solían ser senadores (véase cap. 10, 2, nota 54).

[202] Cf. *Julio* 39, 2, nota 196.

previsto por la ley del teatro[203], proclamó que este casti-
go no afectaba a aquellos que habían tenido alguna vez
2 la fortuna ecuestre o la habían tenido sus padres. Hizo
el censo del pueblo barrio por barrio, y, para que la plebe
no se viera con excesiva frecuencia apartada de sus nego-
cios por causa de las distribuciones de trigo, resolvió darle
tres veces al año unos bonos por el suministro de cuatro
meses cada uno; pero en vista de que echaba de menos
la antigua costumbre, le permitió de nuevo recibirlos men-
sualmente. Restableció también el antiguo reglamento de
los comicios[204] y, después de haber castigado el soborno
con diversas penas, el día de las elecciones distribuía, de
su propio peculio, mil sestercios por cabeza a los miem-
bros de las tribus Fabia y Escaptia, a las que él pertene-
cía[205], para que no deseasen nada de ningún candidato.
3 Juzgando, además, de gran importancia conservar al pue-
blo puro y a salvo de toda mezcla de sangre extranjera
y servil, concedió con extrema parquedad la ciudadanía
romana e impuso un límite a las manumisiones. En res-
puesta a la solicitud de ciudadanía de Tiberio en favor de
un griego cliente suyo, le escribió que sólo se la concedería
si de viva voz lograba convencerle de lo justos que eran
sus motivos para solicitarla; negó la misma petición a Li-
via en favor de un galo que pagaba tributo, y a cambio
le ofreció eximirle de éste, afirmando que le costaría me-
nos causar un detrimento al fisco que vulgarizar el honor

203 La *lex Roscia theatralis*, del 68 a. C., tenía una cláusula especial referente a aquellos *equites* que estuvieran arruinados. La *lex Iulia theatralis* abolió esta cláusula.

204 El establecido por César, que nombraba a los cónsules y a la mitad de los otros magistrados él mismo. Véase *Julio* 41, 2.

205 A la primera en virtud de su adopción dentro de la *gens Iulia;* a la segunda por ser un Octavio.

de la ciudadanía romana. No contento con haber puesto 4
muchas dificultades a los esclavos para conseguir la liber-
tad, y muchas más en el caso de la libertad completa[206],
después de haber establecido con exactitud tanto el nú-
mero como la condición y características de aquellos que
podían ser manumitidos[207], añadió incluso que jamás pu-
diese, en virtud de ningún tipo de libertad, obtener la ciu-
dadanía un esclavo que hubiera sido encadenado o someti-
do a tortura[208]. Se ocupó asimismo de restablecer el por- 5
te y la indumentaria antiguos, y así, viendo un día en la
asamblea del pueblo una multitud de gente vestida de os-
curo, lleno de indignación y gritando: «¡He aquí a

los Romanos, dueños del mundo, el pueblo que viste la [toga!»[209],

encargó a los ediles que, a partir de ese momento, no permitieran a nadie estacionarse en el Foro o en sus aledaños sino después de haberse despojado de la lacerna[210] para lucir la toga.

Dio en muchas ocasiones pruebas de su liberalidad a 41
todas las clases sociales. En efecto, cuando se transportó
a Roma el tesoro real en su triunfo de Alejandría, provo-
có, para empezar, tal abundancia de numerario, que el in-
terés del dinero disminuyó y aumentó muchísimo el valor

206 La que llevaba aparejados todos los derechos, incluido el más importante, la ciudadanía romana.

207 Mediante dos leyes principalmente: la *lex Fufia Caninia*, que limitaba la liberación por testamento, y la *lex Aelia Sentia*, que fijaba un límite a la liberación por parte de los propietarios en vida.

208 Éstos eran asimilados a los *peregrini dediticii*, es decir, a los extranjeros que se hubieran entregado.

209 Cf. VIRG., *Eneida* I 282.

210 Capa de tejido grueso que solía llevarse encima de la toga.

de las tierras, pero, además, luego, cada vez que había
dinero en abundancia resultante de los bienes de los con-
denados, lo prestó por cierto tiempo gratuitamente a aque-
llas personas que pudieran dar garantías por el doble.
Aumentó la fortuna exigida a los senadores, fijándola en
un millón doscientos mil sestercios, en lugar de los ocho-
cientos mil anteriores, y se la completó, añadiendo lo que
2 les faltaba, a los senadores que no la poseían. Hizo con
frecuencia repartos extraordinarios al pueblo, pero, por lo
general, de diversa cuantía: unas veces cuatrocientos ses-
tercios, otras trescientos, y algunas doscientos cincuenta;
y ni siquiera excluyó a los niños de menor edad, aunque
no solían recibirlos sino a partir de los diez años cumpli-
dos. En épocas de escasez, midió también el trigo por ca-
beza, a menudo a muy bajo precio, a veces gratuitamente,
y dobló el valor de los bonos para su adquisición.

42 Pero, para que quede claro que fue un príncipe intere-
sado por el bienestar público más que ansioso de popula-
ridad, un día en que el pueblo se quejaba de la escasez
y alto precio del vino, lo contuvo dirigiéndole una alocu-
ción severísima, a saber, que su yerno Agripa, construyen-
do numerosos acueductos, ya había tomado suficientes me-
2 didas para que los hombres no tuvieran sed. Otro día en
que también el pueblo reclamaba un reparto extraordina-
rio que le había ciertamente prometido, le respondió que
él era un hombre de crédito; pero como en otra ocasión
exigía uno del que no le había hecho ninguna promesa,
le reprochó en un edicto su infame desvergüenza y afirmó
que no lo daría, aunque antes pensaba hacerlo. Con el
mismo rigor y firmeza, cuando se enteró de que, a raíz
del anuncio de otra distribución de este tipo, se había
manumitido a muchos esclavos y se los había incluido en
el número de los ciudadanos, afirmó que las personas a

las que no se había dado promesa de este reparto no lo
recibirían, y dio a los restantes menos de lo que les había
prometido, para que la suma total prevista resultara su-
ficiente[211]. Después de haber expulsado de Roma, con 3
ocasión de una gran escasez[212] difícil de remediar, a los
esclavos en venta y a las escuelas de gladiadores, así como
a todos los extranjeros, excepto los médicos y profesores,
y a una parte de los esclavos, cuando por fin la cosecha
mejoró, estuvo tentado, según su propio testimonio, de
suprimir para siempre las distribuciones de trigo al pueblo
por parte del Estado, porque, confiando en ellas, se des-
cuidaba el cultivo de las tierras; y si no se mantuvo en
ello fue porque estaba seguro de que algún día podían ser
restablecidas por afán de popularidad. Y a continuación
las reguló de suerte que no tenía menos en cuenta a los
labradores y a los comerciantes que al pueblo.

Superó a todos sus predecesores en la frecuencia, va- 43
riedad y magnificencia de sus espectáculos. Según él mis-
mo dice[213], celebró cuatro veces juegos públicos en su
propio nombre y veintitrés por otros magistrados, que se
encontraban ausentes o no tenían suficientes medios. A
veces los celebró incluso por los barrios y en muchos es-
cenarios, empleando a actores de todas las lenguas. Dio
<espectáculos de gladiadores>[213 bis] no sólo en el Foro y

---

[211] Evidentemente, porque no se había podido determinar con exactitud quiénes tenían derecho al reparto y quienes no.

[212] En 6 d.C. Cf. DIÓN, LV 26.

[213] Cf. *Res gestae Divi Augusti* cap. 22.

[213 bis] En el texto de los manuscritos se ha supuesto, prácticamente por todos los editores, que ha de haber una laguna entre *histriones* y *non in foro modo*. Perizonius propuso suplir <*Munera*>, conjetura que aceptan, entre otros, Rolfe y Bassols y que adoptamos en nuestra traducción. Roth, remitiendo a las *Res gestae Divi Augusti* IV 39 ss. y a *Clau-*

en el anfiteatro, sino también en el circo y en los *Septa*[214], en ocasiones sólo consistentes en una caza; presentó también atletas, disponiendo para ello unos asientos de madera en el Campo de Marte, e igualmente un combate naval cerca del Tíber, para el que fue excavado el suelo donde hoy se encuentra el bosque de los Césares[215]. Durante estos días fijó guardias en la ciudad, para evitar que quedara expuesta a los maleantes debido al escaso número de
2 personas que permanecía en ella. Exhibió en el circo a aurigas, corredores y luchadores con fieras, pertenecientes incluso a veces a la más granada juventud. Pero también dio con mucha frecuencia juegos troyanos[216] de niños de mayor y menor edad, pues tenía por una hermosa costumbre de otro tiempo el que se diera así a conocer la índole de su ilustre estirpe. En el transcurso de estos juegos, Nonio Asprenate resultó herido a consecuencias de una caída, siendo recompensado con un collar de oro por Augusto,

dio 21, pensó que se debía insertar <*circensibus ludis gladiatoriisque muneribus frequentissime editis interiecit plerumque bestiarum Africanarum venationes*> («dio con mucha frecuencia juegos del circo y espectáculos de gladiadores, intercalando, por lo general, cazas de fieras africanas») o algo similar. Ailloud, al igual que Ihm, solamente señala la laguna en el texto.

214 Originalmente, un gran recinto vallado en el Campo de Marte, destinado a los plebiscitos. César comenzó a levantar en su solar un lujoso edificio de mármol, continuado luego por Lépido e inaugurado por Agripa en 26 a. C. con el nombre de *Saepta Iulia.* Se trataba de un gigantesco edificio de planta rectangular, que se convirtió en centro recreativo al dejar de celebrarse elecciones y donde, entre otros, se dieron, desde Augusto a Nerón, espectáculos de gladiadores. Tras la construcción del Coliseo se convirtió en almacén.

215 Cf. *Res gestae...* cap. 23. El lugar recibió el nombre de *nemus Caesarum* tras la muerte de Gayo (4 d. C.) y de Lucio (2 d. C.), los dos nietos mayores de Augusto.

216 Véase *Julio* 39, 2, nota 197.

que, además, le permitió a él y a sus descendientes llevar el sobrenombre de Torcuato[217]. Luego puso fin a las exhibiciones de este tipo, a raíz de las serias y dolorosas quejas presentadas en el Senado por el orador Asinio Polión a propósito del accidente sufrido por su nieto Esernino, que se había roto también una pierna. También para 3
las representaciones teatrales y los combates de gladiadores utilizó en ocasiones incluso a caballeros romanos, pero antes de que quedara prohibido por un decreto del Senado. Después, únicamente exhibió a un muchachito licio de noble cuna, pero sólo para mostrarlo, pues medía menos de dos pies, pesaba diecisiete libras y tenía una voz potentísima. No obstante, un día de juegos, como por entonces 4
era la primera vez que se habían enviado a Roma rehenes partos, los hizo pasar por el centro de la arena para exhibirlos, y los situó en la segunda grada, por encima de él. Solía también, sin esperar a los días de los espectáculos, si alguna vez habían traído a Roma algún animal insólito y digno de verse, mostrarlo al público a título extraordinario, en cualquier lugar, como un rinoceronte en los *Septa*[218], un tigre en un escenario, o una serpiente de cincuenta codos delante del Comicio[219]. En unos juegos votivos 5
celebrados en el Circo se dio el caso de que, por encontrarse indispuesto, tuvo que conducir los carros procesionales[220] tendido en su litera; otra vez, en la apertura de los juegos con los que inauguraba el teatro de Marcelo[221], se aflojaron las junturas de su silla curul y cayó de espaldas. Durante un espectáculo ofrecido asimismo por sus

217 Derivado de *torquis,* «collar».

218 Véase parágrafo 1, nota 214.

219 Véase *Julio* 10, 1, nota 52.

220 *Tensae:* cf. *Julio* 76, 1, nota 307.

221 Cf. cap. 29, 4, nota 154.

nietos, viéndose impotente del todo para contener y tranquilizar al pueblo, aterrado por el miedo de un derrumbamiento, abandonó su puesto para venir a sentarse en la zona de mayor peligro.

44 La manera de asistir a los espectáculos no podía ser más desordenada y negligente; Augusto la corrigió y la sometió a un reglamento, movido por la ofensa hecha a un senador que, en Pozzuoli, durante unos juegos concurridísimos, no había hallado a nadie que le hiciera sitio entre el numeroso concurso de espectadores. Por consiguiente, se promulgó un decreto del Senado por el que debía reservarse a los senadores la primera fila de asientos cada vez que se diera en cualquier parte un espectáculo público, y prohibió que en Roma ocuparan los asientos de la orquesta los embajadores de los pueblos libres y aliados, pues se había dado cuenta de que incluso se enviaba a algunos de la clase de los libertos. Separó a los
2 soldados del pueblo. Asignó a los plebeyos casados unas gradas especiales, así como su propia sección a los que todavía vestían la pretexta[222] y la contigua a sus preceptores, y prohibió ocupar las gradas centrales a toda persona vestida de oscuro[223]. En cuanto a las mujeres, no les permitió presenciar ni siquiera los combates de gladiadores, que desde hacía tiempo era habitual que presenciaran mezcladas con el público, sino desde las gradas más altas
3 y ellas solas. Dio a las vírgenes vestales un asiento aparte en el teatro, frente al estrado del pretor. Pero del espectáculo de los atletas excluyó de tal forma a todo el sexo femenino que, cuando el público reclamó una pareja de

222 Véase *Julio* 1, 1, nota 5.

223 Es decir, que llevara una *lacerna* sobre la toga. Véase cap. 40, 5.

púgiles durante sus juegos pontificales[224], la aplazó a la mañana del día siguiente, haciendo saber por un edicto que no quería que las mujeres fueran al teatro antes de la hora quinta[225].

En cuanto a él, presenciaba de ordinario los juegos del 45
circo desde las habitaciones superiores[226] de las casas de sus amigos y libertos, y a veces desde su palco[227]; en cualquier caso, en compañía de su mujer y de sus hijos. Se ausentaba del espectáculo muchas horas, a veces días enteros, para lo cual pedía previamente excusas y dejaba a unas personas encargadas de desempeñar su papel en la presidencia. Pero, siempre que asistía, no se ocupaba en ninguna otra cosa, sea para evitar la maledicencia con que el pueblo, según recordaba, le había censurado a su padre César el dedicarse, durante los espectáculos, a leer o contestar cartas y peticiones, sea por su afición a los mismos y por el placer que nunca ocultó que le producían; antes bien, lo confesó a menudo con total franqueza. Y así, 2
ofrecía a sus propias expensas, incluso en las exhibiciones y juegos dados por otros, pequeñas coronas y recompensas tan frecuentes como espléndidas, y nunca asistió a un certamen griego[228] sin honrar a cada uno de los competidores según su mérito. El espectáculo que seguía con mayor

224 Probablemente los celebrados con ocasión de haber asumido el pontificado máximo. Véase cap. 31, 1.

225 De nueve y media a diez y media aproximadamente, según la época del año.

226 El *cenaculum* era propiamente el comedor, pero, por hallarse de ordinario situado en el piso superior de la casa, también recibía este nombre, por extensión, el mismo piso y todas sus dependencias.

227 *Pulvinar:* cf. *Julio* 76, 1, nota 308.

228 Juegos al estilo griego, consistentes en pruebas atléticas, carreras de carros y certámenes musicales.

interés era, no obstante, el de los púgiles, y, sobre todo, latinos; no sólo los reconocidos como profesionales, a los que solía incluso enfrentar con griegos, sino los del pueblo, que luchaban en catervas, en las estrechas calles, a
3 su aire y sin arte. Consideró, en fin, dignas de su atención a todas las personas que intervenían de algún modo en los espectáculos públicos; conservó a los atletas sus privilegios y, además, se los aumentó; prohibió dar combates de gladiadores a muerte[229], y el poder coercitivo de los magistrados sobre los histriones, que una antigua ley les concedía en todo tiempo y lugar, lo limitó al momento
4 de los juegos y al teatro. Pero ello no le impidió exigir siempre la más estricta observancia de las reglas en las luchas de atletas en el gimnasio o en los combates de gladiadores; y en lo tocante a los excesos de los histriones les puso tanto freno, que hizo golpear con varas en tres teatros[230], desterrándolo luego, a Estefanión, un actor de comedias romanas, tras haberse enterado de que se había hecho servir a la mesa por una matrona con el pelo cortado como los muchachos; hizo azotar al pantomimo Hilas[231] en el atrio de su casa, en presencia de todos, ante las quejas presentadas contra él por el pretor, y desterró de Roma y de Italia a Pílades por haber hecho un gesto

229 La *missio* era el permiso para abandonar la arena vivos que tenían derecho a solicitar del *editor,* y luego habitualmente del público, los gladiadores heridos y que ya no podían seguir luchando. Los combates *sine missione* eran, por tanto, luchas a muerte.

230 Los de Pompeyo, Balbo y Marcelo. Sobre el primero véase nota 178 al cap. 31, 5; sobre los otros dos véase cap. 29, 4 y 5, y notas correspondientes.

231 Discípulo de Pílades, el fundador, junto con Batilo, de este tipo de representaciones, consistentes en el mimo, ejecutado por un bailarín, de un texto poético que otro actor cantaba con acompañamiento de instrumentos.

con el dedo[232] y puesto en evidencia a un espectador que le silbaba.

Organizada de este modo Roma y sus asuntos, pobló 46
Italia con veintiocho colonias fundadas por él y dotó de obras y rentas públicas a muchas de sus ciudades; la igualó también, en cierto modo y hasta cierto punto, a Roma en derechos y consideración, ideando un tipo de votación por el que los decuriones de las colonias podían votar cada uno en la suya para elegir a los magistrados de Roma y remitir a ésta sus votos sellados el día de las elecciones. Para fomentar, además, en todas partes el número de personas de mérito y la natalidad de la plebe, concedía los grados militares reservados a los caballeros[233] a quienes lo solicitaban, sin más requisito que una recomendación oficial de su ciudad, y, cuando visitaba las regiones, todos los plebeyos que lograban que diera su aprobación a sus hijos o hijas recibían de él mil sestercios por cada uno.

Se encargó personalmente de las provincias más prós- 47
peras, que no era fácil ni seguro confiar al gobierno de magistrados con mandatos anuales, y dejó las demás en manos de procónsules elegidos por sorteo[234]; no obstante,

232 El dedo corazón, llamado *infamis digitus.* Con él se hacía un gesto obsceno.

233 La *equestris militia* —es decir, la carrera militar reservada a los caballeros, los oficiales superiores, pues los simples soldados sólo podían llegar a ser centuriones, esto es, oficiales subalternos— comprendía tres grados por los que se pasaba sucesivamente, a saber, *tribunus cohortis, tribunus legionis* y *praefectus alae* (Claudio alteró este orden: véase *Claudio* 25, 1). Una vez ostentados estos cargos, se tenía la posibilidad de acceder a la cuestura o a otros oficios *a militiis,* es decir, por vía militar.

234 La primera división en provincias imperiales y senatorias se realizó en 27 a. C., pero luego fue alterada en varias ocasiones a criterio del propio Augusto.

cambió también a veces de categoría algunas de ellas, y tanto las de un tipo como las de otro fueron en su mayor parte visitadas con bastante frecuencia por él. Privó de su libertad a algunas ciudades aliadas pero que la disolución precipitaba a la ruina; en cambio, a otras les pagó las deudas que las agobiaban, las fundó de nuevo si habían sido destruidas por un terremoto, o les concedió el derecho latino o de ciudadanía cuando alegaban servicios prestados al pueblo romano. Tampoco hay, según tengo entendido, provincia que no haya visitado, con la única excepción de África y de Cerdeña. Cuando proyectaba pasar a ellas desde Sicilia después de la derrota de Sexto Pompeyo, una serie de tremendas tempestades se lo impidió y luego ya no tuvo ocasión ni motivo para hacerlo.

48 Salvo escasas excepciones, devolvió los reinos de los que se había apoderado por derecho de conquista a aquellos de quienes los había tomado o se los dio a extranjeros. Unió incluso entre sí con lazos mutuos de parentesco a los reyes aliados, mostrándose siempre del todo dispuesto a procurar y favorecer su afinidad y sus buenas relaciones; los atendió además a todos ellos como si fuesen parte integrante del imperio, fijando incluso habitualmente un tutor a los que aún eran niños o sufrían trastornos mentales, hasta que crecieran o recobraran el juicio; crió también y educó a los hijos de muchos de ellos junto con los suyos propios[235].

49 De las fuerzas militares, repartió las legiones y las tropas auxiliares por las provincias, apostando una flota en Miseno y otra en Ravena para la defensa de los mares Adriático y Tirreno; el resto lo adscribió en parte a la

[235] Por ejemplo, a Herodes Agripa, hijo de Aristóbulo y nieto de Herodes el Grande, que fue enviado a Roma a la muerte de su padre, en 6 a. C., y criado con Druso, el hijo de Tiberio.

guardia de la ciudad y en parte a la suya propia[236], una vez licenciada la tropa de calagurritanos[237] y la de germanos, que había tenido entre su guardia personal, la primera hasta que venció a Antonio, y la segunda hasta la derrota de Varo. Sin embargo, jamás permitió que hubiera en Roma más de tres cohortes[238], e incluso éstas sin alojamiento estable; las demás tenía por costumbre despacharlas a los cuarteles de invierno y de verano cerca de las ciudades vecinas. Por otra parte, sometió a todos los 2
soldados sin excepción a una reglamentación precisa de años de servicio y recompensas, determinando, según la graduación que tuvieran, la duración de su servicio militar y las ventajas que recibirían al licenciarse, para evitar que la edad o la miseria pudiera arrastrarlos, una vez licenciados, a la sublevación. Y para poder siempre y sin dificultad disponer del dinero necesario para mantenerlos y recompensarlos, creó un fondo militar nutrido con nuevos impuestos. Asimismo, a fin de que lo que sucedía en cada 3
provincia pudiera serle notificado y conocido con más rapidez y facilidad, distribuyó a cortos intervalos, a lo largo de las rutas militares, primero a jóvenes, luego vehículos. Esto último le pareció más conveniente, porque permite incluso interrogar, si las circunstancias lo requieren, a los correos, que son siempre los mismos durante todo el trayecto.

[236] Con la creación de las *cohortes urbanae*, en número de tres, y de las *cohortes praetoriae*, nueve en total, tres mantenidas en Roma y seis fuera de la ciudad.

[237] Españoles, como la guardia personal de César (véase *Julio* 86, 1), procedentes de *Calagurris Nassica* o *Iulia* (la actual Calahorra), municipio de la Hispania Tarraconense que gozaba de la ciudadanía romana.

[238] *Praetoriae* (véase nota 236), pues las *cohortes urbanae* tenían sus cuarteles cerca del *Forum Suarium*.

50 Para sellar los certificados[239], los escritos de petición[240]
y su propia correspondencia, utilizó primero la figura de
una esfinge, luego la efigie de Alejandro Magno y, por
último, la suya propia, grabada por Dioscúrides[241], con
la que continuaron también firmando los emperadores si-
guientes. Añadía asimismo a todas sus cartas la hora, no
sólo del día, sino también de la noche, en la que las de-
claraba expedidas.

51 Existen muchas e importantes pruebas de su clemencia
y de su moderación. Para no detenerme excesivamente en
el número y condición de todas las personas del partido
contrario a las que concedió el perdón y la inmunidad,
permitiéndoles incluso ocupar un lugar principal en el Es-
tado, se contentó con castigar a los plebeyos Junio Novato
y Casio de Padua, al uno con una multa y al otro con
un exilio poco severo, a pesar de que el primero de ellos
había divulgado, bajo el nombre del joven Agripa[242], una

239 El *diploma* era el escrito dimanado de una autoridad en favor de alguien. Acreditaba a su posesor para recibir un beneficio, del tipo que fuera; unas veces le confería el permiso de viajar libremente (salvoconducto) o de utilizar para sus desplazamientos el servicio estatal de postas; otras era una carta de recomendación, o un documento acreditativo de un nombramiento, etc. Véase *Calígula* 38, 1; *Nerón* 12, 1.

240 Entre otras acepciones, la palabra *libellus* significa la súplica dirigida por escrito a una autoridad. Los *libelli* dirigidos al emperador por particulares eran normalmente contestados sobre la misma carta de petición, que así se convertía en un *rescriptum* (véase cap. 45, 1). Estos *rescripta*, cuando trataban de cuestiones de jurisprudencia, pasaron con el tiempo a formar parte del cuerpo de leyes o *constitutiones principum*. Una vez escrita la contestación, el billete era sellado.

241 El tallista de gemas más famoso de la época augústea, al parecer procedente de Egeas. Su estilo era el aticista propio de la época, y la calidad de sus obras, extraordinaria. Se conservan ocho gemas talladas sin duda por él, aunque su firma fue falsificada con mucha frecuencia.

242 Agripa Póstumo. Véanse caps. 64, 1; 65, 1.

carta en la que se le trataba con extrema dureza, y pro-
clamado el segundo en un banquete muy concurrido que
no le faltaba ni el deseo ni el valor para matarlo. Con 2
ocasión de instruir un proceso en el que se acusaba a Emi-
lio Eliano de Córdoba muy especialmente, entre otros deli-
tos, de hablar habitualmente mal del César, se volvió hacia
el acusador y, con aspecto indignado, le dijo: «Quisiera
que me lo probaras; haría saber a Eliano que yo también
tengo lengua, pues diría mucho más acerca de él»; y no
hizo más averiguaciones ni en ese momento ni más tarde.
Como Tiberio le dirigía también quejas por carta sobre 3
este mismo tema, pero con mayor violencia, le contestó
como sigue: «No te dejes llevar en este asunto, mi querido
Tiberio, por tu edad, ni te indignes demasiado porque ha-
ya alguien que hable mal de mí; basta con que logremos
que nadie pueda perjudicarnos».

Aunque sabía que se decretaban normalmente templos 52
incluso a los procónsules, no los aceptó en ninguna pro-
vincia sino en nombre suyo y de Roma a la vez. Mas en
Roma declinó con la mayor obstinación este honor, e in-
cluso hizo fundir todas las estatuas de plata que se le ha-
bían erigido en otro tiempo, y con el producto obtenido
de ellas consagró trípodes de oro a Apolo Palatino[243]. En
vista de que el pueblo le ofrecía con gran insistencia la
dictadura[244], se postró de rodillas, dejó caer la toga de

243 Véase cap. 29, 1.

244 En 22 a. C., el pueblo, ante la escasez de alimentos en la ciudad, rodeó el Senado solicitando que se concedieran a Augusto la *praefectura annonae* y la dictadura. Éste aceptó el primer cargo, pero rechazó el segundo. Cf. DIÓN, LIV 1; VELEYO PATÉRCULO, II 89. De hecho, a la muerte de César, Antonio había presentado una ley que abolía la dictadura (APIANO, *Guerra Civil* III 25).

sus hombros, y, con el pecho desnudo, le rogó que no se la impusieran.

53 Siempre le produjo horror el título de señor, que consideraba como una injuria y un insulto. Un día en que presenciaba unos juegos, se pronunciaron en un mimo estas palabras: «¡Oh señor justo y bueno!», y todos los asistentes las aprobaron al unísono con gran alborozo, aplicándoselas a él; pero Augusto reprimió al instante con sus gestos y su expresión estas adulaciones indecorosas y al día siguiente las censuró, además, en un edicto muy severo. A partir de ese momento, no permitió que le llamaran señor ni siquiera sus hijos o sus nietos, ni en serio ni en broma, y les prohibió incluso entre ellos los halagos de
2 este tipo. Rara vez salió de una ciudad o de un pueblo, o entró en algún lugar, en otro momento que a la caída de la tarde o por la noche, para no molestar a nadie por causa de las atenciones debidas a su persona. Cuando ejercía el consulado, casi siempre iba a pie por la ciudad; fuera de estas ocasiones, lo hacía a menudo en una litera cerrada. Admitía en sus audiencias públicas incluso a la plebe, recibiendo con tanta afabilidad las peticiones de cuantos acudían a verle, que reprendió en broma a uno de ellos porque, según sus propias palabras, dudaba, al entregarle su demanda, igual que si tendiera una moneda
3 a un elefante. Los días que había sesión del Senado, nunca saludaba a los senadores en otro lugar que en la curia[245], y, por cierto, permaneciendo éstos sentados y dirigiéndose Augusto a cada uno de ellos por su nombre, sin que nadie se lo recordara; también al retirarse se despedía del mismo modo, conservando todos ellos sus asientos.

[245] Es decir, nunca hacía al Senado venir a saludarle a palacio.

Tuvo con muchos senadores atenciones recíprocas, y no dejó de asistir a las celebraciones de cada uno de ellos hasta que ya era muy mayor, y porque un día en que se celebraban unos esponsales había sido zarandeado entre la multitud. Con su presencia y su consuelo hizo volver a la vida al senador Galo Terrinio, con el que tenía menos relación, pero que se había quedado repentinamente ciego y por este motivo pensaba dejarse morir de hambre.

Mientras hablaba un día en el Senado, un senador dijo: 54
«No he comprendido», y otro: «Te contradiría si se me diera ocasión». A veces, al precipitarse encolerizado fuera de la curia a causa de las violentas disputas que se producían en los debates, algunos le gritaron que debía permitirse a los senadores hablar de los asuntos públicos. Durante la selección del Senado en la que cada senador escogía a otro[246], Antistio Labeón[247] eligió a Marco Lépido, enemigo en otro tiempo de Augusto y por entonces en el exilio[248]; y cuando Augusto le preguntó si no había otros más dignos, le contestó que cada cual tenía su propio criterio. Y, sin embargo, ninguno sufrió el menor daño por su franqueza o terquedad.

No se espantó tampoco de los libelos que contra él se 55
habían hecho circular en la curia; antes bien, puso un gran cuidado en rebatirlos y, sin buscar siquiera a los autores, determinó únicamente que a partir de entonces se instruyeran diligencias contra aquellos que bajo pseudó-

[246] Véase cap. 35, 1.

[247] Uno de los grandes jurisconsultos de la época de Augusto. Políticamente estaba adscrito a la oposición senatorial, y Tácito (*Anales* III 75) alaba su *incorrupta libertas*. Su obra sobre diversos aspectos del derecho fue numerosa y su influencia sobre los juristas posteriores muy grande.

[248] Véase cap. 16, 4.

167. — 16

nimo publicaran libelos o poemas destinados a difamar a alguien.

56 Cuando se vio igualmente atacado por las bromas maliciosas o insolentes de algunos individuos, les replicó en un edicto. Y, sin embargo, intervino para que no se tomara ninguna medida coercitiva contra los excesos que se daban en los testamentos [249]. Siempre que asistía a las elecciones de magistrados, circulaba por las tribus con sus candidatos y solicitaba los votos según la costumbre establecida. Él mismo votaba también dentro de su tribu [250], como uno más. Cuando comparecía como testigo en los juicios, soportaba el interrogatorio e incluso las refutacio-
2 nes que se le hacían sin la menor señal de disgusto. Hizo un Foro [251] demasiado estrecho porque no se atrevió a expropiar a sus propietarios las casas colindantes. Jamás recomendó a sus hijos [252] al pueblo sin añadir: «Si lo merecen». En vista de que un día, cuando todavía vestían la pretexta, todo el público se había levantado en el teatro a su llegada y los había aplaudido permaneciendo en pie, deploró este hecho de la forma más enérgica. Quiso que sus amigos gozaran de una posición destacada y poderosa en el Estado sin que por ello dejaran de estar en pie de igualdad jurídica con los demás ni de encontrarse sujetos
3 del mismo modo a las leyes penales. Cuando Asprenate

249 No era raro que los testantes se permitieran una total libertad de palabra en sus testamentos, llegando en ocasiones a lanzar críticas muy severas o incluso abiertas injurias contra estamentos y personajes públicos, sin recatarse siquiera en el caso del emperador o de sus familiares.

250 Para las dos tribus a las que pertenecía Augusto, véase cap. 40, 2.

251 Cf. cap. 29, 1.

252 Sus nietos Gayo y Lucio, que pasaron a ser hijos suyos por adopción (véase cap. 64, 1).

Nonio [253], con el que se encontraba muy estrechamente unido, se defendía de la acusación de envenenamiento presentada contra él por Casio Severo [254], Augusto consultó al Senado cuál consideraba que era su deber, pues se hallaba, decía, del todo perplejo ante la disyuntiva de que, si acudía en su defensa, pudiera pensarse que arrancaba a un acusado de manos de la justicia, y si, por el contrario, no lo hacía, que abandonaba a un amigo y lo condenaba de antemano; y, en vista de que todos los senadores eran de un mismo parecer, se sentó en los bancos de la defensa por algunas horas, pero sin pronunciar palabra ni tan siquiera prestar declaración en su descargo. Asistió también 4
a sus clientes, como, por ejemplo, a un tal Escutario, uno de sus veteranos reenganchados en otro tiempo voluntariamente, que se hallaba bajo la acusación de injurias. Solamente libró de sus cargos a un acusado, e incluso a éste sin recurrir a otros medios que a sus súplicas, con las que doblegó al acusador en presencia de los jueces; esta persona fue Castricio, gracias al cual había tenido conocimiento de la conjuración de Murena [255].

Es fácil calcular el gran aprecio que obtuvo en res- 57
puesta a tales merecimientos. Dejo a un lado los decretos del Senado, porque pueden parecer inspirados por la nece-

253 Véase cap. 43, 2. Amigo íntimo de Augusto. Fue defendido por Asinio Polión en el proceso del que habla Suetonio a continuación, el más famoso de su época.

254 El más grande orador de la época, famoso por su espíritu mordaz y sus libelos infamantes, que le valieron primero, en 8 d. C., el ser relegado por Augusto a Creta, y más tarde, el año 24, la conversión de esta *relegatio* en un auténtico destierro, con confiscación de sus bienes, a la isla de Serifos, una de las Cícladas. Cf. TÁC., *Anales* I 72; IV 21. En ella murió, diez años más tarde, en la más absoluta miseria.

255 Véase cap. 19, 1.

sidad o por el respeto. Pero los caballeros romanos celebraron siempre durante dos días su cumpleaños por su propia voluntad y de común acuerdo. Todas las clases sociales lanzaban cada año una moneda al lago de Curcio en cumplimiento de un voto hecho por su salud, e igualmente, en las calendas de enero, le dejaban, incluso estando ausente, un donativo en el Capitolio; con el total resultante, Augusto compraba valiosísimas estatuas de dioses que dedicaba en los diferentes barrios, como el Apolo
2 Sandaliario, el Júpiter Tragedo y otras. Para contribuir a la reconstrucción de su casa del Palatino, destruida por un incendio[256], los veteranos, las decurias, las tribus, e incluso, de manera individual, personas de toda condición, aportaron dinero voluntariamente y cada uno según sus posibilidades, aunque Augusto apenas tocó los montones de monedas, limitándose a tomar un denario de cada uno. Cuando regresaba de una provincia, le escoltaban no sólo expresándole sus mejores deseos, sino incluso dedicándole himnos. Se respetó también la medida de no someter a suplicio a nadie cada vez que él hiciera su entrada en Roma.

58 De improviso, todos llegaron unánimemente al acuerdo de ofrecerle el título de Padre de la Patria: la plebe lo hizo en primer lugar a través de una embajada que le envió a Ancio, y luego, en vista de que no aceptaba, en masa y coronada de laurel al entrar él un día en el teatro en Roma; después lo hizo el Senado, en la curia, no por un decreto ni por aclamación, sino por boca de Valerio
2 Mesala[257], que le dijo, en nombre de todos: «¡Por el bien

[256] En 2 d. C. Sobre esta segunda y definitiva residencia de Augusto, véase cap. 72, 1.

[257] Marco Valerio Mesala Corvino (*ca.* 64 a. C.-13 d. C.). Adicto en un principio al partido de los cesaricidas, luchó al lado de Bruto en

y la prosperidad tuya y de tu casa, César Augusto!, pues este voto a nuestro juicio expresa el de perpetua ventura para el Estado que se verá colmado de dicha: el Senado, de acuerdo con el pueblo romano, te saluda Padre de la Patria». Entonces Augusto, con lágrimas en los ojos, le respondió con estas palabras (las cito textualmente, como las de Mesala): «Puesto que he conseguido ver realizados mis deseos, senadores, ¿qué más puedo pedir a los dioses inmortales sino que me permitan conservar este consenso vuestro hasta el último día de mi vida?».

Levantaron por suscripción una estatua junto a la de Esculapio a su médico Antonio Musa, gracias al cual se había recuperado de una grave enfermedad[258]. Algunos padres de familia ordenaron en su testamento que sus herederos llevaran víctimas al Capitolio, con un cartel explicativo delante, para cumplir en su nombre el voto que habían hecho porque Augusto les sobreviviera. Ciertas ciudades de Italia hicieron comenzar el año en el aniversario de su primera visita a ellas. La mayor parte de las provincias le dedicó, además de templos y altares, juegos quinquenales en casi todas sus ciudades. 59

Los reyes amigos y aliados fundaron, cada uno en su reino, ciudades llamadas Cesárea, y todos juntos decidie- 60

Filipos. Estuvo luego con Marco Antonio en Asia y Alejandría, y luchó en Sicilia junto a Augusto, que en agradecimiento le concedió el cargo de augur en 36 a. C. Cónsul *suffectus* con Augusto en 31; *praefectus urbi* en 26, aunque por poco tiempo; *curator aquarum* en 11. El 5 de febrero del año 2 a. C., en su calidad de *princeps senatus*, ofreció a Augusto el título de Padre de la Patria. Puso fin a su vida víctima de una grave enfermedad. Fue uno de los grandes oradores de su época, agrupando en torno a sí al famoso círculo de poetas al que pertenecía Tibulo.

[258] En 23 a. C. Cf. DIÓN, LIII 30. Véase cap. 28, 1.

ron además acabar, a sus propias expensas, el templo de Júpiter Olímpico[259], que se había comenzado mucho tiempo atrás en Atenas, y dedicarlo a su Genio; a menudo dejaron también sus reinos para venir cada día a presentarle, a la manera de los clientes, sus respetos, vestidos con la toga y sin los emblemas de la realeza, no sólo en Roma, sino también cuando se hallaba recorriendo las provincias.

61 Puesto que ya he referido cuál fue su conducta en los cargos militares y civiles, así como en la dirección del Estado por toda la tierra, tanto en paz como en guerra, pasaré ahora a exponer su vida íntima y familiar, e igualmente cuáles fueron sus costumbres y su fortuna en su casa y entre los suyos desde su juventud hasta el último
2 día de su vida. Perdió a su madre[260] durante su primer consulado, y a su hermana Octavia[261] cuando contaba cincuenta y cuatro años de edad. Con ambas tuvo, mientras vivieron, especiales atenciones, y, después de su muerte, les tributó los máximos honores.

62 En su adolescencia había tenido como prometida a la hija de P. Servilio Isáurico[262]; pero cuando se reconcilió con Antonio tras su primera disputa, en vista de que los dos ejércitos les pedían insistentemente que se unieran también con algún lazo de parentesco, desposó a la hijastra

---

259 Quizás el primer templo corintio de grandes dimensiones, comenzado por los Pisistrátidas, reanudado por el rey seléucida Antíoco Epífanes de Siria, en la primera mitad del siglo II a. C., y no acabado hasta la época de Adriano.

260 Véase cap. 4, 1, nota 20.

261 Véase cap. 4, 1, nota 19.

262 Hijo de Publio Servilio Vatia (véase *Julio* 3). Pretor en 54 a. C.; partidario de César en 50 y colega suyo en el consulado del 48; procónsul en Asia en 46-44. Tras el asesinato de César, siguió el partido de Octaviano y fue cónsul de nuevo en 41 en compensación por el repudio de su hija.

de aquél, Claudia, hija de Fulvia[263] y de Publio Clodio, apenas en edad de contraer matrimonio, y como luego se enemistó[264] con su suegra Fulvia, la repudió[265] sin haber
llegado a tener contacto con ella. Tomó luego en matrimo- 2
nio a Escribonia, que había estado anteriormente casada con dos excónsules[266] y era madre por uno de ellos. También de ésta se divorció[267], «hastiado», según sus propias palabras, «del desarreglo de sus costumbres», e inmediatamente tomó a Livia Drusila[268], quitándosela a su marido Tiberio Nerón, aunque ella se encontraba encinta, y le profesó de por vida un amor y una estima únicos.

De Escribonia tuvo a Julia[269]; de Livia, en cambio, 63
no tuvo ningún hijo, aunque lo deseaba ardientemente.

---

263 Véase cap. 17, 5, nota 97.

264 A raíz de la conjura que dio lugar a la guerra de Perusa (véase cap. 14). Fulvia conspiró con su cuñado Lucio Antonio contra Octaviano y, después de su derrota, fue al encuentro de Marco Antonio en Grecia, donde pronto murió.

265 Se había casado con ella el año 43 a. C. y la repudió en 41.

266 El primer marido de Escribonia fue Gneo Cornelio Léntulo Marcelino, cónsul en 56 a. C. El segundo debió de ser un Cornelio Escipión, pero su identificación resulta problemática. Quizá se trate de Publio Cornelio Escipión, cónsul *suffectus* en 35 a. C., aunque en este caso las palabras de Suetonio serían inexactas, al no alcanzar el consulado este personaje hasta cinco años después del matrimonio de Escribonia con Augusto.

267 En 39 a. C., un año después de haber contraído matrimonio con ella y el mismo día del nacimiento de su hija Julia.

268 (*Ca.* 58 a. C.-29 d. C.). Hija de Livio Druso Claudiano y descendiente de Apio Claudio el Ciego. Se casó con Tiberio Claudio Nerón, y en 40 huyó con éste y con su pequeño hijo Tiberio después del fracaso de la conjura de Lucio Antonio, en la que su marido había participado. No regresó a Roma hasta finales del 39. Aunque estaba encinta de su segundo hijo, Druso, se divorció de su marido de mutuo acuerdo a comienzos del 38 y se casó con Augusto. Véase *Tiberio* cap. 4, 3.

269 Véase cap. 19, 2, nota 108.

El niño que ella había concebido nació prematuro. Dio
a Julia en matrimonio primero a Marcelo[270], hijo de su
hermana Octavia, apenas salido de la infancia, y luego,
cuando éste murió, a Marco Agripa[271], después de haber
obtenido de su hermana a fuerza de ruegos que le cediera
a su yerno, pues por entonces Agripa estaba casado con
2 una de las Marcelas y tenía hijos de ella. Cuando éste
también murió, y tras haber examinado atentamente y du-
rante largo tiempo numerosos partidos, incluso del orden
ecuestre, eligió al fin a su hijastro Tiberio y le obligó a
repudiar a su mujer, aunque ella se encontraba encinta y
le había ya hecho padre[272]. Según Marco Antonio, Augus-
to había prometido primero a Julia a su hijo Antonio[273],
y luego a Cotisón, rey de los getas, por la época en que,
a su vez, había también solicitado para sí en matrimonio
a la hija de este rey.

64 Agripa y Julia le dieron tres nietos, Gayo, Lucio y
Agripa, y dos nietas, Julia y Agripina. Casó a Julia con
Lucio Paulo[274], hijo del censor, y a Agripina con Germá-
nico, nieto de su hermana[275]. Adoptó a Gayo y a Lucio,

---

270 El joven Marcelo de VIRGILIO, *Eneida* VI 860-885, hijo de Octavia la menor y de Gayo Claudio Marcelo, cónsul en 50 a. C. (véase *Julio* 29, 1). Nacido en 43 a. C., casado con Julia hacia 25 y muerto en otoño del 23, siendo edil curul. Augusto pensaba hacerle su sucesor, pues había heredado todas las virtudes de su madre.

271 Véase cap. 16, 2, nota 78. Agripa había estado casado anteriormente con Cecilia Ática, hija de Ático, que le dio a Vipsania Agripina, primera mujer de Tiberio (véase *Tiberio* 7, 2), y era por entonces marido de Marcela la mayor, hija de Octavia y de Gayo Claudio Marcelo.

272 Véase *Tiberio* 7, 2.

273 Véase cap. 17, 5, nota 96.

274 Véase cap. 19, 1, nota 106.

275 Pues era hijo de Druso, el hermano menor de Tiberio, y de Antonia la menor, segunda hija de Marco Antonio y Octavia.

después de habérselos comprado a su padre Agripa en su
casa mediante el as y la balanza[276], y los promovió, aún
jóvenes, a la administración del Estado, enviándolos tam-
bién, una vez que fueron designados cónsules, a recorrer
las provincias y los ejércitos. Educó a su hija y a sus 2
nietas acostumbrándolas incluso al trabajo de la lana y
prohibiéndoles toda palabra o actuación encubierta y que
no pudiera consignarse en el diario de su casa; las man-
tuvo, por otra parte, tan alejadas del trato con los extra-
ños, que en cierta ocasión escribió a Lucio Vinicio[277], jo-
ven ilustre y distinguido, diciéndole que había cometido
una indiscreción viniendo a saludar a su hija a Bayas. Ca- 3
si siempre se ocupó personalmente de enseñar a sus nietos
las primeras letras, la escritura cifrada y otros rudimentos
de la educación, y en nada se esforzó tanto como en ha-
cerles imitar su letra; siempre que comía con ellos, se sen-
taban al pie de su lecho, e igualmente, cuando viajaba en
su compañía, le precedían en un vehículo o cabalgaban
a su lado.

Pero la Fortuna frustró su alegría y confianza en su 65
descendencia y en la disciplina de su casa. Las dos Julias,
su hija y su nieta, se deshonraron con todo tipo de vicios,
y las relegó[278]; a Gayo y a Lucio los perdió a ambos en

---

276 Cuando la adopción se realizaba estando el adoptado todavía bajo la autoridad paterna, se celebraba antes la ceremonia de la *mancipatio*, o compra simbólica, en casa del padre. La persona que quería adoptar al niño pronunciaba unas palabras rituales y mientras tocaba una balanza con una moneda. El proceso tenía que repetirse tres veces en presencia del pretor.

277 Primo hermano del otro Vinicio mencionado en el cap. 71, 2. Cónsul *suffectus* en 5 a. C.

278 A su hija, primero a la isla de Pandataria y luego a Regio; a su nieta, a la isla de Tremero, donde pasó el resto de su vida, hasta su muerte, acaecida en 29 d. C.

el espacio de dieciocho meses, muerto el primero en Licia y el segundo en Marsella[279]. Adoptó en el Foro, por la ley curiata, a su tercer nieto, Agripa, así como a su hijastro Tiberio[280]; pero del primero de éstos renegó poco después a causa de su temperamento envilecido y feroz, y lo
2 desterró a Sorrento[281]. No obstante, soportó con bastante más resignación la muerte de los suyos que su deshonor. La pérdida de Gayo y Lucio no le dejó, en efecto, tan abatido, mientras que, en lo concerniente a su hija, informó al Senado sin estar él presente y mediante un escrito leído por un cuestor, manteniéndose además, por vergüenza, alejado durante bastante tiempo de toda reunión, y pensando incluso en matarla. Lo cierto es que cuando, por el mismo tiempo, una de sus cómplices, la liberta Febe, puso fin a su vida ahorcándose, Augusto declaró que ha-
3 bría preferido ser el padre de Febe. Después de haber relegado a su hija, le prohibió el vino y todo tipo de lujo en su género de vida, impidiéndole además recibir la visita de cualquier hombre, libre o esclavo, sin que se le hubiera consultado a él previamente, haciéndole saber la edad, estatura y color del visitante, e incluso sus marcas o cicatrices corporales. Por fin, al cabo de cinco años, la trasladó de su isla al continente[282] y suavizó algo sus condiciones de vida; pero no hubo súplica capaz de inducirle a que le levantara el destierro por completo, y en vista de que el pueblo romano solicitaba a menudo su perdón

[279] Véanse notas 136 y 137 al cap. 26, 2.

[280] Véase *Tiberio* 15, 2.

[281] Agripa Póstumo, nacido poco después de la muerte de su padre, en 12 a. C., y adoptado por Augusto en 4 d. C., fue desterrado a Sorrento en 7 d. C. y más tarde deportado a Planasia, entre Córcega y Elba. Fue asesinado inmediatamente después de la muerte de Augusto (cf. *Tiberio* 22).

[282] Véase nota 278.

con obstinada insistencia, acabó por exclamar en plena asamblea que ojalá sus hijas y sus esposas fueran iguales.
Cuando su nieta Julia dio a luz un niño después de su 4
condena, prohibió que fuera reconocido y criado. En vista de que Agripa no se volvía en modo alguno más tratable, sino, por el contrario, más loco cada día, lo deportó a una isla[283], poniendo además a su alrededor una guardia de soldados. Se ocupó también por un decreto del Senado de que su confinamiento en el mismo lugar fuera de por vida. A la menor mención que se hacía de él o de las Julias, solía exclamar entre gemidos:

¡Ojalá no me hubiera casado y muriera sin descenden-
[cia![284],

y siempre los llamaba sus tres abscesos y sus tres cánceres.

No hizo amigos fácilmente, pero guardó siempre una 66
gran fidelidad a los que tuvo, no sólo recompensando dignamente las virtudes y méritos de cada uno, sino tolerando incluso sus vicios y faltas, con tal de que no sobrepasaran la medida. De todos ellos, apenas se encontrará, en efecto, ninguno a quien haya retirado su favor, a excepción de Salvidieno Rufo[285] y de Cornelio Galo[286], a quienes ha-

[283] Véase nota 281.

[284] Cf. Hom., *Ilíada* III 40: palabras de Héctor dirigidas a su hermano Paris en segunda persona («¡Ojalá no hubieras nacido y perecieras sin haberte casado!»). Augusto se las aplica a sí mismo, alterando, además, los términos de la frase, con lo que el significado cambia también de manera notable.

[285] Uno de los más antiguos amigos de Augusto. Estuvo con él en Apolonia; tuvo el mando en Regio contra Sexto Pompeyo en 42 y 41 a. C.; luchó en Perusa, y fue designado cónsul en 40, pero se le condenó por *maiestas* y murió ese mismo año.

[286] El famoso poeta celebrado por Ovidio (*Tristia* IV 10, 53). Nacido en 69 o 68 a. C., se adhirió pronto a Octaviano y luchó a su lado

bía promovido de la posición más baja, al primero hasta
2 el consulado y al segundo a la prefectura de Egipto. Entregó a Salvidieno al Senado para que lo condenara por maquinar una revolución, y, en cuanto a Cornelio Galo, le prohibió el acceso a la casa y a las provincias imperiales por su ingratitud y malevolencia. No obstante, cuando las denuncias de sus delatores y los decretos del Senado llevaron también a Galo a darse muerte, alabó de hecho la devoción de aquellos que salían en su defensa con tanta indignación, pero lloró y se lamentó de su suerte, porque, según decía, sólo a él no le estaba permitido enojarse con sus amigos hasta donde su arbitrio le dictara.
3 Los demás se señalaron por su poder y riquezas hasta el final de su vida, descollando cada uno entre los de su orden, aun cuando lo hubieran agraviado. En efecto, a veces echó en falta, para no hablar de otros, paciencia en Marco Agripa y discreción en Mecenas, pues el primero, por una ligera sospecha de frialdad y porque, a su entender, se le posponía a Marcelo, lo había dejado todo y se había retirado a Mitilene[287], y el segundo había revelado a su mujer Terencia el secreto en que se tenía el descubri-
4 miento de la conjura de Murena[288]. A su vez, él exigió también a sus amigos iguales muestras de afecto, tanto en vida como después de muertos. Efectivamente, aunque no ambicionaba en absoluto las herencias, pues jamás soportó recibir nada del testamento de un desconocido, examinó

contra Antonio. Fue nombrado como primer prefecto de Egipto el año 30, pero su ostentación y fanfarronería le hicieron pronto caer en desgracia, suicidándose en 26 a. C.

[287] Cf. *Tiberio* 10, 1.

[288] Cf. cap. 19, 1. Terencia fue también amante de Augusto (véase cap. 69, 2).

las últimas voluntades de sus amigos con extrema minuciosidad, sin disimular su disgusto si alguno le trataba con demasiada mezquindad o sin los debidos cumplimientos, ni su satisfacción si lo hacían con gratitud y afecto. En cuanto a los legados o partes de herencias que le dejaba cualquier padre de familia, tenía por costumbre entregarlos al punto a los hijos del testador o, si éstos eran menores de edad, restituírselos con interés el día en que asumían la toga viril o contraían matrimonio.

Patrono y señor tan severo como afable y clemente, 67
tuvo a muchos de sus libertos en la mayor consideración y familiaridad, como, por ejemplo, a Licino, a Celado y a otros. Castigó sólo con los grilletes a su esclavo Cosmo, que se permitía las más duras opiniones sobre su persona. Prefirió acusar de cobardía que de crimen a su administrador Diomedes, que, yendo de paseo con él, lo había expuesto, por miedo, a la súbita embestida de un fiero jabalí, y, aunque el peligro había sido enorme, tomó el asunto
a broma porque no había habido malicia. Sin embargo, 2
obligó a morir a Polo, uno de sus más queridos libertos, convicto de cometer adulterio con matronas; hizo romper las piernas a su secretario Talo por haber recibido quinientos denarios a cambio de revelar el contenido de una carta; como el preceptor y los servidores de su hijo Gayo, aprovechando la ocasión de la enfermedad y muerte de éste, se habían conducido en la provincia de forma altanera y codiciosa, los hizo arrojar al río con un gran peso atado al cuello.

Sufrió el descrédito de haber incurrido en diversas ba- 68
jezas durante su primera juventud. Sexto Pompeyo le tachó de afeminado; Marco Antonio, de haber conseguido la adopción de su tío a cambio de prestaciones vergonzosas; e igualmente Lucio, el hermano del anterior, de haber

incluso entregado a Aulo Hircio[289] en Hispania, por trescientos mil sestercios, su pudor, desflorado por César, y de tener la costumbre de quemar ligeramente el vello de sus piernas con una nuez ardiendo para que le saliera más suave. Incluso una vez, un día de juegos, todo el público interpretó como una ofensa dirigida a él y celebró, además, con un aplauso unánime el siguiente verso recitado en la escena a propósito de un sacerdote de la Madre de los Dioses que tocaba su pandero:

¿Ves cómo el sarasa maneja el orbe con su dedo?[290].

69 Ni siquiera sus amigos niegan que cometió adulterios, pero los justifican diciendo que los practicó ciertamente no por pasión, sino por política, para informarse más fácilmente de los planes de sus adversarios por medio de sus mujeres. Marco Antonio le ha reprochado incluso, además de sus precipitadas nupcias con Livia, el haberse llevado del triclinio al dormitorio, en presencia de su marido, a la mujer de un excónsul y haberla luego devuelto a la reunión con las orejas encendidas y el cabello en desorden; el haberse divorciado de Escribonia porque había lamentado con demasiada franqueza el excesivo poder de un hombre sin escrúpulos; y el haber buscado mujeres sirviéndose de sus amigos, que desnudaban y examinaban a madres de familia y doncellas de edad adulta como si las

[289] Véase nota 253 a *Julio* 56, 1.

[290] Juego de palabras intraducible, basado en el doble sentido del término *orbis*, que puede significar «disco, círculo», en este caso el del pandero, o bien «órbita terrestre, mundo». El verbo *temperare* puede significar, a su vez, «tocar un instrumento» o «dirigir, gobernar». Y, por último, la palabra *cinaedus* (afeminado) puede ir referida al sacerdote de Cibeles (*gallus*), pues éstos eran siempre eunucos, o contener una alusión a Augusto.

pusiera a la venta el mercader de esclavos Toranio. Escri- 2
bió también a Augusto como sigue cuando aún le trataba con familiaridad y todavía no se había enemistado abiertamente con él ni llegado a la guerra: «¿Qué te ha cambiado?, ¿que me acuesto con una reina?: es mi mujer. ¿Acaso he comenzado ahora o hace nueve años? ¿Es que tú te acuestas sólo con Drusila? Salud si, cuando leas esta carta, no te has acostado con Tertula, o con Terentila[291], o con Rufila, o con Salvia Titisenia, o con todas ellas. ¿Importa acaso dónde y con quién sacias tu deseo?».

Se habló mucho también de una cena muy secreta que 70
dio, y que todo el mundo llamaba de «los doce dioses»; en ella los convidados se sentaron a la mesa disfrazados de dioses y diosas y el propio Augusto ataviado como Apolo, como le reprochan no sólo las cartas de Antonio, que enumera con la mayor mordacidad los nombres de todos ellos, sino también estos versos anónimos y muy conocidos:

Tan pronto como la mesa de esos desaprensivos contrató
[a un director escénico[292]
y Malia vio a seis dioses y a seis diosas,
mientras César representaba su impía imitación de Febo,

[291] Citada en diminutivo, como las demás. Se trata de Terencia, la esposa de Mecenas.

[292] El propio Augusto, en el papel de Apolo. El *choragus* desempeñaba en el teatro latino sólo una pequeña parte de las funciones que tenía a su cargo el *choregus* griego, a saber, el cuidado del vestuario. Durante la representación podía también, llegado el caso, realizar la función de un traspunte. En cuanto al nombre de Malia, que aparece en el verso siguiente, no se sabe con seguridad a quién o a qué hace referencia. Lo más probable es que se trate del nombre de la casa en la que tuvo lugar el banquete.

mientras se banqueteaba con nuevos adulterios de los dio-[ses,
todas las divinidades se alejaron de la tierra
y el mismo Júpiter abandonó su dorado trono.

2 La extrema escasez y el hambre que por entonces padecía Roma aumentaron las murmuraciones sobre esta cena, y al día siguiente se elevaron gritos de protesta de que los dioses se habían comido todo el trigo y de que César era realmente Apolo, pero Apolo el Verdugo, sobrenombre con el que era venerado este dios en una parte de la ciudad. Se le tachó también de muy apasionado por el mobiliario costoso y los vasos de Corinto, además de aficionado al juego. En efecto, en el tiempo de la proscripción se escribió en su estatua:

A mi padre le iba la plata[293]*, a mí el bronce de Corinto,*

pues se creía que había hecho inscribir entre los proscritos a algunas personas para apoderarse de sus vasos de Corinto; y luego, durante la guerra de Sicilia, se divulgó este epigrama:

Después de haber perdido sus barcos en dos derrotas na-[vales,
con la esperanza de ganar alguna vez, no para de jugar [a los dados.

71 De estas acusaciones o calumnias, la injuria que rebatió con más facilidad fue la de haber cometido actos contra natura, con la pureza de sus costumbres tanto de aquel tiempo como posteriores; e igualmente la animosidad por

293 El padre de Augusto era, según algunos de sus detractores, *argentarius* (cambista) de profesión. Véase cap. 3, 1.

su pretendido lujo, reteniendo para sí, después de la toma de Alejandría, únicamente un cáliz murrino del aparato regio y haciendo además fundir, más adelante, todos sus vasos de oro de uso cotidiano. De los placeres, en cambio, nunca supo desprenderse, e incluso más tarde, según dicen, le cogió una gran afición a desflorar doncellas, que hasta su mujer le buscaba por todas partes. En cuanto a su fama de jugador, no la temió en absoluto, y jugó sin disimulo y a las claras, para divertirse, incluso en su vejez, y no sólo en el mes de diciembre[294], sino también en los otros meses, tanto los días de fiesta como los laborables. Sobre ello no existe la menor duda. En una carta 2
de su puño y letra dice: «Comí, mi querido Tiberio, con los mismos; se sumaron como convidados Vinicio[295] y Silio[296] el padre. Durante la comida estuvimos jugando como viejos[297] tanto ayer como hoy; tirábamos los dados[298],

294 Mes en el que tenían lugar las *Saturnalia*, el tiempo de la diversión por excelencia, en el que estaban permitidas todas las licencias, entre ellas la del juego, y especialmente el de dados. Cf. Marcial, IV 14.

295 Marco Vinicio, cónsul *suffectus* en 19 a. C.

296 Publio Silio Nerva, cónsul en 20 a. C., padre del personaje citado en el capítulo 101, 1.

297 Los dados y otros juegos similares eran tenidos por la diversión característica de los ancianos. Cf. Cic., *De Senectute* 58.

298 Los dados de que se trata aquí (*tali*, ἀστράγαλοι) eran tabas, que, por tanto, no tenían más que cuatro caras en las que sustentarse, siendo las dos de los extremos redondeadas. Sobre cada una de esas cuatro caras había un número grabado, a saber, I, III, IV y VI; el dos y el cinco no existían. Se jugaba normalmente con cuatro *tali*, y había muchas convenciones que atribuían a las distintas combinaciones un valor superior o inferior. En el juego aquí descrito por Augusto, la baza mejor era la de Venus, que consistía en que los cuatro dados tirados presentaran cada uno un número diferente; las bazas peores eran el seis y el as (*canis*), y el jugador que las sacaba tenía que pagar un denario por cada dado.

y, cada vez que uno de nosotros sacaba la suerte del perro o el seis, ponía en el centro un denario por cada dado, que se llevaba en su totalidad el que sacaba la suerte
3 de Venus». Dice también en otra carta: «Nosotros, mi querido Tiberio, hemos pasado bastante agradablemente las Quincatrias[299]; jugamos, en efecto, durante todos estos días y calentamos la mesa de juego. Tu hermano[300] puso el grito en el cielo; sin embargo, a la postre, no perdió mucho, sino que poco a poco, y contra lo que esperaba, se recuperó de sus grandes pérdidas. Yo perdí veinte mil sestercios por mi cuenta, pero porque fui, como acostumbro las más de las veces, ampliamente liberal en el juego, pues, si hubiese exigido a cada jugador las puestas que le perdoné o hubiese conservado el dinero que le di,
4 habría ganado hasta cincuenta mil sestercios. Pero lo prefiero: mi bondad me llevará, desde luego, a la gloria celeste». A su hija le escribe: «Te he enviado doscientos cincuenta denarios, que es lo que he dado a cada uno de mis convidados por si querían, durante la comida, jugar entre ellos a los dados o a pares y nones».

72 En los demás aspectos de su vida consta que fue extremadamente moderado y que no se le sospechó ningún vicio. Habitó primero cerca del Foro Romano, más arriba de las escaleras de los orfebres, en la casa que había sido del orador Calvo; luego en el Palatino, pero en la casa igualmente modesta de Hortensio[301], nada notable ni por

299 Originalmente, una fiesta en honor de Marte que se celebraba el diecinueve de marzo, pero que se alargó luego hasta el veintitrés e incluyó la fiesta de dedicación del templo de Minerva *capta*. A partir de entonces quedó como un festival de Minerva y su nombre se atribuyó a sus cinco días de duración.

300 Druso. Véase, sobre todo, *Claudio* 1.

301 Quinto Hortensio Hórtalo (114-50 a. C.), el famoso orador, amigo y rival de Cicerón.

su amplitud ni por su adorno, pues sus pórticos eran pequeños, de columnas de piedra de Albano[301 bis], y sus habitaciones carecían por completo de mármol o pavimento precioso. Durante más de cuarenta años ocupó el mismo dormitorio tanto en invierno como en verano, aunque sabía por experiencia que Roma en invierno era poco recomendable para su salud y a pesar de que siempre pasaba en ella esta estación. Para cuando quería trabajar en pri- 2
vado o sin interrupciones, tenía un lugar reservado en el piso superior, al que llamaba su Siracusa y su taller: se trasladaba allí o a la finca de alguno de sus libertos; pero cuando se encontraba enfermo dormía en casa de Mecenas. De los lugares de retiro, los que más frecuentó fueron la costa y las islas de Campania, o las ciudades cercanas a Roma, como Lanuvio, Preneste o Tíbur, donde en muchas ocasiones administró incluso justicia en los pórticos del templo de Hércules. Detestaba las casas de campo 3
grandes y suntuosas, e incluso hizo demoler hasta los cimientos las que su nieta Julia había levantado con grandes gastos; en cuanto a las suyas, aunque modestas, las embelleció no tanto adornándolas con estatuas y cuadros como dotándolas de paseos y de bosques, así como de objetos notables por su antigüedad o por su rareza, como los restos colosales de enormes monstruos y animales salvajes que se conservan en Capri y que se conocen con el nombre de «huesos de los gigantes» y «armas de los héroes».

La sobriedad de su mobiliario y de su ajuar queda pa- 73
tente en los lechos y mesas que se han conservado hasta

301 bis Piedra volcánica procedente de las canteras del territorio de Albano, en el Lacio, de color gris verdoso, blanda y quebradiza, de aspecto granular y como salpicada de granos de pimienta (de ahí su actual nombre, «peperino»). La proximidad de estas canteras a Roma hacía que este material resultara poco costoso.

nuestros días, la mayor parte de los cuales apenas serían dignos del buen tono de un particular. Según dicen, durmió siempre en una cama baja y arreglada con modestia. Rara vez utilizó otro vestido que el de estar por casa, confeccionado por su hermana, su mujer, su hija y sus nietas; sus togas no eran ni ceñidas ni sueltas, su banda de púrpura [302], ni ancha ni estrecha, y su calzado, un poco elevado para parecer más alto de lo que era [303]. No dejó nunca de tener preparados dentro de su habitación un traje de calle y unos zapatos para los casos imprevistos.

74 Daba comidas continuamente, pero siempre formales [304], y no sin hacer una cuidadosa selección de personas y de rangos. Según Valerio Mesala [305], jamás sentó a su mesa a ningún liberto, a excepción de Menas [306], y, con todo, una vez que lo hubo asimilado a los libres de nacimiento por haberle entregado la flota de Sexto Pompeyo. El propio Augusto escribe que en cierta ocasión invitó a uno en cuya casa de campo se alojaba y que había sido en otro tiempo guardia personal suyo. A veces llegaba tarde a los banquetes o se retiraba antes de que hubieran acabado, comenzando los convidados a comer sin esperar a que él ocupara su puesto o permaneciendo des-

302 De la túnica senatorial (véase *Julio* 45, 3, nota 212). Las personas ostentosas llevaban esta doble banda lo más ancha posible.

303 Sobre la estatura de Augusto, véase cap. 79, 2.

304 La *cena recta* era la comida formal y completa, como opuesta a la *sportula*, una mera distribución de víveres o un festín informal. Cf. *Claudio* 21, 4; *Nerón* 16, 2; *Domiciano* 7, 1.

305 Véase cap. 58, 1, nota 257.

306 Así en Dión Casio (XLVIII 30 ss.; XLIX 1 y 37), Menodoro en Apiano (*Guerra Civil* V 56-102). Liberto de Sexto Pompeyo y uno de sus generales de mayor confianza. Comandó su flota en Córcega y Cerdeña; desertó por dos veces para pasarse a Octaviano. Cayó en 35 a. C. en Panonia. Véanse también notas 78 y 80 al cap. 16, 2 y 3.

pués de su partida. Las comidas que ofrecía constaban de tres platos o, como máximo, de seis, pero si el gasto que en ellas hacía no era excesivo, su amabilidad era extrema. En efecto, lo mismo animaba a los que estaban callados o conversaban en voz baja a participar en la conversación común, que hacía intervenir artistas, histriones, o incluso vulgares mimos del circo y, con mayor frecuencia, bufones.

Celebraba los días festivos y las solemnidades haciendo 75
gala de la mayor esplendidez o, a veces, gastando simplemente bromas. En las Saturnales [307] y en cualquier otra ocasión que le pareciera bien, unas veces repartía obsequios, tales como ropa, oro y plata; otras, monedas de todo cuño, incluso antiguas, de época de los reyes, y extranjeras; y en ocasiones, nada más que mantos de pelo de cabra, esponjas, atizadores, pinzas y otros objetos de este estilo acompañados de letreros poco claros y equívocos. Solía también poner a la venta, en el transcurso del banquete, lotes de objetos de lo más dispar, así como cuadros vueltos del revés, y frustrar o colmar las esperanzas de los compradores según el capricho del azar, haciendo que en cada lecho se organizara una subasta y que se comunicaran las pérdidas o las ganancias.

Comía muy poco (pues no quiero omitir ni siquiera 76
estos detalles), y generalmente alimentos vulgares. Lo que más le gustaba era el pan hecho en casa, los pescaditos

307 Fiesta muy antigua y de gran importancia en el calendario romano, que se celebraba el 17 de diciembre. Coincidían con el ciclo de los cereales (del 13 al 21 de diciembre) y venían a sumarse a las fiestas ctónicas de este mismo mes (*Faunalia, Consualia, Opalia* y *Larentalia*). Eran fiestas de gran regocijo público, durante las cuales se celebraban banquetes, se intercambiaban regalos (cf. *Claudio* 5, nota 30) y se permitía una gran licencia en las diversiones (cf. cap. 71, 1, nota 294).

pequeños, el queso de vaca prensado a mano y los higos verdes que se dan dos veces al año; y comía incluso antes de hora, en cualquier momento y lugar en que su estómago se lo pidiera. En una de sus cartas dice textualmente: «Tomamos en el coche un poco de pan y dátiles»; y en
2 otra: «Volviendo del pórtico [308] a casa en mi litera, comí una onza de pan con unos cuantos granos de uva de hollejo duro»; y de nuevo: «Ni siquiera un judío, mi querido Tiberio, guarda el ayuno el sábado [309] con tanta diligencia como lo guardé yo hoy, pues comí sólo dos bocados en el baño, después de la primera hora de la noche, antes de que empezaran a darme las fricciones». Por este desarreglo de sus costumbres, a veces cenaba solo, antes de que el banquete comenzara o después de que hubiera terminado, sin tocar la comida durante su desarrollo.

77 Era también muy sobrio por naturaleza en el vino. Cuando se hallaba acampado junto a Módena, no solía beber más de tres veces durante la comida, según el testimonio de Cornelio Nepote. Después, las veces en que se

[308] *Regia:* quizá el pórtico del teatro de Pompeyo (cf. cap. 31, 5) o alguna galería indeterminada, como supone Ailloud (pág. 126, nota 1). También podría referirse a la Regia, el antiguo palacio de Numa, situado en el Foro, junto al templo de Vesta, residencia oficial del pontífice máximo.

[309] Error de Augusto, que se encuentra también en JUSTINO, XXXVI 2, 14, pues los judíos no tenían prescrito el ayuno los sábados, aunque era una práctica siempre recomendada. El único día de ayuno obligatorio era el de la Fiesta de la Expiación, que correspondía al día diez del mes *Tischri* (septiembre-octubre). Dio pie a este error, probablemente, la costumbre judía del descanso sabático, que hizo suponer que la suspensión de todo negocio iría acompañada del ayuno, una de las prácticas, por lo demás, más famosas de la religión judía.

animaba a beber más, no sobrepasaba los seis sextantes [310], y, si lo hacía, vomitaba. Su vino predilecto era el rético, pero rara vez bebía durante la jornada; en su lugar, tomaba pan mojado en agua fría, un pedazo de pepino, un cogollo de lechuga, o una fruta jugosa, fresca o pasa, de sabor parecido al del vino.

Después del almuerzo, vestido y calzado como estaba, 78
reposaba un poco, sin taparse los pies, con una mano puesta sobre los ojos. Al terminar de comer, se retiraba a su diván de trabajo y allí permanecía hasta bien entrada la noche, en tanto que dejaba acabados del todo o en su mayor parte los asuntos pendientes de la jornada. De allí se iba a la cama, donde dormía, a lo sumo, no más de siete horas, y ni siquiera seguidas, pues en ese tiempo se despertaba tres o cuatro veces. Si, como suele ocurrir, no 2
podía conciliar de nuevo el sueño interrumpido, mandaba llamar a lectores o narradores, con cuya ayuda lo volvía a coger, prolongándolo con frecuencia hasta después del amanecer. Jamás permaneció despierto en la oscuridad sin tener a alguien cerca. Le molestaba madrugar, y, si por un deber de urbanidad o por un sacrificio se veía obligado a levantarse demasiado temprano, para evitarse esta incomodidad, pernoctaba en casa de cualquier familiar que viviera cerca, en el piso de arriba. Así y todo, con frecuencia quedaba falto de sueño y dormía profundamente mientras le transportaban por las calles y cuando depositaban su litera en el suelo en alguna parada.

Fue un hombre muy apuesto y dotado de un enorme 79
atractivo durante toda su vida; sin embargo, desdeñaba

[310] Es decir, un sextario (medio litro aproximadamente), pues el sextante era la sexta parte del sextario, que a su vez era la sexta parte del congio, medida equivalente a unos tres litros.

toda afectación y era tan indiferente en lo que se refiere a su tocado, que se ponía en manos de varios peluqueros a la vez deprisa y corriendo; unas veces se hacía cortar la barba y otras afeitar, y hasta en esos momentos leía o incluso escribía alguna cosa. Tenía una expresión tan tranquila y serena, lo mismo si hablaba como si se mantenía callado, que, según confesó a los suyos un personaje principal de las Galias, ante ella quedó cohibido y ablandado en sus propósitos de lanzarlo al precipicio, cuando fue admitido a su presencia en el paso de los Alpes so
2 pretexto de una entrevista. Sus ojos eran vivos y brillantes, y le gustaba incluso hacer creer que en ellos había una especie de fuerza divina, disfrutando si, al mirar a alguien fijamente, éste bajaba el rostro como ante el resplandor del sol; pero en su vejez perdió vista en el ojo izquierdo; tenía los dientes separados, pequeños y desiguales; el cabello, ligeramente rizado y tirando a rubio; las cejas, juntas; las orejas, medianas; la nariz, prominente en la base y recogida en la punta; la tez, entre morena y blanca, y la estatura, pequeña (no obstante, Julio Marato[311], liberto y cronista suyo, cuenta que era de cinco pies y tres cuartos[312]), pero la disimulaba la perfecta proporción de sus miembros, que la hacía pasar inadvertida a no ser que se le comparara con alguien más alto que estuviera de pie a su lado.

80 Según dicen, tenía el cuerpo cubierto de manchas, de señales de nacimiento diseminadas por su pecho y vientre en la forma, orden y número de la constelación de la Osa, pero también de ciertas callosidades que se le habían desarrollado en varias partes hasta formar impétigo debido al

311 Véase también cap. 94, 3.

312 Un metro setenta, aproximadamente.

uso continuo y vehemente que hacía de la estrígila para aplacar el prurito de su cuerpo. Su cadera, su muslo y su pierna izquierda eran algo débiles, de suerte que a menudo le hacían incluso cojear, pero se sostenía con la ayuda de correas y tablas. A veces se sentía asimismo tan flojo el índice de la mano derecha, que, cuando se le entumecía y contraía por el frío, a duras penas conseguía escribir reforzándolo con un anillo de cuerno. Se quejaba también de la vejiga, y no se le calmaba el dolor hasta que lograba expulsar los cálculos por la orina.

Padeció varias enfermedades graves y peligrosas a lo 81
largo de su vida[313], especialmente tras la conquista de Cantabria, cuando una fluxión hepática lo redujo incluso a la desesperación y le obligó a someterse a tratamientos contrarios, de resultado incierto: como los fomentos calientes no surtían efecto, se vio forzado a tratarse, por
prescripción de Antonio Musa[314], con fomentos fríos. Pa- 2
decía cada año enfermedades periódicas; y así, por el día de su cumpleaños, casi siempre caía enfermo; al comienzo de la primavera sufría inflamación de vientre, y resfriados cuando soplaban los vientos del sur, de modo que su cuerpo quedaba debilitado y no soportaba bien ni el frío ni el calor.

En invierno, además de una toga gruesa, se abrigaba 82
con cuatro túnicas, una camisa, un chaleco de lana y unas bandas que le cubrían los muslos y las piernas; en verano dormía con las puertas de la alcoba abiertas y a menudo en el peristilo[315], junto a un surtidor, e incluso haciéndo-

313 Véanse caps. 8, 13, 28 y 59.

314 Cf. cap. 59.

315 Columnata que rodeaba un patio o jardín interior, y, por extensión, el patio mismo.

se abanicar por alguien. No aguantaba el sol ni siquiera en invierno, e incluso en casa sólo se paseaba al aire libre protegido por un sombrero de alas anchas. Hacía sus viajes en litera, generalmente de noche, despacio y en jornadas cortas, de modo que invertía dos días en ir a Preneste o a Tíbur; y si podía llegar a su destino por mar, lo pre-
2 fería. Ponía un gran cuidado en proteger su naturaleza tan débil, sobre todo bañándose poco; en efecto, se hacía friccionar con bastante frecuencia o sudaba junto al fuego, y luego se duchaba con agua tibia o calentada ligeramente a pleno sol. Ahora bien, siempre que por causa de los nervios le era preciso tomar baños de mar o las aguas termales de Álbula[316], se contentaba con sentarse en una banqueta de madera, que designaba con el nombre hispánico de «dureta», y sumergir alternativamente las manos y los pies.

83 Nada más terminar las guerras civiles abandonó los ejercicios de equitación y de armas en el Campo de Marte, sustituyéndolos primero por la pelota y el balón, y limitándose luego a dar paseos, en vehículo o a pie, y a cubrir los últimos tramos saltando y corriendo, envuelto en una estera[316 bis] o en una pequeña manta. Para distraerse, unas veces pescaba con anzuelo y otras jugaba a los dados, a las canicas o a las nueces con niños pequeños que tuviesen un físico y un balbuceo agradables y a los que hacía buscar por todas partes, especialmente moros y sirios, pues sentía horror por los enanos, los contrahechos y todas las

316 Fuentes de agua sulfurosa, entre Roma y Tíbur. Cf. MARCIAL, I 12.

316 bis Adoptamos la corrección de Roth, *segestria,* para la palabra *sestertio* de los manuscritos, que figura en la edición de Ailloud, al igual que en la de Ihm, marcada con una *crux.*

criaturas del mismo tipo, a los que consideraba caprichos de la naturaleza y seres de mal agüero.

Desde su primera juventud cultivó la elocuencia y los 84
estudios liberales con pasión y con una laboriosidad extrema. Cuentan que durante la guerra de Módena, en medio de tamañas preocupaciones, no dejó de leer, escribir y declamar ni un solo día. De hecho, posteriormente, jamás habló en el Senado, ante el pueblo ni ante sus soldados sin haber meditado y compuesto su discurso, aunque no careciera de la facultad de improvisar ante cualquier situación inesperada. Para no exponerse a los fallos de la 2
memoria ni perder el tiempo en memorizar, decidió leerlo todo. Llevaba escritas hasta las conversaciones que sostenía con cada individuo, e incluso con su esposa Livia, cuando eran importantes, y seguía en ellas sus notas, para no hablar de más ni de menos debido a la improvisación. Tenía un tono de voz dulce y peculiar y utilizaba asiduamente los servicios de un maestro de dicción; no obstante, a veces, por hallarse enfermo de la garganta, se sirvió de un heraldo para dirigir su arenga al pueblo.

Escribió en prosa muchas obras de diverso género, al- 85
gunas de las cuales las leyó en el círculo de sus amigos, que le hacían de auditorio; por ejemplo, sus *Respuestas a Bruto a propósito de Catón*[317], obra que leyó casi entera siendo ya muy anciano, motivo por el cual le rindió la fatiga y tuvo que entregársela a Tiberio para que la acabara de leer; asimismo, unas *Exhortaciones a la filoso-*

317 Marco Junio Bruto, sobrino de Catón de Útica, pues éste era hermanastro de su madre, Servilia, y luego también yerno suyo por su matrimonio en segundas nupcias con Porcia, había publicado en 45 a. C. una *laudatio* de su tío, que fue un gran oponente de César (véase *Julio* 14, 2, nota 69). A esta obra de Bruto iban dirigidas las *Respuestas* de Augusto.

fía, y unas memorias de su vida, que narró en trece libros
2 hasta la guerra cantábrica[318], sin pasar más allá. Tocó superficialmente la poesía. Nos queda un libro escrito por él en versos hexámetros, cuyo argumento y título es *Sicilia,* y otro, igualmente corto, de *Epigramas*[319], que casi siempre componía durante el baño. De hecho, había comenzado con gran entusiasmo una tragedia[320], pero como su estilo no acababa de gustarle, la destruyó, y cuando sus amigos le preguntaron qué tal estaba Áyax, les respondió que su Áyax se había arrojado sobre la esponja[321].

86 Cultivó un estilo oratorio elegante y mesurado, evitando las sandeces de las fórmulas de efecto y su artificiosa disposición, así como «el hedor de los vocablos rebuscados», como él mismo dice; su interés primordial fue expresar su pensamiento lo más claramente posible. Para lograrlo con más facilidad, sin confundir ni entretener al lector o al oyente en ningún punto, no dudó en añadir preposiciones a los nombres de ciudad ni en repetir constantemente conjunciones, cuya supresión comporta alguna
2 oscuridad, aunque aumente la gracia. Rechazó con igual fastidio a los imitadores afectados y a los arcaizantes, en la idea de que cada uno de ellos incurría en el vicio contrario, y los hacía a veces blanco de sus críticas; sobre todo a su querido Mecenas, cuyos «rizos perfumados», como él los llama, no cesa de atacar, imitándolos en bro-

318 Véase cap. 20.

319 Uno de estos epigramas ha sido conservado por MARCIAL, XI 20.

320 SUIDAS, *s.v.* Αὔγουστος Καῖσαρ, menciona dos tragedias, *Áyax* y *Aquiles.*

321 Áyax se suicidó arrojándose sobre su espada; el *Áyax* de Augusto sucumbe bajo la esponja con la que su autor borra toda traza de la obra.

ma para burlarse de ellos[322]; pero tampoco perdona a Tiberio, que a veces andaba a la caza de expresiones desusadas y oscuras. Tacha de extravagante a Marco Antonio, acusándole de escribir para que le admiren y no para que le entiendan; luego, burlándose de lo retorcido e inconstante que era a la hora de elegir su estilo oratorio, añade
lo siguiente: «¿Así que dudas de si debes imitar a Annio 3
Cimbro y a Veranio Flaco, utilizando palabras que Crispo Salustio sacó de los *Orígenes* de Catón[323], o de si debes mejor verter a nuestra lengua el torrente de palabras huecas de los oradores asiáticos?». Y, en una carta en la que alaba el talento de su nieta Agripina, dice: «Pero tienes que esforzarte en no escribir ni hablar con afectación».

Sus cartas autógrafas muestran que en su conversación 87
cotidiana utilizaba con frecuencia ciertos giros curiosos; por ejemplo, a menudo escribe en ellas, cuando quiere dar a entender que algunos deudores no van a pagar nunca, que «pagarán para las calendas griegas»[324]; cuando aconseja aceptar el momento presente tal como es, «contentémonos con este Catón»; y para expresar la rapidez con que se ha hecho algo, «más deprisa que se cuecen los es-
párragos». Suele emplear *baceolus* (imbécil) en lugar de 2
stultus (necio), *pulleiaceus* (negruzco) en lugar de *pullus*

322 Según Macrobio (*Saturnales* II 4), Augusto imitaba constantemente el estilo de Mecenas en las cartas que le enviaba, de las que da un ejemplo.

323 Sobre el conocido arcaísmo de Salustio, que resucita la lengua de los antiguos historiadores, y en particular de Catón el Censor, puede verse SUET., *De Grammaticis* X y XV. De los otros dos escritores aquí citados apenas se sabe nada.

324 Es decir, nunca, pues los griegos no tenían calendas.

(negro)[325], *vacerrosus* (zoquete) en lugar de *cerritus* (demente), *vapide se habere* (sentirse entre vapores) por *male se habere* (sentirse mal), *betizare* (estar mustio como una acelga) en lugar de *languere* (estar débil), lo que vulgarmente se dice *lachanizare* (estar como una hortaliza); asimismo, *simus* en vez de *sumus,* y *domos,* genitivo singular, en vez de *domuos.* Estas dos últimas palabras nunca las escribe de otra manera, por lo que deben tomarse no
3 por un error, sino por una costumbre. He notado además, en los escritos de su puño y letra, sobre todo las siguientes peculiaridades: no corta las palabras ni lleva, al acabar el renglón, las letras que le sobran al siguiente, sino que las escribe inmediatamente debajo de la palabra comenzada, rodeándolas de un círculo.

88 Respeta tan poco la ortografía, es decir, la manera correcta de escribir las palabras establecida por los gramáticos, que parece más bien adscribirse a la opinión de quienes piensan que debemos escribir tal como hablamos. De hecho, el que a menudo invierta u omita no sólo letras, sino también sílabas, es un error humano corriente. Yo no lo mencionaría siquiera si no me causara sorpresa la noticia dada por algunos de que asignó un sucesor a un legado de rango consular, por ignorante e inculto, al darse cuenta de que había escrito *ixi* por *ipsi.* Por otra parte, cuando escribe en cifra[326], emplea B por A, C por B, y así sucesivamente con las demás letras; en cuanto a la X, la representa mediante AA.

325 Ailloud lee con los principales manuscritos *apud pullum pulleiaceum* y coloca una *crux* en el texto, pues estas palabras («en un pollo negro»), que figuran a continuación de *baceolum,* no ofrecen ningún sentido satisfactorio. Adoptamos la lectura de otros códices, *et pro pullo pulleiaceum,* seguida por Shuckburgh, Rolfe y Bassols.

326 Compárese *Julio* 56, 6.

No era menor la atención que dedicaba a los estudios 89
griegos. También en este campo sobresalía notablemente, pues había tenido como maestro de retórica a Apolodoro de Pérgamo[327], a quien, ya anciano, se había incluso llevado consigo de Roma a Apolonia en la época de su juventud, quedando además luego henchido de una vasta erudición por el trato que mantuvo con el filósofo Areo[328] y sus hijos Dionisio y Nicanor; con todo, no hasta el punto de hablar el griego con fluidez o de atreverse a escribirlo; cuando las circunstancias lo exigían, redactaba el texto en latín y se lo daba a traducir a otros. Tampoco le era absolutamente desconocida la poesía griega, deleitándose incluso con la comedia antigua, que hizo representar a menudo en sus espectáculos públicos. Cuando leía a los 2
autores griegos y latinos, en lo que más se fijaba era en los preceptos y ejemplos útiles para el bien público o privado, enviando muchas veces una copia literal de ellos a los miembros de su casa, a las autoridades de los ejércitos y de las provincias, o a los magistrados de Roma, según el consejo que cada uno precisara. Llegó incluso a leer frecuentemente libros enteros ante el Senado y a ponerlos en conocimiento del pueblo mediante un edicto, como los discursos de Quinto Metelo[329] *Sobre el aumento de la na-*

327 El introductor del aticismo en la cultura griega, fundador de una escuela opuesta a la de Teodoro de Gádara. Fue preceptor de Augusto (QUINTILIANO, III 1, 17).

328 Areo de Alejandría, filósofo estoico. Dión Casio (LI 16, 4) lo menciona como uno de los motivos que movieron a Augusto a perdonar a los alejandrinos. Se pronunció en contra de perdonar a Cesarión (PLUT., *Antonio* LXXXI).

329 Quinto Cecilio Metelo Macedónico, cónsul en 143 a. C., censor en 131.

talidad y de Rutilio[330] *Sobre la moderación en los edificios,* como argumento más convincente de que no había sido él el primero en considerar estas dos cuestiones, sino
3 que ya los antiguos se habían preocupado de ellas. Hizo cuanto pudo para fomentar los ingenios de su época. Escuchó de buen grado y con paciencia la lectura de poemas y de historias, e incluso de discursos y diálogos. Le desagradaba, sin embargo, que escribieran sobre él, a no ser que el tono de la obra fuera serio y su autor de los más destacados, y advertía a los pretores que no consintieran que su nombre fuera envilecido en concursos literarios.

90 En lo tocante a las supersticiones, nos lo han descrito de la siguiente manera. Sentía un temor un tanto enfermizo por los truenos y los rayos, hasta el extremo de que, para protegerse, llevaba siempre consigo a todas partes una piel de foca[331], retirándose, a la menor sospecha de tormenta, a algún lugar recóndito y abovedado, pues, como ya hemos dicho[332], quedó espantado en otro tiempo por la caída de un rayo durante una marcha nocturna.

91 En cuanto a los sueños, no descuidaba ni los propios ni los que otros tenían sobre él. En la batalla de Filipos, aunque había decidido no salir de su tienda debido al mal estado de su salud[333], sin embargo acabó haciéndolo, ad-

330 Publio Rutilio Rufo, legado de Metelo en África; cónsul en 105; legado de Quinto Mucio Escévola en Asia; en 92 se exiló a Esmirna a consecuencia de un proceso por concusión, en el que rehusó defenderse. Autor de una historia en griego y de una autobiografía. Fue seguidor de la filosofía estoica, jurisconsulto, orador y hombre de gran integridad.

331 Plinio, *Historia Natural* II 146, menciona a estos animales como los únicos, dentro de la fauna marina, que son respetados por los rayos.

332 Véase cap. 29, 3.

333 Véase cap. 13, 1.

vertido por el sueño de un amigo[334]; y más le valió, pues, cuando tomaron su campamento, su litera fue acribillada y despedazada por los enemigos, que se lanzaron sobre ella pensando que se había quedado acostado allí. Él, por su parte, tenía, durante toda la primavera, muchas pesadillas carentes por completo de sentido, que el resto del año
se volvían menos frecuentes y vanas. Como solía visitar 2
muy a menudo el templo que había dedicado en el Capitolio a Júpiter Tonante[335], soñó que Júpiter Capitolino se quejaba de que se le restaban devotos, y que él le había respondido que había puesto a su lado al Tonante de portero; por esa razón rodeó luego de campanillas la techumbre del templo, porque se las solía colgar de las puertas. También a consecuencia de una visión nocturna pedía limosna al pueblo todos los años un día determinado, extendiendo la mano para que le echaran monedas.

Consideraba infalibles ciertos auspicios y presagios: si 92
por la mañana se calzaba al revés, poniéndose el zapato izquierdo por el derecho, lo tenía por un augurio funesto; si, al emprender un largo viaje por tierra o por mar, daba la casualidad de que caía rocío, lo consideraba favorable y señal de un regreso pronto y feliz. Pero también le impresionaban enormemente los prodigios. Cuando una palmera nació entre las junturas de las piedras delante de su casa, la hizo trasplantar al patio de los dioses Penates y
cuidó con gran ahínco de su crecimiento. Al ver, en la 2
isla de Capri, que las ramas de una viejísima encina, que ya se inclinaban lánguidas hacia el suelo, reverdecían a su llegada, se alegró tanto que cambió con la ciudad de Ná-

334 Su médico Artorio, según VELEYO PATÉRCULO, II 70, y VALERIO MÁXIMO, I 7, 1.

335 Cf. cap. 29, 1.

poles esta isla por la de Enaria[336]. Guardaba también escrupulosamente algunas fechas, y así, no emprendía ningún viaje al día siguiente del mercado[337], ni empezaba ningún asunto serio en las nonas; en este último caso, sólo pretendía evitar, según escribe a Tiberio, «el mal agüero» de esta palabra[338].

93 En lo que se refiere a los ritos extranjeros, mostró el mayor respeto por los que estaban arraigados desde antiguo, despreciando los demás. Así, tras haberse iniciado en Atenas[339], cuando, más tarde, en Roma instruía en su tribunal, un proceso sobre el privilegio de los sacerdotes de la Ceres Ática, que daba lugar a que se desvelaran algunos secretos, despachó a sus consejeros y a toda la concurrencia para escuchar a solas a las partes litigantes. En cambio, cuando recorrió Egipto, se negó a desviarse lo más mínimo para ver al buey Apis, y alabó incluso a su nieto Gayo por no haber orado en Jerusalén cuando pasó por Judea.

94 Llegados a este punto, no estará de más añadir aquí el relato de los presagios[340] ocurridos antes de su nacimiento, el mismo día en que nació, y en lo sucesivo, por los cuales cabía esperar y se podía conocer su futura grandeza y perpetua felicidad.

336 En 29 a. C. (Dión, LII 43).

337 Las *nundinae* (adjetivo usado como sustantivo que deriva de *novem* y *dies*) tenían lugar en el primitivo mes romano cada ocho días, y en ellas se celebraba el mercado. Al principio eran días absolutamente nefastos, aunque luego la ley Hortensia de 287 a. C. los convirtió en días fastos. El día siguiente a uno considerado nefasto se tenía por funesto.

338 Quizá porque *nonis* puede descomponerse en *non is* (no vas), e interpretarse así como una advertencia.

339 En los misterios de Eleusis, en 31 a. C., después de Accio.

340 Narrados también casi todos por Dión Casio, XLV 1 y 2.

Siglos atrás, en Vélitras[341], al alcanzar un rayo parte 2
de la muralla, se vaticinó que un ciudadano de esa plaza se haría un día con el poder; fiados en ello, sus habitantes habían entablado inmediatamente la guerra con el pueblo romano, y siguieron haciéndolo muchas veces en épocas sucesivas, casi hasta su destrucción; por fin, la evidencia demostró más tarde que aquel fenómeno había presagiado
el poderío de Augusto. Según cuenta Julio Marato, pocos 3
meses antes de su nacimiento se produjo en Roma, a la vista de todos, un prodigio que anunciaba que la naturaleza estaba a punto de parir un rey para el pueblo romano; aterrado, el Senado decretó que no se criara a ningún varón nacido aquel año; pero los senadores que tenían a sus mujeres encinta, interpretando cada uno el presagio a su favor, se ocuparon de que el decreto del Senado no
se depositara en el erario[342]. En la obra de Asclepiades 4
de Mendes[343] titulada *Discusiones sobre los dioses* leo que Acia acudió a media noche a una ceremonia solemne en honor de Apolo y que hizo depositar su litera dentro del templo, quedándose luego dormida mientras las demás matronas regresaban a casa; de súbito, se deslizó hasta ella una serpiente que se retiró poco después; al despertar, se purificó como si hubiese yacido con su marido, y al punto apareció en su cuerpo una mancha con figura de serpiente que no pudo borrar jamás y que la obligó a renunciar para siempre a los baños públicos; nueve meses más tarde nació Augusto, y por este motivo se le consideró hijo de

341 Véase cap. 1.

342 Véase *Julio* 28, 3. Se trata del erario de Saturno, donde se depositaban los decretos del Senado, formalidad que había venido a convertirse, en fecha indeterminada, en una obligación para su validez.

343 Al parecer, el mismo que escribió los libros sobre Egipto (Ateneo, III 83c).

Apolo. Asimismo, Acia, antes de dar a luz, soñó que sus entrañas se elevaban hasta las estrellas y que se extendían por toda la órbita de la tierra y del cielo. También su padre Octavio soñó que del seno de Acia salía el resplen-
5 dor del sol. El día en que nació[344] se trataba en el Senado sobre la conjuración de Catilina, y Octavio llegó con bastante retraso, debido al parto de su mujer; cuando Publio Nigidio[345] —y esto es algo que todo el mundo conoce— se enteró de la causa del retraso y supo además la hora del parto, afirmó que le había nacido un soberano al mundo entero. Más tarde, cuando Octavio conducía al ejército por las zonas apartadas de Tracia[346], consultó a un oráculo bárbaro acerca de su hijo en un bosque consagrado al padre Líber, y los sacerdotes le respondieron lo mismo, pues, al derramar el vino sobre el altar, se había levantado una llama tan grande que rebasó la techumbre del templo y se elevó hasta el cielo, y un prodigio similar sólo le había ocurrido a Alejandro Magno cuando sacrifi-
6 có en estos mismos altares. Más aún, a la noche siguiente se le apareció a Octavio su hijo con unas proporciones sobrehumanas, llevando el rayo, el cetro y los atributos de Júpiter Óptimo Máximo, así como una corona de rayos, sobre un carro adornado de laurel, que arrastraban doce caballos de una blancura extraordinaria. Cuando to-

[344] Véase cap. 5.

[345] Publio Nigidio Fígulo, el hombre más sabio después de Varrón, según AULO GELIO, *Noches Áticas* IV 9. Neopitagórico, autor de varios tratados eruditos sobre diversos temas, fue amigo y corresponsal de Cicerón. Pretor en 58, seguidor de Pompeyo en la lucha contra César, murió en el destierro en 45 a. C.

[346] Véase cap. 3, 2.

davía no hablaba, según consta en Gayo Druso[347], su nodriza lo colocó una noche en su cuna, situada en el piso de abajo, y a la mañana siguiente había desaparecido; después de buscarlo durante largo tiempo, lo encontraron al
fin en una torre muy alta, tendido cara al Oriente. Nada 7
más empezar a hablar, cierto día en que las ranas le molestaban con sus gritos en la finca propiedad de su familia, las mandó callar, y desde entonces, según dicen, las ranas no croan en aquel lugar. Mientras almorzaba en un bosque, hacia el cuarto mojón de la Vía Campana, un águila le arrebató súbitamente el pan de la mano; luego, tras haberse elevado volando a gran altura, volvió a descender
de improviso suavemente y se lo devolvió. Tras la consa- 8
gración del Capitolio, Quinto Cátulo[348] tuvo, en dos noches consecutivas, los siguientes sueños: la primera noche soñó que Júpiter Óptimo Máximo separaba a un niño de los varios que jugaban, vestidos con la pretexta, en torno a su altar, y depositaba en sus brazos la imagen del Estado que llevaba en la mano; la noche siguiente, que veía en el regazo de Júpiter Capitolino a ese mismo niño y que, al dar la orden de que lo bajaran, el dios se lo impedía, manifestándole que lo estaba educando para la salvaguarda del Estado; al día siguiente se encontró con Augusto, que, por otra parte, le era desconocido, y, contemplándolo no sin admiración, exclamó que se parecía muchísimo al niño de sus sueños. Algunos narran de distinta manera el primer sueño de Cátulo, a saber, que Júpiter, en vista de

[347] No se conoce a ningún escritor de este nombre. Algunos autores han propuesto leer *Caesarem Drusum*, y entenderlo así como una referencia a Druso, hijo de Tiberio, que hizo la *laudatio* de Augusto a su muerte (cf. cap. 100).

[348] Cf. *Julio* 15.

que muchos niños vestidos con la pretexta le pedían un
tutor, designó a uno de ellos, al que debían presentar to-
das sus peticiones, y, tras haberle dado a besar sus dedos,
9 se los llevó a los labios. Mientras acompañaba a Gayo Cé-
sar al Capitolio, Marco Cicerón contaba un día a sus ami-
gos el sueño que había tenido la noche anterior: un niño
de noble aspecto bajaba del cielo sostenido por una cadena
de oro y se detenía ante las puertas del Capitolio, donde
Júpiter le entregaba un látigo; luego, al ver de repente a
Augusto, al que la mayoría de ellos no conocía aún y a
quien su tío César había hecho venir al sacrificio, declaró
que él era el niño cuya imagen se le había aparecido du-
10 rante el sueño. Al asumir la toga viril[349], su laticlavo se
descosió por ambos lados y cayó a sus pies. Según la in-
terpretación de algunos, este hecho sólo podía tener un
significado, a saber, que el orden cuya insignia era ésta[350]
11 le quedaría un día sometido. Cuando en Munda el divino
Julio, al elegir un lugar para su campamento, hacía talar
un bosque, se descubrió una palmera, que César mandó
conservar como un presagio de victoria; de ella nació acto
seguido un vástago que creció tanto en unos pocos días,
que no sólo llegó a igualar al tronco madre, sino incluso
a taparlo, poblándose, además, de nidos de palomas, aun-
que esta clase de aves evita al máximo el follaje duro y
rugoso. Según dicen, aquel prodigio fue principalmente lo
que movió a César a no querer otro sucesor que el nieto
12 de su hermana[351]. Durante su retiro en Apolonia[352], su-

[349] Cf. cap. 8, 1. Junto con ella, por lo que dice a continuación, debió tomar el laticlavo, constituyendo este hecho un privilegio, que luego él extendió a todos los hijos de senadores (véase cap. 38, 2).

[350] Es decir, el Senado. Véase nota 212 a *Julio* 45, 3.

[351] Cf. cap. 4, 1.

[352] Cf. cap. 8, 2.

bió en compañía de Agripa al observatorio del astrólogo
Teógenes; al ver que Agripa, que fue el primero en consul-
tarle, obtenía unas predicciones casi increíbles de puro
magníficas, persistía él en ocultar los datos de su naci-
miento y en negarse a darlos a conocer, por miedo y ver-
güenza de que se le descubriera como inferior. Cuando,
después de muchas exhortaciones, se avino al fin a sumi-
nistrar aquellos datos, a duras penas y vacilando, Teóge-
nes saltó de su asiento para hincarse de rodillas ante él.
Más tarde, Augusto tuvo una confianza tan grande en su
destino, que hizo publicar su horóscopo y batir una mone-
da de plata con el cuño de la constelación de Capricornio,
bajo la que había nacido.

Al entrar en Roma a su regreso de Apolonia después 95
del asesinato de César, un círculo semejante al arco iris
rodeó de repente el disco solar en el cielo sereno y despe-
jado, y la tumba de Julia, hija de César, fue varias veces
herida por el rayo. Durante su primer consulado[353], al
tomar los augurios, se le manifestaron doce buitres, como
a Rómulo, mientras que, al ofrecer un sacrificio, los híga-
dos de todas las víctimas aparecieron replegados sobre sí
mismos a partir del lóbulo inferior[354], coincidiendo todos
los expertos en interpretar ambas señales como presagios
favorables y grandiosos.

Más aún, Augusto supo de antemano el resultado de 96
todas sus guerras. Cuando las tropas de los triunviros es-
taban agrupadas junto a Bolonia[355], un águila que se po-
saba sobre su tienda abatió a dos cuervos que la hostiga-

[353] Cf. cap. 26, 1.

[354] Véase PLIN., *Historia Natural* II 73; DIÓN, XLVI 35. Plinio sitúa el suceso en Espoleto y Dión lo retrotrae a la guerra de Módena.

[355] Noviembre del 43 a. C., cuando se constituyó el triunvirato. El presagio narrado a continuación aparece también en DIÓN, XLVII 1.

ban por uno y otro lado y los echó a tierra, reconociendo en este signo todo el ejército que algún día se produciría la discordia entre los tres colegas, como de hecho ocurrió, y presagiando el desenlace. En Filipos, un tesalio le anunció su futura victoria, que conocía por el divino César, cuya imagen se le había aparecido en un camino retirado.
2 Ante Perusa, en vista de que el sacrificio que estaba celebrando no obtenía presagios favorables, mandó traer más víctimas, y en ese momento se produjo una brusca salida del enemigo, que se llevó todo el aparato del sacrificio; los arúspices convinieron entonces en que los peligros y calamidades que se le habían anunciado al sacrificador recaerían en bloque sobre aquellos que tenían en su poder las entrañas; y así sucedió. La víspera de que entablara la batalla naval de Sicilia, mientras se paseaba por la playa, un pez saltó del mar para ir a caer a sus pies. En Accio, cuando se dirigía al combate, le salió al encuentro un asno con su dueño: el hombre se llamaba Eutico, el animal Nicón [356]; ya vencedor, les erigió a ambos una estatua de bronce en el templo que levantó donde había estado su campamento [357].

97 Incluso su muerte, de la que en seguida hablaré, y su posterior deificación fueron conocidas de antemano por las señales más evidentes. Cuando celebraba en el Campo de Marte, con una gran afluencia de público, la ceremonia de purificación después del censo [358], un águila voló insistentemente en torno a él y, dirigiéndose luego al templo cercano, se posó sobre la primera letra del nombre de Agripa; al verlo, Augusto mandó a su colega Tiberio formular los votos que se suelen hacer para el lustro siguiente, pues, aunque las tablillas ya estaban escritas y preparadas, se negó a pronunciar unos votos que no podría cumplir. Por el mismo tiempo, un rayo cayó sobre la ins- 2
cripción de su estatua, haciendo desaparecer la primera letra de su nombre, y se vaticinó que no viviría más de cien días, número que designaba la letra C, y que sería incluido entre los dioses, puesto que «aesar», esto es, el resto del nombre de César, significaba dios en lengua etrusca. Dispuesto, pues, a enviar a Tiberio a Iliria y a acom- 3
pañarlo hasta Benevento, al ver que unos importunos le retenían en su tribunal presentándole un proceso tras otro, exclamó —y esto fue también incluido luego entre los presagios— que, aunque todo se confabulara para detenerlo, no permanecería por más tiempo en Roma; y poniéndose en camino, alcanzó Astura [359], de donde zarpó de noche, en contra de su costumbre, para aprovechar el viento favorable, y así fue como contrajo su enfermedad, que comenzó con una diarrea.

Recorriendo luego la costa de Campania y las islas 98
vecinas, pasó incluso cuatro días en su retiro de Capri, donde se entregó por completo al descanso y a toda suerte de amenidades. Cuando costeaba el golfo de Pozzuoli, los 2
pasajeros y la tripulación de un navío alejandrino que acababa de atracar, vestidos de blanco, adornados con coro-

356 Nombres griegos que significan, respectivamente, «afortunado» y «vencedor».

357 Cf. cap. 18, 2.

358 En 14 d. C., en virtud de su *consularis potestas,* Augusto desempeñó las funciones censoriales junto con su colega Tiberio (véase cap. 27, 5, nota 141). Después del censo, efectuado normalmente durante la república por los censores, cada cinco años, se celebraba una ceremonia expiatoria (*lustrum*) que culminaba con una *suovetaurilia* (el sacrificio de un cerdo, una oveja y un toro).

359 Pequeña isla en la desembocadura del río del mismo nombre, entre Ancio y Circeyos.

nas y quemando incienso, le habían expresado sus mejores
votos y colmado de las mayores alabanzas, asegurando
que por él vivían, por él podían navegar y por él disfrutar
de su libertad y de sus bienes. Hondamente complacido
por estas manifestaciones, repartió cuarenta monedas de
oro a cada uno de sus compañeros, exigiéndoles el com-
promiso jurado de que dedicarían íntegramente esta suma
3 a la compra de mercancías alejandrinas. En los días suce-
sivos distribuyó además, entre otros presentes de poca
monta, togas y mantos griegos, prescribiendo que los ro-
manos adoptarían el vestido y la lengua griegos, y los
griegos el romano. Asistió cada día a los ejercicios de los
efebos, que aún eran numerosos en Capri de acuerdo con
la antigua costumbre[360]; les hizo servir además un ban-
quete en su presencia, durante el cual les permitió o más
bien les impuso el deber de no contenerse en sus bromas
ni en sus porfías por conseguir los obsequios de frutas,
viandas y fruslerías <diversas>[361] que se les lanzaba. En
4 fin, no se privó de ningún tipo de diversión. Llamaba
Apragópolis[362] a la vecina isla de Capri, a causa de la de-
sidia en que vivían los miembros de su corte que se retira-
ban allí; pero acostumbraba a llamar «κτίστης»[363] a uno
de sus preferidos, de nombre Masgaba, como si hubiese

---

360 La isla de Capri perteneció a Nápoles hasta que Augusto se la canjeó por la de Enaria (véase cap. 92, 2). Allí habían sobrevivido las costumbres griegas más que en cualquier otra parte de la Magna Grecia. Los efebos eran los jóvenes que, superada la adolescencia (una vez cumplidos los dieciocho años), realizaban un aprendizaje atlético y militar antes de pasar a ser ciudadanos de pleno derecho.

361 *Variarum* es una adición al texto sugerida por Ailloud y aceptada, entre otros editores, por Bassols.

362 La «ciudad de la ociosidad» (del griego ἀ-πραγία).

363 «Fundador».

sido el fundador de esta isla. Al ver desde su triclinio que
la tumba de este Masgaba, muerto un año antes, era visi-
tada por una gran muchedumbre de gente provista de an-
torchas, recitó en voz alta este verso improvisado:

Veo la tumba del fundador entre llamas,

y volviéndose hacia Trasilo, compañero de Tiberio[364], que
estaba sentado a la mesa enfrente de él y que desconocía
el asunto, le preguntó de qué poeta pensaba que podía ser
este verso; mientras aquél dudaba, añadió este otro:

¿Ves a Masgaba honrado con antorchas?,

y le volvió a hacer la misma pregunta. Al no encontrar
Trasilo otra respuesta sino que eran muy buenos, cual-
quiera que fuese el autor, se echó a reír a carcajadas,
haciendo mil bromas sobre el asunto. Luego se trasladó 5
a Nápoles, aunque en sus intestinos todavía enfermos el
mal seguía apareciendo con altibajos; a pesar de ello, asis-
tió hasta el fin a la competición quinquenal de gimnasia
instituida en su honor y acompañó, además, a Tiberio al
lugar fijado[365]. Pero durante su regreso se agravó su en-
fermedad, cayendo al fin en cama en Nola, a donde hizo
volver a Tiberio, que interrumpió su viaje, reteniéndolo
largo tiempo en conversación privada[366], tras lo cual no
volvió a ocuparse de ningún asunto de envergadura.

El último día de su vida preguntó repetidas veces si 99
había ya revuelo en las calles a causa de su estado. Des-
pués pidió un espejo, se hizo arreglar el cabello y afirmar

---

364 Cf. *Tiberio* 14, 4; 62, 3; *Calígula* 19, 3.

365 Benevento. Cf. cap. 97, 3.

366 Cf. *Tiberio* 21, 1.

las mejillas que le colgaban, y recibió a sus amigos, a quienes preguntó si les parecía que había representado bien la farsa de la vida, añadiendo incluso el final consabido[367]:

Si la comedia os ha gustado, concededle vuestro aplauso
y, todos a una, despedidnos con alegría.

Luego los despachó a todos y, mientras interrogaba a unas personas recién llegadas de Roma sobre la enfermedad de la hija de Druso[368], expiró de repente en los brazos de Livia, pronunciando estas palabras: «¡Livia, conserva mien-
2 tras vivas el recuerdo de nuestra unión! Adios». Alcanzó así una muerte dulce y a la medida de sus deseos, pues casi siempre, cuando oía que alguien había muerto rápidamente y sin dolor, pedía para él y para los suyos una similar εὐθανασία[369] (ésta era, en efecto, la palabra que solía emplear). No dio más que una señal de trastorno mental antes de morir, pues, súbitamente aterrado, se quejó de que lo arrastraban cuarenta jóvenes. Y fue más un presagio que una pérdida de razón, ya que éste fue exactamente el número de soldados pretorianos que lo llevaron a la vista del pueblo.

100 Murió en la misma habitación que su padre Octavio[370], bajo el consulado de los dos Sextos, Pompeyo y

[367] Fórmula habitual empleada, al término de la representación, para solicitar el aplauso.

[368] Livila, hija de Druso y de Antonia la menor, y hermana de Germánico y Claudio. Cf. *Claudio* 1, 6.

[369] «Buena muerte». Se trata de una palabra rara y tardía. Para el deseo similar de César de hallar una muerte rápida e inesperada, cf. *Julio* 87.

[370] Cf. TÁC., *Anales* I 9. Véase también nota 11 al cap. 3.

Apuleyo, el decimocuarto día antes de las calendas de septiembre, a la hora nona[371], faltándole treinta y cinco días para cumplir los setenta y seis años. Los decuriones de 2
los municipios y de las colonias transportaron su cuerpo desde Nola hasta Bovilas[372] de noche, por la estación del año en que se hallaban, siendo depositado durante el día en la basílica de cada ciudad o en el mayor de sus templos. En Bovilas se hizo cargo de él el orden ecuestre[373], que lo llevó a Roma, depositándolo en el vestíbulo de su casa. Los senadores rivalizaron entre sí en su afán por dar brillo a sus funerales y honrar su memoria, presentando gran cantidad de mociones; entre otras, unos propusieron que el cortejo fúnebre pasase por la puerta triunfal[374], precedido por la Victoria que está en la curia y cantando una nenia los hijos de ambos sexos de los principales ciudadanos; otros, que el día de las exequias se prescindiese de los anillos de oro sustituyéndolos por otros de hierro; y, finalmente, algunos, que las cenizas fuesen recogidas por los sacerdotes de los colegios más importantes. Hubo incluso quien aconsejó que el nombre del mes 3
de agosto[375] se trasladara a septiembre, puesto que en este mes había nacido Augusto, mientras que en el anterior había muerto; y otro que propuso llamar «siglo de Augusto» a todo el período comprendido entre el día de su nacimiento y su muerte, registrándolo bajo este nombre en

[371] Diecinueve de agosto del año 14 de nuestra era, sobre las dos y media de la tarde.

[372] Antigua ciudad del Lacio, al pie de la Vía Apia, once millas al sur de Roma.

[373] Que lo solicitó de los cónsules como un honor, encargando al futuro emperador Claudio de presentar la petición (véase *Claudio* 6, 1).

[374] Por la que entraba la procesión del triunfo.

[375] Cf. cap. 31, 2.

los fastos. Pero se impuso un límite a los honores, tras lo cual se pronunció su elogio fúnebre en dos lugares: ante el templo del divino Julio por Tiberio y en la antigua tribuna de las arengas por Druso, hijo del anterior, siendo después llevado a hombros por los senadores al Campo
4 de Marte[376], donde fue quemado. Hubo también un expretor[377] que juró haber visto su espectro ascendiendo al cielo tras la cremación. Los miembros más importantes del orden ecuestre, vestidos con la túnica, sin cinturón y con los pies descalzos, recogieron sus restos y los depositaron en el Mausoleo[378]. Augusto había hecho levantar este edificio entre la Vía Flaminia y la ribera del Tíber en su sexto consulado[379], poniendo ya entonces a disposición del público los bosques y paseos que lo rodeaban.

101 Había hecho su testamento bajo el consulado de Lucio Planco y Gayo Silio, el tercer día antes de las nonas de abril[380], un año y cuatro meses antes de su muerte; escrito en dos códices, en parte por él mismo y en parte por sus libertos Polibio e Hilarión, había sido depositado en poder de las vírgenes vestales, que lo sacaron ahora a la luz junto con tres rollos igualmente sellados. Todos es-

376 Es decir, fuera del *pomerium*, como era de rigor. La cremación de los cadáveres de Clodio y César en el foro constituyó una ilegalidad, y, de hecho, tuvo lugar en el transcurso de una revuelta popular (véase *Julio* 84, 3 y 4). Sólo las vestales y ciertas familias (*virtutis causa*) podían ser incineradas dentro de los muros de la ciudad. Ya el hacerlo en el Campo de Marte constituía un privilegio.

377 Numerio Ático. Cf. Dión, LVI 46.

378 Un gran amontonamiento de tierra en forma de túmulo colocado sobre una base de mármol blanco de unos 85 m. de diámetro y coronado por una estatua colosal de Augusto en bronce.

379 Año 28 a. C. Véase cap. 26, 2.

380 Tres de abril del año 13 d. C.

tos documentos fueron abiertos y leídos en el Senado[381].
Nombraba primeros herederos a Tiberio, de la mitad más 2
un sexto, y a Livia, del tercio restante, ordenándoles, además, llevar su nombre; como segundos herederos le dejaba a Druso, hijo de Tiberio, un tercio, y el resto a Germánico y a sus tres hijos varones[382]; en tercer lugar nombraba a muchos parientes y amigos. Legaba al pueblo romano cuarenta millones de sestercios, a las tribus tres millones quinientos mil, a cada soldado pretoriano mil sestercios, a cada miembro de las cohortes urbanas quinientos y a cada legionario trescientos; mandaba pagar esta suma al contado, pues la había tenido siempre guardada en reserva
en su tesoro particular. Dejaba otros legados de diversa 3
cuantía, llegando algunos a veinte mil sestercios; fijaba para pagarlos el plazo de un año, alegando como excusa su escasa fortuna y declarando que no recaerían sobre sus herederos más de ciento cincuenta millones de sestercios, pues, según decía, aunque en los últimos veinte años había recibido cuatro mil millones de los testamentos de sus amigos, los había invertido casi todos en el Estado, junto con los dos patrimonios recibidos de sus padres[383] y sus demás herencias. Prohibía que enterraran en su sepulcro a las dos Julias, su hija y su nieta[384], cuando muriesen.
En cuanto a los tres rollos, dejaba en uno las disposicio- 4
nes acerca de su funeral; en otro hacía una relación de sus hechos[385], manifestando el deseo de que fuera graba-

381 Cf. *Tiberio* 23.

382 Véase *Calígula* 7.

383 Uno de su padre natural, Octavio, y otro de su padre adoptivo, César. Cf. *Julio* 83, 2.

384 Véanse caps. 64 y 65.

385 Las *Res gestae Divi Augusti*, que conservamos fundamentalmente gracias a la copia grabada en un templo de Ancira (*Monumentum*

da en dos tablas de bronce que debían colocarse delante de su mausoleo; y en el tercero un inventario de todo el imperio, en el que hacía constar cuántos soldados había alistados en la totalidad del territorio, cuánto dinero había en el erario y en las cajas imperiales, y a cuánto ascendían los atrasos de las rentas públicas. Añadía asimismo los nombres de sus libertos y esclavos, a quienes se podían exigir cuentas.

Ancyranum), pues las dos tablillas de bronce en que fueron grabadas por disposición de Augusto se han perdido.

LIBRO III

TIBERIO

SINOPSIS

I. Ascendencia de Tiberio. Su vida antes de alcanzar el poder (1-25)

La familia de Tiberio. Antepasados más importantes (1-3). Sus padres y hermano (4). Nacimiento e infancia de Tiberio (5-6). Matrimonios y descendencia. Muerte de su hermano (7). Inicio en las funciones civiles (8). Campañas militares. Ovación y ornamentos triunfales. Cuestura, pretura y doble consulado. Potestad tribunicia (9). Retiro en Rodas. Diferencias con Gayo César. Sospechas de traición. Peligro de su vida. Regreso a Roma (10-13). Presagios y predicciones desde antes de su nacimiento (14). Comportamiento de Tiberio en Roma. Muerte de Gayo y Lucio César. Adopción de Tiberio. Adopción de Germánico (15). Nueva concesión de la potestad tribunicia. Envío a Germania. Rebelión de Iliria. Desastre de Varo en Germania. Honores decretados a Tiberio (16-17). Nueva campaña de Germania. Triunfo de Tiberio. Larguezas con el pueblo. Dedicación del templo de la Concordia y del de Cástor y Pólux (18-20). Tiberio, corregente. Censo del pueblo. Interrupción de su viaje a Iliria. Entrevista con Augusto moribundo. Testimonios de la buena opinión de éste respecto a su hijastro (21). Asesinato de Agripa Póstumo (22). Lectura del testamento de Augusto (23). Vacilaciones de Tiberio en aceptar el poder. Conjuras y revueltas militares (24-25).

II. Tiberio en el poder (26-67)

Primera etapa (26-40)

Comedimiento de los primeros años de mandato. Rechazo de honores excesivos. Sencillez y tolerancia (26-28). Predominio del Senado y de los magistrados. Humildad y benevolencia (29-32). Primeras intervenciones. Medidas contra el lujo (33-34). Saneamiento de las costumbres (35). Política religiosa (36). Medidas de orden público. Acantonamiento de la guardia pretoriana. Represión de revueltas (37). Resistencia a ausentarse de Roma. Viaje a Campania y Capri (38-40).

Segunda etapa (41-67)

Tiberio en Capri. Abandono de las tareas gubernativas (41). Desbordamiento de todos sus vicios. Su antigua afición por la bebida. Lujuria y aberraciones sexuales (42-45). Tacañería y avaricia (46-47). Únicos actos de generosidad de su reinado. Codicia y rapacidad (48-49). Primeras manifestaciones de odio hacia sus parientes. Comportamiento con su hermano, con Julia y con su madre (50-51). Indiferencia ante la muerte de su hijo Druso y sospechas de participación en la de Germánico (52). Persecución de la familia de éste (53-54). Trato dispensado a sus colaboradores y compañeros (55-56). Testimonios de crueldad desde el comienzo de su mandato. Epigramas de denuncia de ésta (57-59). Nuevos actos de crueldad. Reinado de terror (60-62). Impopularidad de Tiberio. Angustias y temores de éste (63-64). Caída de Sejano (65). Hostilidad general contra Tiberio. Abatimiento de su espíritu (66-67).

III. Rasgos personales de Tiberio (68-71)

Características físicas (68). Indiferencia religiosa. Afición por la astrología. Supersticiones (69). Tiberio, hombre de letras. Producción literaria. Interés por la mitología (70). Purismo lingüístico (71).

IV. Muerte de Tiberio (72-76)

Intentos de regresar a Roma. Enfermedad y muerte. Lugar, fecha y edad a la que murió. Sospechas de asesinato (72-73). Presagios relativos a su muerte (74). Estallido de alegría popular. Traslado del cuerpo. Funerales (75). Testamento de Tiberio (76).

La rama patricia de la familia Claudia —pues hubo 1
también otra plebeya, no menor en poder ni en dignidad— es oriunda de Regilos, ciudad de los sabinos. De allí emigró a Roma con un gran número de clientes, o poco después de la fundación de la ciudad, a instancias de Tito Tacio[1], compañero de Rómulo, o, lo que es más seguro, de Ata Claudio, jefe de la familia, aproximadamente cinco años después de la expulsión de los reyes[2]. Admitida entre las familias patricias, recibió, además, del Estado un terreno para sus clientes más allá del río Aniene y un lugar para la sepultura de sus miembros al pie del Capitolio[3]. En el transcurso del tiempo, obtuvo veintiocho con- 2
sulados, cinco dictaduras, siete censuras, seis triunfos y dos ovaciones[4]. Aunque se distinguía por hacer uso de diversos nombres y sobrenombres, repudió por decisión unánime el nombre de Lucio, después de que dos miembros de la familia llamados así resultaran convictos uno

[1] El rey sabino que, según la tradición, compartió el trono con Rómulo después de la guerra que siguió al rapto de las sabinas.

[2] El año 505 o 504 a. C., pues, según la cronología tradicional, la expulsión de los reyes se produjo en 510 a. C.

[3] Lo cual constituía un privilegio, pues las leyes de las Doce Tablas prescribían que los cadáveres fueran enterrados o incinerados fuera del recinto de la ciudad. Véase *Augusto* 100, nota 376.

[4] Sobre la ovación, véase *Augusto* 22, nota 116.

de robo y el otro de asesinato. Por otra parte, adoptó también entre sus sobrenombres el de Nerón, que en lengua sabina significa fuerte y valiente[5].

2 El Estado les debe a muchos Claudios un sinfín de servicios excelentes, pero también de actos de muy opuesto carácter. Para mencionar sólo los más importantes, Apio el Ciego se opuso a la conclusión de una alianza con el rey Pirro por estimarla poco conveniente[6]. Claudio Caudex fue el primero que atravesó el estrecho con una flota[7], expulsando a los cartagineses de Sicilia. Tiberio[8] Nerón aplastó a Asdrúbal, que llegaba de Hispania con gran cantidad de tropas, antes de que se uniera con su hermano
2 Aníbal. En el sentido opuesto, Claudio Regiliano[9], decenviro para la redacción de las leyes, intentó, para satisfacer su pasión, reducir por la fuerza a la esclavitud a una doncella libre de nacimiento, provocando con ello una nueva secesión de la plebe. Claudio Druso[10], después de haberse hecho erigir junto al Foro de Apio una estatua coronada con una diadema, intentó apoderarse de Italia por medio de sus clientes. Claudio Pulcro, en Sicilia, en vista de que, al tomar los auspicios, los pollos sagrados se negaban a comer, los echó al mar con desprecio de la religión, so pretexto de que bebieran ya que no querían comer, y a continuación entabló un combate naval[11]; al resultar vencido y ordenarle el Senado que nombrara un dictador, como haciendo de nuevo burla del momento crítico que
atravesaba el Estado, nombró a su ujier Glicias. También 3
de entre las mujeres tenemos ejemplos igualmente opuestos. De esta familia fueron, en efecto, las dos Claudias[12]: la que extrajo de los bancos de arena del Tíber, donde había encallado, la nave que llevaba los objetos sagrados de la Madre de los Dioses, Señora del Ida[13], rogándole públicamente que la siguiera, pero sólo si su honestidad

---

[5] Cf. AULO GELIO, *Noches Áticas* XIII 23, 7-9.

[6] Cf. LIV., *Epitome* XIII. Apio Claudio el Ciego, el político más importante de finales del siglo IV y comienzos del III a. C., fue censor en 312 y cónsul en 307 y 296. Su discurso en el Senado en contra de las propuestas de paz hechas por Pirro, pronunciado en 280, tuvo una importancia capital para el posterior desarrollo de la historia de Roma.

[7] El año de su consulado (264 a. C.): cf. VELEYO PATÉRCULO II 38. La acción aquí descrita por Suetonio supuso el comienzo de la primera guerra púnica.

[8] Ailloud (lo mismo que Ihm) lee con el códice Memmiano *Tibus* y pone una *crux* en el texto. Adoptamos la lectura que dan otros manuscritos, *Tiberius*, seguida por otros editores, entre ellos Rolfe, Du Four y Bassols. De todas formas, Suetonio comete un error en el *praenomen* de este personaje, pues los hombres que vencieron a Asdrúbal en el Metauro en 207 a. C. fueron los cónsules de aquel año, Gayo Claudio Nerón y Marco Livio Salinator.

[9] Apio Claudio Craso Inregilense Sabino, cónsul en 471 y 451 a. C., *decemvir legibus scribendis* en 451 y 450. En este tiempo se produjo, según la tradición, su célebre atentado contra Virginia, que dio lugar a la segunda secesión de la plebe del año 449 a. C. Cf. LIV., III 44 ss.

[10] Así en todos los manuscritos. Sin embargo, no es probable que el *cognomen* sea Druso. Se han hecho varios intentos de identificar a este personaje. IHM («Suetoniana», *Hermes*, 36 [1901], 303-304) supone que se trata del hijo mayor de Apio el Ciego, Claudio *Russus*, mejor que *Rufus*, el *cognomen* normalmente aceptado, cónsul en 268 a. C.

[11] En 249 a. C., año del consulado de Publio Claudio Pulcro, hijo de Apio el Ciego.

[12] La primera, Claudia Quinta (cf. LIV., XXIX 14, 12), hija de Publio Claudio Pulcro, y la segunda, hermana de este último e hija de Apio Claudio el Ciego (cf. AULO GELIO, *Noches Áticas* X 6).

[13] Cibeles, la Gran Madre de los Dioses (cf. *Augusto* 68), era una diosa frigia frecuentemente denominada también Madre Idea, por tener en el monte Ida una de sus principales sedes. La piedra negra con la que era más o menos identificada fue traída a Roma en el año 204 a. C., engarzándose este dato histórico con la tradición legendaria de la que Suetonio se hace eco en este pasaje.

era manifiesta, y la que, a pesar de ser mujer, tuvo que afrontar, representando este hecho una innovación, un juicio de lesa majestad ante el pueblo por haber exclamado en público, al ver que su carroza apenas podía avanzar entre el gentío, que ojalá reviviera su hermano Pulcro y perdiera otra flota, a ver si así disminuía la aglomeración
4 en Roma. Es bien sabido además que todos los Claudios —con la única excepción de Publio Clodio[14], que, para expulsar de Roma a Cicerón, se hizo adoptar por un plebeyo incluso más joven que él— fueron siempre aristócratas y defensores acérrimos del prestigio y poder de los patricios; se mostraron asimismo tan violentos y orgullosos para con la plebe, que ninguno de ellos consintió en cambiar su vestidura[15] o en implorar perdón ni aun acusado ante el pueblo de un delito sancionado con la pena capital, y algunos, en el curso de un debate o de una discusión, golpearon a los tribunos de la plebe. Una virgen vestal de esta familia montó incluso en el carro de su hermano, que celebraba un triunfo sin la autorización del pueblo, y lo acompañó hasta el Capitolio, para que ningún tribuno pudiera interponer su veto e impedírselo.

3 De esta familia descendía Tiberio César, y, además, por ambas ramas: por la paterna de Tiberio Nerón y por la materna de Apio Pulcro[16], ambos hijos de Apio el Ciego. Pertenecía también a la familia de los Livios, pues su abuelo materno[17] había entrado en ella por adopción. Es-

[14] Cf. *Julio* 20, 4 y notas correspondientes.

[15] Para ponerse la toga *pulla* o *sordidata*, con la que los acusados solían excitar la conmiseración pública; cf. *Augusto* 32, nota 182.

[16] El *praenomen* de este personaje no es Apio, sino Publio; cf. cap. 2, nota 11.

[17] Marco Livio Druso Claudiano (antes de su adopción, Apio Claudio Pulcro), hijo de Gayo Claudio Pulcro, cónsul en 92 a. C.

ta última, aunque plebeya, alcanzó asimismo una gran preponderancia, viéndose honrada con ocho consulados, dos censuras, tres triunfos, e incluso con una dictadura y una comandancia de la caballería; se hizo también ilustre por sus varones insignes, especialmente por Salinator[18]
y los Drusos. Salinator marcó durante su censura a todas 2
las tribus[19] con la nota infamante de volubilidad porque, después de haberle condenado a pagar una multa tras su primer consulado, le habían hecho cónsul por segunda vez y censor. Druso se ganó para sí y para sus descendientes este sobrenombre por haber muerto en combate singular al general enemigo Drauso. Se cuenta también que, cuando era propretor, volvió a traer de su provincia de Galia el oro que había sido entregado en otro tiempo a los senones durante el asedio del Capitolio y que Camilo no les había arrebatado, como quiere la tradición[20]. Su tataranieto[21], nombrado patrono del Senado por su eximia la-

[18] Marco Livio Salinator, cónsul en 219 a. C. con Lucio Emilio Paulo y en 207 con Gayo Claudio Nerón (cf. cap. 2, nota 8); dictador este último año y censor en 204.

[19] Excepto la tribu Mecia (cf. LIV., XXIX 37, 13-14; VALERIO MÁXIMO II 9, 6).

[20] Al narrar los orígenes de los Livios Drusos, Suetonio parece identificar en uno solo a dos personajes de este linaje. El Druso originario fue *magister equitum* del dictador Lucio Papirio Cursor en 324 a. C. La cuenta por generaciones no permite hacerle tatarabuelo del *patronus senatus*, tribuno de la plebe en 122 a. C. Como mucho, nos llevaría a la época del aniquilamiento de los senones por Manio Curio Dentado, en 283, y a postular la existencia de un Marco Livio Druso, pretor por entonces, que sería el personaje a quien Suetonio atribuye la recuperación del oro pagado en otro tiempo a los senones.

[21] Marco Livio Druso, colega de Gayo Graco en el tribunado del año 122 a. C., durante el cual se dedicó a menoscabar la popularidad de éste, haciendo fracasar todos sus proyectos mediante un hábil procedimiento demagógico que le valió el ser nombrado *patronus senatus*. Cón-

bor en contra de los Graco, dejó un hijo[22] que, durante
un conflicto similar, mientras preparaba diversas reformas,
fue traidoramente asesinado por la facción contraria.
4 El padre de Tiberio, Nerón, estuvo, como cuestor de
Gayo César, al frente de su flota durante la guerra de
Alejandría[23], contribuyendo en gran medida a la victoria.
Por esta razón, fue nombrado pontífice en sustitución de
Publio Escipión[24] y enviado además a Galia para fundar
colonias, entre ellas Narbona y Arles. Sin embargo, tras
la muerte de César, mientras que todos los senadores vo-
taban el indulto del crimen por miedo a los desórdenes
que se pudieran producir, él llegó a proponer que se abrie-
ra una deliberación sobre las recompensas debidas a los
2 tiranicidas. Luego, cuando, al término de su pretura, sur-
gió la discordia entre los triunviros a finales de año[25],
retuvo sus insignias más tiempo del debido y siguió a Pe-
rusa al cónsul Lucio Antonio[26], hermano del triunviro;
cuando los demás se rindieron, se mantuvo solo en su
partido, pasando primero a Preneste y de allí a Nápoles,

sul en 112 junto con Lucio Calpurnio Pisón Cesonino y censor en 109, año de su muerte.

22 Marco Livio Druso, tribuno de la plebe en 91 a. C. Famoso por su honradez e integridad, trató de conciliar en su programa las aspiraciones de los demócratas y las exigencias de los optimates, clase a la que pertenecía. Entre los puntos capitales de su programa figuraban la restitución del poder judicial a los senadores y la concesión de la ciudadanía a los ítalos. Fue asesinado en el curso de este mismo año. Cf. VELEYO PATÉRCULO, II 13-14. Por este personaje fue adoptado el abuelo de Tiberio, Apio Claudio Pulcro, que desde entonces pasó a llamarse Marco Livio Druso Claudiano.

23 Cf. *Guerra de Alejandría* 25, 3; DIÓN, XLII 40, 5-6.

24 Véase *Julio* 35, 2, nota 181.

25 En 41 a. C.

26 Véase *Augusto* 9, nota 50.

para acabar refugiándose en Sicilia, tras haber fracasado
en su intento de soliviantar a los esclavos con la promesa
de la libertad. Pero, molesto por no haber sido admitido 3
inmediatamente a presencia de Sexto Pompeyo[27] y porque
se le había prohibido el uso de las fasces, pasó a Acaya
para unirse a Marco Antonio. Al poco tiempo regresó con
él a Roma, una vez restablecida la paz general[28], y acce-
dió a la solicitud de Augusto otorgándole a su esposa Li-
via Drusila[29], a pesar de que por entonces se hallaba em-
barazada y de que ya le había dado antes un hijo. Poco
después murió, dejando dos hijos, Tiberio y Druso Ne-
rón[30].

Algunos han pensado que Tiberio nació en Fundos ba- 5
sándose en la débil conjetura de que su abuela materna[31]
era de esta ciudad y de que más tarde se erigió allí por
un decreto del Senado una estatua de la Felicidad. Pero,
según fuentes más numerosas y fidedignas, nació en Ro-
ma, en el Palatino, el decimosexto día antes de las calen-
das de diciembre del año en que fueron cónsules Marco

27 Tras la entrada de Octaviano en Roma con sus tropas en agosto de 43, Sexto Pompeyo fue desterrado por la ley Pedia y proscrito en otoño por los triunviros. Con ayuda de la flota, cuyo mando siguió ostentando ilegalmente, y con el apoyo de los demás perseguidos, conquistó sicilia y comenzó el bloqueo de Italia, para acabar con el cual Octaviano se vio obligado a firmar en 39 el acuerdo de Miseno. Cf. *Augusto* 16, 1.

28 A raíz de la firma del tratado de Miseno entre Antonio, Octaviano y Pompeyo, se proclamó una amnistía general.

29 Véase Augusto 62, 2.

30 Sobre él véase principalmente *Claudio* 1.

31 Alfidia, hija de Marco Alfidio. Suetonio (*Calígula* 23, 2) identifica erróneamente al abuelo de Livia con Aufidio Lurcón, noble romano, intentando refutar los malévolos comentarios de Calígula, que hacía a Livia nieta de un decurión de Fundos.

Emilio Lépido por segunda vez y Lucio Munacio Planco[32], durante la guerra de Filipos. De hecho, así aparece consignado en los fastos y en las actas oficiales. Sin embargo, hay escritores que fechan su nacimiento, unos, en el año anterior, durante el consulado de Hircio y Pansa[33], y otros, en el siguiente, durante el consulado de Servilio Isáurico[34] y Lucio Antonio[35].

6 Sus primeros años y su niñez fueron penosos y agitados, pues acompañaba siempre a sus padres en su huida[36]; precisamente estuvo a punto de descubrirlos dos veces con su llanto en Nápoles, cuando trataban de embarcarse en secreto ante la irrupción del enemigo, al verse arrancado bruscamente, primero del pecho de su nodriza y luego de los brazos de su madre, por los acompañantes, que intentaban aligerar de peso a las mujeres debido a lo
2 imperioso de las circunstancias. Llevado también a través de Sicilia y de Acaya y confiado luego al municipio de los lacedemonios, que estaban bajo la protección de los Claudios[37], al partir de allí de noche corrió peligro de perder la vida, pues de repente estalló por todas partes un incendio en los bosques que rodeó tan de cerca a toda la comitiva que las llamas llegaron a alcanzar parte del

32 El 16 de noviembre del año 42 a. C.

33 Sobre ellos, cf. *Augusto* 10, 3; 11.

34 Cf. *Augusto* 62, 1, nota 262.

35 El hermano del triunviro, cónsul en 41 a. C. Cf. *Augusto* 14.

36 Véase cap. 4, 2 y 3.

37 El sistema de patronazgo romano se extendía incluso más allá de las fronteras de Roma y de Italia. Las naciones, pueblos o comunidades dependientes tenían patronos romanos que los representaban en el Estado y velaban por sus intereses. Estos patronos pertenecían, lógicamente, a las más conspicuas familias romanas, y así, por ejemplo, los Antonios eran patronos de Bolonia (cf. *Augusto* 17, 2), los Escipiones, de África, etc.

vestido y los cabellos de Livia. Se conservan y se exhiben 3
todavía en Bayas los regalos que en Sicilia le hizo Pompeya, hermana de Sexto Pompeyo, una clámide y una fíbula, así como unas bulas[38] de oro. Adoptado por testamento, tras su regreso a Roma, por el senador Marco Galio[39], aceptó la herencia, pero se abstuvo luego de tomar su nombre, porque Galio había sido del partido contrario a Augusto. A los nueve años[40] perdió a su padre, 4
cuyo elogio fúnebre pronunció en la tribuna de las arengas. Luego, al entrar en la pubertad, escoltó el carro de Augusto, durante el triunfo de Accio[41], sobre el caballo de cuerda[42] situado a la izquierda, mientras Marcelo[43], hijo de Octavia, montaba el de la derecha. Presidió también los juegos urbanos y tomó parte en los troyanos[44], celebrados en el circo, como jefe del escuadrón de los muchachos de más edad.

Tras la asunción de la toga viril[45], pasó toda su ado- 7
lescencia y el resto de su vida hasta el comienzo de su principado más o menos del modo siguiente. Ofreció un combate de gladiadores en memoria de su padre y otro en memoria de su abuelo Druso en diferentes fechas y lugares, el primero en el Foro, el segundo en el anfitea-

38 Véase *Julio* 84, 4, nota 358.

39 Este personaje fue pretor en 44 a. C. y sirvió en 43 en Módena a las órdenes de Antonio, a cuyo lado luchó contra Octaviano.

40 En el año 33 a. C.

41 Cf. *Augusto* 22.

42 El carro triunfal era una cuadriga. Los caballos de los extremos, enganchados por una cuerda, eran llamados *funales,* mientras que los que quedaban en el centro, uncidos al yugo, recibían el nombre de *iugales.*

43 Véase *Augusto* 63, 1, nota 270.

44 Cf. *Julio* 39, 2, nota 197; *Augusto* 43, 2.

45 Tiberio tomó la toga viril el 24 de abril del año 27 a. C., con catorce años.

tro[46], haciendo volver incluso a algunos gladiadores retirados[47] mediante una paga de cien mil sestercios; ofreció también juegos, pero estando ausente; todos estos espectáculos fueron magníficos, corriendo con los gastos su
2 madre y su padrastro. Contrajo matrimonio con Agripina[48], hija de Marco Agripa y nieta de Cecilio Ático, caballero romano a quien se hallan dirigidas unas cartas de Cicerón; pero aunque había tenido un hijo suyo, Druso[49], y a pesar de hallarse en perfecta armonía con él y de nuevo encinta, se vio obligado a repudiarla y a desposar acto seguido a Julia[50], la hija de Augusto, no sin un gran dolor, ya que estaba acostumbrado a Agripina y, además, desaprobaba las costumbres de Julia, pues había advertido que le deseaba incluso en vida de su anterior marido[51],
3 como también pensaba todo el mundo. Sin embargo, a Agripina no sólo después del divorcio lamentó haberla repudiado, sino que, para una sola vez que la vio en un

[46] Construido por Estatilio Tauro; cf. *Augusto* 29, 5.

[47] Los *rudiarii* eran los gladiadores que habían conseguido la vara de honor (*rudis*), símbolo de su retiro.

[48] Vipsania Agripina, hija de Marco Agripa y de su primera mujer, Cecilia Ática. Después de su divorcio de Tiberio, contrajo matrimonio con Gayo Asinio Galo (sobre el cual véase *Claudio* 41, 3, nota 147), al que dio cinco hijos.

[49] Véase *Augusto* 63, 2. Druso César, de quien se sabe el día de nacimiento (7 de octubre), pero no el año exacto (entre 15 y 12 a. C.), fue nombrado *princeps iuventutis* poco después del año 2 d. C. Cuestor en 11, en 14 fue enviado a sofocar la rebelión de Panonia junto con Sejano. Fue cónsul ordinario en 15 y gobernador de Iliria en 17. Después de haber ejercido por segunda vez el consulado ordinario en el 21, en 22 se le concedió la potestad tribunicia. Esto impulsó a Sejano a seducir a la esposa de Druso, Livila, hermana de Germánico, y a convencerla para envenenar a su esposo (año 23 d. C.); cf. cap. 62, 1.

[50] Sobre ella véase *Augusto* 19, 2, nota 108.

[51] Agripa, segundo marido de Julia. Véase *Augusto* 63, 1.

encuentro casual, la siguió con unos ojos tan alegres y tiernos que se tomaron precauciones para que nunca más volviera a aparecer en su presencia. Al principio vivió con Julia en armonía y con un amor mutuo, pero luego se alejó de ella, y ese distanciamiento se hizo aún más grave —hasta el extremo de dormir siempre en lecho aparte— cuando se rompió el vínculo que les unía, un hijo que nació en Aquileya y murió siendo aún muy pequeño. Perdió a su hermano Druso en Germania[52] y llevó su cuerpo hasta Roma marchando a pie, a la cabeza del cortejo, durante todo el recorrido.

Se inició en las funciones civiles defendiendo al rey 8
Arquelao[53], a los habitantes de Tralles y a los tesalios en procesos diferentes que instruía Augusto; intercedió también en el Senado a favor de los habitantes de Laodicea, de Tiatira y de Quíos, que habían sufrido los efectos de un terremoto e imploraban ayuda; asimismo, acusó de lesa majestad ante los jueces e hizo condenar a Fanio Cepión, que había conspirado contra Augusto con Varrón Murena[54]. En medio de estas actividades, desempeñó el doble cometido de asegurar el aprovisionamiento de trigo, que se había encontrado muy escaso, y de inspeccionar las ergástulas de toda Italia[55], cuyos dueños se habían hecho odiosos porque se sospechaba que recogían en ellas y mantenían detenidos no sólo a viajeros, sino incluso a aquellas personas a quienes el miedo al alistamiento había empujado hacia este tipo de escondites.

[52] En el año 9 a. C. Véase *Claudio* 1, 3.

[53] Rey de Capadocia, región que Tiberio convirtió más tarde en provincia romana; cf. cap. 37, 4.

[54] Cf. *Augusto* 19, 1.

[55] Como ya había hecho Augusto; cf. *Augusto* 32, 1.

9 Hizo sus primeras armas como tribuno militar en la expedición contra los cántabros[56], conduciendo luego un ejército a Oriente, donde restituyó el trono de Armenia a Tigranes[57] y lo coronó en su tribunal. Recuperó también las enseñas que los partos habían arrebatado a Marco Craso[58]. Tras esto, gobernó durante casi un año la Galia Comata[59], agitada por las incursiones de los bárbaros y la discordia de sus jefes. Acto seguido, emprendió las guerras de Recia y Vindelicia, luego la de Panonia, y, por
2 último, la de Germania[60]. En las dos primeras sometió a los pueblos alpinos; en la tercera, a los breucos y dálmatas; y en la última trasladó a Galia a cuarenta mil germanos que se habían sometido, y los asentó a la orilla del Rin, asignándoles residencia. En recompensa por todo esto, entró en Roma con los honores de la ovación y en un carro[61], tras haber sido honrado, según la opinión de

---

56 Emprendida el año 26-25 a. C., cf. *Augusto* 20. Tiberio y Marcelo acompañaron a Augusto en esta expedición o se le unieron antes de finalizar la campaña. Durante el Imperio, con la consolidación de la figura del *legatus legionis,* los tribunos militares perdieron gran parte de su responsabilidad en el ejército. El tribunado pasó a ser importante como forma de acceso a la carrera política, pues abría paso a la cuestura.

57 Tigranes II, hijo del rey Artavasdes y nieto de Tigranes I. Exiliado en Roma, fue coronado rey de Armenia por Tiberio en 20 a. C., a la muerte de su hermano Artaxes, aliado de los partos.

58 Cf. *Augusto* 21, 3. Los estandartes se recuperaron en 20 a. C.

59 Cf. *Julio* 22, 1, nota 116.

60 Cf. *Augusto* 21, 1. Las dos primeras guerras tuvieron lugar en el año 15 a. C.; la guerra de Panonia se desarrolló del año 12 al 9, y la de Germania tuvo lugar en 8 a. C.

61 Tiberio obtuvo una ovación el año 9 a. C. por sus victorias sobre los panonios y los dálmatas. El año 7 a. C. se le concedió el triunfo por su campaña contra los germanos. Previamente, el año 11, se le habían otorgado las insignias triunfales.

algunos, con los ornamentos triunfales, un nuevo tipo de distinción no otorgado a nadie hasta el momento. Asumió 3
las magistraturas antes de la edad reglamentaria y pasó sucesivamente por ellas —cuestura, pretura y consulado— casi sin interrupción[62]; pasado un tiempo y siendo cónsul por segunda vez[63], recibió además la potestad tribunicia por cinco años.

A pesar del concurso de tantas circunstancias felices, 10
en la flor de su vida y gozando de una perfecta salud decidió de repente retirarse y apartarse lo más lejos posible; se desconoce si fue por la aversión que le inspiraba su mujer[64], a quien no se atrevía a acusar ni a repudiar, pero a la que tampoco podía soportar por más tiempo, o para evitar el hastío que pudiera producir su presencia continua, protegiendo e incluso aumentando su autoridad, por si alguna vez el Estado tenía necesidad de él, mediante la ausencia. Algunos creen que, como los hijos de Augusto[65] ya eran adultos, les cedió voluntariamente el

---

62 Tiberio fue cuestor en 23 a. C., con dieciocho años (cumplía diecinueve el 16 de noviembre), pretor en 16, con veinticinco años, y cónsul, con Publio Quintilio Varo, en 13 a. C., con veintiocho años. Por tanto, en su caso se pasó por alto el requisito obligatorio de la edad mínima, fijada en el Imperio para la cuestura en veinticinco años, para la pretura en treinta y para el consulado en treinta y tres. La afirmación que hace Suetonio de que ejerció estos tres cargos «casi sin interrupción» (*paene iunctim*) es demasiado general: el intervalo mínimo exigido entre los sucesivos cargos era de dos años.

63 Año 7 a. C., junto con Gneo Calpurnio Pisón. Al año siguiente recibió la potestad tribunicia.

64 Julia; véase cap. 7.

65 En realidad, sus nietos, Gayo y Lucio, adoptados por él en 17 a. C. (cf. *Augusto* 64, 1). Sobre ellos, véase *Augusto* 26, 2 y notas correspondientes. Por esta época (año 6 a. C.), Gayo tendría unos catorce años, y su hermano Lucio, unos once.

puesto y, por decirlo así, el disfrute del segundo rango que había usurpado durante largo tiempo, siguiendo el ejemplo de Marco Agripa[66], que, cuando Marco Marcelo[67] fue promovido a los cargos públicos, se marchó a Mitilene[68] para que su presencia en Roma no pudiera in-
2 terpretarse como un obstáculo o una crítica. Éste fue también el motivo que el propio Tiberio dio, pero más tarde. Por el momento, pidió un permiso, so pretexto de que se hallaba cansado de los cargos y necesitaba un descanso de sus tareas; y no cedió ni a los ruegos de su madre ni a las quejas de abandono que su padrastro formulaba incluso en el Senado. Aún más, como aquéllos se empeñaban en retenerlo, se abstuvo de alimento durante cuatro días. Cuando al fin recibió el permiso de partir, dejó en Roma a su mujer y a su hijo, y se dirigió rápidamente a Ostia, sin responder ni siquiera una palabra a ninguno de sus acompañantes ni besar más que a unos pocos a la hora de la partida.

11 Costeaba Campania desde Ostia cuando recibió la noticia de una indisposición de Augusto, por lo que decidió hacer un alto. Pero como crecía el rumor de que se demoraba aguardando el cumplimiento de mayores esperanzas, zarpó hacia Rodas, a pesar de que el tiempo no era muy propicio, pues lo ameno y salubre de esta isla ya le había cautivado desde que arribó a ella a su regreso de Armenia. Allí, contentándose con una casa modesta y una finca en las afueras no mucho más amplia, llevó una vida muy sencilla, paseando a veces por el gimnasio sin lictor ni ujier y tratándose casi en pie de igualdad con simples

66 Sobre él véase *Augusto* 16, 2, nota 78.

67 El hijo de Octavia; cf. *Augusto* 63, 1, nota 270.

68 Cf. *Augusto* 66, 3.

griegos. Una mañana, al organizar su jornada, expresó 2
casualmente su deseo de visitar a todos los enfermos que hubiera en la ciudad; las personas que estaban a su lado lo interpretaron de otro modo y ordenaron que todos los enfermos fueran conducidos a un pórtico público y dispuestos según sus enfermedades. Sorprendido ante lo inesperado de la situación, se quedó un rato sin saber qué hacer y acabó por ir de uno a otro, pidiendo disculpas por esta acción incluso a los más humildes y desconocidos.
Sólo está consignado un caso en el que, al parecer, hizo 3
uso del derecho que le confería su potestad tribunicia: como frecuentaba las escuelas y los auditorios de los profesores, habiéndose levantado una violenta discusión entre los seguidores de distintas tendencias, hubo uno que, juzgando su intervención demasiado favorable al otro partido, le llenó de improperios. Tiberio entonces, sin que los demás se apercibieran, volvió a su casa y, presentándose de improviso con su séquito, citó por voz de un heraldo ante su tribunal al que lo había injuriado y le mandó encarcelar. Más tarde se enteró de que su mujer Julia había 4
sido condenada por sus excesos y adulterios[69] y de que se le había notificado el divorcio en su nombre por orden de Augusto; y aunque le alegró la noticia, consideró, sin embargo, su deber hacer cuanto estuviera en su mano por reconciliar al padre con la hija en múltiples cartas y dejarle, cualesquiera que fuesen sus merecimientos, todos los regalos que le hubiera hecho. Una vez concluido el período 5
de su potestad tribunicia[70], confesó al fin que con su retirada sólo había pretendido evitar la sospecha de rivalidad

69 Cf. *Augusto* 65, 1.

70 Cf. cap. 9, 3.

con Gayo y Lucio[71], y solicitó, puesto que ya estaba tranquilo a este respecto dado que ellos habían crecido y podían defender sin dificultad el segundo rango, que se le permitiera volver a ver a su familia, cuya añoranza le embargaba. Pero no lo consiguió; antes bien, se le advirtió incluso que declinara toda preocupación por los suyos, a los que con tanto gusto había dejado.

12 Permaneció, pues, en Rodas contra su voluntad, y a duras penas consiguió, gracias a su madre, estar ausente
2 como legado de Augusto para ocultar su deshonra. Pero entonces vivió no sólo como un simple particular, sino como un hombre apocado y temeroso, escondido en las tierras del interior y evitando las atenciones de las personas que pasaban por la isla y que le visitaban continuamente, pues no había general ni magistrado, cualquiera que fuese su rumbo, que no se desviara a Rodas. Todavía se le añadieron motivos de mayor inquietud. En efecto, habiendo pasado a Samos para visitar a su hijastro Gayo[72], a quien se había confiado el mando en Oriente, lo encontró lleno de hostilidad hacia él a consecuencia de las calumnias que le había levantado Marco Lolio[73], su compañero y pre-
3 ceptor. Incurrió, además, en la sospecha de haber dado a varias personas, por medio de algunos centuriones promovidos por él a este grado y que regresaban al campamento después de un permiso, instrucciones ambiguas y, al parecer, destinadas a sondear los ánimos de cada uno con vistas a una revolución. Informado por Augusto de esta sospecha, no cesó de reclamar un guardián, del orden social que fuera, que vigilase sus actos y sus palabras.

[71] Los hijos adoptivos de Augusto. Véase cap. 10, 1.

[72] El hijo mayor de Julia y Agripa.

[73] Cf. *Augusto* 23, 1, nota 119.

Abandonó incluso sus ejercicios habituales de equita- 13
ción y de armas y, renunciando a la indumentaria de su país, se conformó con el manto y las sandalias griegas, permaneciendo en semejante situación casi dos años, cada día más despreciado y aborrecido; a tal extremo llegaron estos sentimientos, que los habitantes de Nimes derribaron sus retratos y estatuas[74], y un día en que se hizo mención de él en una comida íntima, no faltó quien prometiera a Gayo embarcarse al punto para Rodas, si así lo ordenaba, y traerle la cabeza del desterrado (que así se
le llamaba). Esto fue lo que le forzó especialmente, no ya 2
el miedo, sino un auténtico peligro, a implorar su regreso con las más insistentes súplicas, tanto propias como de su madre, y lo consiguió, contribuyendo también a ello en gran medida el azar. Había resuelto Augusto atenerse a la voluntad de su hijo mayor[75] para tomar cualquier decisión a este respecto; como casualmente Gayo se encontraba por entonces muy indispuesto con Marco Lolio[76], fue benévolo y condescendiente con su padrastro. Con el permiso, pues, de Gayo se le permitió volver, pero a condición de que no tuviera parte ni responsabilidad alguna en el gobierno.

Regresó a Roma siete años después de su partida[77], 14
con la grande y firme esperanza en su futuro que le habían hecho concebir, desde el comienzo de su vida, prodi-
gios y predicciones. Efectivamente, ya en uno de los di- 2
versos presagios a los que recurrió Livia durante su emba-

[74] Erigidos probablemente cuando Tiberio fue gobernador de Galia; cf. cap. 9, 1.

[75] Gayo César.

[76] Véase cap. 12, 2.

[77] En el año 2 d. C.

razo para saber si iba a dar a luz un varón, quitó un huevo a una gallina que estaba incubando y lo calentó en sus manos y en las de sus esclavas alternativamente, hasta que vio salir del cascarón un polluelo provisto de una magnífica cresta. Más tarde, siendo Tiberio aún muy pequeño, el astrólogo Escribonio le auguró un brillante porvenir, e incluso que llegaría a reinar un día, pero sin las insignias de la realeza, pues, como es lógico, por entonces
3 aún se desconocía cuál sería el poder de los Césares. Cuando emprendió su primera expedición y conducía su ejército a Siria a través de Macedonia, sucedió que, cerca de Filipos, un fuego espontáneo iluminó de repente los altares consagrados en otro tiempo por las legiones victoriosas [78]. Más adelante, de camino a Iliria, consultó cerca de Padua el oráculo de Gerión [79]. La suerte que extrajo le ordenaba tirar a la fuente de Apono unos dados de oro que le darían respuesta a sus preguntas. Los tiró, pues, y el resultado fue que sacó el número más alto; estos dados aún
4 pueden verse hoy día bajo el agua. Pocos días antes de obtener el permiso para volver, un águila, ave nunca vista hasta el momento en Rodas, se posó en el tejado de su casa; y la víspera del día en que se le notificó su regreso, al cambiarse de vestido, le pareció que su túnica ardía. Fue también en esta ocasión cuando más pudo comprobar la capacidad del astrólogo Trasilo [80], a quien había admi-

[78] Las tropas de Octaviano y Antonio que derrotaron en Filipos al ejército de Bruto y Casio el año 42 a. C. Véase *Augusto* 13, 1.

[79] El monstruoso hijo de Crisaor y Calírroe, dueño del rebaño de vacas que Hércules le arrebató en su décimo trabajo. Fuera de este pasaje, no se conserva ninguna otra mención de este oráculo. La fuente de Apono, mencionada a continuación, era un manantial de aguas termales situado también cerca de Padua.

[80] Cf. *Augusto* 98, 4.

tido en su intimidad para que le enseñara su ciencia, pues aquél le aseguró que el navío que se divisaba en lontananza era portador de buenas noticias, precisamente cuando Tiberio, en vista de que las cosas sucedían de manera totalmente adversa y al revés de como las había predicho, teniéndolo por un farsante en vano confidente de sus secretos, había decidido arrojarlo al mar en ese mismo momento, mientras paseaban juntos.

Una vez en Roma, tan pronto como presentó en el 15
Foro a su hijo Druso [81], dejó las Carinas [82] y la casa de Pompeyo y se instaló en las Esquilias [83], en los Jardines de Mecenas, donde se abandonó por entero al descanso, atendiendo únicamente a sus deberes privados, sin tomar parte en las funciones públicas. En menos de tres años 2
murieron Gayo y Lucio [84], y él fue adoptado por Augusto junto con el hermano de aquéllos, Marco Agripa [85],

[81] El día en que éste recibió la toga viril, ceremonia que comprendía varios actos. El primero de ellos consistía propiamente en la asunción de la toga viril, que el joven vestía tras haberse despojado de la pretexta y de la bula (cf. *Julio* 84, 4, nota 358). Luego su padre lo conducía al Foro acompañado por sus familiares y amigos, y de allí al archivo público, donde lo inscribía entre los ciudadanos. La ceremonia finalizaba con un sacrificio, aparentemente en el Capitolio (cf. *Claudio* 2, 2). Véase asimismo *Augusto* 26, 2; *Nerón* 7, 2.

[82] La ladera occidental del Esquilino; distrito residencial donde vivieron muchos famosos personajes.

[83] Nombre que recibían las colinas del Opio y el Cispio, estribaciones de la meseta que llega hasta el Aniene. Esta región estaba cortada por las murallas y atravesada por algunas calzadas importantes. Fuera de las murallas se encontraban el cementerio de los pobres y algunos acueductos. En esa zona se construyeron numerosos jardines de recreo, entre ellos los de Mecenas, legados a Augusto tras la muerte de su propietario.

[84] Cf. *Augusto* 65, 1.

[85] Agripa Póstumo; cf. *Augusto* 64, 1; 65, 1.

tras haberse visto obligado a hacer lo propio con Germánico[86], el hijo de su hermano. A partir de este momento no volvió a actuar como padre de familia ni conservó en ninguna medida el derecho que había perdido. Así, ni hizo donaciones, ni manumitió esclavos, ni tan siquiera aceptó ninguna herencia o legados, salvo los recibidos a título de peculio[87]. Desde ese momento no se descuidó nada que pudiera aumentar su dignidad, sobre todo desde que, con el desheredamiento y destierro de Agripa[88], quedó patente que la esperanza de la sucesión recaía sólo en él.

16 Se le concedió de nuevo la potestad tribunicia por cinco años[89], se le dio el encargo de pacificar Germania[90], y los embajadores de los partos recibieron la orden de visitarle también a él en su provincia después de haber cumplido su misión ante Augusto en Roma[91]. Pero, cuando recibió la noticia del levantamiento de Iliria[92], pasó a

86 Cf. *Calígula* 1, 1; *Claudio* 2, 1. Germánico nació el 25 de mayo del año 15 a. C. Por esta época (junio del año 4 d. C.) tenía, por tanto dieciocho años.

87 El *peculium* era el caudal particular que el *pater familias* permitía tener a sus hijos, o el amo a sus esclavos. Aunque éstos lo incrementaran por medios propios, pertenecía siempre técnicamente al padre o al amo, que podía revocarlo a su voluntad.

88 Cf. *Augusto* 65, 1.

89 Por diez años.

90 Tiberio fue enviado a Germania inmediatamente después de su adopción y de que se le concediera por segunda vez la potestad tribunicia, en el año 4 d. C. En Germania llevó a cabo dos campañas victoriosas en los años 4 y 5, pero en el curso de la tercera (en el año 6), la rebelión de los panonios y dálmatas reclamó su presencia, y las operaciones quedaron suspendidas en Germania hasta el año 9.

91 La embajada para solicitar la restauración en el trono de Vonones, el mayor de los hijos de Fraates, aún con vida.

92 La rebelión de los panonios y dálmatas: cf. VELEYO PATÉRCULO, II 110, 2; DIÓN, LV 29, 1 y 2.

ocuparse de esta nueva guerra, la más grave de todas las guerras en el exterior después de las púnicas, que llevó a cabo durante tres años[93], con quince legiones e igual número de tropas auxiliares, en medio de grandes dificultades de todo tipo y con una extrema escasez de víveres. Aunque se le instaba al regreso, perseveró, no obstante, 2
en la lucha, por miedo a la persecución de un enemigo vecino y superior en fuerzas, si se retiraban voluntariamente. Y obtuvo una gran recompensa a su perseverancia, pues redujo por completo y sometió a su autoridad a toda la Iliria, que se encuentra comprendida entre Italia, el reino Nórico, Tracia y Macedonia, por un lado, y entre el río Danubio y el golfo del Mar Adriático, por otro.

Pero lo que elevó al máximo su gloria fue la oportuni- 17
dad de esta victoria, pues por esta época aproximadamente Quintilio Varo pereció en Germania con tres legiones[94], y nadie ponía en duda que los vencedores germanos se habrían unido a los panonios si antes no se hubiera sometido Iliria. Por este motivo se le decretó el triunfo, además de muchos y grandes honores. Algunos propusie- 2
ron incluso que se le diera el sobrenombre de Panónico, otros el de Invicto, y algunos el de Pío; pero Augusto se opuso a ello, volviendo a prometer que le bastaba con el que habría de tomar después de su muerte. En cuanto al triunfo, el propio Tiberio lo aplazó[95] en vista de que la ciudad se hallaba afligida por el desastre de Varo; no obstante, hizo su entrada en Roma vestido con la pretexta y coronado de laurel, subió a un tribunal levantado en los

93 Del año 6 al 9 d. C.

94 Cf. *Augusto* 23, 1 y 2.

95 Véase cap. 20.

Septa[96] en presencia de todo el Senado, y se sentó, junto con Augusto, entre los dos cónsules; desde allí saludó al pueblo y fue después escoltado a visitar los templos.

18 Al año siguiente[97] regresó a Germania, y, al darse cuenta de que el desastre de Varo se había debido a la temeridad y negligencia del general, todas sus actuaciones las sometió a la opinión de su consejo. Él, que siempre había resuelto todo por sí mismo, sin depender de nadie, contrariamente a su costumbre consultó ahora con varios la estrategia a seguir. Mostró también un celo más riguroso de lo habitual. Cuando se disponía a cruzar el Rin, no dejó pasar todo el bagaje, sujeto a unas normas precisas, sino después de haber comprobado, de pie en la ribera, la carga de los carros, para que no se transportara
2 nada más que lo autorizado o necesario. Ya al otro lado del Rin, observó la siguiente conducta: tomaba los alimentos sentado simplemente en el suelo, a menudo pasaba la noche al raso, y daba por escrito todas sus órdenes para el día siguiente, así como cualquier deber que tuviera que asignar de improviso, añadiendo la advertencia de que, cuando se presentara alguna duda, se recurriera exclusivamente a él, a cualquier hora del día o de la noche.

19 Exigió la disciplina más severa, reinstaurando antiguas formas de castigo y de ignominia y señalando incluso con la nota de infamia a un legado de legión[98] por haber en-

96 Cf. *Augusto* 43, 1, nota 214.

97 El 10 d. C.

98 César había confiado a menudo la suerte de una batalla a uno de sus oficiales de Estado Mayor (*legatus*). A partir de Augusto, la función de *legatus legionis* se hizo permanente, y este oficial, de rango senatorial, comanda la legión en detrimento de los tribunos militares, que a partir de ahora desempeñarán fundamentalmente cometidos administrativos.

viado a algunos soldados a cazar al otro lado de la ribera en compañía de un liberto suyo. En cuanto a los combates, pese a ser poco amigo de fiarlos a la suerte o a la casualidad, los entablaba siempre con más seguridad si por las noches, mientras se hallaba trabajando, la luz de su lámpara disminuía y se apagaba de golpe sin intervención de nadie, pues, según sus propias palabras, confiaba plenamente en este presagio, cuya veracidad había sido ampliamente comprobada por él y por sus mayores en todos sus mandatos militares. Sin embargo, después de haber ejecutado su empresa felizmente, estuvo a punto de ser asesinado por un brúctero. Este individuo se había mezclado entre las personas que rodeaban a Tiberio, pero su azoramiento lo delató y las torturas acabaron por arrancarle la confesión del crimen que proyectaba.

Regresó de Germania a Roma al cabo de dos años y 20
celebró el triunfo[99], que había aplazado, en compañía incluso de sus legados, para los que había obtenido las insignias triunfales. Antes de girar hacia el Capitolio[100], descendió del carro y se postró ante su padre, que presidía la ceremonia. Después de haber colmado de recompensas al caudillo panonio Batón[101], lo trasladó a Ravena[102], en

99 El 23 de octubre del año 11 d. C.

100 Donde finalizaba la ceremonia triunfal, con un sacrificio a Júpiter Óptimo Máximo; cf. *Julio* 37, 2, nota 191.

101 Hubo dos caudillos contemporáneos llamados así, el uno panonio y el otro dálmata. Suetonio los confunde aquí. El líder panonio fue ejecutado por su homónimo dálmata el año 8 d. C. Fue Batón el dálmata quien, tras su derrota en 9 d. C., figuró como cautivo en el triunfo de Tiberio y fue confinado en Ravena.

102 Ciudad de la Galia Cispadana, situada junto al Adriático, que constituía una de las dos bases navales más importantes del Imperio. En ella fueron confinados varios prisioneros políticos, como el germano

señal de agradecimiento por haberle dejado escapar en cierta ocasión en que se hallaba bloqueado con su ejército por los accidentes del terreno. Ofreció luego al pueblo una comida servida en mil mesas e hizo un reparto extraordinario de trescientos sestercios por cabeza. Con el producto del botín dedicó asimismo un templo a la Concordia y otro a Cástor y Pólux [103], en nombre suyo y en el de su hermano.

21 Poco después, como los cónsules habían promovido una ley para que administrara las provincias junto con Augusto e hiciera con él el censo, cerró el lustro [104] y partió para Iliria. Al instante se le hizo volver de su camino y encontró a Augusto ya muy enfermo, pero todavía con vida, permaneciendo a solas con él durante todo un
2 día [105]. Sé que es creencia general que, cuando Tiberio salió de la alcoba después de esta conversación privada, los esclavos del dormitorio sorprendieron la siguiente exclamación de Augusto: «¡Pobre pueblo romano, que será víctima de unos colmillos tan lentos!». Tampoco ignoro lo que otros han contado, a saber, que Augusto condenó abierta y claramente la crueldad de su carácter, llegando a interrumpir a veces las conversaciones más relajadas e

Maroboduo (cf. TÁC., *Anales* II 63, 5). Los caudillos enemigos, después de figurar en el triunfo, eran normalmente arrastrados a la cárcel y allí estrangulados. Al perdonarles la vida y confinarlos en alguna plaza fuerte, se les dispensaba ya un trato suficientemente generoso.

103 El templo de la Concordia fue dedicado el año 10 d. C. y el de Cástor lo había sido ya en el 6. Con el producto del botín debieron, por tanto, ser tan sólo enriquecidos. Se trataba, por otra parte, de dos reconstrucciones, pues ambos templos eran muy antiguos, el de la Concordia de comienzos del siglo IV a. C., restaurado por Lucio Opimio en 121 a. C., y el de Cástor y Pólux del siglo V.

104 El 11 de mayo del año 14 d. C.; cf. *Augusto* 97, 1.

105 Cf. *Augusto* 98, 5.

hilarantes cuando él se acercaba, pero que consintió en adoptarlo vencido por los ruegos de su mujer, o incluso movido por la ambición de hacerse añorar más un día con
semejante sucesor. Sin embargo, no me puedo creer que 3
un príncipe tan precavido y prudente haya hecho nada a la ligera, sobre todo en un asunto de tamaña magnitud; más bien me inclino a pensar que, después de haber examinado atentamente los vicios y las virtudes de Tiberio, halló estas últimas superiores, basándome ante todo en el juramento que hizo ante la asamblea de que lo adoptaba en beneficio del Estado, y en el hecho de que, en algunas de sus cartas, lo alaba como persona sumamente experta en el arte de la guerra y único sostén del pueblo romano. De ellas he elegido al azar algunos pasajes, que añado a título
de ejemplo. «Adiós, gentilísimo Tiberio, y que tengas éxi- 4
to en tu empresa, para mí y para [......] [105 bis]. Adiós, gentilísimo y ¡por mi dicha! más valeroso varón y experto
general». «¡Qué perfecta organización la de tus campañas 5
de verano! Yo ciertamente, mi querido Tiberio, considero que, entre tantas circunstancias difíciles y tal abatimiento de las tropas, nadie habría podido comportarse con más prudencia que tú. También aquellos que estuvieron a tu lado confiesan unánimemente que se te puede aplicar aquel famoso verso:

105 bis Lugar marcado con una *crux* por Ihm y Ailloud. De las palabras griegas que se leen a continuación en los manuscritos, sólo es posible entender στρατηγῶν. Otros editores, entre ellos Rolfe, Du Four, Bassols, leen con algunas de las primeras ediciones ταῖς Μούσαις στρατηγῶν, cuyo sentido sería: «comandando los ejércitos (para mí y) para las Musas».

Un solo hombre, permaneciendo alerta, nos ha restableci-
[do la situación» [106].

6 «Si se presenta alguna cuestión que exija una reflexión más atenta, o si tengo algún disgusto, por el dios Fidio [107] que echo mucho de menos a mi querido Tiberio y me vienen a la memoria aquellos famosos versos de Homero:

Si él me acompañara, hasta del fuego ardiente
podríamos ambos regresar, pues es sagaz como nadie» [108].

7 «Cuando oigo y leo que estás extenuado por el trabajo continuo, los dioses me pierdan si mi cuerpo no se estremece; cuídate, te lo ruego, para que no muramos tu madre y yo si nos enteramos de que estás enfermo, y el pueblo romano no vea comprometida la supremacía de su imperio». «Nada importa que yo esté bien o no, si tú no lo estás». «Pido a los dioses que te nos conserven y permitan que sigas bien ahora y siempre, si es que no odian al pueblo romano».

22 Tiberio no divulgó la muerte de Augusto sino después de que el joven Agripa [109] fuera eliminado. Lo mató el

106 Verso de Ennio (*Anales* 370, 2.ª ed. Vahlen; 363 ed. O. Skutsch), ligeramente modificado por Augusto, que, en lugar de *cunctando* («contemporizando»), emplea *vigilando*. Cf. asimismo Virg., *Eneida* VI 846.

107 La expresión *medius Fidius* debe descomponerse en *me dius Fidius*, fórmula de juramento en la que se invocaba a Júpiter por uno de sus sobrenombres, el dios de la Buena Fe.

108 *Ilíada* X 246-247; palabras de Diomedes referidas a Ulises.

109 Agripa Póstumo, el hijo menor de Julia y Agripa, relegado a Sorrento y más tarde deportado a Planasia; cf. *Augusto* 65, 1 y 4.

tribuno militar encargado de su custodia [110], tras la lectura de un despacho en el que se le ordenaba que lo hiciera; nunca se supo si este despacho lo había dejado Augusto al morir, para suprimir un motivo de desorden después de él, o si lo había dictado Livia en nombre de Augusto, con la complicidad de Tiberio o sin ella. Cuando el tribuno le anunció que había ejecutado sus órdenes, Tiberio respondió que él no se las había dado y que tendría que rendir cuentas al Senado, evidentemente para evitar la animosidad por el momento, pues luego silenció el asunto, haciéndolo caer en el olvido.

Con el derecho que le daba su potestad tribunicia con- 23
vocó al Senado y comenzó una alocución, pero, de repente, como incapaz de soportar el dolor, prorrumpió en sollozos, exclamó que ojalá le faltara no sólo la voz, sino también la vida, y entregó el manuscrito a su hijo Druso [111] para que lo acabara de leer. Trajeron luego el testamento de Augusto [112] y, sin que se admitieran más signatarios que los del orden senatorial, reconociendo los demás sus sellos fuera de la curia, lo hizo leer por un liberto. El testamento comenzaba así: «Puesto que la cruel fortuna me ha arrebatado a mis hijos Gayo y Lucio [113], sea Tiberio César mi heredero de la mitad más un sexto». Este comienzo mismo hizo que aumentaran las sospechas de quienes creían que lo había aceptado como sucesor más

110 De la ejecución directa se encargó un centurión, como era habitual. Cf. Tác., *Anales* I 6.

111 Cf. cap. 7, 2; nota 49.

112 Cf. *Augusto* 101.

113 Los dos hijos mayores de Agripa y Julia, adoptados por Augusto en 17 a. C. (cf. *Augusto* 64, 1) y muertos el primero en 4 y el segundo en 2 d. C. (cf. cap. 15, 2; *Augusto* 65, 1).

por necesidad que por gusto, puesto que no se abstuvo de emplear este prefacio.

24 Aunque no hubiera vacilado en ocupar al instante el poder ni en ejercerlo, pues se asignó incluso una guardia militar, es decir, la fuerza y el símbolo de la soberanía, lo rehusó, no obstante, largo tiempo; representando la comedia más descarada, ya respondía a las exhortaciones de sus amigos reprochándoles el no saber qué gran monstruo era el imperio, ya mantenía en suspenso al Senado, que le rogaba cayendo de hinojos ante él, con respuestas ambiguas y una astuta indecisión; al cabo, logró que algunos perdieran la paciencia, llegando a exclamar uno en medio de la confusión: «¡Que lo tome o que lo deje!», y a reprocharle un segundo, abiertamente, que otros tardaban en llevar a la práctica sus promesas, pero que él tardaba
2 en prometer lo que ya practicaba. Por fin, como a la fuerza y lamentándose de que se le imponía el yugo de una servidumbre miserable y onerosa, aceptó el imperio, y aun así, no sin manifestar la esperanza de poder abandonarlo algún día. He aquí sus propias palabras: «Hasta que alcance la edad en que pueda pareceros justo conceder algún descanso a mi vejez».

25 El motivo de su vacilación era el miedo a los peligros que le amenazaban por todas partes, de modo que, como solía decir, tenía al lobo por las orejas [114]. En efecto, un esclavo de Agripa, llamado Clemente, había reunido una tropa no despreciable para vengar a su señor [115]; Lucio

114 Proverbio cuyo significado queda aclarado en TERENCIO, *Formión* 506 s.: «Tengo más bien, como suele decirse, al lobo por las orejas; que ni sé cómo soltarlo, ni cómo retenerlo».

115 Cf. TÁC., *Anales* II 39-40; DIÓN, LVII 16.

Escribonio Libón [116], personaje de la nobleza, preparaba en secreto una revolución; y estallaron dos revueltas militares, una en Iliria y otra en Germania [117]. Ambos ejérci- 2
tos reclamaban muchas concesiones extraordinarias; ante todo, que se les equiparara en sueldo a los pretorianos [118]. Pero los soldados de Germania se negaban incluso a reconocer a un príncipe no elegido por ellos, e instaban con extrema violencia a Germánico, por entonces su general [119], a apoderarse del Estado, aunque aquél se oponía firmemente [120]. Temiendo ante todo esta posibilidad, Tiberio reclamó para sí las parcelas del gobierno que el Senado quisiera adjudicarle, alegando que nadie podía dar abasto solo a la totalidad de ellas si no era contando con un colega o incluso con varios. Llegó a simular una en- 3
fermedad, para que Germánico permaneciera en calma a

116 Marco (no Lucio) Escribonio Libón Druso, hermano acaso del cónsul del año 16 Lucio Escribonio, era nieto de Sexto Pompeyo y sobrino nieto de Escribonia, la segunda esposa de Augusto. Se suicidó el año 16, al no ver atendida su petición de clemencia ante Tiberio. Cf. TÁC., *Anales* II 27-31.

117 Para la rebelión de Panonia, cf. TÁC., *Anales* I 16-30; DIÓN, LVII 4. Para la de Germania, cf. TÁC., *Anales* I 31-51; DIÓN, LVII 5-6; SUETONIO, *Calígula* 48, 1.

118 Según Tácito (*Anales* I 17, 6), los legionarios cobraban diez ases diarios; más adelante (I 17, 9) informa que el sueldo de los pretorianos era de dos denarios (32 ases) diarios. Se entienden, por tanto, las reclamaciones de los primeros, aunque hemos de tener en cuenta que éstos recibían gratuitamente grano, mientras que a los segundos no se les distribuyó hasta la época de Nerón (*Nerón* 10, 1). Otra de las exigencias fundamentales de los legionarios era la reducción de sus años de servicio, de veinte, como había estipulado Augusto en 6 d. C., a dieciséis, que era la duración del servicio de los pretorianos.

119 Después de su primer consulado (12 d. C.), Germánico permaneció al mando de las legiones de Germania desde el 13 hasta el 16.

120 Cf. *Calígula* 1, 1; TÁC., *Anales* I 35, 4; DIÓN, LVII 5, 2.

la espera de una pronta sucesión o, al menos, de una asociación al imperio. Después de haber apaciguado las sediciones[121], tomó también por sorpresa a Clemente valiéndose del engaño y lo redujo a su autoridad. En cuanto a Libón, para no estrenarse con una actuación demasiado severa, tardó dos años en acusarlo ante el Senado, contentándose en el ínterin con tomar sus precauciones contra él; así, un día en que aquél sacrificaba a su lado entre los demás pontífices[122], le hizo dar un cuchillo de plomo en vez del habitual[123], y en otra ocasión en que le pedía una audiencia privada, no se la concedió sino en presencia de su hijo Druso, reteniendo además su mano derecha durante el paseo, como si se apoyara en ella, hasta el final de la conversación.

26 Una vez libre de temores, su conducta fue al principio muy sencilla y casi la de un simple particular[124]. De los muchos honores extraordinarios, no aceptó más que unos pocos y en absoluto desmedidos. Para honrar su natalicio, que coincidía con los juegos plebeyos celebrados en el

---

[121] En Panonia la rebelión fue aplastada por Druso al día siguiente del eclipse de luna (TÁC., *Anales* I 28; DIÓN, LVII 4, 4) que tuvo lugar el 27 de septiembre de 14 d. C. En el caso de Germania no se puede precisar con tanta exactitud; la victoria definitiva se produjo poco después de que las legiones se retiraran a los cuarteles de invierno (TÁC., *Anales* I 50, 5; 51, 3), aproximadamente a mediados de octubre.

[122] Tiberio fue nombrado *pontifex maximus* el 10 de marzo del año 15.

[123] La *secespita,* el cuchillo de hierro empleado en los sacrificios, se encuentra descrita en FESTO, pág. 348.

[124] Los primeros años del reinado de Tiberio fueron ya alabados por los antiguos (SÉN., *De Clementia* I 1, 6; PLIN., *Historia Natural* XXXIV 62). Este primer período duró hasta la muerte de Druso y de Germánico (cf. cap. 39; *Calígula* 6, 2; TÁC., *Anales* VI 51, 5).

circo[125], apenas permitió que se añadiera una biga. Prohibió que se le decretaran templos, flámines y sacerdotes, e incluso que se le erigieran estatuas y bustos sin su permiso, que, por otra parte, sólo concedió a condición de que no los colocaran entre las imágenes de los dioses, sino
entre los adornos de los templos[126]. Se opuso también a 2
que se le prestara el juramento de ratificar sus actos y a que el mes de septiembre recibiera el nombre de Tiberio y el de octubre el de Livio. Rechazó asimismo el prenombre de *Imperator,* el sobrenombre de Padre de la Patria y una corona cívica[127] en su vestíbulo; ni siquiera añadió en ninguna de sus cartas, salvo en las remitidas a los reyes y dinastas, el nombre de Augusto, aunque lo había recibido por herencia[128]. No desempeñó más que tres nuevos consulados[129], el primero durante unos pocos días, el segundo durante tres meses, y el tercero, estando ya ausente de Roma[130], hasta los idus de mayo.

Aborrecía tanto las adulaciones que no permitió a nin- 27
gún senador acercarse a su litera ni para presentarle sus

---

[125] Estos juegos se celebraban desde la época de Augusto del 4 al 17 de noviembre. El 13 tenía lugar el *epulum Iovis;* antes de ese día se celebraban los *ludi scaenici,* y después de él los *ludi circenses.* Tiberio había nacido el 16 de noviembre (cf. cap. 5).

[126] Es decir, a condición de que no figurara su imagen como la de un *deus contubernalis,* o asociado al dios tutelar del templo. En los templos había, además de la imagen de culto, otras muchas representaciones de personajes ilustres, pinturas, exvotos, medallones, etc.

[127] Cf. *Julio* 2, nota 13.

[128] Cf. *Augusto* 101, 2: «ordenándoles (a Tiberio y Livia), además, llevar su nombre»; *Tiberio* 17, 2: «volviendo a prometer que le bastaba (a Tiberio) con el (nombre) que había de tomar después de su muerte».

[129] Tiberio fue cinco veces cónsul, las tres últimas siendo ya emperador: en los años 18, 21 y 31.

[130] En efecto, Tiberio había abandonado Roma, ya para no volver, en el año 26 (cf. cap. 39).

respetos ni para tratar de ningún asunto, y cierto día en que un excónsul[131] se disculpaba ante él e intentaba suplicarle abrazando sus rodillas, lo esquivó con tanta vehemencia que cayó de espaldas; es más, si en una conversación o en un discurso se referían a él en términos demasiado halagadores, no dudaba en atajar esos elogios, censurarlos y hacerlos cambiar al punto. Cuando un individuo le llamó señor[132], le ordenó que no le volviera a dar ese título ultrajante. Como otro calificaba sus ocupaciones de sagradas, y un tercero afirmaba que había venido al Senado por orden suya, les obligó a cambiar sus palabras empleando «por consejo suyo» en vez de «por orden suya», y «laboriosas» en lugar de «sagradas».

28 Sereno y paciente con las críticas, con los rumores ofensivos y los versos difamatorios sobre él y sobre los suyos, a menudo repetía que, en una ciudad libre, la palabra y el pensamiento debían ser libres; y en cierta ocasión en que el Senado reclamaba la instrucción de procesos sobre los delitos de este jaez y sus autores, respondió: «No nos sobra tanto el tiempo como para que debamos enredarnos en más asuntos; si abrís esta ventana[133], os impediréis cualquier otra actividad: todo el mundo tendrá así un pretexto para traer ante vosotros sus enemistades particulares». Son suyas también las siguientes palabras, mode-

---

131 Quinto Haterio, cf. TÁC., *Anales* I 13. Véase también cap. 29.

132 Para un romano tradicional, el término *dominus* tenía unas implicaciones demasiado aduladoras, pues en principio designaba al «señor» de sus esclavos, al amo. Augusto ya lo había rechazado (cf. *Augusto* 53, 1), y Tiberio, haciendo gala de un carácter netamente romano, dijo textualmente que él era *dominus* para sus esclavos, *imperator* para sus soldados, *princeps* para el resto (cf. DIÓN, LVII 8, 2). Véase también TÁC., *Anales* II 87.

133 Cf. TERENCIO, *Heautontimorúmenos* 481.

lo de discreción, que pronunció en el Senado: «Si alguien me hace objeciones, procuraré explicarle mis actos y mis palabras; si persevera, lo odiaré a mi vez».

Esta actitud suya resultaba aún más chocante porque, 29
a la vez, el respeto con el que trataba a todos y cada uno al dirigirse a ellos excedía casi los límites de la cortesía. Un día en que en el Senado discrepaba de Quinto Haterio[134], le dijo: «Te ruego que me perdones si, en mi condición de senador, te rebato con excesiva libertad». Luego dirigiéndose a todos, añadió: «He dicho ahora y en muchas otras ocasiones, senadores, que un príncipe bueno y compasivo, al que habéis investido de un poder tan grande y tan ilimitado, debe estar al servicio del Senado y de todos los ciudadanos, e incluso, a menudo y casi sin excepción, al de cada uno de ellos en particular; y no me arrepiento de haberlo dicho, pues os he tenido y os sigo teniendo por amos[135] buenos, justos y condescendientes».

Es más, incluso dio una cierta apariencia de libertad 30
conservando al Senado y a los magistrados su antigua majestad y poder. No hubo ningún asunto público o privado, por pequeño o grande que fuera, que no se sometiera al parecer de los senadores; se les consultaba sobre los impuestos y los monopolios, sobre la construcción o restauración de edificios, incluso sobre el alistamiento o la licencia de los soldados y la repartición de las legiones y tropas auxiliares, decidiendo, por último, a qué personas se les debía prorrogar el mando o encargar de las guerras extraordinarias, y cuál tenía que ser el contenido y la forma de las respuestas a las cartas de los reyes. Obligó al

---

134 Véase cap. 27, nota 131.

135 *Dominos*, precisamente el término con el que no aceptaba que se dirigieran a él: véase cap. 27, nota 132.

comandante de un ala acusado de violencia y de robo a defender su causa ante el Senado. Siempre entró solo [136] en la curia; un día que se encontraba enfermo fue introducido en litera, pero luego despidió a su séquito.

31 Ni siquiera se quejó de que se tomaran algunas decisiones en contra de su opinión. Aunque defendía que los magistrados designados no debían ausentarse, sino aguardar en la ciudad a entrar en posesión de su cargo, un pretor electo consiguió una legación libre [137]. Cuando en otra ocasión proponía que se les concediera a los habitantes de Trebia [138] emplear en la reparación de una calzada la suma que les había sido legada para la construcción de un nuevo teatro, no pudo obtener que la voluntad del testador quedara sin efecto. En otro momento en que se procedía a una votación separándose los senadores en dos grupos [139], cuando él pasó a la parte minoritaria, no le
2 siguió nadie. También los demás asuntos se tramitaban

136 Sin embargo, en el año 33 Tiberio solicitó al Senado permiso para que el prefecto del pretorio y otros altos oficiales pudieran acompañarle a la curia (cf. TÁC., *Anales* VI 15, 5; DIÓN, LVIII 18, 5). Esta práctica se generalizó bajo los emperadores siguientes; para Calígula, cf. DIÓN, LIX 26, 3; para Claudio, cf. *Claudio* 12, 1.

137 En virtud de la cual el Senado confería al interesado el derecho a disfrutar de los honores y ventajas que comportaba el puesto de legado, aunque su permanencia en el extranjero se debiera a asuntos privados.

138 Ciudad de Umbría, hoy Trevi, situada en un ramal de la Vía Flaminia que iba desde Interamna a Fulginia (hoy Terni y Foligno respectivamente), a unas cinco millas de esta última ciudad.

139 La *discessio* era el procedimiento tradicional de votación en el Senado. Una vez debatido el asunto en cuestión, el magistrado convocante resumía las propuestas y pronunciaba estas palabras: «Los que opináis así, pasad a esta parte; los que tenéis una opinión distinta, pasad a aquella otra, según vuestro parecer».

exclusivamente a través de los magistrados, según el derecho ordinario, y la autoridad de los cónsules era tan grande, que unos embajadores africanos vinieron a quejarse ante ellos de que César, a quien se les había enviado, les hacía perder el tiempo. Y la cosa no tiene nada de extraño, pues él mismo, a la vista de todos, se levantaba ante ellos y les cedía el paso.

Reprochó a los excónsules puestos al frente de los ejér- 32
citos que no escribieran al Senado para darle cuenta de sus actos y que le consultaran a él a la hora de otorgar ciertas recompensas militares, como si no tuvieran el derecho de otorgarlas todas. Colmó de elogios a un pretor por haber retomado, a su entrada en el cargo, la antigua costumbre de recordar a sus antepasados ante la asamblea. Acompañó hasta la pira el cortejo fúnebre de algunos per-
sonajes ilustres. Mostró la misma moderación incluso con 2
personas y asuntos de menor importancia. Hizo venir a Roma a unos magistrados rodios por haberle enviado cartas oficiales sin la debida fórmula de despedida, pero luego los dejó marchar sin una sola palabra de reproche y con la única advertencia de que no volvieran a hacerlo. El gramático Diógenes, que acostumbraba a disertar los sábados [140] en Rodas, no había querido recibirle un día fuera del habitual en que acudió a escuchar sus enseñanzas [141], y le había mandado decir por uno de sus esclavos

140 La primitiva «semana» romana de ocho días, que transcurrían entre dos *nundinae* (véase *Augusto* 92, 2, nota 337), había dado paso desde el comienzo del Imperio a la semana de siete días (*septimana*), cada uno de los cuales estaba dedicado a un planeta. El *dies Saturni* comenzó a llamarse desde muy temprano *sabbatum* por influencia del judaísmo (véase también *Augusto* 76, 2).

141 Para el gran interés de Tiberio por la erudición, véanse caps. 11, 3; 56 y 70. Las enseñanzas de los gramáticos no sólo comprendían la

que aguardara al séptimo día; cuando más tarde, en Roma, Diógenes se hallaba ante sus puertas a la espera de poder cumplimentarle, se limitó a mandarle aviso de que volviera pasados siete años. A las sugerencias que le hacían algunos gobernadores de que aumentara los impuestos de sus provincias contestó por escrito que un buen pastor debía esquilar a su rebaño, pero no desollarlo.

33 Poco a poco se fue manifestando como príncipe, y, por muchas pruebas de inconstancia que diera durante largo tiempo, fueron más las ocasiones en las que se mostró benévolo y dispuesto a servir a los intereses públicos. Al principio intervenía sólo para evitar que se cometieran abusos. Así, anuló algunos decretos del Senado, y muchas veces, cuando los magistrados se hallaban juzgando en su tribunal, se ofrecía a actuar como asesor suyo, sentándose a su lado o enfrente de ellos, en primera fila [142]; si corrían rumores de que la influencia iba a hacer que se perdonara a un acusado, se presentaba de improviso ante los jueces y, desde el mismo suelo o bien desde el estrado del instructor, les recordaba las leyes, el sagrado juramento que habían prestado, y el delito sobre el que debían juzgar; asimismo, al menor indicio de relajación en las cos-

lengua y la literatura, sino que abarcaban también otros campos, como el de la historia.

142 En el tribunal se sentaban el magistrado, sus consejeros, los *assesores, scribae* y demás esclavos, que prestaban sus servicios al magistrado. Enfrente del tribunal se situaban los bancos que ocupaban las partes en litigio, los testigos y el público asistente. Según Tácito (*Anales* I 75, 1), Tiberio se sentaba *in cornu tribunalis, ne praetorem curuli depelleret* («en un extremo del tribunal, para no despojar al pretor de su silla»). Dión (LVII 7, 6) dice que se sentaba ἐπί τοῦ βάθρου τοῦ κατάντικρύς σφων κειμένου («en el banco que quedaba exactamente enfrente de ellos»).

tumbres públicas debido a la desidia o a un mal hábito, asumió al instante su reforma.

Redujo los gastos que ocasionaban los juegos y espec- 34
táculos recortando el salario de los actores [143] y limitando a un número determinado las parejas de gladiadores. Después de haberse quejado enérgicamente del exorbitante precio que habían alcanzado los vasos de Corinto [144] y de que tres salmonetes hubiesen llegado a costar treinta mil sestercios, propuso que se fijara un límite al mobiliario y que el precio de los víveres fuera regulado cada año por decisión del Senado, encargando a los ediles imponer severas restricciones a las tabernas y tugurios, al extremo de no permitir siquiera la puesta en venta de productos de pastelería. Asimismo, para fomentar también la economía pública con el ejemplo, a menudo hizo servir en las comidas de ceremonia los restos del día anterior, por ejemplo la mitad de un jabalí, asegurando que tenía exactamente las mismas propiedades que entero. Prohibió por un edicto 2
la costumbre de besarse [145] y el intercambio de estrenas [146] pasadas las calendas de enero. Solía devolver una estrena de valor cuatro veces mayor que la recibida, y hacerlo además personalmente, pero, harto de que le importuna-

143 En el año 15, según Tácito (*Anales* I 77, 5).

144 Que habían llegado a ser extraordinariamente apreciados, cf. *Augusto* 70, 2. Eran recipientes fabricados con metales preciosos.

145 No se trata aquí de los besos intercambiados entre parientes, sino de los que, a modo de saludo, se habían puesto de moda desde comienzos del Imperio entre las personas de rango social elevado. La medida adoptada por Tiberio era, ante todo, higiénica, pues precisamente por esta época se había propagado una enfermedad de la piel cuyos efectos padeció el propio emperador: cf. PLIN., *Historia Natural* XXVI 1 ss. Véase también SUET., *Tiberio* 68, 2; TÁC., *Anales* IV 57, 3.

146 Los romanos tenían por costumbre intercambiar regalos de buen augurio a primeros de año.

ran durante todo el mes las personas que no habían podido verle el primero de año, dejó de admitirlas pasado ese día.

35 Respecto a las matronas que se hubieran deshonrado, dispuso que, a falta de acusador público, fueran sus parientes quienes las castigaran con arreglo a la sentencia dictada en común, según la costumbre de nuestros mayores. Permitió a un caballero romano repudiar a su mujer, convicta de adulterio con su yerno, dispensándole del juramento que había prestado anteriormente de no repudiarla
2 jamás. Las mujeres de mala fama comenzaban a declarar la prostitución[147] para quedar libres de los derechos y la dignidad de las matronas con vistas a evitar el castigo de las leyes[148], y los jóvenes más depravados de los dos órdenes afrontaban voluntariamente el estigma de un juicio infamante para no verse coartados por el decreto del Senado que prohibía su actuación en el teatro o en la arena[149]; castigó a todos ellos, hombres y mujeres, con el destierro, para que nadie pudiera hallar un refugio en semejantes fraudes. Retiró el laticlavo a un senador cuando supo que se había ido a vivir al campo hacia las calendas de julio para alquilar a un precio más bajo una casa en Roma pasada esta fecha[150]. Privó de la cuestura a otro personaje, casado la víspera del sorteo, por haber repu-

147 Cf. Tác., *Anales* II 85, donde se narra el caso de Vistilia.

148 Bastante rigurosas en lo relativo a los adulterios, cf. *Augusto* 5, nota 28.

149 Augusto había prohibido a los senadores en 38 a. C. y a los caballeros quizá algo más tarde actuar como gladiadores; cf. Dión, XLVIII 43, 3; Suet., *Augusto* 43, 3. Sin embargo, en 11 d. C. se levantó la prohibición a los caballeros; cf. Dión, LVI 25, 7 y 8.

150 Los alquileres se fijaban en Roma en las calendas de julio, lo que provocaba en esta fecha un alza de los precios. Probablemente, los

diado a su mujer al día siguiente de efectuarse éste[151].

Reprimió los cultos extranjeros, los ritos egipcios[152] y 36
judíos[153], obligando a los que profesaban esta primera superstición a quemar sus vestiduras religiosas y todos los utensilios de su culto. So pretexto del servicio militar, repartió a la juventud judía en provincias de clima muy riguroso[154], y a los demás individuos de este pueblo o seguidores de cultos similares los expulsó de Roma, bajo

senadores estaban obligados a tener un domicilio en Roma, ya fuera de propiedad, ya en alquiler.

151 Se deduce que, en el sorteo para determinar su provincia o ámbito de competencias, este cuestor había obtenido una que hacía innecesario o poco conveniente su matrimonio, celebrado precisamente el día anterior.

152 El culto de Isis estaba extendido y tolerado en Roma, con más o menos altibajos, desde mediados del siglo I a. C. La actitud de Augusto a este respecto había sido, por lo general, tolerante, aunque despectiva (cf. *Augusto* 93), limitándose a prohibir la erección de altares en el interior del *pomerium*. Su sucesor Tiberio no llevó a cabo una auténtica persecución contra estos ritos y sus adeptos, pero sí los reprimió con severidad a raíz del escándalo protagonizado por Decio Mundo y Paulina en 19 d. C. Cf. Jos., *Antigüedades judaicas* XVIII 3, 4.

153 El judaísmo había alcanzado una gran difusión, y el proselitismo de sus seguidores despertaba el recelo de los romanos. La actitud de Tiberio contraria al judaísmo era favorecida ante todo por Sejano, con fuertes sentimientos antijudíos. A su muerte, las medidas contra el judaísmo se suavizaron en todo el imperio. La expulsión de los judíos bajo el reinado de Tiberio fue también consecuencia de un escándalo, cf. Jos., *Antigüedades judaicas* XVIII 3, 5.

154 Según Josefo (*loc. cit.*) y Tácito (*Anales* II 85, 5), cuatro mil jóvenes judíos fueron enrolados en el ejército y enviados a Cerdeña. Los judíos tenían la prerrogativa de no prestar servicio militar por motivos religiosos. La medida tomada por aquel entonces contra ellos no significó que les fuera anulada esta prerrogativa, sino que se trató de una sanción de carácter temporal. Para el mal clima de Cerdeña, cf. Liv., XXIII 34, 11; Mela, II 7, 123.

pena de esclavitud perpetua si no obedecían. Desterró también a los astrólogos, pero luego los perdonó atendiendo a sus ruegos y ante la promesa de que renunciarían a su arte.

37 Ante todo, procuró defender el orden público de los atracos y robos, así como del desenfreno que acompaña a las sediciones. Distribuyó por Italia puestos de guardia en mayor número de lo que era habitual. Construyó en Roma un cuartel para dar alojamiento a las cohortes pretorianas, hasta el momento sin residencia fija y dispersas
2 por casas particulares [155]. En cuanto a las revueltas populares, las reprimió con la mayor severidad una vez que habían estallado, pero también veló atentamente para que no llegaran a producirse. Cuando en cierta ocasión se cometió un asesinato en el teatro en el curso de una disputa, desterró a los cabecillas de las facciones y a los actores que eran causa de la reyerta, y todas las súplicas del pueblo no bastaron para moverle a levantarles el destierro.
3 En otra ocasión en que el pueblo de Pollencia [156] no había dejado partir del Foro el cortejo fúnebre de un centurión primipilo hasta haber arrancado por la fuerza a sus herederos dinero para un combate de gladiadores, hizo que una cohorte partiera de Roma y otra del reino de Cotio [157]

155 Véase *Augusto* 49, 1; DIÓN, LVII 19, 6; TÁC., *Anales* IV 2, 1. La construcción de un campamento permanente para la guardia pretoriana supuso un paso decisivo en la transición del principado constitucional al despotismo militar. El acantonamiento de la guardia pretoriana en Roma tuvo lugar el año 23 d. C. Su campamento se situó al nordeste de la ciudad, fuera del recinto de Servio, entre la *Porta Collina* y la *Porta Viminalis*.

156 Ciudad de Liguria, actual Pollenzo.

157 El término «reino» no sería del todo exacto. Marco Julio Cotio, hijo del rey Dono, había perdido su título de rey y el control sobre

sin manifestar el motivo de su marcha, y que luego, descubriendo de repente las armas y dando al unísono la señal de ataque, penetraran en la ciudad por las diversas puertas, tras lo cual encarceló de por vida a la mayor parte del pueblo y de los decuriones [158]. Abolió asimismo el derecho consuetudinario de los lugares de asilo, dondequiera que se hallaran [159]. Privó a Cícico de la libertad que se había ganado durante la guerra contra Mitridates, cuando sus habitantes se atrevieron a atacar a los ciudadanos romanos que en ella habitaban. No emprendió ninguna otra 4
expedición para sofocar las revueltas de los enemigos, sino que lo hizo por medio de sus legados, a los que sólo enviaba tras muchas vacilaciones y en caso de necesidad. Contuvo a los reyes hostiles y poco de fiar más con amenazas y reproches que utilizando la fuerza; a algunos los atrajo hacia sí valiéndose de halagos y promesas, y ya no los dejó partir, como al germano Marobodo [160], al tracio

ciertas ciudades ante su dudosa actitud frente a las tribus alpinas levantiscas. Claudio devolvió más tarde a un hijo o nieto suyo el título de *rex* en el año 44, y, finalmente, Nerón convirtió este reino en provincia en el año 64 (cf. *Nerón* 18). El reino se hallaba situado en los Alpes hoy todavía llamados Cotios, y su capital era Susa.

158 Los decuriones eran los magistrados municipales.

159 El derecho de asilo era una costumbre griega y en general oriental, permitida y utilizada en un principio por los romanos. Consistía en la inviolabilidad de templos y santuarios, que se hacía extensiva a cuantos se refugiaran en ellos.

160 Príncipe marcomano, fundador, en la zona de Bohemia, de un importante reino germánico. Educado en Roma, mantuvo siempre buenas relaciones con ella, hasta que los intereses del Imperio hicieron inevitable la ocupación de su reino. El año 6 d. C. se envió una expedición contra él comandada por Tiberio (véase cap. 16, 1) y Gayo Sentio Saturnino. Pero antes de que se produjera el enfrentamiento, estalló la rebelión de Panonia y Dalmacia, que exigió la inmediata retirada de las tropas roma-

Rascuporis[161] y al capadocio Arquelao[162], cuyo reino redujo incluso a la categoría de provincia.

38 Durante los dos primeros años de su mandato no salió de Roma; en los años siguientes, sólo se ausentó para ir a ciudades cercanas, cuando más lejos hasta Ancio, y ello en contadas ocasiones y sólo por unos días, a pesar de haber anunciado a menudo su propósito de visitar también las provincias y los ejércitos, y de preparar su marcha casi todos los años proveyéndose de carros, disponiendo pertrechos por los municipios y colonias, y permitiendo,

nas hacia la zona de conflicto. Tras esto, la posición de Marobodo se afianzó y su influencia se extendió a todos los pueblos germanos del Elba y a algunos de la Germania oriental. Pero estalló la rebelión contra su hegemonía entre los longobardos y senones, y Arminio, el caudillo de la independencia, lo derrotó y le hizo retirarse al Nórico, donde solicitó la ayuda de los romanos. Murió anciano, confinado en Ravena.

161 Hermano de Remetalces I, junto al cual prestó ayuda a Roma durante la rebelión de Panonia del año 6 d. C. A la muerte de aquél obtuvo de Augusto la mitad del reino de Tracia, yendo la otra a parar a manos de Cotis, hijo de Remetalces. Rascuporis comenzó a hostigarle, primero con cautela mientras vivió Augusto, luego en guerra abierta durante el reinado de Tiberio. Desoyendo las advertencias del emperador, le hizo prisionero a traición y más tarde le mandó matar. Por este motivo, Tiberio se las arregló para hacerle venir a Roma, donde fue juzgado y condenado, siendo desterrado a Alejandría y hallando la muerte en un intento de huida, real o inventada, en 19 d. C. Cf. TÁC., *Anales* II 64-67.

162 Nieto del personaje del mismo nombre, adversario de Sila en la guerra contra Mitrídates. Fue recompensado por Antonio con el trono de Capadocia en 36 a. C., y Augusto, en 20, añadió a su reino Armenia *minor* y parte de Cilicia. Tiberio le defendió ante Augusto de las quejas presentadas contra él por sus súbditos (cf. cap. 8), pero más tarde se enemistó con él y en 17 d. C. le hizo venir a Roma, donde fue acusado ante el Senado y murió. Cf. TÁC., *Anales* II 42. Su reino fue convertido en provincia por Germánico; cf. *Calígula* 1, 2.

en fin, que se hicieran votos por su marcha y por su regreso, de suerte que el pueblo le llamaba ya en broma Calípides, personaje que, según un proverbio griego[163], corría sin avanzar siquiera un codo.

Pero cuando perdió a sus dos hijos, muerto Germánico 39
en Siria y Druso en Roma, buscó el retiro de Campania[164]. En la mente y en los labios de casi todo el mundo rondaba la idea de que ya no iba a regresar, e incluso de que hallaría pronto la muerte, y poco faltó para que ambas predicciones se cumplieran. En efecto, no volvió más a Roma, y, pocos días después, mientras comía, cerca de Terracina, en una finca de recreo llamada Espelunca[165], varias rocas enormes se desprendieron de improviso del techo y aplastaron a muchos convidados y sirvientes, escapando él mismo contra todo pronóstico[166].

Después de haber recorrido Campania y dedicado un 40
Capitolio en Capua[167] y un templo de Augusto en Nola[168], proyectos ambos que le habían servido de pretexto

163 Mencionado también por CICERÓN, *Epistolae ad Atticum* XIII 12, 3.

164 No inmediatamente después, como parece deducirse de las palabras de Suetonio, pues Tiberio se retiró a Capri en el año 26, mientras que Germánico y Druso habían muerto, el primero en 19 (cf. *Calígula* 1, 2) y el segundo en 23 d. C. (cf. cap. 62, 2).

165 El nombre de esta villa se conserva en la moderna Sperlonga, situada cerca de Fondi. Las grandes cavernas naturales de la zona (*spelunca* significa «gruta») albergaron residencias amplias y suntuosas.

166 Según Tácito (*Anales* IV 59), fue salvado por Sejano.

167 Cf. *Calígula* 57, 2. El Capitolio era un templo de Júpiter, como vemos en TÁCITO, *Anales* IV 57, 1.

168 Ciudad en la que Augusto había muerto (cf. *Augusto* 98, 5; 100, 1 y 2). La casa fue consagrada, cf. DIÓN, LVI 46, 3.

para su partida, se dirigió a Capri[169], especialmente atraído por esta isla porque sólo se abordaba por una pequeña ensenada, hallándose, por lo demás, totalmente circundada por rocas escarpadas de una altura inmensa y por un mar profundo. Mas, como el pueblo le instaba a volver al punto con las más insistentes súplicas, a causa del desastre ocurrido en Fidenas[170], en el que habían perecido más de veinte mil personas durante un espectáculo de gladiadores a consecuencia del hundimiento del anfiteatro, pasó al continente y permitió a todo el mundo venir a verle, con mayor motivo aún debido a que, al salir de Roma, había ordenado que nadie viniera a importunarle, y, durante todo el recorrido, había hecho alejar a los que se acercaban.

41 Una vez de regreso en su isla, hasta tal extremo se despreocupó de los asuntos públicos que, a partir de ese momento, no volvió a cubrir las bajas en las decurias de los caballeros, no cambió a ningún tribuno militar o prefecto ni a ningún gobernador de provincia, tuvo a Hispania y Siria durante varios años sin legados consulares, y dejó que los partos ocuparan Armenia, que los dacios y sármatas devastaran Mesia y los germanos las Galias, con gran deshonra y no menor peligro del imperio.

42 Por lo demás, con la libertad que le ofrecía el aislamiento y lejos, por decirlo así, de los ojos de la ciudad, dejó por fin salir de una vez al exterior todos los vicios que durante tanto tiempo apenas había logrado disimular.

---

169 Propiedad de los emperadores desde que Augusto se la canjeó, en 29 a. C., a los habitantes de Nápoles por la de Enaria (cf. *Augusto* 92, 2).

170 Ciudad del Lacio, situada a cinco millas (unos siete Km. y medio) de la Puerta Colina. Tácito (*Anales* IV 62-63) da un detallado relato del suceso, ocurrido en 27 d. C.

Hablaré de ellos uno por uno desde el principio. En el campamento, cuando era todavía soldado bisoño, su excesivo apego al vino hacía que le llamaran Biberio, en lugar de Tiberio, Caldio, en vez de Claudio, y Merón, por Nerón[171]. Más tarde, siendo ya emperador, precisamente cuando acometía la reforma de las costumbres públicas, pasó una noche y los dos días siguientes comiendo y bebiendo con Pomponio Flaco[172] y Lucio Pisón[173], tras lo cual entregó al primero la provincia de Siria y al segundo la prefectura de Roma, declarándolos incluso en sus respectivos nombramientos sus amigos más queridos y de todas las ocasiones. Aceptó la invitación a comer de Sestio 2

---

171 *Biberio*, formado a partir del verbo *bibo*, equivale a «borrachín»; *Caldio*, del adjetivo *cal(i)dus*, parece una alusión a la preferencia de los bebedores por el vino muy caliente; *Merón* es un sobrenombre creado a partir de *merum* (vino puro, sin mezcla).

172 Lucio Pomponio Flaco; legado en Mesia, a las órdenes de Popeo Sabino; cónsul ordinario en 17 d. C. En el año 19 fue enviado de nuevo a Mesia por Tiberio, con objeto de convencer al rey de Tracia, Rascuporis (véase cap. 37, 4), de quien era amigo, para que fuera a un campamento romano y aceptara una guardia personal, que acabó llevándoselo a Roma. En 32 fue legado *pro praetore* de la provincia de Siria. Murió al año siguiente en dicha provincia (cf. TÁC., *Anales* VI 27, 2). Era muy amigo de Tiberio, y Veleyo Patérculo (II 129) le dedica palabras halagadoras.

173 Lucio Calpurnio Pisón Frugi, pontífice, cónsul en 15 a. C. Era hijo de Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, cónsul en 58 a. C. (cf. *Julio* 21), y, por tanto, hermano de Calpurnia, la esposa de César. Nacido en 48 a. C., es acaso el procónsul de la Transpadana enviado por Augusto en 16/13 contra los vindélicos. Como procónsul de Macedonia y simultáneamente legado de Augusto en los años 12-10, dirigió la guerra contra el pueblo de los besos en Tracia. Fue nombrado prefecto de Roma por Tiberio al comienzo de su mandato (véase también PLIN., *Historia Natural* XIV 145), o bien, si seguimos a Tácito, durante el mandato de Augusto, en 12 d. C., pues este último autor sitúa su muerte en 32, tras haber ostentado este cargo durante veinte años (cf. *Anales* VI 10 y 11).

Galo, anciano libidinoso y pródigo, que había sido en otro tiempo marcado con la nota de ignominia por Augusto y a quien él mismo había reprendido pocos días antes en el Senado, a condición de que no se cambiara ni omitiera nada de lo que era habitual y de que la comida fuera servida por jovencitas desnudas. Prefirió a un candidato a la cuestura totalmente desconocido, antes que a muy nobles personajes, por haberse bebido en un banquete un ánfora de vino en respuesta a su desafío. Premió a Aselio Sabino [174] con doscientos mil sestercios por un diálogo en el que había presentado el debate de una seta, un papafigo, una ostra y un tordo. Creó, en fin, un nuevo cargo, el de secretario para los placeres imperiales, al frente del cual puso al caballero romano Tito Cesonio Prisco.

43 En su retiro de Capri ideó incluso unos aposentos, sede de obscenidades secretas, donde grupos de muchachas y de jóvenes licenciosos reclutados por doquier, junto con aquellos inventores de ayuntamientos monstruosos a los que llamaba espintrias [175], unidos de tres en tres, fornicaran sucesivamente ante su vista, para excitar de este modo
2 sus apagados deseos. Instaló alcobas por todas partes y las adornó con cuadros y estatuillas de los más lascivos asuntos, equipándolas además con los libros de Elefántide [176], para que todo el mundo tuviera, al ejecutar su cometido, un modelo de la postura que se le ordenaba tomar. Se le ocurrió también disponer en bosques y prados diversos parajes consagrados a Venus, y distribuir por cuevas y grutas jóvenes de uno y otro sexo que se ofrecían

[174] Quizá el mismo personaje que aparece en *Calígula* 8 con el nombre de Asilio, e identificable también con el rétor Asilio Sabino mencionado por Séneca, *Suasorias* II 12.

[175] Cf. TÁC., *Anales* VI 1.

[176] Poetisa tardoalejandrina, autora de una obra pornográfica.

al placer vestidos de faunos y de ninfas; de ahí que todo el mundo le llamara ya abiertamente «Capríneo», haciendo un juego de palabras con el nombre de la isla.

Se le atribuían vicios aún peores y más indignos, de 44
tal naturaleza que apenas es lícito exponerlos u oírlos contar, y menos aún creerlos. Se decía, en efecto, que enseñaba a niños de la más tierna edad, a los que llamaba sus pececitos, a revolverse y jugar entre sus muslos mientras nadaba, dándole tiernas lengüetadas y mordiscos; e incluso que acercaba a su sexo, como si del pecho se tratara, a niños más robustos, pero todavía sin destetar, pues su naturaleza y su edad le hacían sin duda muy propenso a este tipo de placer. Por este motivo, cuando le legaron un cua- 2
dro de Parrasio [177] en el que se veía a Atalanta [178] complaciendo con la boca a Meleagro [179], dándole opción a recibir en su lugar un millón de sestercios si el tema le disgustaba, no sólo prefirió el cuadro, sino que lo hizo incluso colgar en su alcoba. Cuentan también que un día, mientras se hallaba celebrando un sacrificio, cautivado por la belleza del sirviente que le ofrecía el incensario, no pudo evitar llevárselo al punto aparte, apenas acabada la ceremonia, para forzarlo a él y a su hermano, que era flautista; y que luego hizo romper las piernas a ambos por haberse reprochado mutuamente su deshonra.

[177] Parrasio de Éfeso, uno de los principales pintores griegos de la segunda mitad del siglo V a. C. Sobre su afición a pintar atrevidas escenas eróticas, véase PLIN., *Historia Natural* XXXV 72.

[178] Hija de Íaso de Arcadia; extraordinaria arquera, participó en la cacería del jabalí de Calidón y fue amada por Meleagro.

[179] Héroe etolio, hijo de Eneo y hermano de Deyanira, la segunda esposa de Hércules; famoso ante todo por haber dado muerte al jabalí de Calidón.

45 La muerte de una tal Malonia puso clarísimamente de manifiesto lo muy habituado que estaba también a ultrajar a las mujeres, incluso nobles. Ante la obstinada negativa de aquélla a tolerar ninguna vejación después de haber sido conducida hasta él, la expuso a los delatores, y ni siquiera durante el juicio dejó de preguntarle si se arrepentía, hasta que ella, abandonando la sala, se precipitó a su casa y se atravesó con un puñal, no sin antes haber colmado abiertamente de vituperios a ese viejo grosero y repulsivo por la obscenidad de su boca. De ahí que las siguientes palabras[180], pronunciadas durante los juegos que se celebraron a continuación en la atelana que cerraba el espectáculo[181], fueran recibidas con un aplauso unánime, corriendo luego de boca en boca: «El viejo cabrón lame el sexo de las cabras».

46 Tacaño y avariento, jamás asignó un sueldo a los compañeros de sus viajes y expediciones, contentándose con subvenir a su manutención; sólo una vez se mostró generoso con ellos a expensas de su padrastro y, agrupándolos en tres clases, según la dignidad de cada uno, repartió seiscientos mil sestercios entre los de la primera, cuatrocientos mil entre los de la segunda, y doscientos mil entre los de la tercera, a quienes llamaba no sus amigos, sino sus griegos[182].

180 Adoptamos la corrección de Bentley, *vox*, seguida, entre otros, por Bassols. Ailloud, al igual que Ihm, acepta la lectura de los manuscritos *mora*.

181 Las atelanas, farsas populares procedentes de Atela, se utilizaron desde finales de la República y comienzos del Imperio como *exodia*, una especie de sainetes que ponían fin al espectáculo teatral después de la representación de una tragedia.

182 Cf. cap. 56.

Una vez emperador, no realizó ninguna construcción 47
de envergadura (pues incluso las únicas que había emprendido, a saber, el templo de Augusto y la restauración del teatro de Pompeyo, las dejó sin acabar después de tantos años[183]) ni dio tampoco ningún espectáculo; ni siquiera asistió, salvo en contadas ocasiones, a los patrocinados por otras personas, para evitar que pudieran dirigirle alguna petición, sobre todo después de haberse visto obligado a manumitir al comediante Accio. Alivió la miseria de unos pocos senadores, pero luego, para no tener que prestar ayuda a más, declaró que sólo socorrería a aquellos que hubieran justificado sus necesidades ante el Senado. Con esta condición, hizo que la mayoría desistiera por modestia y por pudor, entre ellos Hórtalo, nieto del orador Quinto Hortensio[184], que, con un modestísimo patrimonio, había criado a cuatro hijos siguiendo las consignas de Augusto[185].

Sólo en dos ocasiones se mostró generoso con el pue- 48
blo: la primera, cuando puso a su disposición cien millones de sestercios sin interés por un período de tres años, y la segunda, cuando reembolsó a algunos propietarios de casas de vecindad, que se habían incenciado en el monte Celio[186], el precio que habían pagado por ellas. Se vio obligado a tomar la primera de estas medidas ante la insistente demanda de ayuda por parte del pueblo a raíz de una gran escasez de numerario, y después de haber ordenado por un decreto del Senado que los prestamistas invir-

183 Cf. TÁC., *Anales* VI 45. Ambos monumentos fueron terminados y dedicados por Calígula en el año 37 d. C., cf. *Calígula* 21. Sobre el teatro de Pompeyo, véase nota 178 a *Augusto* 31, 5.

184 Cf. *Augusto* 72, 1 y nota correspondiente.

185 Cf. TÁC., *Anales* II 37-38.

186 El año 27, cf. TÁC., *Anales* IV 64.

tieran en tierras dos partes de su patrimonio y que los deudores satisficieran otro tanto de su deuda, sin que la situación se arreglara[187]; la segunda, para mitigar el horror de aquella catástrofe. Sin embargo, valoró tanto este último beneficio, que ordenó cambiar el nombre del monte
2 Celio por el de Augusto[188]. En cuanto a los soldados, después de haber duplicado los legados que Augusto les había hecho en su testamento[189] no volvió a hacerles ninguna donación, a excepción de mil denarios por cabeza a los pretorianos por no haber secundado a Sejano, y algunas recompensas a las legiones de Siria por haber sido las únicas que no honraron la imagen de éste entre sus estandartes. Concedió incluso poquísimas licencias a los veteranos, calculando que la vejez les traería la muerte y que su muerte le supondría un ahorro. Ni siquiera socorrió a las provincias con ningún donativo, a excepción de Asia, cuando sus ciudades fueron destruidas por un terremoto.

49 Con el paso del tiempo se aficionó incluso a la rapiña. Como todo el mundo sabe, valiéndose del miedo y de la angustia llevó a Gneo Léntulo Augur[190], una de las personas más ricas, a aborrecer la vida y a morir dejándole como único heredero; hizo asimismo condenar a Lépida,

187 Sobre toda esta cuestión, cf. TÁC., *Anales* VI 16 y 17.

188 Según Tácito (*Anales* IV 64), ésta no fue una iniciativa de Tiberio, sino una propuesta motivada por el hecho de que sólo una estatua de Tiberio, situada en casa del senador Junio, se había salvado de las llamas, mientras todo ardía a su alrededor.

189 Cf. *Augusto* 101, 2.

190 Gneo Cornelio Léntulo Augur parece que comenzó como orador, impidiéndole su pobreza seguir la carrera política. La liberalidad de Augusto le permitió entrar al servicio del Estado, logrando a partir de entonces convertirse en el propietario de la mayor fortuna conocida en la Antigüedad (cuatrocientos millones de sestercios). Fue cónsul en 14 a. C. y procónsul en Asia en 2/1.

mujer de muy noble familia[191], para complacer a Quirinio[192], excónsul sumamente rico y sin hijos, el cual, veinte años después de haberse divorciado de ella, la acusaba de haber intentado envenenarlo en otro tiempo; confiscó 2
además sus bienes a personas principales de las Galias, de las Hispanias, de Siria y de Grecia bajo unas acusaciones de lo más fútil y desvergonzado, llegando a imputárseles a algunos como único delito el tener en metálico parte de su patrimonio; quitó incluso a muchas ciudades y particulares sus antiguos privilegios, así como el derecho a explotar sus minas y a disponer de sus rentas; para colmo, despojó en un acto de perfidia e hizo matar a Vonones, rey de los partos[193], que, expulsado por su pueblo, se había refugiado con su inmenso tesoro en Antioquía, como apelando a la protección del pueblo romano.

El odio que sentía contra sus parientes lo puso en pri- 50
mer lugar de manifiesto con su hermano Druso, divul-

191 Emilia Lépida, hija de Quinto Emilio Lépido (cónsul en 21 a. C.) y hermana de Manio Emilio Lépido (cónsul en 11 d. C.), contaba además entre sus antepasados maternos a Sila y Pompeyo. Prometida primero a Lucio César, casó con Publio Sulpicio Quirinio, del que se divorció hacia 3/5 d. C., contrayendo de nuevo matrimonio con Mamerco Emilio Escauro. El proceso contra ella tuvo lugar en 20 d. C. Cf. TÁC., *Anales* III 22 y 23.

192 Publio Sulpicio Qurinio, cónsul en 12 a. C. A continuación, y hasta el año 7 a. C., fue gobernador de Galacia. Estuvo en Armenia en calidad de *rector* de Gayo César. Como procónsul de Siria en 6/7, llevó a cabo el primer censo de Judea como provincia romana, que LUCAS II 2 sitúa en el momento del nacimiento de Jesucristo. Murió en 21 d. C., cf. TÁC., *Anales* III 48.

193 Sin embargo, Tácito, que da un relato detallado de la historia de este rey (*Anales* II 1-4), no hace intervenir a Tiberio en su muerte, acaecida en Pompeyópolis de Cilicia, adonde Germánico, a petición de Artábano, lo había trasladado en 18 d. C. (*Anales* II 58 y 68).

gando una carta suya en la que le hablaba de obligar a Augusto a restablecer la libertad; luego lo manifestó asimismo con los demás. No mostró un ápice de consideración, ni siquiera de humanidad, que es lo mínimo que se puede tener, para con su mujer Julia una vez que fue relegada; antes bien, aunque se hallaba ya por orden de su padre confinada en una ciudad [194], le prohibió además salir de casa y gozar de la compañía de los hombres; incluso la despojó del peculio que su padre le había concedido y de las rentas anuales que le proporcionaba, so pretexto de que debía aplicársele el derecho común, puesto que Augusto no había previsto nada a este respecto en su
2 testamento. Harto de su madre Livia, que, según él, reclamaba para sí una participación igual en el poder, evitó frecuentar su trato y mantener con ella conversaciones demasiado largas e íntimas, para no dar la impresión de que se regía por sus consejos, los cuales, sin embargo, solía necesitar y utilizar en ocasiones. Le produjo incluso una gran indignación que se hubiera debatido en el Senado la cuestión de añadir a sus títulos el de «Hijo de Livia» del mismo modo que se le había dado el de «Hijo de
3 Augusto». Por este motivo, se opuso terminantemente a que se la llamara «Madre de la Patria» y a que se le otorgara oficialmente ningún honor extraordinario; la advirtió incluso repetidas veces que se mantuviera al margen de los asuntos de importancia e impropios de una mujer, sobre todo cuando supo que, en un incendio que se había declarado junto al templo de Vesta, se había personado en el lugar del siniestro y había exhortado al pueblo y a los soldados a prestar auxilio con todas sus fuerzas, como solía hacerlo en vida de su marido.

[194] Véase *Augusto* 65, 3.

Más adelante, llegó a enemistarse con ella, según dicen, 51
por el siguiente motivo. Como no dejaba de apremiarle para que admitiera en las decurias de jueces a un individuo al que se había concedido la ciudadanía, acabó por acceder a ello, pero sólo si le daba su consentimiento para que en la lista constara que este nombramiento le había sido arrancado por su madre. Entonces Livia, irritada, sacó de sus aposentos privados unas viejas cartas que Augusto le había escrito, en las que le comentaba la dureza e intolerancia del carácter de su hijo, y se las leyó a éste. Tiberio llevó tan a mal que las hubiera guardado durante tanto tiempo y que se las echara ahora en cara con tanta malevolencia, que, según la opinión de algunos, éste fue el principal motivo de su retiro. Sea como fuere, el caso 2
es que, en los tres años que estuvo fuera de Roma en vida de su madre [195], sólo la vio una vez, un día nada más y por muy pocas horas; más tarde, no se molestó en ir a verla durante su enfermedad, y, después de su muerte, hizo retrasar sus funerales durante varios días a la espera de su llegada, de suerte que, cuando al fin se celebraron, el cadáver estaba ya corrupto y en descomposición, tras lo cual prohibió además que se la divinizara [196], como si ella misma así lo hubiera dispuesto. Declaró asimismo nulo su testamento, y en poco tiempo causó la ruina de todos sus amigos y allegados, incluso de aquellos a los que ella había encargado a la hora de su muerte ocuparse de sus funerales; uno de ellos, un personaje del orden ecuestre, fue incluso condenado a los trabajos de extracción de aguas.

[195] Tiberio partió para Capri el año 26 y Livia murió el 29 d. C.

[196] Más tarde, sin embargo, le fueron concedidos los honores divinos por Claudio, cf. *Claudio* 11, 2.

52 No amó con cariño de padre a ninguno de sus hijos,
no ya al adoptivo Germánico[197], sino tampoco a su hijo
legítimo Druso[198], cuyos vicios le exasperaban, pues lle-
vaba una vida muy relajada y disoluta. Y así, ni siquiera
su muerte[199] le afectó lo más mínimo, sino que, casi in-
mediatamente después de los funerales, volvió a sus ocu-
2 paciones habituales prohibiendo prolongar el duelo. Más
aún, cuando unos embajadores ilienses le presentaron sus
condolencias con un poco de retraso, les contestó en tono
de broma, como si el dolor se le hubiera borrado ya de
la memoria, que él también les daba el pésame por la
pérdida de un conciudadano tan ilustre como Héctor. De-
nigró a Germánico al extremo de rebajar sus preclaras
hazañas[200] calificándolas de inútiles, y de condenar sus
más gloriosas victorias como funestas para el Estado. Se
quejó también en el Senado de que se hubiera dirigido a
Alejandría[201] sin consultarle con ocasión de las terribles
hambres que se habían desatado de improviso en aquella
3 ciudad. Se cree incluso que causó su muerte por interme-
dio de Gneo Pisón, legado de Siria[202], quien, acusado más
tarde de este crimen, habría dado a conocer sus instruccio-

[197] Cf. cap. 15, 2.

[198] Cf. cap. 7, 2.

[199] Sobre ésta, véase cap. 62, 1.

[200] Cf. *Calígula* 1.

[201] En 19 d. C. Cf. TÁC., *Anales* II 59.

[202] Cf. *Calígula* 2. Gneo Calpurnio Pisón, cónsul en 7 a. C., había sido amigo y legado de Augusto *pro praetore* en Hispania Citerior (TÁC., *Anales* III 13, 1). Fue también procónsul en África entre 6 a. C. y 12 d. C. Nombrado gobernador de Siria en 17 (TÁC., *Anales* II 43), tras la muerte de Germánico vino a Roma en 20, donde sufrió el proceso que Tácito narra con todo detalle (*Anales* III 7-18) y en el transcurso del cual se quitó la vida.

nes, en opinión de algunos, si no***[202 bis]. En muchos lu-
gares aparecieron escritas las palabras «¡Devuélvenos a
Germánico!», y por la noche se oyó frecuentemente repetir
el mismo grito. El propio Tiberio confirmó más tarde esta
sospecha ensañándose cruelmente con la esposa y los hijos
de Germánico.

Cuando su nuera Agripina[203] le presentó, tras la muer- 53
te de su esposo, una queja en términos demasiado atre-
vidos[204], le respondió, tomándola de la mano, con este
verso griego: «¿Crees, hijita, que se te hace una afrenta
si no eres reina?», y no se dignó volver a tener ninguna
conversación con ella. En vista de que cierto día, durante
la comida, no se había atrevido a probar las frutas que
él le ofrecía, dejó incluso de invitarla a su mesa, so pre-
texto de que le acusaba de quererla envenenar, aunque
ambas actuaciones habían sido calculadas de antemano[205]:
el ofrecimiento de Tiberio para probarla, y la negativa de
ella, convencida de evitar una muerte segura. Por último, 2
la acusó de querer refugiarse a los pies de la estatua de
Augusto o junto a los ejércitos, la relegó a la isla de Pan-
dataria[206], y, ante sus insultos, hizo que un centurión la

[202 bis] El texto presenta una laguna que lo hace incomprensible. Entre las diversas soluciones propuestas destaca la de Roth, seguida, entre otros, por Rolfe y Bassols, *nisi ea secreto ostentant<i auferenda ipsumque iugulandum curasset. Propter>quae,* cuyo sentido sería: «si no se hubiera ocupado (Tiberio) de que se las quitaran cuando las mostraba en privado, y de que el propio Pisón fuera eliminado. A causa de esto...».

[203] Véase *Augusto* 64, 1.

[204] A raíz del juicio que se siguió, en 26 d. C., contra Claudia Pulcra, su prima segunda. Cf. TÁC., *Anales* IV 52.

[205] Por Sejano. Cf. TÁC., *Anales* IV 54.

[206] Situada en el Mar Tirreno; lugar de destierro también de Julia, hija de Augusto, y de Octavia, hija de Claudio y primera esposa de Nerón (cf. *Nerón* 35, 2).

golpeara hasta arrancarle un ojo. De nuevo, en vista de que proyectaba dejarse morir de hambre, mandó que le abrieran la boca a la fuerza para introducirle la comida. E incluso, cuando logró su propósito a fuerza de perseverancia[207], se desató en calumnias contra ella, pidió que se incluyera entre los días nefastos el de su nacimiento, y aun se asignó como un mérito el no haberla hecho estrangular y arrojar a las Gemonias, permitiendo que, por tal prueba de clemencia, se promulgara un decreto para rendirle gracias y consagrar una ofrenda en oro a Júpiter Capitolino.

54 Tenía de Germánico tres nietos, Nerón, Druso y Gayo[208], y de Druso uno, Tiberio[209]; así pues, cuando la muerte le privó de sus hijos, recomendó a los senadores a los dos hijos mayores de Germánico, Nerón y Druso, y celebró el día en que ambos tomaron la toga viril[210] haciendo un reparto extraordinario a la plebe. Pero cuando supo que a comienzos de año[211] se habían hecho oficialmente votos también por su salud, comunicó al Senado que tales recompensas no debían otorgarse sino a personas
2 experimentadas y de edad avanzada. Con ello descubrió el verdadero carácter de sus sentimientos y los dejó expuestos a las acusaciones de todos, induciéndolos además

207 Agripina murió el dieciocho de octubre del año 33, el mismo día en que Sejano había sido ajusticiado dos años antes (TÁC., *Anales* VI 25).

208 El futuro emperador Calígula. Sobre la descendencia de Germánico y Agripina, véase *Calígula* 7.

209 Tiberio Gemelo, adoptado más tarde por su primo Calígula (cf. *Calígula* 15, 2) y por él asesinado (cf. *Calígula* 23, 3).

210 Nerón el año 20 (TÁC., *Anales* III 29) y Druso a comienzos del 23 d. C. (TÁC., *Anales* IV 4).

211 El 24 d. C. Cf. TÁC., *Anales* IV 17.

con diversas tretas a que se animaran a ultrajarlo para que así pudieran ser denunciados; los acusó entonces en una carta severísima, en la que los colmaba además de oprobios, y, una vez declarados enemigos públicos, les hizo perecer de hambre[212], a Nerón en la isla de Poncia[213] y a Druso en los sótanos del Palacio. Se cree que Nerón se vio forzado a dejarse morir cuando un verdugo, que se decía enviado por orden del Senado, le puso ante los ojos el lazo y los ganchos[214], mientras que a Druso se le privó tan completamente de alimento, que intentó comerse la lana de su colchón; y también que los restos de ambos fueron totalmente dispersados, de modo que a duras penas se pudieron reunir más adelante.

Además de sus viejos amigos y familiares, había re- 55
clamado para sí, como asesores en las tareas del gobierno, a veinte de los principales ciudadanos. De todos ellos, apenas dos o tres conservaron la vida; a los demás los hizo perecer por diferentes motivos, entre ellos a Elio Sejano[215], que arrastró en su caída a muchos más. Había elevado a este último a la cima del poder no tanto por afecto cuanto para tener de quien servirse a la hora de envolver con artimañas a los hijos de Germánico y asegurar la sucesión del imperio a su verdadero nieto, el hijo de Druso.

212 Nerón murió en 30 o 31, en todo caso antes de la caída de Sejano, y Druso en 33, como su madre, Agripina.

213 Hoy Ponza, en el mar Tirreno, al oeste de Pandataria.

214 Lo que equivalía a anunciarle su sentencia de muerte; el lazo era para estrangularlo, y los ganchos para arrastrar su cadáver hasta el Tíber.

215 La muerte del favorito se produjo el 18 de octubre del año 31, cf. TÁC., *Anales* VI 25.

56 No fue en absoluto más benévolo con sus comensales griegos, cuya compañía le agradaba más que ninguna otra. Así, cuando un día preguntó a un tal Xenón, que empleaba en su conversación un lenguaje muy rebuscado, qué dialecto era aquél tan desagradable, y éste le respondió que el dorio, lo relegó a Cinaria[216], creyendo que le había echado en cara su antiguo exilio[217], pues en Rodas se habla el dorio. De la misma manera, como tenía por costumbre proponer durante la comida cuestiones extraídas de sus lecturas cotidianas[218], cuando se enteró de que el gramático Seleuco se informaba por sus esclavos de qué autores manejaba en cada momento, y así acudía preparado, primero lo alejó de su círculo y más tarde le forzó incluso a suicidarse.

57 Su natural cruel y apático se reveló incluso en la niñez. Teodoro de Gádara[219], su maestro de retórica, parece que fue el primero en descubrirlo con sagacidad y en representarlo con una imagen muy apropiada, pues a menudo, cuando le reprendía, le llamaba «πηλὸν αἵματι πεφυραμένον» [es decir, «barro amasado con sangre»]. Pero se puso mucho más de manifiesto durante su imperio, incluso en los comienzos de éste, cuando todavía intentaba
2 ganarse el favor público fingiendo moderación. En vista de que un gracioso, al pasar un cortejo fúnebre por delante de él, había encargado en voz alta al muerto que le dijera a Augusto que todavía no se habían pagado los legados dejados por él a la plebe[220], hizo que lo arrastraran a su presencia y ordenó que recibiera la deuda y que se lo llevaran después al suplicio, encargándole a su vez que le contara la verdad a su padre. Poco después, en el Senado, como un caballero romano llamado Pompeyo se oponía obstinadamente a una propuesta suya, le aseguró, mientras le amenazaba con la cárcel, que de Pompeyo lo haría un pompeyano, broma cruel con la que se mofaba a la vez del nombre del individuo y de la suerte que otrora había corrido este partido.

Por la misma época, al preguntarle un pretor[221] si que- 58
ría que se abrieran procesos contra los delitos de lesa majestad, respondió que debían ejecutarse las leyes, cosa que hizo con una crueldad extrema. Un individuo le había quitado la cabeza a una estatua de Augusto para ponerle la de otro personaje; el asunto se debatió en el Senado, y, como había dudas, se investigó recurriendo a la tortura. Una vez que el reo fue condenado, este tipo de acusaciones fue poco a poco ganando tanto terreno, que llegaron a ser sancionados con la pena capital delitos como los siguientes: haber abatido a un esclavo o cambiado de vestidura junto a una estatua de Augusto, haber entrado en un retrete o en un lupanar con una moneda o un anillo que llevara su imagen, o haber criticado alguna palabra o actuación suya. En fin, pereció incluso un personaje por haber permitido que se le decretara un honor en su colonia el mismo día en que le habían sido decretados a Augusto en otro tiempo.

---

216 Una de las islas Espóradas, en el Egeo.

217 Véase cap. 12, 1.

218 Para los gustos literarios de Tiberio y el tipo de cuestiones que solía proponer a sus comensales, véase cap. 70, 3.

219 Famoso rétor griego del siglo I a. C., representante de la escuela asianista.

220 Cf. *Augusto* 101, 2.

221 Pompeyo Macro, cf. TÁC., *Anales* I 72. El hecho tuvo lugar en 15 d. C.

59 Cometió además, so pretexto de rigor y de corregir las costumbres, pero más bien siguiendo su naturaleza, muchas acciones tan crueles y atroces, que algunos le reprocharon los males presentes y anunciaron los que estaban por venir incluso con los siguientes versos:

Hombre cruel y feroz, ¿quieres que te diga todo en pocas [palabras?
que me muera si tu madre puede amarte.
Tú no eres caballero; ¿por qué?, no tienes cien mil ses- [tercios[222]*;*
si quieres saberlo todo, también Rodas es un destierro[223]*.*
Has cambiado la edad de oro de Saturno, César:
mientras sigas vivo, siempre será la de hierro.
Aborrece el vino porque ahora de lo que tiene sed es de [sangre:
la bebe con tanta ansia como antes el vino puro[224]*.*
2 *Contempla, Rómulo*[225]*, al feliz Sila, feliz para su prove- [cho, no para el tuyo*[226]*,*

222 El censo exigido a los caballeros era de cuatrocientos mil sestercios (cf. *Julio* 33, al final del capítulo). En este verso se le reprocha a Tiberio no poseer ni siquiera la cuarta parte de esta cantidad, pues, como hijo adoptivo de Augusto, no tenía propiedades (cf. cap. 15, 2).

223 Al calificar de *exilium* su antiguo alejamiento en Rodas (véanse caps. 12 y 13) se le echaba en cara el no ser ni siquiera ciudadano romano, pues los desterrados perdían la ciudadanía.

224 Para la afición de Tiberio por el vino, cf. cap. 42, 1.

225 Esto es, Romano.

226 El autor hace un juego de palabras con el sobrenombre de Sila (Lucio Sulla Felix) y el adjetivo *felix*, y hace alusión al sistema de proscripciones instaurado por aquél en 82-81 a. C.

y a Mario, si quieres, contempla, pero a su regreso[227]*;*
contempla asimismo las manos, más de una vez tintas en [sangre,
de Antonio provocando las guerras civiles,
y di: ¡Roma está perdida!, reinó rodeado de sangre
todo aquel que vino del exilio al trono.

Al principio, quería que se tomaran estos versos como si fueran obra de personas que no soportaban sus reformas y que expresaban en ellos su cólera y su malhumor más que sus verdaderos sentimientos, y con frecuencia decía: «Que me odien, con tal de que me aprueben[228]». Luego, él mismo demostró que eran totalmente justos y acertados.

A los pocos días de su llegada a Capri, cuando un 60
pescador le ofreció de improviso un enorme salmonete mientras paseaba solo, mandó que le frotaran la cara con este pez, espantado de que hubiera podido trepar hasta él desde la parte posterior de la isla por terrenos rocosos y fuera de ruta; y como el hombre se congratulaba durante el suplicio de no haberle ofrecido también una langosta enorme que había cogido, ordenó asimismo lacerarle el rostro con este animal. Castigó con la pena capital a un soldado pretoriano por haber sustraído un pavo real de un huerto. Cuando, en uno de sus viajes, la litera en la que le llevaban quedó enredada en unas zarzas, tiró a tierra al explorador de la ruta, un centurión de las primeras cohortes, y lo azotó casi hasta matarle.

227 A su regreso de África, en 87 a. C., cuando se abrió el período de terror que duró hasta su muerte, en enero del 86.

228 Modificando el verso de una tragedia de Accio que Calígula solía repetir: cf. *Calígula* 30, 1.

61 Se lanzó luego a todo tipo de crueldades sin que le
faltara jamás ocasión, persiguiendo primero a los familia-
res e incluso a los simples conocidos de su madre, luego
a los de sus nietos y nuera, y, finalmente, a los de Seja-
no, a cuya muerte siguió su mayor exhibición de feroci-
dad. Con ello quedó especialmente de manifiesto que no
era tanto que se hubiera acostumbrado a las instigaciones
de Sejano cuanto que este personaje le había suministrado
las ocasiones que buscaba, por más que osara escribir en
un comentario, en el que resumía y condensaba toda su
vida, que había castigado a Sejano al descubrir que odiaba
encarnizadamente a los hijos de Germánico, su hijo, aun-
que fue él mismo quien los hizo matar[229], al primero
cuando ya sospechaba de Sejano, y al segundo tras la caí-
2 da de su favorito. Sería demasiado prolijo exponer uno
a uno sus actos de crueldad; bastará con enumerar, a gui-
sa de ejemplos, las diversas formas que ésta adoptó. No
hubo día, ni siquiera consagrado por un presagio funesto
y dedicado a la divinidad, en el que se interrumpieran los
castigos; se ejecutó a algunas personas el primer día del
año. Muchos fueron acusados y condenados junto con sus
hijos, e incluso por sus propios hijos. Se prohibieron las
manifestaciones de duelo a los parientes de los condenados
a muerte. Se decretaron recompensas especiales para los
3 acusadores, y a veces, incluso para los testigos. No se re-
tiró el crédito a ningún delator. Toda acusación trajo con-
sigo la pena capital, aun cuando se basara en unas pocas
y simples palabras. Se acusó a un poeta[230] de haber lle-
nado de injurias a Agamenón en una tragedia, y a un

[229] Véase cap. 54, 2.

[230] Quizá Mamerco Escauro, cf. TÁC., *Anales* VI 29.

historiador[231] de haber dicho que Bruto y Casio fueron
los últimos romanos; se condenó inmediatamente a muerte
a los autores y sus obras fueron proscritas, aunque queda-
ra demostrado que habían sido leídas en público algunos
años antes y en presencia de Augusto. Se privó a algunos 4
presos no sólo del consuelo del estudio, sino también del
disfrute de conversaciones y visitas. Algunas personas cita-
das a defender su causa se hirieron en su propia casa,
seguras de que iban a ser condenadas e intentando escapar
al tormento y a la ignominia, y otras bebieron veneno en
plena curia; sin embargo, una vez vendadas sus heridas,
medio muertas y palpitando aún, fueron arrastradas a pri-
sión. Todos los castigados fueron arrojados a las Gemo-
nias y arrastrados con el gancho; veinte en un solo día,
entre ellos mujeres y niños. Como, según el uso estableci- 5
do, no era lícito estrangular a las doncellas, las niñas que
todavía no habían llegado a la pubertad eran previamente
violadas por el verdugo y luego estranguladas[232]. Se obli-
gaba a vivir a los que querían morir, pues consideraba la
muerte un suplicio tan leve que, cuando se enteró de que
uno de los acusados, llamado Cárnulo, se había suicidado,
exclamó: «Cárnulo se me escapó». Asimismo, un día en
que inspeccionaba las prisiones, respondió a un preso que
le pedía que no demorara su suplicio: «Todavía no me he
reconciliado contigo». Un excónsul comenta en sus anales 6
que, en un banquete muy concurrido al que asistió él mis-
mo, un enano que se hallaba junto a la mesa entre los
bufones le preguntó de repente a Tiberio en voz alta por

[231] Cremucio Cordo, cf. TÁC., *Anales* IV 34 s. Su proceso tuvo lugar en 25 d. C. El Senado encargó a los ediles quemar su obra, pero ésta fue parcialmente conservada por su hija Marcia y publicada más tarde, en época de Calígula (cf. *Calígula* 16, 1).

[232] Así ocurrió con la hija de Sejano, cf. TÁC., *Anales* V 9.

qué Paconio[233], acusado de lesa majestad, vivía tanto tiempo, y que éste le reprochó de momento su insolencia, pero, pocos días después, escribió al Senado encargándole que decidiera cuanto antes sobre el castigo de Paconio.

62 Aumentó y reforzó su crueldad exacerbado por una denuncia relativa a la muerte de su hijo Druso. Convencido de que había muerto víctima de una enfermedad y de su intemperancia[234], cuando al fin se enteró de que había sido traidoramente envenenado por su esposa Livila y por Sejano[235], no quedó nadie libre de las torturas y el suplicio; pasó días enteros tan entregado y atento a la instrucción de este único proceso, que, cuando le anunciaron la llegada de un huésped procedente de Rodas, al que había invitado a Roma en una carta amistosa, mandó torturarlo inmediatamente, como si se tratara de un testigo imprescindible para la investigación, y luego, al descubrir su error, le hizo matar para que no divulgara la injusticia.
2 Aún puede verse en Capri el lugar donde realizaba sus torturas; desde allí ordenaba arrojar al mar en su presencia a los condenados, después de haberlos sometido a largos y refinados tormentos; un grupo de marineros recogían luego los cadáveres y los destrozaban a golpe de bicheros y de remos hasta que no les quedara el menor aliento. Había ideado además, entre otras formas de suplicio, la de hacerles ingerir con artimañas una gran cantidad de vino y de repente ligarles sus partes naturales, para someterlos así al doble tormento de las correas y de la
3 retención de orina. Y si la muerte no le hubiera sorprendido ni Trasilo le hubiera expresamente, según dicen, inducido a diferir algunas ejecuciones haciéndole esperar una vida más larga, se cree que habría matado a muchas más personas y que no habría ni siquiera perdonado a sus otros nietos, pues consideraba sospechoso a Gayo[236] y despreciaba a Tiberio[237], como fruto de un adulterio. Y no es inverosímil, pues con frecuencia llamaba feliz a Príamo por haber sobrevivido a todos los suyos.

Vivió entretanto, además de odiado y aborrecido so- 63
bremanera, totalmente consumido de inquietud e incluso expuesto a los ultrajes, como lo demuestran numerosos hechos. Prohibió que los arúspices fueran consultados en secreto y sin testigos. Intentó incluso dispersar los oráculos cercanos a la ciudad, pero desistió de ello aterrado por el poder de las suertes de Preneste, en vista de que no había podido encontrarlas en el arca en que habían sido transportadas a Roma después de sellarlas, sino cuando
ésta fue devuelta al templo[238]. En dos ocasiones asignó 2
provincias a excónsules sin atreverse luego a dejarlos partir lejos de él; y así, los retuvo hasta darles sucesores varios años después sin que hubieran dejado Roma, y en el intervalo, puesto que conservaban el título de su cargo, no dejó de encomendarles además numerosas misiones, para que las hicieran cumplir por sus legados y auxiliares.

Después de la condena de su nuera y de sus nietos, 64
siempre los hacía trasladar encadenados y en una litera cerrada, encargando a sus soldados que impidieran a la gente que les salía al paso y a los viandantes volverse a mirarlos o detenerse.

233 Marco Paconio, legado del procónsul de Asia, Gayo Silano, en 20/21 d. C., fue uno de sus acusadores en el proceso de concusión que se siguió contra éste en 22. Cf. TÁC., *Anales* III 67, 1.

234 Cf. cap. 52, 1.

235 Cf. TÁC., *Anales* IV 3 y 8.

236 El futuro emperador Calígula.

237 Tiberio Gemelo; cf. cap. 54, 1.

238 El templo de la Fortuna Primigenia, en Preneste, restaurado y ampliado por Sila hacia el 80 a. C.

65 Le costó un gran esfuerzo derribar por fin a Sejano,
que preparaba una revolución, aunque veía que su natali-
cio se celebraba ya oficialmente y que por todas partes
se veneraban sus imágenes en oro; y para ello se valió
más de la astucia y el engaño que de su autoridad impe-
rial. En efecto, como primera medida, para alejarlo de su
lado aparentando honrarlo, lo tomó como colega en su
quinto consulado[239], que había asumido precisamente con
esta finalidad después de un largo intervalo, estando ausen-
te de Roma. Le engañó luego con la esperanza de un pa-
rentesco[240] y del poder tribunicio, y, cuando menos se lo
esperaba, le acusó en un escrito vergonzoso y deplorable
en el que, entre otras súplicas, pedía a los senadores que
le enviaran a uno de los cónsules[241] para conducirle, pues
no era más que un anciano abandonado, ante ellos con
2 una escolta militar. Desconfiando aun así y temiendo una
revuelta, había ordenado liberar, si las circunstancias lo
exigían, a su nieto Druso[242], al que todavía tenía encar-
celado en Roma, y ponerlo al frente del gobierno. Incluso
tenía dispuestas naves en las que pensaba huir hacia las
legiones que fuera, y desde una roca muy elevada acecha-
ba continuamente las señales que había ordenado levantar
a lo lejos conforme se fueran produciendo los hechos, pa-
ra que no se retrasaran las noticias. Ni siquiera una vez
sofocada la conjuración de Sejano se quedó más tranquilo

239 Cf. cap. 26, 2, nota 129.

240 A saber, darle por esposa a su nieta Julia, hija de Druso y de Livila. Cf. TÁC., *Anales* V 6; VI 8.

241 Uno de los cónsules *suffecti*, que sustituían a los cónsules ordinarios desde que éstos dejaban el cargo hasta el final del año. El año 31 fueron cónsules ordinarios Sejano y el propio Tiberio, hasta los idus de mayo (cf. cap. 26, 2).

242 Cf. cap. 54, 2.

o más sereno, y así, en los nueve meses que siguieron, no
salió de la villa llamada de Ion.

Atormentaban además su espíritu angustiado las diver- 66
sas invectivas que le llegaban de todas partes, pues no
había condenado que no le prodigara todo tipo de inju-
rias, abiertamente o por medio de libelos depositados en
la orquesta[243]. Estas ofensas le afectaban de un modo
muy diverso, y así, unas veces la vergüenza le llevaba a
desear que permanecieran ocultas e ignoradas, y otras, sin
embargo, las despreciaba, citándolas él mismo y haciéndo-
las públicas. Hasta Artábano[244], rey de los partos, lo ul-
trajó en una carta en la que le reprochaba sus parrici-
dios[245], sus asesinatos, su cobardía y su lujuria, exhortán-
dole a aplacar cuanto antes con una muerte voluntaria el
odio exacerbado y justificadísimo de sus conciudadanos.

Finalmente, hastiado de sí mismo, casi confesó todos 67
sus padecimientos, comenzando como sigue una de sus
cartas: «¿Qué puedo escribiros, padres conscriptos?, ¿có-
mo debo hacerlo, o qué no debo en absoluto escribiros
en este momento? Los dioses y las diosas me pierdan, si
lo sé, de un modo aún peor a como yo me siento perecer
cada día»[246]. Algunos creen que supo de antemano todo 2
esto por el conocimiento que tenía del porvenir[247] y que
había previsto con mucha anticipación cuánta hostilidad
y deshonor le estaban reservados para el futuro; y que por
eso se había negado obstinadamente, al comienzo de su

243 Donde se hallaban los asientos reservados a los senadores en el teatro; cf. *Julio* 76, 1, nota correspondiente.

244 Artábano III, rey de los partos de 12 a 38 d. C., aproximadamente.

245 Sobre esta palabra, véase *Julio* 42, 3, nota correspondiente.

246 Palabras citadas exactamente igual por TÁCITO, *Anales* VI 6.

247 Para la afición de Tiberio por la astrología, cf. caps. 14, 4; 69.

mandato, a recibir el título de Padre de la Patria y a que
se le prestara el juramento de ratificar sus actos[248], para
no resultar más tarde indigno de tan altos honores y
3 aumentar con ello su deshonra. Esto es, sin duda, lo que
puede deducirse del discurso que pronunció en respuesta
a ambas propuestas; en particular del pasaje en que dice
que siempre se iba a parecer a sí mismo y que jamás iba
a cambiar sus costumbres mientras se hallara en su sano
juicio; pero que por norma debía evitarse que el Senado
se comprometiera a defender los actos de cualquier hom-
bre, puesto que las circunstancias lo podían transformar;
4 y de aquel otro: «Pero si alguna vez dudáis de mis cos-
tumbres y de mi devoción hacia vosotros (y ojalá se me
lleve la muerte antes de que ello ocurra, impidiéndome así
ser testigo de un cambio semejante en la opinión que so-
bre mí tenéis), el título de padre no me añadirá ningún
honor, y, en cambio, servirá para que se os reproche o
la temeridad de haberme dado este sobrenombre o la in-
constancia de juzgarme de dos maneras opuestas».

68 Era corpulento y robusto, de una estatura que sobre-
pasaba la normal; ancho de espaldas y de pecho, tenía
también sus restantes miembros bien proporcionados y ar-
moniosos de la cabeza a los pies; su mano izquierda era
más ágil y fuerte que la derecha, de unas articulaciones
tan firmes que podía taladrar con el dedo una manzana
fresca y sana, o herir de un capirotazo en la cabeza a un
2 niño, o incluso a un adolescente. Su tez era blanca, y se
dejaba crecer bastante el cabello en el cogote, de suerte
que le cubría incluso la nuca, lo que parecía ser en él un
rasgo distintivo de la familia; tenía un rostro noble, aun-

[248] Cf. cap. 26, 2.

que lleno de granos que le salían de repente[249], y unos
ojos muy grandes, que, cosa extraordinaria, podían ver
incluso de noche y en las tinieblas, pero por poco tiempo
y nada más despertarse; después su vista se volvía a debi-
litar. Caminaba con la cabeza erguida y echada hacia 3
atrás, de ordinario fruncido el entrecejo y casi siempre en
silencio, sin cambiar ninguna o muy contadas palabras in-
cluso con los que estaban a su lado, y aun éstas con una
extrema lentitud y acompañándolas de un blando movi-
miento de sus dedos. Augusto ya advirtió en él todos estos
modales ingratos y llenos de arrogancia, e intentó discul-
parlos más de una vez ante el Senado y el pueblo alegan-
do que eran defectos de la naturaleza, pero no del alma.
Gozó de una salud excelente, que, poco más o menos, se 4
mantuvo intacta durante casi todo el período de su man-
dato, aunque a partir de los treinta años la gobernó a su
antojo, prescindiendo de la asistencia y el consejo de los
médicos.

Bastante indiferente en lo que respecta a los dioses y 69
a las prácticas religiosas, pues cultivaba la astrología y
estaba convencido de que todo lo gobierna el hado, sentía,
sin embargo, un temor excesivo por los truenos[250] y,
cuando el cielo estaba encapotado, no dejó nunca de llevar
en la cabeza una corona de laurel, porque se dice que este
tipo de hoja es inaccesible al rayo[251].

Cultivó con entusiasmo las letras griegas y romanas. 70
En la elocuencia latina siguió a Corvino Mesala[252], que
se había ganado el respeto de su juventud siendo ya an-

[249] Véase cap. 34, 2, nota 145.
[250] Al igual que Augusto: cf. *Augusto* 90.
[251] Cf. PLIN., *Historia Natural* II 146.
[252] Sobre este personaje, cf. *Augusto* 58, 1, nota 257.

ciano. Pero oscurecía su estilo con una afectación y un purismo exagerados [253], de suerte que sus discursos improvisados se consideraban muy superiores a los preparados.
2 Compuso un poema lírico titulado *Lamento por la muerte de Lucio César*. Escribió asimismo poemas griegos a imitación de Euforión, Riano y Partenio [254], poetas que le agradaban muchísimo y cuyas obras y retratos hizo colocar en las bibliotecas públicas entre los de los principales autores antiguos; por este motivo, muchos eruditos compitieron en
3 dedicarle numerosos escritos sobre estos autores. Con todo, lo que más se interesó en conocer fue la historia mítica, llegando al extremo de caer en las estupideces y el ridículo; así, probaba incluso a los gramáticos, categoría de hombres que, como ya hemos dicho [255], le agradaba en grado sumo, con cuestiones más o menos de este tipo: «¿Quién fue la madre de Hécuba [256]?, ¿cómo se llamaba Aquiles entre las doncellas?, ¿qué solían cantar las Sirenas?», y el primer día que entró en la curia después de la muerte de Augusto, como para satisfacer a la piedad al mismo tiempo que a la religión, siguiendo el ejemplo de Minos [257], ofreció a los dioses incienso y vino, pero sin que hubiera tañedor de flauta, tal y como lo había hecho aquél en otro tiempo a la muerte de su hijo.

253 Cf. *Augusto* 86, 2.

254 Euforión de Calcis fue un famoso poeta y erudito helenístico del siglo III a. C.; Riano de Creta, poeta épico y epigramático, fue contemporáneo del anterior; Partenio de Nicea, el último epígono de la poesía erótica alejandrina, vivió en época de Augusto y fue maestro de Virgilio.

255 Cf. cap. 56.

256 Esposa de Príamo y madre de Héctor.

257 El famoso rey de Creta, hijo de Zeus y Europa, esposo de Pasífae y padre de Ariadna y Fedra, que fue luego juez de los muertos en el mundo subterráneo.

Aunque hablaba griego con soltura y facilidad, hacía 71
de él un uso limitado y se abstenía de emplearlo sobre todo en el Senado, hasta el punto de pedir disculpas por tener que recurrir a este término extranjero antes de pronunciar la palabra «monopolio». En otra ocasión incluso, al oír la palabra «ἔμβλημα» durante la lectura de un decreto del Senado, manifestó que se debía cambiar este vocablo y buscar uno del país que sustituyera ese término extranjero, o, en caso de que no se diera con él, recoger su sentido incluso con varias palabras, empleando una perífrasis. Prohibió asimismo a un soldado, al que se había pedido su testimonio en griego, responder en otra lengua que en latín.

Durante todo el tiempo que duró su retiro, sólo intentó 72
regresar a Roma dos veces; la primera llegó en trirreme hasta los jardines cercanos a la naumaquia [258], después de haber repartido por las orillas del Tíber puestos de guardia encargados de alejar a las personas que venían a su encuentro; la segunda avanzó por la Vía Apia hasta el séptimo mojón. Pero, después de haberse limitado a divisar de lejos los muros de la ciudad sin acercarse a ellos, volvió sobre sus pasos; en la primera ocasión, no se sabe por qué motivo; en la segunda, espantado por un prodigio. Te- 2
nía entre sus diversiones una serpiente dragón; pues bien, cuando iba a darle de comer en la mano según su costumbre, se la encontró devorada por las hormigas, y se le advirtió que se cuidara de la violencia de la multitud. Volvía, pues, apresuradamente a Campania, cuando cayó enfermo

258 Los jardines de César legados al pueblo después de su muerte (cf. *Julio* 83, 2) y el lago artificial excavado por Augusto para el combate naval (cf. *Augusto* 43, 1).

en Astura[259] y, luego que se vio un poco restablecido, se dirigió a Circeyos[260]. Para no dar ninguna sospecha de debilidad, asistió a unos juegos castrenses, e incluso lanzó venablos desde su sitio contra un jabalí que se había hecho salir a la arena; al punto se le resintió el costado, cogió frío, pues se había acalorado mucho, y sufrió una recaída
3 más grave en su enfermedad. La soportó, no obstante, durante largo tiempo, aunque, una vez transportado hasta Miseno, no abandonara ninguna de sus costumbres cotidianas, ni siquiera los banquetes ni los demás placeres, en parte por incontinencia y en parte para disimular. Así, como su médico Caricles, a punto de partir con una licencia, le había cogido la mano para besársela al salir de un banquete, creyendo que le había tomado el pulso le animó a quedarse y a ponerse de nuevo a la mesa, prolongando la comida[261]. Y ni siquiera entonces abandonó su costumbre de mantenerse en el centro del comedor con un lictor a su lado para responder a cada convidado cuando se despedía.

73 Entretanto, leyó en las actas del Senado que se había dejado en libertad, sin ni siquiera tomarles declaración, a algunos acusados sobre los cuales él se había limitado a escribir escuetamente que habían sido mencionados por un delator. Lleno de cólera ante el menosprecio de su persona que, según él, este hecho significaba, resolvió regresar a Capri a toda costa, pues no se atrevía a emprender ninguna acción sin hallarse en lugar seguro. Pero, retenido por las tempestades y el agravamiento de su enfermedad, murió poco después en la villa de Luculo, a los setenta

259 Cf. *Augusto* 97, 3, nota correspondiente.
260 Cf. *Augusto* 16, 4, nota 86.
261 Cf. TÁC., *Anales* VI 50.

y siete años de edad[262] y veintitrés de mandato, el decimoséptimo día antes de las calendas de abril, bajo el consulado de Gneo Acerronio Próculo y Gayo Poncio Nigrino[263]. Hay quienes creen que Gayo le administró un ve- 2
neno lento y corrosivo[264]; otros piensan que se le negó el alimento que ansiaba durante una bajada repentina de la fiebre; algunos, por último, que fue asfixiado[265] con la almohada cuando reclamaba, al volver en sí, el anillo que le habían quitado mientras se hallaba inconsciente. Según Séneca[266], se quitó el anillo cuando se sintió desfallecer, como para entregárselo a alguien, y lo retuvo por algún tiempo; luego se lo volvió a poner en el dedo y permaneció durante largo rato inmóvil, con la mano izquierda cerrada; de repente, después de haber llamado a sus criados sin que ninguno de ellos respondiera, se levantó y, al faltarle las fuerzas, cayó muerto no lejos del lecho.

En su último cumpleaños se le había aparecido en sue- 74
ños el Apolo Temenita[267], estatua de tamaño colosal y de una gran perfección que había hecho traer de Siracusa para colocarla en la biblioteca de un nuevo templo[268], y le había asegurado que no podría consagrarla. Pocos días antes de su muerte, se derrumbó en Capri la torre del faro por efecto de un terremoto. Y en Miseno, la ceniza de los rescoldos y brasas que se habían traído para calen-

262 Tiberio hubiera cumplido setenta y ocho años el 16 de noviembre.
263 El 16 de marzo del año 37 d. C.
264 Véase *Calígula* 12, 2.
265 Por orden de Macrón (cf. TÁC., *Anales* VI 50) o de Calígula (cf. *Calígula* 12, 2).
266 Probablemente, Séneca el Viejo.
267 De Ténemos, localidad cercana a Siracusa.
268 El templo de Apolo, en el Palatino, construido por Augusto: cf. *Augusto* 29, 1.

tar el comedor, a pesar de estar ya apagada y fría desde hacía tiempo, se encendió de repente a la caída de la tarde y siguió brillando hasta bien entrada la noche.

75 El pueblo se alegró sobremanera de su muerte, y así, a la primera noticia de ésta, la gente se echó a correr en todas direcciones, mientras unos gritaban: «¡Tiberio al Tíber!», otros rogaban a la madre Tierra y a los dioses Manes que no acogieran al muerto sino entre los impíos, y otros, en fin, amenazaban al cadáver con el gancho y las Gemonias, exacerbados por la última atrocidad que se había cometido y que se añadía al recuerdo de su antigua
2 crueldad. En efecto, como un decreto del Senado[269] había establecido que el castigo de los condenados se aplazara siempre hasta el décimo día, se dio el caso de que algunas personas tenían que ser ejecutadas el día en que se anunció la muerte de Tiberio. Los condenados imploraron auxilio a todo el mundo, pero sus guardianes, en vista de que no había nadie a quien pudieran dirigirse para consultar el caso, pues Gayo[270] se hallaba todavía ausente, temerosos de faltar a sus órdenes, los estrangularon y los
3 arrojaron a las Gemonias. Creció, pues, el rencor, considerando que, aun después de la muerte del tirano, persistía su crueldad. Cuando comenzó el traslado del cuerpo desde Miseno, muchas personas gritaron que había que llevarlo más bien a Atela y quemarlo a medias en el anfiteatro, pero fue transportado a Roma por unos soldados y quemado en funerales públicos.

76 Dos años antes había redactado su testamento en dos copias, una de su propia mano y la otra escrita por un liberto, pero ambas con el mismo contenido, y había hecho que estamparan en ellas su sello incluso personas de la más baja condición. En este testamento dejó como herederos en partes iguales a sus nietos Gayo y Tiberio[271], el primero por Germánico y el segundo por Druso, y los declaró herederos el uno del otro; dejó también legados a muchas personas, entre ellas a las vírgenes vestales, pero también a todos los soldados, a cada miembro de la plebe romana, e incluso a los inspectores de los barrios, en cláusula aparte.

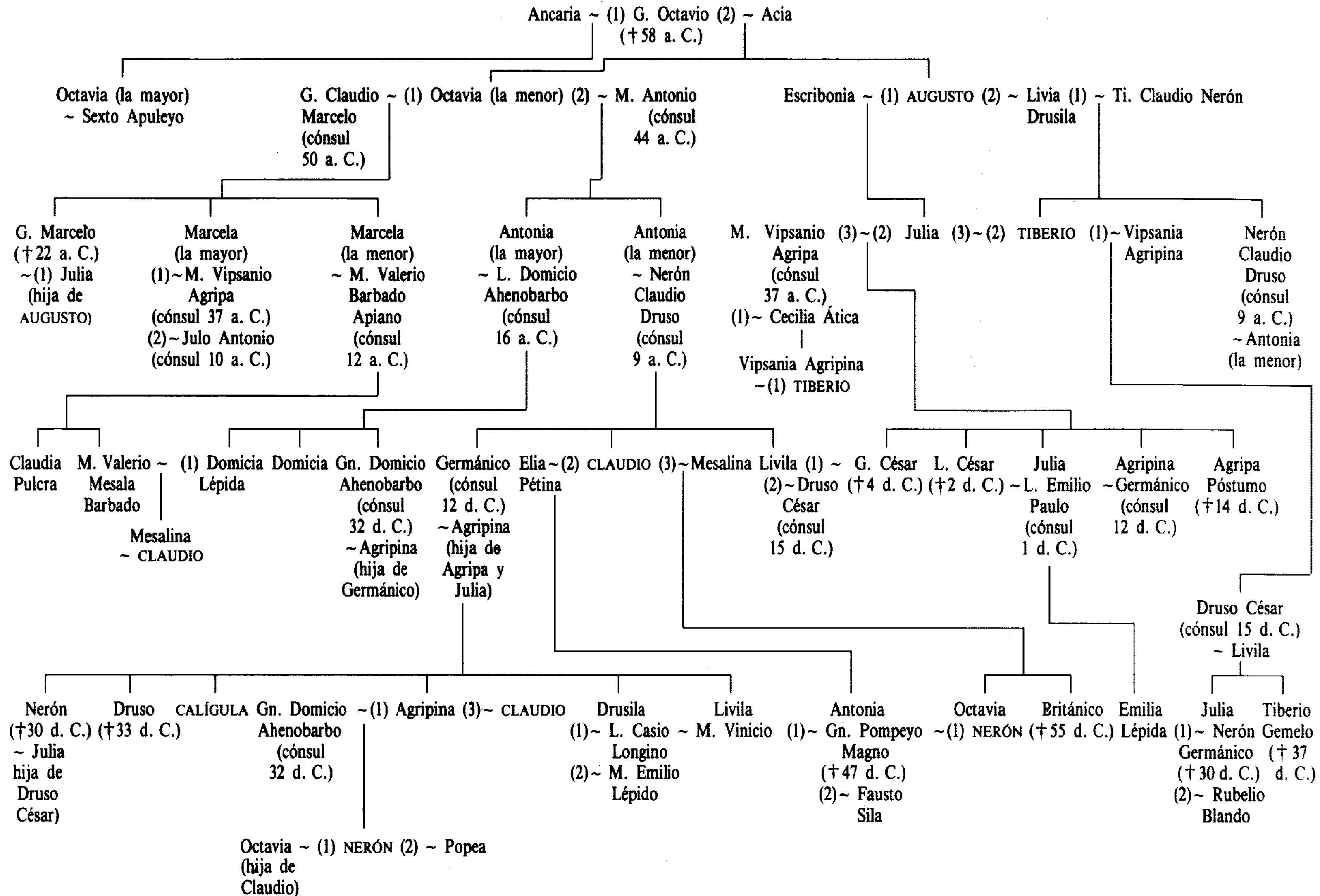
---

269 Promulgado en 21 d. C., cf. TÁC., *Anales* III 51.

270 Calígula.

271 Cf. cap. 54, 1.

LA FAMILIA JULIO - CLAUDIA



ÍNDICE DE NOMBRES

Para aligerar la lectura de este Índice, los títulos de los libros de que consta la obra aparecen citados con las siguientes abreviaturas, por lo demás de evidente identificación:

Jul.: El divino Julio
Aug.: El divino Augusto
Tib.: Tiberio

Las citas entre paréntesis corresponden a las menciones indirectas.

ÍNDICE GENERAL